

M^a de los Ángeles Ayala
Rocío Charques Gámez
Enrique Rubio Cremades
Eva M^a Valero Juan

LA LABOR PERIODÍSTICA DE RAFAEL ALTAMIRA (I)

Catálogo descriptivo y antología
de las colaboraciones en *La España Moderna*,
Boletín de la Institución Libre de Enseñanza y
Nuestro Tiempo



Inventario de mis pérdidas económicas, intelectuales y morales, por causa de la guerra civil de España (1936-37)

I. Económicamente.

- 1- Muy probable: mi casa de San Esteban de Pravia - y la de Campello (Alicante), con sus muebles, cuadros, etc.
- 2- El dinero de mi Cte corriente en Bancos españoles.
- 3- Probablemente también mis títulos de acciones y obligaciones depositados en Bancos españoles. Unos, tal vez robados (a título de restitución social o cosa así), y otros reducidos a la nada por extinción o adquisición de la misma o del empréstito correspondiente).
- 4- A lo que parece (desde febrero no se cobrado nada de ello), mi sueldo pasado, que me corresponde de derecho.

II. Intelectualmente.

- 1- la biblioteca de Campello (unos 10.000 vols.), gran parte de la cual había de ser destr. Guisa, a mi muerte, a efectos de extenuar la pública y privada.
- 2- la biblioteca exegida de Madrid, con libros de Arte de gran valor y los de trabajo de mi cátedra.

**LA LABOR PERIODÍSTICA DE
RAFAEL ALTAMIRA
(I)**

**Catálogo descriptivo y antología
de las colaboraciones en *La España Moderna*,
Boletín de la Institución Libre de Enseñanza y
*Nuestro Tiempo***

M^a de los Ángeles Ayala
Rocío Charques Gámez
Enrique Rubio Cremades
Eva M^a Valero Juan

**LA LABOR PERIODÍSTICA DE
RAFAEL ALTAMIRA
(I)**

**Catálogo descriptivo y antología
de las colaboraciones en *La España Moderna*,
Boletín de la Institución Libre de Enseñanza y
*Nuestro Tiempo***

Alicante
Universidad de Alicante
2008



Este trabajo está integrado en el proyecto de investigación financiado por la Conselleria d'Empresa, Universitat i Ciència de la Generalitat Valenciana, titulado «La labor periodística de Rafael Altamira: recuperación, recopilación y análisis de los trabajos dispersos en la prensa española e hispanoamericana» (GV06/043).

© los autores

ISBN: 978-84-7908-985-6
Depósito legal: A-954-2008

Maquetación e impresión:
E Espagrac

ÍNDICE

Prólogo por Enrique Rubio Cremades.....	11
---	----

La España Moderna

Catálogo descriptivo	17
Antología.....	29

Boletín de la Institución Libre de Enseñanza

Catálogo descriptivo	127
Antología.....	149

Nuestro tiempo

Catálogo descriptivo	295
Antología.....	297

PRÓLOGO

Rafael Altamira es, sin lugar a dudas, uno de los polígrafos más enjundiosos de su época. Figura clave y esencial para el conocimiento del saber humano desde múltiples ópticas, pues su polifacética trayectoria intelectual abarca temas tan complejos y diversos como la literatura, la crítica literaria, la historia, el derecho y la pedagogía.

La presente monografía se fundamenta en los trabajos de investigación llevados a cabo por un grupo de profesores de la Universidad de Alicante que obtuvo un proyecto de investigación financiado por la Conselleria d'Empresa, Universitat i Ciència de la Generalitat Valenciana (GV06/043), cuyo objetivo era recuperar el corpus literario, crítico y ensayístico de Rafael Altamira disperso en publicaciones periódicas españolas, europeas e hispanoamericanas. Textos dispersos que pueden considerarse decisivos para entender no sólo el pensamiento histórico, social, jurídico y literario de Altamira, sino también su personal actitud ante los retos históricos de su tiempo. El escrutinio o búsqueda de colaboraciones periódicas dispersas en hemerotecas españolas y extranjeras constituiría la fase esencial del inicio investigador, pues éramos conscientes de la ausencia de trabajos de investigación encaminados a este propósito. Esta ausencia promovió e impulsó la presente investigación, pues era necesario recuperar una parte fundamental de su obra desconocida e ignorada por un sector de la crítica. El desconocimiento de este material noticioso es, precisamente, lo que ha impulsado esta investigación, pues se trata de poner al alcance de los estudiosos o investigadores

la relación de colaboraciones periodísticas realizadas por Altamira en la prensa del periodo histórico que le correspondió vivir.

La disección de la presente monografía queda, pues, configurada por una serie de etapas cuya finalidad no era otra que el análisis, estudio y clasificación temática de su producción periodística desconocida. En primer lugar, el objetivo esencial ha sido, pues, la recuperación de un corpus periodístico disperso en la prensa española, a fin de recopilarlo para su posterior análisis. Para tal fin se ha partido de las escasas referencias existentes hasta este momento, constituyendo, gracias a la investigación realizada durante los años 2006 y 2007 en las hemerotecas nacionales, nuestro propio banco de datos. Por ello es por lo que la recopilación se centra, en primer lugar, en la prensa española en que Altamira participó, desde época temprana, como periodista y autor de artículos insertos en publicaciones alicantinas –*Alicante Cómico*, *El Constitucional Dinástico*, *La Correspondencia de Alicante*, *La Antorcha*, *El Liberal*, *El Bello Sexo*, *Las Germanías*, *Diario de Alicante*– Colaboraciones en la prensa alicantina que serán frecuentes también en años posteriores, en plena madurez de erudición y conocimiento, como sus artículos aparecidos en *El Tiempo*, *El Luchador*, *La Revista*, entre otros. La prensa valenciana también estará presente en el quehacer periodístico de Altamira, tal como se puede constatar a través de sus artículos publicados en el semanario republicano autonomista *Germinal*, *La Ilustración Valenciana*, *Anales de la Universidad de Valencia* o en *Tribuna del Magisterio*.

Especial relevancia tiene también en este escrutinio y recopilación los artículos publicados en la prensa barcelonesa. Colaboraciones que abordan tanto las polémicas literarias sobre el naturalismo como la creación literaria. *La Ilustración Ibérica*, *La España Regional*, *La Ilustración*, *El Álbum Salón*, entre otros, dan prueba evidente de su prolífica actividad periodística. La localización y recopilación llevada a cabo por el equipo investigador abarca también otros contextos geográficos relacionados con su actividad docente e investigadora, como sus artículos publicados en la prensa ovetense –*Anales de la Universidad de Oviedo*, *El Carballón*–, gijonense –*El Noroeste*, *El Avance*, *Castropol*–. Publicaciones periódicas que se prodigan también en otras ciudades españolas, como en Vigo –*Solidaridad*–, Bilbao –*El Cántabro*, *La Escuela*

Normal—, Guadalajara —*Revista de Escuelas Normales*—. Zaragoza —*Universidad, La Lucha de Clases, El Siglo*—. Evidentemente donde más se prodiga Rafael Altamira es en la prensa madrileña, tal como atestiguan sus artículos publicados en revistas de gran prestigio entre la intelectualidad de la época, como sus colaboraciones en *La Ilustración Española y Americana, Vida Nueva, La Lectura, Nuestro Tiempo, Los Lunes del Imparcial, El Herald de Madrid, La Justicia, El Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, El Fígaro, El Sol*... Primer eslabón de la investigación en el que se recoge también publicaciones periódicas extranjeras en las que figuran colaboraciones de Altamira, como, entre otras, *La Nación* [Buenos Aires], *Diario Español* [La Habana], *El Tiempo* [Bogotá], *La Razón* [Uruguay].

Todo el corpus periodístico mencionado constituye un material noticioso de gran valor, pues complementa de forma decisiva las ausencias existentes hasta el momento presente. Tras la localización, escrutinio y recopilación, la investigación se centra en una segunda fase en donde se procede al análisis de dicho material, a su estudio y clasificación temática de todo lo recopilado. Cuatro bloques constituyen el eje esencial de la investigación realizada: historia, derecho, pedagogía y literatura, pues resumen las principales líneas temáticas de los trabajos de Rafael Altamira. Se trata, en definitiva, de una investigación que si bien se centra en un contenido fundamentalmente periodístico, no desdeña otros materiales noticiosos que verán la luz en próximas publicaciones, como los referidos al epistolario, pues somos conscientes de la importancia y relevancia de dicho corpus epistolar donado por el propio Altamira a instituciones prestigiosas, como la Residencia de Estudiantes, la Universidad de Oviedo, la Universidad de México, Instituto de Enseñanza Media «Jorge Juan» de Alicante y Casas-Museos o Fundaciones que custodian cartas del ilustre alicantino.

El primer volumen fruto de esta investigación se circunscribe a la labor periodística de Rafael Altamira aparecida en *La España Moderna, El Boletín de la Institución Libre de Enseñanza y Nuestro Tiempo*. En posteriores volúmenes figurarán todas las entradas bibliográficas referidas a sus colaboraciones periodísticas apuntadas en esta breve anotación.

Enrique Rubio Cremades

LA ESPAÑA MODERNA

CATÁLOGO DESCRIPTIVO DE LAS COLABORACIONES EN *LA ESPAÑA MODERNA* (MADRID)

“Notas bibliográficas. *Tratado de sociología. Evolución social y política*”, n° 1 (enero 1889), 198-203.

Tratado de Sociología. Evolución social y política. Primera parte, por M. Sales y Ferré, catedrático de Historia en la Universidad de Sevilla. Madrid, 1889. Un vol. en 8° mayor de 254 páginas: 4 pesetas.

“Notas bibliográficas: Bibliografía española en el extranjero”, n° 2 (1889, febrero), pp. 198-202 [*]¹.

“Notas bibliográficas”, n° 6 (junio, 1889), pp. 189-192.

Fida y escritos de D. Vicente de los Ríos, por D. Luis Vidart. Con un *post-scriptum* de D. Mario de la Sala. Madrid, 1889 [*].

“La cuestión académica. (Carta abierta). Sra. Doña Emilia Pardo Bazán”, n° 26 (febrero, 1891), pp. 183-188 [*].

“El movimiento pedagógico en España”, n° 48 (diciembre, 1892), pp. 142-162 [*].
[Pedagogía]

“La psicología de la juventud en la novela moderna”, n° 66 (junio, 1894), pp. 35-52 [*].
[Crítica literaria]

1. Los artículos marcados con asterisco se encuentran reproducidos a continuación en la Antología de las colaboraciones en *La España Moderna*.

“El problema actual del patriotismo”, año X, n° 118 (octubre 1898), pp. 63-89 [*].
[Filosofía]

“Psicología del pueblo español”, n° 123 (marzo, 1899), pp. 5-59 [*].
[Psicología]

“Los discursos de Fichte a la Nación Alemana”, n° 124 (abril, 1899), pp. 35-40 [*].
[Historia]

“Lecturas americanas”, n° 147 (marzo, 1901), pp. 137-151. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

SUMARIO. —Carácter de estas crónicas. —Cuestiones que más preocupan a los americanos. —Las Revistas. —*Revista nacional* (Buenos Aires): El castellano en América. —Cataluña y la Argentina. —Las lenguas quechua y aimará. —*Revista de Derecho, Historia y Letras*. —El pauperismo. —Hispania. —El patriotismo y la juventud argentina. —*Bosquejos*. —El unitarismo argentino. —*La Alborada*. —*Vida moderna*: Política internacional. —*Revista del Instituto paraguayo*. —*La Revista de Chile*: Chile como país colonizador. —Los viajes de Fr. F. Menéndez. —El Ave María del Arcipreste de Hita. —Eduardo de la Barra. La guerra. —Chilenización de Tacua y Arica. —La cuestión de enseñanza. —*Libros*: Cuentos, novelas y poesías. —El Archivo histórico americano. —El Código civil argentino.

“Lecturas americanas”, n° 150 (junio, 1901), pp. 105-125. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

SUMARIO: *El Ateneo*, de Lima: Artículos sobre enseñanza e higiene escolar. —Los trece de la isla del Gallo. —Prehistoria peruana. —El poeta Cisneros. —La galería de Ortiz de Zevallos. —La Musa X. —María Abascal. —Literatura. —*Revista de Archivos y Bibliotecas*, del Perú. —*El Pensamiento latino*: La quimera de la confederación continental. —El Ateneo de Chile. —Población de la República Argentina. Bolivia. —Colombia. —El positivismo en Chile y la cultura en el período colonial. —Un viaje a Bolivia. —*Revista de Chile*: Latinos y sajones. —La instrucción y la criminalidad. —Otros artículos. —*Documentos del Archivo Nacional del Paraguay*. —*Anales diplomáticos de Colombia*. —*La Propaganda científica*. —Un error de atribución. —*Vida moderna*. —*Mercurio de América*. —*Revista nacional*: Historia de un Mapa. —El Instituto de Toluca. —Revistas ilustradas. —*Cuba y América* y otras. —LIBROS: Alemanes y chilenos. —El Ecuador y el Vaticano. —Carta a Ricardo Palma. —Bolivia y Chile. —Juez del crimen. —Mapas y planos del Archivo de Indias. —La raza hispana.

“Notas bibliográficas”, n° 150 (junio, 1901), pp. 202-203.

Historia e instituciones del Derecho privado (Derecho civil romano), por Rodolfo Sohm, Profesor en Leipzig. Traducción de la 7.ª edición alemana por P. Dorado, Profesor de Derecho en la Universidad de Salamanca. Madrid. LA ESPAÑA MODERNA. Un volumen en 4.º de 764 páginas. Precio. 14 pesetas.

“Lecturas americanas”, n° 153 (septiembre, 1901), pp. 128-150.

Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

SUMARIO: La *Revista positiva*, de Méjico. —El positivismo en América. —Programa. —La condena condicional. —La institución del *homestead*. —La sensibilidad y el carácter mejicano. —El Dr. Barreda. La educación moral. —La carta a D. M. Riva Palacio. —La Subsecretaría de Instrucción pública y D. Justo Sierra. —Las guerras de Inglaterra. —Los propagandistas del positivismo en la Argentina. —*La República*. —La humedad atmosférica y los delitos de ira en Méjico. —La génesis del crimen en Méjico. —La aclimatación humana en Cuba bajo el Gobierno español. —*Cuba y América*. —Las negociaciones de paz con Dupuy de Lome. —Una fuga de Ceuta. —*Boletín de la Oficina Nacional de Inmigración*, en Bolivia. —La *Revista Nacional*, de Buenos Aires. —Etnografía del Río de la Plata. —D. Diego Andrés Rocha y el origen de los indios americanos. —Un documento del P. Fray Pedro Luis Pacheco. —*Cataluña, Aragón, Valencia, Baleares*. —*El Ateneo*, de Lima. —La pedagogía y sus cultivadores en el siglo XIX. —Costumbres limeñas en 1801. —*La Revista Moderna*.

“Lecturas americanas”, n° 155 (noviembre, 1901), pp. 150-172.

Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

SUMARIO: *Cuba y América*. —Historia de un puercoespín. —El crecimiento de las grandes ciudades. —Arqueología cubana. —Cuba en la Exposición de Buffalo. —Nicolás Heredia y sus libros. —Psicología del pueblo español. —Máximo Gómez y nuestros soldados. —*La República*. —El ebrio mejicano. —La familia liberal y la educación de la mujer. —La democracia en Méjico, ¿es posible? —Unificación de la enseñanza. Sus condiciones. —La cuestión de razas en Cuba. —¿Puede ser Cuba independiente? —*Vida moderna*. —El servicio meteorológico en América del Sur. —La penitenciaría de Montevideo y la Cárcel Modelo de Madrid. —El pintor Blanes. —Problemas políticos uruguayos. —El canje internacional de publicaciones. —*Revista del Ateneo*. —Libros recibidos.

“Lecturas americanas”, n° 156 (diciembre, 1901), pp. 136-59.

Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

SUMARIO: *La Revista de Chile*. —El plebiscito y las anexiones territoriales. —Sarmiento, pedagogo y escritor. —La reforma ortográfica. —Deberes de la Prensa. —Defectos del cuarto Poder. —Influencia de la situación geográfica de Santiago de Chile en su desarrollo. —El ferroca-

rril trasandino. —Los túneles de los Andes y la cremallera. —Contra el pesimismo de última hora. —Reformas necesarias en Chile. —La elección del Jefe del Estado en las Repúblicas. —*El Pensamiento Latino*. —El Congreso Médico Latinoamericano. —Estudios de higiene. —Ligas contra la tuberculosis y la sífilis. —Asociación de señoras americanas «por la paz y el desarme». —La Asociación francesa. —El Congreso obrero de Lima. —Remedios contra el alcoholismo. —El segundo Congreso Científico Latinoamericano. —Conclusiones notables. —*Revista del Ateneo*. —Deficiencias de la nueva edición de leyes argentinas. —Importancia de este asunto. —*Boletín histórico mexicano*. —El Sr. García y su libro sobre el *Carácter de la conquista española*.

“Lecturas americanas”, n° 160 (abril, 1902), pp. 138-157. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

SUMARIO: *Revista Nacional*. —Cuestiones de política iberoamericana. —Sobre la mar Chiquita. —Inteligencia española. —Discurso pronunciado en el Ateneo de Santiago. —Sobre educación integral. —«The Home Education». —*La República*. —El peligro jacobino. —Los delitos de sangre en Méjico. —El proletariado profesional. —*Cuba y América*. —Puerto Rico en 1899. —*La República Agrícola*. —Causas económicas de la independencia nacional. —*Revista del Ateneo*. —La crisis económica en el Brasil. —*Revista de Chile*. —El arbitraje y los perjuicios de la guerra. —*Revista de Ciencias*. —Reforma de la enseñanza en Cuba. —*El Ateneo* (Buenos Aires). —El arbitraje obligatorio. —*El Educador*. —Programa del futuro Congreso general de enseñanza pública.

“Lecturas americanas”, n° 162 (junio, 1902), pp. 142-151. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

SUMARIO: *Revista positiva*. —Una conferencia importante del profesor Sumner. —La conquista de los Estados Unidos por España. —El imperialismo español. —La mentira de la intervención en Cuba. —Injusticia del imperialismo yanqui con España. —La locura del patriotismo. —Los Estados Unidos no pueden ser nación colonizadora. —La doctrina yanqui de la igualdad y el imperialismo. —El militarismo. —El sistema inglés. —La política económica. —El arbitraje y la cuestión del *Maine*. —La república ideal. —Errores en punto a la colonización española. —Artículos de D. Telesforo García. —Patria, raza y humanidad e ibero-americanismo. —La intimidad iberoamericana. —Panamericanismo. —El peligro yanqui. —El arbitraje. —Condiciones de la aproximación iberoamericana. —*Filosofía y letras*. —La psicología de la atención. —Experimentos sobre el tiempo de reacción. —Dos cronistas de la conquista del Río de la Plata. —Schmidel y Villalta. —Leyendas. —El concepto de felicidad en Fr. Luis de León, Horacio y Fontenelle. —Libros. —*Cuentos ticos*. —Documentos peruanos. —Obras de Pedro Pablo Figueroa. —El sistema dactiloscópico. —Otras publicaciones.

“Lecturas americanas”, n.º 165 (septiembre, 1902), pp. 159-178.

Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

SUMARIO: *La Revista Nacional* (Buenos Aires). —La etimología de Copacabana. —Unidad de la civilización sud-americana. —Los primitivos americanos. —Explotaciones prehistóricas de minas. —¿Cuál fue la raza primitiva? —Influencia de la pluralidad étnica en la formación de las nacionalidades. —Psicología de los simuladores. —Los «característicos» y los «indiferentes». —Clasificación de los simuladores. —Los astutos. —Los serviles. —Los «fumistas». —El «fumismo» literario. —Los disidentes. —Los psicópatas. —Los sugestionables. —Ejemplos de cada uno de estos tipos. —*Revista jurídica y de ciencias sociales*. —Proyecto de un Congreso universitario hispanoamericano. —Su utilidad. —*La Revista Nueva*. —Un mapa inglés de Chile y la cuestión de límites con la Argentina. —Un libro sobre el helenismo y la literatura latina.

“Lecturas americanas”, n.º 166 (octubre, 1902), pp. 172-191.

Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

SUMARIO: *Revista positiva*. —El Dr. Gabino Barreda. —*La República*. —Colonización interior de Méjico. —Estado actual y organización futura. —La cuestión indígena. —Los indios y la conquista española. —Regeneración del indio. —Papel de la Iglesia y el Ejército. —*Cuba y América*. —Las Casas de salud de la Habana. —*Archivos de criminología*. —El Asilo-colonia para alienados de Yuqueri.

“Lecturas americanas”, n.º 168 (diciembre, 1902), pp. 154-174.

Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

SUMARIO: *Cuba y América*. —La instrucción primaria en Cuba en 1902. —La instrucción primaria en el siglo XVI. —Estadística de maestros alumnos. —*La Revista positiva*. —Papel de la poesía en el periodo industrial. —Curiosa antología. —*La Revista nueva*. —La literatura y la fraternidad hispanoamericana. —El comercio de libros en Bogotá. Los críticos españoles. —Un chileno ilustre: D. Miguel Luis Amunátegui. —Sus obras y su política. —*Un aventurero limeño*: el Marqués de Castrias. —Sus hazañas en tierra española.

“Lecturas americanas”, n.º 169 (enero, 1903), pp. 155-170. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

LIBROS: A. Nin Frías. *Ensayos de Crítica e historia y otros escritos*. —S. Pérez Triana. *Reminiscencias tudescas* (primera serie). —M. Sánchez Mármol. *Las letras patrias*. —I. Alcides López. *¿Puede o no adaptarse a los países hispanoamericanos la organización política de los Estados Unidos del Norte?* —A. Miguel Alcover. *El periodismo en Sagua*. —*Anuario estadístico de la ciudad de Buenos Aires*, Memento.

“Lecturas americanas”, n° 170 (febrero, 1903), pp. 147-171. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

SUMARIO. —*El Pensamiento latino*. —La decadencia chilena y sus remedios. —Reformas legislativas y de instrucción pública. —La reforma de los estudios jurídicos y políticos y de la enseñanza científica. —El Congreso de enseñanza. —*La Revista Nacional*. —La incuria nacional. —Psicología del criollo. —Notas pedagógicas de Bunge. —El problema del idioma. —La educación moral. —La primera carta geográfica con el nombre de América. —*Filosofía y Letras*. —La prótasis de las Geórgicas. —La poesía actual y su posible evolución. —Las cartas de Toscanelli a Colón. —*Revista de Derecho, Historia y Letras*. —Hipólito. —La inteligencia argentina. —Causas de su pobreza de producción. —El proyecto de Universidad libre. —*Revista jurídica y de ciencias sociales*. —Política caciquista. —Estado actual de la psicología en Europa y América. —El episcopado argentino y el proyecto de ley del divorcio. —Un proyecto de ley de accidentes del trabajo.

“Lecturas americanas”, n° 171 (marzo, 1903), pp. 128-144. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

LIBROS. —R. Rivarola, *La Justicia en lo criminal*. —Idem, *Instituciones de Derecho civil argentino*. —Quesada, *La política argentino paraguaya*. —ídem, *El «Criollismo» en la literatura argentina*. —E. M. Cavazutti, *Proyecto de organización del movimiento científico universal*. —A. Lugo, *A punto largo*. —J. Vancouver, *Viaje a Valparaíso y Santiago*.

“Lecturas americanas”, n° 172 (abril, 1903), pp. 149-171. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

REVISTAS. —*Vida moderna*. —Los viajes de los hermanos Reyes por la América del Sur. —Las sabanas de los Andes. —La cuenca del Putumayo. —Los antropófagos. —El Amazonas. —Riquezas de todas estas regiones. —Lo que hizo España. —Proyectos. —Las leyes de enseñanza en *Las Partidas*. —La fundación de Montevideo. —El Congreso jurídico americano de 1900. —Principales acuerdos. —Los partidos políticos de Chile. —*La Revista Nueva*. —La educación cívica. —La moral evolucionista. —*La Instrucción Primaria*. —Influencia de Condillac en las escuelas de la Habana a fines del siglo XVII y comienzos del XIX.

“Lecturas americanas”, n° 174 (junio, 1903), pp. 136-163. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

REVISTAS. —*Cuba y América*. —Educación médica de niños defectuosos. —La Quinta de Salud de los Dependientes de Comercio. —Tiempos prehistóricos cubanos. —La Universidad de La Habana. —Liga contra la tuberculosis. —El tipo de «Don Juan» en las literaturas modernas. —Quevedo, moralista. —Conversaciones químicas sobre religión. —Peda-

gogos cubanos. —El Tratado de comercio con los Estados Unidos. —«El Laúd del Desterrado». —*Revista Positiva* (Méjico). —Peligros actuales de Méjico. —La agresión de Inglaterra y Alemania a Venezuela. —La civilización yanki. —Alocución a los jóvenes. —*Boletín de Instrucción Pública* (Méjico). —Artículos principales. —*El Pensamiento Latino* (Chile). —Inmigración en América. —Reformas en los estudios jurídicos. —El proletariado intelectual. —Pi y Margall, según un cubano. —Bibliografía pedagógica chilena. —LIBROS. —*De lo más hondo*, por E. Frugoni. —*Pasatiempo*, por F. Estrada. —*Notas sobre progreso municipal científico*, por F. Carrero.

“Lecturas americanas”, n° 175 (julio, 1903), pp. 129-151. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

REVISTAS. —*Vida moderna*. —Los partidos políticos en Chile. —Su historia y estado actual. —La lengua quechua y la dominación española. —Un nuevo libro de D. Vicente G. Quesada. —A qué se debe la decadencia en España. —*Revista jurídica y de ciencias sociales*. —El proletariado argentino. —El delito de los alienados y de los simuladores de la locura. —*La Revista Nueva*. —Contra el feminismo.

“El Segundo Congreso Internacional de Ciencias Históricas. Primer artículo”, n° 175 (julio, 1903), pp. 71-88.

“Lecturas americanas”, n° 176 (agosto, 1903), pp. 135-158. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

REVISTAS. —*Anales de la Universidad* (Chile). —Problemas históricos de la conquista de Chile. —Los compañeros de Valdivia. —Los metros de los cantares del Arcipreste de Hita. —Memoria del rector de la Universidad. —Reformas de la enseñanza secundaria y superior. —La Extensión Universitaria. —El Instituto Pedagógico. —El internado del Colegio Nacional. —*La Revista Nueva* (Chile). —El modernismo en América. —El Paraguay intelectual. —Progresos modernos. —*Boletín de la Sociedad Jurídico-literaria* (Colombia). —Iberoamericanismo. —Un proyecto de Biblioteca hispanoamericana.

“El Segundo Congreso Internacional de Ciencias Históricas. Segundo artículo”, n° 176 (agosto, 1903), pp. 38-53.

“Lecturas americanas”, n° 177 (septiembre, 1903), pp. 133-152. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

REVISTAS: *La Revista médico-farmacéutica* y *La Quincena*, de San Salvador. —El Asilo de indigentes Sara. —Policía de costumbres en la época de la dominación española. —La instrucción primaria en El Salvador. El simbolismo de la cruz en América. —La cruz de Palenque. —Necesidad de la *sh* en la lengua hispanosalvadorense. —*La Instrucción primaria* (Cuba). —Recuerdos interesantes de Pestalozzi. —Bibliotecas para niños. —Sus

sistemas y los *ex-libris* educativos. —Ruido y orden. —*Cuba y América*. —Un episodio desconocido de *Plácido*. —*La Revista Nueva*. —Industria lechera en Uruguay y Argentina. —Canalización sudamericana. —*Vida Moderna*. —La federación americana.

“Lecturas americanas”, n° 178 (octubre, 1903), pp. 145-166.

Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

REVISTAS. —*Revista nacional* (Buenos Aires). —La educación entre los antiguos mejicanos. —Sus máximas morales. —Programa. —Nueva «Biblioteca de historia nacional» de Colombia. —Espíritu y alcance de la enseñanza de la historia argentina en los colegios nacionales. —Canalización sudamericana. —*Revista Positiva* (Méjico). —El modernismo y el positivismo. —Valor estético de las obras de la escuela decadentista. —Influencia social y moral de la lectura de novelas en la juventud. —*Vida Moderna*. —La enseñanza de la historia. —Más sobre comunicación fluvial sudamericana. —*Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias sociales* (Buenos Aires). —La lucha por la vida y el descanso. —El nuevo plan de enseñanza secundaria. —*Centro América intelectual* (San Salvador). —Gobernantes de Honduras. —Cómo se formó la Honduras inglesa.

“Lecturas americanas”, n° 179 (noviembre, 1903), pp. 135-158.

Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

LIBROS. —*Papeletas lexicográficas*, por Ricardo Palma. —*Notas al castellano en la Argentina*, por R. Monner Sans. —*Los modernistas y Zola*, por V. Pérez Petit. —*Los indios en las provincias del Río de la Plata*, por V. G. Quesada. —*Perú primitivo*, por P. Patrón. —*México: su evolución social*, publicación dirigida por Justo Sierra. —REVISTAS. —*España* (Buenos Aires). —Manifestaciones políticas en el extranjero. —Vicios del castellano en la Argentina. —Copenhague. —*Cuba y América*. —El obispo Morell. —El Estado más pequeño del mundo. —*El Ateneo*. —Estudios sobre Goethe. —*Revista del Foro*. —Un proyecto de intimidad latinoamericana. —*Archivos de psiquiatría y criminología*. —Arqueología criminal americana.

“Notas bibliográficas”, n° 179 (noviembre, 1903), 202-203.

Ley de accidentes del trabajo. Estudio crítico de la española... de su reglamento y disposiciones concordantes, comparadas con las principales legislaciones extranjeras, por D. Hipólito González Rebollar. Salamanca. 1903, 4.º XXI-506, 6 pesetas.

“Lecturas americanas”, n° 180 (diciembre, 1903), pp. 128-153.

Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

REVISTAS: *Revista Positiva*. —La sociología abstracta y su aplicación a algunos problemas fundamentales de Méjico. —La teoría organicista. —La población que trabaja y la que no trabaja. —La escuela y el taller.

—El indio americano. —Cómo civilizarlo. —*España*. —La regeneración española y el pesimismo. —Opinión de Zulueta. —Maestros españoles. —Aguado, Salmerón, Giner de los Ríos y González Garbín. —*Archivos de Psiquiatría y Criminología*. —Los caudillos criminales en Sud-América. —João Francisco. —El Terror en Río Grande. —*Revista del Foro*. —D. Nicolás Azcárate. —*La Instrucción Primaria*. —La enseñanza mercantil en Cuba desde 1835. —Memento bibliográfico: Libros recibidos.

“Lecturas americanas”, n° 181 (enero, 1904), pp. 148-165. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

LIBROS. —*La lengua castellana en Puerto Rico*, por M. Fernández Juncos. —*Apuntes históricos*, del general Mendiburu. —Noticias cronológicas del Cuzco. —*Rectificaciones históricas*, por F. Iglesias. —*Los Anales diplomáticos y consulares de Colombia*. —*Hombres y cosas de América*, por E. Piñeyro. —*Santa*, novela de Gamboa. —*El buscapié cervantino*, por G. de J. Vázquez. —*El Éxodo y las flores del camino*, por Amado Nervo. —REVISTAS. —*Chile moderno*. —Los americanos y los empleos públicos en América a comienzos del siglo XIX. —Primeros chispazos de la Independencia en el Perú. —*Ideas* (Buenos Aires). —Comentarios sobre el castellano. —La guerra de la Argentina con el Uruguay en 1867-70. —Estudio sobre Echegaray. —*Revista Nueva* (Tegucigalpa). —*Vida Moderna*. —La tuberculosis y los obreros. —La enseñanza de la Historia. —El ideal del descanso.

“Lecturas americanas”, n° 182 (febrero, 1904), pp. 136-154. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

REVISTAS. —*El Ateneo* (Lima). —Un documento inédito de Lagasca. —El historiador Betanzos. —Tratamiento de indios. —*Revista Nacional* (Buenos Aires). —Heráldica argentina. —La cosecha del caucho en la región del Amazonas. —*Cuba y América*. —Los juegos florales de Matanzas en 1861 y la Avellaneda. —Las poesías de Luaces. —Los restos de José María Heredia. —Los indios quichés de Guatemala. —*España* (Buenos Aires). —La piscicultura antigua y moderna. —Deber de los editores españoles. —Ediciones baratas de clásicos. —Centro de información comercial argentina. —*La Quincena* (El Salvador). —Fiestas eclesiásticas en 1880. —Un libro en defensa de España. —Memento bibliográfico.

“Lecturas americanas”, n° 183 (marzo, 1904), pp. 140-156. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

LIBROS. —*Historia del desarrollo intelectual en Chile*, por A. Fuenzalida. —*Mi año literario*, por A. Reynal O'Connor. —*El crepúsculo de los gauchos*, por Félix B. Basterra. —*Simulación de la locura y La psicopatía en el arte*, por el Dr. Ingegneros. —*Más allá de los horizontes...*, por Blanco-Fombona. —*Lecciones de literatura española*, por S. Argüello. —*Anales de la catedral de Lima*, por el Dr. J. M. Bermúdez. —*Mayo-*

razgos y títulos de Castilla, por D. Amunátegui. —REVISTAS. —*Anales de la Universidad* (Chile). —Oidores de la Audiencia de Chile en el siglo XVII. —Equivalencia de títulos académicos y profesionales en América. —Convenios establecidos. —Higiene de la infancia. —*Revista Positiva*. —La República de Panamá y la diplomacia contemporánea. —*Civilización yanqui*. —*Boletín de Instrucción Primaria* (Méjico). —La Comisión internacional americana de Arqueología y Etnología.

“Lecturas americanas”, n° 184 (abril, 1904), p. 132-155. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

REVISTAS: *La Quincena*. —Un documento inédito del diputado dóceñista Mejía. —La influencia alemana y la francesa en América. —Cuba y América. —El Centenario de Heredia. —Plan de una biblioteca herediana. —El obispo Compostela. —Una revista ilustrada de Norte-América. —*España*. —Artículos de Grandmontagne. —El progreso moderno de España. —Una proposición generosa y útil. —*Boletín de Instrucción pública* (México). —La educación agrícola. —Tendencias de la legislación escolar en los Estados Unidos. —La centralización. —El auxilio de los grandes a los pequeños. —La educación pedagógica de los maestros. —Las profesiones y su reglamentación. —La extensión universitaria inglesa y las bibliotecas públicas. —El Tratado de propiedad literaria con España. —*La Instrucción primaria* (Habana). —Las conclusiones de la Sociedad Nacional de Educación de los Estados Unidos.

“Lecturas americanas”, n° 185 (mayo, 1904), p. 140-161. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

LIBROS: *Anales de la Escuela Nacional de Jurisprudencia* (México). —*Don Antonio de León Pinelo y el obispo González*, por Juan E. O’Ryan. —*Nueva Colección de libros y documentos referentes a la historia de América*. —*Nuevo sistema de Lógica inductiva y deductiva*, por el Dr. Porfirio Parra. —REVISTAS: *España*. —El castellano en América y el Sr. Abeille. —*Revista Nacional* (Buenos Aires). —Ideas políticas de Bolívar. —*Cuba y América*. —Variabilidad de algunas plantas cubanas. —Curiosos ejemplos. —La Biblioteca Herediana. —Criminólogos cubanos modernos. —*La Quincena* (San Salvador). —Una anécdota de San Martín. —Ascensión al volcán de agua de Guatemala.

“Lecturas americanas”, n° 186 (junio, 1904), p. 148-175. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

REVISTAS: *España*. —El porqué de la pobreza española. —El Derecho internacional y las grandes potencias. —*Boletín de Instrucción Pública* (México). —Nuevo Colegio Comercial en Berlín. —Su plan de enseñanza. —La higiene de la vista en las escuelas. —Estadísticas. —La inspección ocular según el sistema Risley. —Las escuelas de México y los defectos de la vista. —La unificación del estudio de las matemáticas en las escue-

las. —Principios metodológicos. —Aritmética moderna. —Cómo se puede hacer práctica y moderna la enseñanza aritmética. —Ejemplos. —*Revista Positiva*. —Las grandes mentiras de la Historia de México. —La mentira histórica. —Los malos libros de narración histórica.

“Lecturas americanas”, n° 187 (julio, 1904), p. 135-154. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

REVISTAS: *Chile Moderno*. —La decadencia chilena. —Sus causas y sus remedios. —Historia de la canción patriótica chilena. —La colaboración de Carnicer y Lucrecia Borgia. —*Revista Jurídica y de Ciencias Sociales* (Buenos Aires). —Observaciones de psicología social. —*Pandemonium* (San José de Costa Rica). —Lo que piensan de Costa Rica los extranjeros. —Origen de los apellidos costarricenses. —Los Alvarados y los Bonillas. —*El Herald del Istmo* (Panamá). —Episodio de las luchas civiles de 1867 en Bogotá. —Los indios y los negros en el territorio del Istmo.

“Lecturas americanas”, n° 188 (agosto, 1904), p. 150-170. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

LIBROS. —Dr. Vidal Morales y Carlos Latorre, *Nociones de Historia de Cuba*. —Dr. Carlos León, *Elementos de Sociología*. —V. G. Quesada, *Recuerdos de mi vida diplomática*. —E. Quesada, *La propiedad intelectual en el Derecho argentino*. —M. Castro López, *El padre intelectual de próceres de la Independencia argentina y Un heterodoxo español en el primer Claustro de la Universidad argentina*. —*Almanaque del Boletín Mercantil de Puerto Rico*. —REVISTAS. —*Cuba y América*. —Lo que hacen las ciudades por los niños pobres. —El Juzgado infantil. —*Revista Nacional*. —El pensamiento en América. —La literatura argentina. —Causas de su estancamiento. —El Problema de la Tuberculosis. —Ordenanzas de Rosario de Santa Fe sobre tuberculosos. —Casas para obreros. —La Sociedad berlinesa de construcción y ahorro.

“Lecturas americanas”, n° 189 (septiembre, 1904), p. 157-177. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

REVISTAS. —*España*. —Desafinaciones hispanoamericanas. —Buenos consejos. —La venta de los libros españoles en América. —El celibato y la enseñanza. —El Club español de Buenos Aires. —Para qué sirve la Asociación Patriótica Española. —*El Pensamiento Latino*. —Documentos y descripción de las fiestas hechas en homenaje a la paz chilenoargentina. —Los escritores chilenos y los críticos brasileños. —*Revista Positiva*. —El conflicto rusojaponés. —El Centenario del *Quijote*. —*Revista Jurídica y de Ciencias Sociales*. —Los concejos españoles y los cabildos coloniales. —Proyectos de reforma universitaria. —*El Foro del Porvenir* (San Salvador). —La nueva ley de arbitrios y el referéndum.

“Lecturas americanas”, n° 190 (octubre, 1904), p. 149-166. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

LIBROS. — *Olmedo, hombre d'Etat et poète américain, chante de Bolivar*, por Víctor M. Rendón. — *Contes américains y Pequeña ópera lírica*, por R. Blanco Fombona. — *Congreso general de Enseñanza pública de 1902*, tomo I. — *Proyecto de una Ley Nacional del Trabajo*. — REVISTAS. — *El Boletín de Agricultura* (San Salvador). — Museo Tecnológico Industrial de Méjico. — *Revista del Foro* (Habana). — Don Ramón Francisco Valdés. — *Revista Nacional* (Buenos Aires). — Aplicaciones sociológicas de la lucha por la vida. — *La Instrucción Primaria* (Habana). — La instrucción pública y privada en Cuba. — La educación del porvenir en Inglaterra.

“Lecturas americanas”, n° 191 (noviembre, 1904), p. 135-157. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

REVISTAS. — *La Quincena* (San Salvador). — Nacimientos ilegítimos en América. — Cómo vivía un ministro español en 1889. — La extensión actual del castellano. — *Revista Positiva* (Méjico). — Spencer. — Los límites de la tolerancia. — La escuela primaria en Méjico. — El sentido educativo. — El fin moral de la Aritmética. — El Mensaje del presidente Roosevelt y el canal del Istmo. — *Boletín Mercantil de Puerto Rico*. — Un discurso de Fernández Juncos. — Hostos como educador. — *España*. — Sociología naturalista. — El Hospital Español de Buenos Aires.

“Lecturas americanas”, n° 203, (enero, 1905), p. 151-171. Firma con el pseudónimo *Hispanus*.

REVISTAS. — *España* (Buenos Aires). — Los jornaleros de la Sierra de Aracena. — El alma española en América. — La inmigración española. — Cualidades que llevan y adquieren los inmigrantes. — Cómo trabajan. — La industria *registrera*. — Las opiniones políticas. — Lo que esperan de España los inmigrantes. — El monumento a Isabel la Católica. — *Chile Moderno*. — El ingeniero y militar Holger Birkedal. — *Ideas* (Buenos Aires). El feminismo intelectual en la Argentina.

ANTOLOGÍA DE LAS COLABORACIONES EN *LA ESPAÑA MODERNA*

**“Notas bibliográficas: Bibliografía española en el extranjero”,
nº 2 (1889, febrero), pp. 198-202**

Hace pocos meses tuve el gusto de publicar en el diario *La Justicia* un artículo titulado *Clarín y Palacio Valdés en Italia*, en el cual examinaba, y aun discutía, el juicio del crítico italiano Sr. Cesáreo acerca de aquellos dos literatos. Más recientemente, volví sobre lo mismo en otro artículo titulado *A propósito de la literatura española en Francia*, que publicó también *La Justicia*; y como ahora se me ofrece nueva ocasión de tratar este asunto, me permitiré trasladar un párrafo del último trabajo citado, para que sirva como de *motivo* y base a estas notas.

«Siempre es una satisfacción ver cómo los hombres de otros países se ocupan de las cosas nuestras; y no por la vanidad de que se codeen los nombres de nuestros escritores con los de quienes gozan fama más europea, aunque no sé si legítima siempre, ni por el orgullo infantil de exclamar:—; Vean ustedes si aquí valemos también y sabemos hacer las cosas!— sino porque el hecho de que se fijen en ellos indica que el movimiento literario español no se reduce a las manifestaciones más o menos brillantes de dos o tres individualidades de talento, sino que toma ya los caracteres de una corriente social bastante señalada para que llame la atención y adquiera representación propia en la esfera del arte.

Ha pasado ya al estado de axioma que los nombres de unos cuantos trabajadores incansables, serios y reflexivos en cosas de substancial importancia científica y artística — de los cuales podemos

reclamar la nacionalidad y debíamos reclamar, con un mayor interés y respeto, la gloria— son más conocidos en tierras de Alemania y de Inglaterra, que en éstas, castellanas o no, que forman el Estado español. De esos ya no hay que hablar, puesto que lo maravilloso no es que por fuera les hagan justicia, sino que en casa se les niegue, nada más que por no haber comparecido en los estrados del tribunal popular. Así queda probado que los tales, quizá representan un movimiento intelectual novísimo en sus respectivas esferas, y tal vez influyan por sí mismos en tierras de moros y herejes; pero que de ambas cosas se encuentra, hoy por hoy, perfectamente ignorante nuestro público y salvo de todo llamamiento a prueba testifical. De los literatos, ya es cosa distinta: de los literatos se preocupa todo el mundo, a Dios gracias, aunque cada cual lo haga por motivos diferentes; y nos interesa mucho, pero mucho, con interés real y aun con mera curiosidad, saber qué cosas dicen de ellos los pontífices, más o menos legítimos, de la crítica extranjera».

Hoy debo empezar por ocuparme de lo que dice sobre las dos últimas novelas de Palacio Valdés, *Maximina*, y *El cuarto poder*, el célebre escritor americano William Dean Howells, en la popular revista *Harper's new monthly magazine*.

Comienza el crítico recordando la opinión de Ed. Burke, según el cual la regla constante del arte que permanece a través de todos los cambios del gusto público, se funda en la «observación sencilla de las más comunes, y aun de las más vulgares cosas de la naturaleza»; fórmula que J. Addington Symonds explica reduciéndola a una cuestión de «presencia o falta de sencillez, naturalidad y veracidad en la producción estética». De aquí deduce W. Howells que, siendo este criterio accesible a todo el mundo, permite el juicio acertado de las literaturas que representan una vida muy diferente de la propia del grupo social a que pertenece el juzgador. Y con esta motivación, que yo no discuto, entra de lleno en el examen de *Maximina*, cuyo argumento expone largamente, traduciendo algunos pasajes íntegros.

Naturalmente, se fija en aquellas escenas que dan *carácter* al libro y lo hacen de una simpatía tan dulce para la mayoría de los lectores: me refiero a las escenas del *interior* de casa de Riverita, a la pintura de la vida conyugal tan sencilla y hermosa, tan llena de bondad y cariño, sin que llegue al empacho de los primeros arru-

llos de Juanito Santa Cruz y su mujer, en *Fortunata y Jacinta*. El pasaje aquél en que toda la familia discute acerca de la posibilidad de que el recién nacido, hijo de Maximina —un *baby* de dos días de edad— sonría al oír el nombre de Serafina, está traducido íntegro; y lo cierto es que la «ironía tierna», la sencillez y naturalidad, la «claridad perfecta» que avaloran este pasaje, pero, sobre todo, la dulce ironía que Palacio Valdés maneja admirablemente, resulta, vertida al inglés, con mayor relieve aún que en el texto español, aumentada por el genio *humorístico* y la condición clara, límpida, serena, de la lengua de Dickens.

El crítico del *Harper's new monthly magazine* elogia mucho, y con razón, los tipos secundarios de *Maximina*. De Rivera dice «que está estudiado con tal íntima simpatía, que nos lleva hasta el alma de un hombre cuyos sentimientos son generosos y buenos, y cuya voluntad es mejor de lo que fue su vida, aunque su vida sea mejor que la de su medio social en muchos puntos». La escena de la muerte de Maximina y la conversación que pocas noches antes sostienen ella y Rivera contemplando, desde el balcón de su casa, el cielo estrellado y sereno de Madrid, interesan especialmente a Howells. De las dos narraciones incidentales, nota su excelente factura y lo delicioso de la exposición—especialmente la de los amores de Enrique y la chula— y termina con este juicio de conjunto: «No diremos que *Maximina* sea una obra que iguale a *Marta y María* (conocida en la traducción inglesa con el título de *El marqués de Peñalta*); pero es de la misma admirable estructura; el mismo infalible acierto de juicio la caracteriza, igual conciencia clara e inteligente». El lector, añade, debe buscar en el libro mismo el «sentido del cambio ejercido por Maximina y por los ejemplos de su vida en el espíritu abierto, humorístico y sarcástico de Miguel, al cual educa en la paciencia, el desinterés y la seriedad noble» por donde la novela es una perfecta alabanza del matrimonio y de la mujer casada, y uno de los libros más exquisitos, interesantes y consoladores que se han escrito «sencilla, natural y verazmente».

De intento he citado el anterior párrafo, porque él me ha de servir de motivo para un artículo en proyecto acerca de la mujer en las novelas de Palacio, y, sobre todo, de la mujer casada; con lo cual procuraré aquilatar ese otro aspecto de toda obra literaria, a saber: su importancia, su efecto y su significación social.

El cuarto poder dice Dean Howells que, sin la mitad de acción que tienen *Marta y María* y *Maximina*, es, «por otros conceptos, una obra superior a aquéllas; su plan es vasto; su tolerancia, amable; su simpatía hacia todo lo bueno, contagiosa; delicioso su *humour*. Belinchón es un carácter digno de Cervantes, con sus extravagancias y sus contradicciones». La falta del libro es «el exceso romántico del suicidio de Gonzalo», pero, en cambio, tiene todo él esa «sinceridad característica de los escritores latinos cuando pintan la vida de su pueblo».

Quisiera poder añadir a estas notas sobre Palacio Valdés algunas más sobre otros novelistas, pero me falta tiempo. Sólo anunciaré, como nuevas muestras del aprecio con que en otros países tienen a nuestros autores, la publicación de dos artículos sobre Emilia Pardo Bazán, en las revistas *El Pensamiento ruso* y *Novedades rusas*; la reciente traducción al francés de *Marianela*; y la próxima de *La Madre Naturaleza*, de los *Pazos de Ulloa*, en francés, y de *La Gallega*, en inglés, en una acreditadísima revista, y de algún otro libro, todos los cuales tienen tanto derecho a recorrer el mundo como las traducciones rusas, aunque no más sea que por el carácter y el tono especial que ofrecen, bien distinto del diapasón, vulgarmente aceptado, de la novela francesa.

Rafael Altamira
15 de febrero de 1889

“Notas bibliográficas”, nº 6 (junio, 1889), pp. 189-192

Vida y escritos de D. Vicente de los Ríos, por D. Luis Vidart. Con un *post-scriptum* de D. Mario de la Sala. Madrid, 1889

Aun cuando el biografiado en este nuevo libro del Sr. Vidart, lo es, aparentemente, como miembro del panteón de artilleros ilustres, la biografía no resulta extraña a los no versados en estudios técnicos referentes a aquel orden de la milicia; sino antes bien, amena, atractiva e interesante para los que se cuidan de la reconstrucción de nuestra historia de las ideas científicas, y con menor pretensión, que es justamente más común, de los asuntos literarios que a todos parece hoy importan. Es, en efecto, D. Vicente de los Ríos, aparte de un autor estimable para la enseñanza militar, un crítico de aquellos que dieron tanto carácter al siglo XVIII, equilibrado de facultades, sereno de temperamento, no muy subido de ideal, pero erudito, bien templado y celoso de las glorias de su casa, un poco olvidadas, aunque no tanto como alguien ha supuesto, si hemos de creer a los *Mercurios* y demás papeles de aquellos días, y a las listas bibliográficas de Sancha y otros tales de los buenos impresores que tuvimos. Quéjase con razón el Sr. Vidart del desconocimiento y preterición que de su biografiado hacen, por lo común, los libros de historia literaria, siendo así que tiene méritos tantos, como otros de que se habla sobradamente; y, a la verdad, para muchos lectores, la minuciosa *Vida* que ha escrito el Sr. Vidart debe haber hecho oficio de revelación plena.

La importancia mayor de D. Vicente de los Ríos es como analizador del *Quijote*, libro de los en menor aprecio en aquellos días. La razón dala el Sr. Vidart recogiendo observaciones del Sr. Tubino acerca del escaso favor que la novela gozaba; y aduciendo justamente datos que de los escritos de Cabanilles, Forner, Lampillas y Feijóo, vienen a confirmar el argumento. Lo indudable es que, si para algunos críticos meticulosos o poco arrojados (no sé si contar-me en el número), el pleito entre D. Vicente de los Ríos y Morla sobre el *Tratado de Artillería* —pleito que el Sr. Vidart decide a favor del primero— no está tan claro como el autor presume, lo que es la excelencia y estima de Ríos como literato y sus buenos oficios en pro de tan alta joya de nuestra literatura como es el *Quijote*, que-

dan más que de relieve con la exposición y catálogo de justificantes que su biógrafo presenta.

El Sr. Vidart, de cuya erudición en tales materias no necesito hacer encomio, entrevera el relato de hechos con observaciones curiosas sobre las ideas literarias y sobre los vientos que tocante a ellas corrían en tiempos de D. Vicente. No puedo yo discutir ahora tales observaciones, de que habría mucho que hablar; *v. gr.* en lo que se refieren a la clasificación de las obras literarias. Mi objeto sólo es notar la aparición de este libro, indicar su carácter y hacer, de paso, propaganda del nombre e importancia de Ríos, a lo que todos debemos contribuir en la medida de nuestras fuerzas. Precisamente en ello estriba la mejor excelencia del trabajo del Sr. Vidart; porque si es cierto que las monografías y las biografías son la más firme base y precedente de la historia, sobre todo «cuando se trata de escribir sobre la historia de las ciencias o de las artes», crece la necesidad en nuestro caso cuando el descuido tradicional que en tales cosas hemos puesto nos conduce a ver hecha en tierra extranjera nuestra propia historia y mejor conocidas nuestras glorias literarias y científicas, que nos son, a menudo, gran novedad.

D. Vicente de los Ríos ostenta en su haber de publicista los siguientes libros: *Discurso sobre los ilustres autores e inventores de Artillería* (españoles); *Memorias de la vida y escritos de D. Esteban Manuel de Villegas*, en la edición de las obras de este poeta, hecha en 1774; *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* y *Análisis del Quijote*, en la edición de la Academia Española (1780) y sus reimpressiones (1782 y 1787). El mérito del *Análisis* y su importancia para la historia de las ideas estéticas, no se funda en la erudición y acierto de la crítica menuda que lo ilustra. Pica más alto, porque en él se señalan teorías sobre la belleza que, en opinión del señor Menéndez y Pelayo, son el mayor atisbo de doctrina algo trascendental que puede hallarse en nuestros autores del siglo XVIII, señalando como «un vislumbre de estética subjetiva», en que se acudía al examen y atención de las facultades humanas, dejando a un lado toda disquisición sobre la belleza absoluta, para lo cual no estaban preparados nuestros escritores, ni por su educación filosófica, ni por las aficiones sensualistas que dominaban entonces. Ejemplo de ello puede verse en Arteaga, cuyo libro dice ser de investigaciones sobre la *belleza ideal*. Arteaga y Ríos son los mejores y más apre-

ciables representantes de los estudios estéticos en España durante aquel período.

Todavía hay que contar entre los merecimientos de Ríos su *Tratado de táctica*, que dejó inédito, y el *Discurso para la abertura de la Escuela de táctica de Artillería*, sobre los cuales me remito al juicio del señor Vidart y a otros que él cita.

Nada más debo yo decir. El haber pertenecido Ríos a las Academias de la Historia y Española, y como profesor al Colegio de artilleros, no son títulos para invocados, porque ellos solos no dicen cosa que enaltezca al autor, como no enaltece título alguno sin obras que lo legitimen. Bien legitimó Ríos los suyos, y en reconocerlo y proclamarlo, juntamente con otros méritos de los que no piden diploma, me complazco, uniendo mi humilde nombre a los de Fernández y González, Menéndez y Pelayo, Barado y Carrasco, primeros en reparar el injusto olvido que de nuestro autor se tenía, según declara su mismo biógrafo. A éste debe caber la satisfacción de contribuir, en mucho, a popularizar el conocimiento de un escritor tan digno de figurar en las páginas de la historia de la literatura y de la milicia.

Rafael Altamira

“La cuestión académica. (Carta abierta). Sra. Doña Emilia Pardo Bazán”, nº 26 (febrero, 1891), pp. 183-188

Mi distinguida amiga: Si la cuestión que hace un año se discutió en toda la prensa, a propósito de la proyectada candidatura de V. para la Academia Española, no hubiese trascendido de la esfera puramente personal, para convertirse en cuestión *objetiva* y de principios, como decimos ahora, no me atrevería yo a resucitarla, por temor de molestar juntamente al público y a V. en lo más delicado de su modestia.

Pero, como digo, todos conformamos entonces en que lo que se discutía no era el derecho de *usted* a ser *académico*, sino el derecho y las aptitudes de la mujer para alcanzar esa sanción oficial y externa, aunque importante al fin y al cabo, dentro del medio y para vivir en acuerdo con él.

Puesta así la cuestión, dejaba de tener un carácter *legal* e *histórico*, para tomar otro *jurídico* y *racional*; si es que V. me permite el uso de esas denominaciones tan gráficas y vulgares como inexactas. ¡Pero vaya V. con derecho natural y razón llana a los centros oficiales! En este punto, son todos afiliados a la escuela positivista que editan los Fratelli Bocca de Milán. No hay más derecho que el legislado y a él me atengo. Dejémonos de historias y veamos el Alcubilla, la *Gaceta* y el *Repertorio* de Pantoja. ¿Autoriza la legislación de las Reales Academias el nombramiento de un miembro que no sea varón? Y, sobre todo, ¿hay precedentes de lo contrario?

Ahí estaba el *quid*: los *precedentes*. Es decir, ¡el primer *mouton de Panurge*, sin cuyo ejemplo e impulsión cualquiera se atreve a mover un pie! La pretensión, por lo repetida, es graciosa. Llevada con rigor, supondría la inmovilidad en todas las esferas de la vida; porque es de presumir que si ahora comemos con tenedor y nos calentamos con estufas, alguien fue el primero en usar estas novedades, de las que no se sabe todavía que naciesen espontáneamente al par del hombre terciario o post-terciario, si así lo quiere el Sr. Vilanova: y ese tal primero de la serie, o no era primero, o jamás pudo alegar antecedente alguno.

Pero basta de perogrulladas: aunque tales están los tiempos, que así como el sentido común —según dijo el otro— es el sentido que menos abunda, la perogrullada es la verdad que menos se sabe y

se practica. No es, pues, tan inútil, como a primera vista parece, recordarla de vez en cuando.

No escribo, sin embargo, esta carta para insistir en este aspecto de la cuestión. También yo, aunque no soy académico y aunque opino en mucho con nuestro *Fígaro* que el hombre *es un animal incorregible*, doy su importancia al dato histórico, y creo que tiene, en efecto, una fuerza y valor que oscila según los tiempos, como la Bolsa, pero que siempre pasa de cero.

El precedente es, en tesis general, una garantía; y no lo digo por los que suelen inventarse en nuestros ministerios para favorecer o perjudicar a determinada persona. En buena doctrina, los precedentes son de dos clases: los de casa y los de fuera; pero aquí solemos rendir culto al refrán que Fernán Caballero escogió como tema, si no me equivoco, de uno de sus cuentos. Lo de fuera, como no sea en materia de cocina o de trajes, suele importarnos poco y juzgarlo por inadecuado. A ser de otro modo, figúrese V. si llenaríamos cuartillas con precedentes de representaciones femeninas en Institutos y Academias tan respetables, por lo menos, como la muy respetable Española.

El ejemplo no lo dan sólo las heteróclitas y extravagantes costumbres de los Estados Unidos. Lo dan dos de las naciones más conservadoras en las costumbres y tradiciones burocráticas y sociales: Inglaterra, admitiendo en sus juntas de primera enseñanza, o *school boards* a las mujeres; Francia, elevándolas al grado de consejeros de Instrucción pública.

Pero ya es sabido. O somos o no somos castellanos y patriotas. «Con mal o con bien a los tuyos te ten»; y sabido es que *los nuestros*, son, ante todo, los reglamentos y jurisprudencia de las Academias Reales.

Bien recuerdo que, aparte de la discusión sobre el sentido de las palabras escritas en el Reglamento de la Española, se habló, en aquella ocasión a que aludí al comenzar esta carta, de precedentes concretos que no llegaron a granar.

Yo no sé qué tal andarán de relaciones las varias Academias que los reyes borbónicos del pasado siglo nos regalaron. Piadosamente pensando, es de creer que un común espíritu legal las anima y equipara; o, cuando menos, que se tendrán mutuamente la considera-

ción de apreciar en algo los actos reglamentarios y oficiales que cada una por sí verifique y sancione.

Si esta hipótesis se confirma, daría gran valor a mi argumento; porque no habiendo en los Reglamentos disposición, ni aun frase alguna, que acote el sexo de los académicos, es de suponer que la interpretación laxa a que esta indeterminación autoriza, si es hecha por una Academia, ha de tener valor para las restantes.

Pues esa interpretación existe, y con ella, el precedente logrado y perfecto que no encontraba la Academia Española.

Vea V. si no. Ceán Bermúdez, en su *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las bellas artes en España* (Madrid, 1800, tomo IV, pág. 379), dice a la letra:

«Silva Bazán y Sarmiento (la Excm^a. Doña Mariana de), pintora, duquesa de Huéscar y de Arcos. La Real Academia de San Fernando declaró, en junta de 10 de Junio de 1766, a esta señora por académica de honor y directora honoraria en pintura con *voz, voto* y asiento preeminente en ambas clases en todas las juntas a que gustase asistir, con opción a todos los empleos que ejerciere, en atención a sus virtudes y nacimiento, como también *a la habilidad y mérito* que manifestó en unos dibujos hechos de su mano que había presentado a la Academia».

¿Hay necesidad de más precedente? Bien es verdad que nunca ha sido muy exigente ni rigorista la citada Academia en punto a escoger sus miembros en relación a las aptitudes que su título parece reclamar; pero también es cierto que ninguna de las ilustres damas que se dedicaron al cultivo de las artes cuya iglesia oficial es la repetida Academia, puede compararse, en perfección, destreza y conocimientos, con las muchas que han cultivado y cultivan la literatura patria.

Todavía hay más. Doña Mariana de Silva no es el único ejemplo. También fue *individuo* de la Academia de Bellas Artes, y nombrada en 1782, una señora de procedencia extranjera, doña María Ana de Waldstein, segunda mujer del marqués de Santa Cruz. Del mismo modo fue elegida, ya en nuestro siglo, la Sra. Doña Josefa Miranda, marquesa de la Bóveda de Limia, de la cual dice Vesteiro Torres lo siguiente: «Con mano hábil, que respondía fielmente a la imaginación creadora, pintó al lápiz (*sic*) la Marquesa una imagen de la penitente en Magdalo, a la cual debió alta y merecida

honra. Presentada la hermosa obra a la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, ésta, laureando el mérito, llamó y *elevó a su seno* a la inspirada autora de *La Magdalena*, el 6 de Junio de 1819». Y añade en seguida: «Espectáculo sobrado raro, *aunque no único en su género*, fue la admisión de la ilustre dama en aquel Instituto...»¹.

Y para que no vaya sola en esto de precedentes la Academia de San Fernando, ahí está el ejemplo, que cita Sempere y Guarinos en su *Biblioteca de autores del reinado de Carlos III* (tomo V, pág. 214), de Doña María Isidra Quintina Guzmán y Lacerda, hija de los condes de Oñate y doctora graduada en Alcalá, a quien la Academia de la Historia admitió entre sus miembros.

Como éstos que cito, debe haber otros precedentes, olvidados en las actas y Memorias de aquellas Academias, y tal vez de sus hermanas. Pero no rigiendo en esta materia, según me figuro, las reglas sobrado estrechas que para dar valor a la costumbre jurídica imponen los autores y los diputados, creo suficientes esos dos ejemplos para que los académicos pierdan el escrúpulo histórico, que ya en dos ocasiones les ha impedido dar al mérito lo que es sólo del mérito y no del sexo. Omito, porque ya V. lo ha dado a conocer, y para que no se me recuse por insuficiente, el caso de la marquesa de Guadalcázar, nombrada *honoraria* de la Academia Española en 2 de Noviembre de 1784. Por cierto que esta señora puede muy bien ser la misma hija de los condes de Oñate que cita Sempere, puesto que positivamente me consta que doña María Isidra Quintina de Guzmán y Lacerda casó con D. Rafael Alonso de Souza, marqués de Guadalcázar. Si así fuera, como es muy probable, tendríamos una señora perteneciente a dos Academias Reales.

Y no digo más. El camino para la reivindicación por antecedentes del derecho de las hembras a ser académicos, como son jefes del Estado, está abierto. ¿Valdrá más que las reivindicaciones teóricas y de pura razón?

Eso es lo que desearía, aunque no espera se logre, su atento seguro servidor y amigo, Q. S. P. B.

Rafael Altamira

1. TEODOSIO VESTEIRO TORRES: *Galería de gallegos ilustres*. — Lugo. 1880.

“El movimiento pedagógico en España”, nº 48 (diciembre, 1892), pp. 142-162

I. El Congreso pedagógico hispano-portugués-americano. —II. Composición del Congreso. —III. Discusiones y conclusiones. —IV. Libros de pedagogía.

El primer signo de que un pueblo comienza a regenerarse, o siente a lo menos el deseo de hacerlo así es que convierta su atención, en movimiento reflexivo y serio, al estudio de sus propias cualidades y faltas, para conocerse tal cual es y plantear, sobre este dato positivo, el problema de los remedios que deben allegar para aquel fin.

Tal es el sentido íntimo y la grande importancia que debe verse, como fondo común, en las diversas iniciativas que, lo mismo en el terreno de la pura historia que en el de la antropología, la sociología, el derecho, etc., inclinan con preferencia el ánimo de los estudiosos al conocimiento del sujeto nacional (en vez de perderse en vagas generalidades o en diletantismos de ciencia extraña), y con intento de aprovecharlo como base del plan de reformas que se requieren.

Pues quizá es de todos estos movimientos el que más directamente toca ese propósito común, el movimiento pedagógico; y consuela un tanto ver que, en medio de nuestro deplorable atraso, y, lo que es peor, suicida indiferencia y atonía, van de momento en momento multiplicándose las voces que en la escuela, en los institutos, en la propia Universidad (tan cerrada por tradición a tales preocupaciones, que, sin embargo, le interesan de lleno), y en la masa general del país, denuncian paladinamente, los defectos de nuestra educación nacional, y piden con espíritu generoso, sin mezquindades de bandería, llamando a todas las puertas para huir del terrible *regnum divísium*, que se ponga fin a tan hondo y trascendente daño.

No es ya, en efecto, la pedagogía, ni disciplina que se concreta a un solo grado de la enseñanza, a un solo tiempo de la edad del hombre, ni culto privativo y como heteróclito de un corto grupo de gentes, sino que abraza todos los grados y todas las edades de uno y otro sexo, y por ella se interesan gentes de diversos campos, categorías y sentido. Por esto mismo, es decir, por formar ya *serie*

la corriente pedagógica, parécenos llegado el momento de señalarla al público, para que de una vez aprecie éste la intensidad de su fuerza, la razón con que va calando en el fondo del alma nacional y las características de orientación que ofrece. La ocasión no puede ser más propicia, aun en el orden de los hechos externos y visibles, sin los que muchos hombres no se dan por avisados del eterno y constante latir de las energías sociales, ya que en corto plazo han coincidido la publicación de algunos libros de gran interés y la celebración de un Congreso pedagógico. Con referencia a estos hechos, principalmente, trazaremos la presente reseña crítica.

I

En 1882 se celebró en España el primer Congreso nacional pedagógico, comprensivo solamente de la primera enseñanza y debido a la iniciativa de la benemérita sociedad de Madrid, «El Fomento de las Artes». En 1888, con motivo de la Exposición universal de Barcelona, se repitió la experiencia, también limitada al primer grado de la enseñanza oficial. Ahora, con ocasión del Centenario del descubrimiento de América, hubieron de manifestarse a la vez y en diferentes grupos vivos deseos de convocar un tercer Congreso con programa más amplio que los anteriores, a semejanza del convocado en 1870. Estos deseos se concretaron muy luego en dos iniciativas fundamentales, la de «El Fomento de las Artes» y la de algunos profesores primarios de Madrid, iniciativas que al cabo se fundieron en una sola, publicando juntas el programa de un Congreso pedagógico hispano-portugués-americano, comprensivo de todos los grados de enseñanza y abierto a todas las opiniones y tendencias. Con este objeto, la comisión organizadora solicitó la cooperación de todos los elementos que se interesan o pueden interesarse en el progreso de la educación nacional, y justo es decir que todos ellos aparecen representados en las adhesiones, aunque en la efectividad de cooperar activamente a la obra del Congreso hayan predominado los hombres de un sentido liberal más o menos acentuado.

La comisión de bases formuló su programa, que fue aprobado por la organizadora, y en virtud de él quedó establecido que formarían parte del Congreso todas las personas de España, Portugal, las Repúblicas hispano-americanas y el Brasil que lo desearan, y

enviaran su adhesión, rompiendo así con la estrechez que representaría la exigencia de un título académico o de una representación oficial. A la vez, se invitó a las corporaciones, sociedades y centros docentes, para que nombrasen representantes; habiendo respondido todos, lo mismo los administrativos que los técnicos, públicos y privados, al buen deseo de la comisión.

Se acordó igualmente que el Congreso se dividiría en las cinco secciones siguientes:

- 1.^a Enseñanza primaria.
- 2.^a Enseñanza secundaria.
- 3.^a Enseñanza técnica.
- 4.^a Enseñanza superior.
- 5.^a Enseñanza de la mujer.

Los temas correspondientes a cada una, se formularon del siguiente modo:

1.^a *Sección*. —Bases capitales para un buen sistema de educación primaria, y medios prácticos de desenvolverlas.

2.^a *Sección*. —Principios a que debe obedecer la organización de la segunda enseñanza.

3.^a *Sección*. —Carácter y extensión de la enseñanza técnica y de los estudios de aplicación.

4.^a *Sección*. —Bases fundamentales de la organización universitaria.

5.^a *Sección*. —Concepto y límites de la educación de la mujer, y de la aptitud profesional de ésta.

La comisión organizadora recomendó el siguiente programa, que desarrolla los anteriores temas:

1.^a *Sección*

1. Carácter y organización que corresponden a las Escuelas normales y manera de restablecer las prácticas de la enseñanza que necesitan hacer los alumnos de ellas. ¿Cómo ha de procederse para que las Normales continúen ejerciendo su influencia sobre los maestros que formen y las escuelas que éstos regenten?

2. Organización que deba adoptarse para la inspección de la primera enseñanza, a fin de que pueda ejercer una constante y eficaz acción pedagógica sobre las escuelas. ¿Debe encomendarse a la mujer la inspección de las escuelas de niñas?

3. Requisitos que deben exigirse para el ejercicio de la primera enseñanza pública y privada. ¿Por quién, cómo y de qué manera deben nombrarse y pagarse los maestros públicos?

4. Bases en que debe descansar la organización pedagógica de las escuelas, y materias y ejercicios que debe comprender el programa para que resulte una educación completa. Necesidad y modo de establecer relaciones entre las escuelas y las familias de los alumnos.

5. Medios de promover la educación física en general y de implantarla en las escuelas. Ejercicios corporales más adecuados en éstas. Información acerca de los juegos infantiles en los países que concurren al Congreso.

6. Elementos que deben concurrir a integrar en las escuelas un buen régimen higiénico, y modos prácticos de utilizarlos. Manera más adecuada de proceder respecto de la enseñanza de la higiene, para que los escolares se la asimilen y la practiquen.

7. Medios más adecuados para la educación y cultura de los sordomudos y los ciegos.

2.ª Sección

1. Relación de la segunda enseñanza con la primaria. ¿Son ambos períodos de un mismo grado de cultura?

2. Relación de la segunda enseñanza con los demás grados de la instrucción pública. ¿Cómo debe entenderse?

3. Unidad o pluralidad de sistemas de segunda enseñanza. La segunda enseñanza especial.

4. Programa de la enseñanza secundaria.

5. Carácter que debe darse a la segunda enseñanza para que influya en la cultura popular.

6. La educación física en la segunda enseñanza. Juegos y otros ejercicios corporales más adecuados y más en uso en los países convocados al Congreso, para los alumnos de este grado de cultura.

7. Formación y elección del profesorado de segunda enseñanza. Procedimientos más adecuados.

3.^a Sección

1. Organización más conveniente de las Academias o Escuelas de esta clase. Escuelas de Artes y Oficios, de Industrias artísticas, de Comercio y de Bellas Artes. ¿Cómo deben establecerse estas escuelas, desde el punto de vista de su necesidad y de las condiciones especiales de cada comarca?

2. Enseñanzas teóricas y manuales que pueden introducirse en las escuelas primarias, como preparatorias de la enseñanza técnica. El establecimiento de talleres en las escuelas, ¿puede responder a este fin?

3. Procedimientos más adecuados para la enseñanza de un oficio a los sordomudos y los ciegos.

4. Modo de combinar con la enseñanza técnica la educación física de los jóvenes que a ella se dediquen. Ejercicios corporales más propios al efecto.

5. Formación y elección del profesorado de las diferentes enseñanzas técnicas. Procedimientos más convenientes.

4.^a Sección

1. Carácter de los estudios universitarios. Relación entre las enseñanzas facultativas y profesionales.

2. ¿Debe existir separación entre las enseñanzas de las Facultades de Letras y de Ciencias?

3. Modos como pueden contribuir las Universidades a la cultura general.

4. Organización del trabajo científico. Clases prácticas y establecimientos auxiliares.

5. Pensiones y Asociaciones escolares.

6. Juicio acerca del sistema general de exámenes.

7. Procedimientos más adecuados para la formación y la elección del profesorado de la enseñanza superior.

8. La educación física en relación con este grado de la enseñanza. Ejercicios corporales más a propósito. Información acerca de los juegos físicos propios de este grado, en los países que concurren al Congreso.

9. Relación internacional de las Universidades. Validez de los estudios y grados académicos.

5.^a Sección

1. Relaciones y diferencias entre la educación de la mujer y la del hombre.

2. Medios de organizar un buen sistema de educación femenina y grados que ésta debe comprender. Cómo pueden utilizarse los organismos que actualmente la representan en punto a la cultura general.

3. Aptitud de la mujer para la enseñanza. Esferas a que debe extenderse.

4. Aptitud de la mujer para las demás profesiones y límites que conviene fijar en este punto.

5. La educación física de la mujer.

Nótese la importancia concedida, muy justamente, al problema de la educación de la mujer, que constituye hoy una de las preocupaciones más salientes de los pensadores europeos, y no sólo de los propiamente pedagogos, sino de los políticos como Gladstone y Bebel, de los filósofos y de los experimentadores como Mosso, D'Aguanno y Le Bon. Y conviene decir muy alto que esta nota del Congreso, enteramente nueva en España, por lo cual pudiera parecer atrevida, ha obtenido el éxito más franco y espontáneo que cabía imaginar, dado el estado de nuestra cultura; promoviendo, no sólo la concurrencia de gran número de hombres interesados en aquel problema, sino también la de muchísimas mujeres que con sus trabajos han ofrecido la primera prueba de la razón que asiste a los que defienden su aptitud para la cultura y la necesidad de promoverla ampliamente, como principal elemento de la dignificación del sexo que una inveterada tradición sensual y despreciativa ha venido llamando por antonomasia «bello» y «débil».

Todavía interesa advertir que, si esta importancia dada a una cuestión especial y la extensión del Congreso a todos los grados de enseñanza, han obtenido el asentimiento general de los convocados, no ha sucedido lo propio con el carácter de internacional (aunque limitado) que se dio a aquél desde un principio: pensando algunos que, no obstante las razones de fraternidad y aun las de comunidad de problemas que nos unen al pueblo portugués y a los hispano y luso-americanos, parece atrevida la idea de convocarlos a una reunión de este género, cuando es tal el estado de nuestra

patria, por su atraso, que no nos permite ofrecer a los extranjeros sino el espectáculo de un país pobre y desgraciado, que tiene la organización pedagógica y la administración de su enseñanza en una situación de que han salido ya hace mucho todos los pueblos cultos. Sin embargo de esta reflexión, los propios que la hacían han concurrido al Congreso, movidos por la esperanza de que siempre había de ser útil, en cuanto habría, mediante él, ocasión de consultar nuestros problemas pedagógicos con grandes autoridades en este orden, oyendo saludables consejos, y, especialmente, aprovechándolo para establecer la comunicación, de que tan necesitados estamos, con las personas que en los demás países se preocupan por estas cuestiones. Algo también de estas prudentes y modestas reservas se expresaron en la circular de la comisión organizadora del Congreso.

Queda, en fin, por señalar dos aspiraciones de esta comisión. Aparte de las Memorias que con el carácter de ponencias habían de servir para la exposición de los temas del programa y como base de las discusiones, se acordó admitir todas las que se quisieren enviar sobre los mismos temas; solicitando a la vez informaciones, dictámenes, notas estadísticas, etc., referentes a la ciencia pedagógica y sus relacionadas, los resultados de ensayos de métodos, procedimientos y medios auxiliares de enseñanza y el estado de ésta en los países llamados al Congreso. Este deseo, así como el de celebrar una Exposición pedagógica, no han podido cumplirse sino en parte, en virtud de dificultades surgidas, y, en especial, por la falta de tiempo.

II

El criterio amplísimo e imparcial que la comisión organizadora había tenido (deseosa de hacer del Congreso una obra común de todos los que se interesan por las cuestiones pedagógicas) en las invitaciones particulares y en la general de sus circulares, produjo la concurrencia de personas de todas las ideas y de todos los partidos políticos, cuyos principales nombres, combinados, figuraron luego en la mesa efectiva del Congreso, en la de honor y en las de secciones.

Prescindiendo ahora de la representación portuguesa, hispano-americana y brasileña de que luego hablaré especialmente, creo de

justicia citar los nombres españoles más caracterizados que han formado parte de las citadas mesas, a cuya actividad y celo se debe gran parte del éxito alcanzado.

Para la presidencia, fue elegido don Rafael M. de Labra, del cual no es preciso enumerar los bien conocidos títulos que le hacen acreedor a la consideración y gratitud de todos los que se preocupan por el progreso de la enseñanza en España. Vicepresidentes de la mesa efectiva han sido los señores Sardá, profesor de la Escuela Normal Central de Maestros, y Morán, director en Madrid de un colegio privado de primera y segunda enseñanza; y de la secretaría fueron encargados el distinguido y popular escritor y antropólogo Sr. Salillas, el Sr. Díaz Ocaña, el Sr. Aguilera Garrido, ilustrado maestro de instrucción primaria de Madrid, y (lo que constituye otra de las grandes novedades de este Congreso) una señora, doña Matilde García del Real, Inspectora de las escuelas de niñas y autora de libros muy interesantes sobre asuntos pedagógicos.

En la mesa de la sección primera han figurado, como presidente, D. José M. Pontes, profesor en la «Asociación para la enseñanza de la mujer»; como vicepresidentes, doña Carmen Rojo, directora de la Escuela Normal Central de Maestras, y D. Hilario Sánchez, maestro de Madrid, y como secretarios, D. Pedro Izquierdo y Ceacro, maestro; doña Concepción Sáiz, profesora de la Normal; D. Eugenio García Barbarín, maestro, y doña María Carbonell, maestra de instrucción primaria de Valencia.

La mesa de la segunda sección estaba compuesta por D. Ricardo Becerro de Bengoa, profesor del Instituto de San Isidro, presidente; D. Enrique Serrano Fatigati, profesor del Instituto del Cardenal Cisneros, tercer vicepresidente; y secretarios, los Sres. D. Agustín Caballero, maestro primario; D. Blas Valero, profesor del Instituto de Tarragona, y la señorita doña María Goyri, maestra superior e institutriz.

De la tercera sección han sido, presidente, el conocido hombre público D. Manuel Becerra; vicepresidentes segundo y tercero, D. Jenaro Alas, cuyos estudios sobre la organización de la enseñanza militar son bien conocidos, y D. Manuel Luxán, ingeniero militar, y secretarios, D. Horacio Bentabol, ingeniero civil, y D. Eusebio Jiménez, ingeniero militar.

De la cuarta sección ha sido presidente D. José Rodríguez Carracido, catedrático de la facultad de Farmacia, y vicepresidente tercero D. Manuel Torres Campos, profesor en la Universidad de Granada. Las secretarías han estado desempeñadas por D. Adolfo Posada y D. Aniceto Sela, profesores en la Universidad de Oviedo, la doctora, doña Matilde Padrós y el que firma esta crónica.

Por último, la quinta sección, la dedicada a la enseñanza de la mujer, ha tenido esta brillantísima mesa:

Presidente, D. Manuel Ruiz de Quevedo, que lo es de la «Asociación para la enseñanza de la mujer».

Vicepresidente 1.º, doña Emilia Pardo Bazán, cuyo nombre, por conocido de todos, no necesita adjetivos.

Vicepresidente 2.º, doña Berta Wilhelmi de Dávila, iniciadora, en Granada, de las colonias escolares de vacaciones y autora de una Memoria sobre este generoso medio de educación.

Vicepresidente 3.º, D. Rafael Torres Campos, profesor en la Escuela Normal Central de Maestras.

Secretarios: D. Luis Ballesteros, maestro de Madrid; doña Asunción Vela, secretaria de la «Asociación para la enseñanza de la mujer»; doña María Fernández y doña Concepción Alexandre, doctora en Medicina.

Constituidos de este modo, y con el concurso que se dirá luego de los elementos portugueses e hispano y luso-americano, los organismos directores del Congreso, se celebró el día 12 de octubre último la sesión preparatoria, en la cual los señores congresistas nombraron las mesas de honor en la forma siguiente, que revela una vez más el juego libre y amplio que han tenido todas las tendencias científicas y sociales. Mesa de honor del Congreso en pleno:

Excmo. Sr. Ministro de Fomento.

General Riva Palacio, ministro de Méjico.

Sr. Rector de la Universidad de Madrid.

Sr. Rector de la Universidad de Coimbra.

Señora doña Concepción Arenal.

Sr. D. Manuel María José de Galdó.

Señora doña Soledad Acosta de Samper, escritora venezolana.

Señora doña Amalia Vaz de Carvalho, distinguida escritora portuguesa.

Sr. Theophilo Braga.

Dr. J. Berra, ilustre pedagogo del Uruguay.

D. Mariano Carderera, escritor de pedagogía.

D. Francisco Giner de los Ríos, profesor en la «Institución libre de enseñanza».

D. Adolpho Coelho, pedagogo portugués.

Presidencia de las secciones:

1.^a (Enseñanza primaria): D. Santos María Robledo, inspector general de las escuelas públicas.

2.^a (Enseñanza secundaria): Don Francisco Commelerán, profesor en el Instituto del Cardenal Cisneros.

3.^a (Enseñanza técnica): D. Francisco Coello, presidente de la Sociedad Geográfica de Madrid.

4.^a (Enseñanza superior): D. Manuel María Piernas, ex-profesor de la Universidad Central.

5.^a (Enseñanza de la mujer). Don Juan Facundo Riaño, ex-director general de Instrucción pública y ex-profesor en la Escuela de Diplomática.

Constituido ya definitivamente el Congreso, el día 13 se celebró la sesión inaugural, presidida, en nombre del Gobierno, por el señor ministro de Fomento.

En los cuatro días sucesivos discutieron sus temas separadamente las cinco secciones, y el 17 empezaron las sesiones, generales, prolongadas más de lo usual hasta el 27, en que tuvo lugar la de clausura. Téngase en cuenta que, tanto las secciones como el Congreso en pleno hubieron de reunirse, en un mismo día, dos y aun tres veces, dato que bastará para formar idea del número de sesiones celebradas, muy superior al cálculo que la propia mesa directiva se había hecho.

No quiere esto decir que la aglomeración de gente haya sido excesiva. Pudiera ayudar a creerlo el número respetable de congresistas inscritos: 2.475; pero el dato a que verdaderamente hay que atender es al de los congresistas que han asistido, y no se puede negar que el número de éstos es bien inferior al de aquéllos, como sucede siempre en todo género de Asambleas libres.

Descompónese la cifra antes expresada, del siguiente modo, según los datos que obran en secretaría:

España

Cargos superiores de la Administración	30
Universidades y profesores de enseñanza superior	93
Institutos y profesores de segunda enseñanza.....	107
Escuelas especiales	78
Juntas e inspectores de primera enseñanza.....	60
Escuelas normales	153
Maestros y maestras de enseñanza pública.....	688
Idem íd. privada.....	288
Profesiones diversas.....	480
Corporaciones y asociaciones	138
Otros cargos	59
Periódicos, escritores e indefinidos.....	153
Adheridos de Ultramar	18
Portugal	51
América latina	60
Otros países	19

Nótese, en primer lugar, que, no obstante ser este Congreso el primero que se celebra en España comprensivo de todos los grados oficiales de la enseñanza y aun de problemas ajenos a ella, el contingente mayor de adheridos lo da la enseñanza primaria. El hecho es de lógica explicación. El único cuerpo académico que tiene alguna tradición pedagógica es el de maestros primarios, y el problema de la educación nacional ha empezado a verse y a preocupar en todas partes con relación a la escuela primaria. Los maestros tienen, además, a su favor el precedente de dos Congresos nacionales (1882 y 1888) y alguno regional; mientras que los profesores de los demás grados, para quienes el problema es, en tesis general, nuevo, no se han reunido nunca para cambiar ideas acerca de él y romper el aislamiento y desorganización individualista que les aqueja. Esto se vio muy bien en las tareas del Congreso.

No son muchos los profesores de enseñanza superior que han tomado parte en las disensiones de su sección, siendo de notar que, entre los que faltaron, no obstante haberse adherido espontáneamente, figuran algunos residentes en Madrid y caracterizados por sus ideas expansivas: pero si se tiene en cuenta las condiciones antes expresadas, todavía parecerá un triunfo, muy interesante sin duda, que la primera reunión celebrada por el profesorado superior para tratar

de cuestiones de educación y enseñanza haya sido relativamente numerosa, y tan animada y de buen resultado como luego ha de verse.

No ha respondido mejor el profesorado secundario, en que se notaron bastantes huecos, sin embargo de ser muchos los catedráticos adheridos. En cuanto a las personas ajenas a la enseñanza oficial, que han concurrido al Congreso, justo es decir que suben a respetable número, formado en su mayor parte por profesores privados, escritores de pedagogía y señoras. El cuerpo escolar ha tenido igualmente representación muy superior a lo que podía esperarse.

Esto, en cuanto a España. De las demás naciones convocadas, corresponde el primer puesto a Portugal. Las Repúblicas hispano-americanas y el Brasil, aunque se adhirieron al Congreso y nombraron sus representantes, no han contribuido tan activamente como era de su deseo a los trabajos de aquél; debido, de una parte, al retraso con que llegaron las invitaciones y los programas, y de otra, a los temores que la aparición del cólera en algunos puntos de Europa hubo de despertar en América, muy justamente. Por esto, salvo la representación diplomática que concurrió a las sesiones de apertura y clausura, el Congreso no ha oído más voz americana que la del profesor y delegado costarricense Sr. Ferraz. También han sido escasas las Memorias enviadas, aunque entre éstas las haya tan importantes como la del pedagogo uruguayo Sr. Berra, y la de la escritora doña Soledad Acosta de Samper. El Congreso, no obstante, reservó varios puestos de honor a la representación americana, según se hace notar en párrafos anteriores.

Portugal ha concurrido de una manera espléndida, con 39 Memorias impresas, cincuenta y tantas manuscritas y una interesante colección de libros, fotografías y documentos de que se formó una exposición pedagógica especial. La mayoría de estos objetos ha pasado luego al Museo pedagógico a título de donativo. La representación personal ha sido numerosa y escogida, figurando en ella el Dr. Bernardino Machado (verdadero director y organizador de la sección de su país en el Congreso), y los Sres. Pinheiro Chagas, Simões Raposo y Vasconcellos, presidente de la Asociación académica de Lisboa, todos los cuales han intervenido en las discusiones. Entre los adheridos y firmantes de las Memorias se destacan

los nombres de Th. Braga, Rocha Peixoto, Serpa Pimentel, Abreu, Freire, Rodrigues, Sousa Pinto, Ferreira, Almeida y Cincinato da Costa.

Trazadas estas líneas generales, vengamos a determinar los caracteres y resultados científicos del Congreso.

III

Según la mente de la comisión de bases, los trabajos habían de tener dos períodos: uno, que se consideraba como el principal, dedicado a la reunión de las secciones declaradas autónomas, las cuales discutirían sus temas respectivos con toda la amplitud que fuese necesaria y formularían las conclusiones; otro, en que estas conclusiones se llevarían a la asamblea general del Congreso para ser allí ratificada o no su aprobación. El peligro de este régimen fue advertido bien pronto; y ante la consecuencia casi segura de que las discusiones del Congreso en pleno no fueran más que repetición de las ocurridas en las secciones, con el aditamento de la mayor retórica que las grandes reuniones suelen provocar, hubo algunos elementos de la comisión organizadora, y aun de la de bases, que pensaron sería lo mejor dejar en plena libertad a las secciones para que éstas llevaran al Congreso, no todas las conclusiones votadas, sino tan sólo las que pareciera necesitaban, o de más amplio debate, o de la superior sanción de la asamblea general para su mayor fuerza. Con ser esta opinión más conforme con el discreto deseo de los que trataban de cortar los excesos oratorios, tan frecuentes y perjudiciales en reuniones deliberantes, todavía no expresaba la nota más radical, y a nuestro parecer más razonable, de algunos congresistas; a saber: que sólo se celebrase una sesión de Congreso en pleno, en la cual se diese meramente cuenta y se votasen (si se creía preciso) las conclusiones ampliamente discutidas y aprobadas por las secciones. Prevaleció, no obstante, un aparente término medio, que consistió en nombrar una comisión de conclusiones cuyo objeto era presentar al Congreso, concretadas y resumidas en pocas, todas las votadas parcialmente por las secciones. El efecto de esta medida no se hizo esperar. Ha habido ocho secciones de Congreso en pleno, sin contar la última, dedicada a la presentación de mociones y adopción de acuerdos sobre la votación, y la de clausura; y en ellas se ha repetido punto por punto el debate, con más

aparato, pero quizá con menos provecho que en el primer período. En cuanto a la votación, se comprendió en seguida que era muy difícil hacerla por signos convenidos, e imposible nominalmente, tratándose de una asamblea tan numerosa. Se adoptó, como medio más adecuado, la votación por escrito, en la forma realizada por otros Congresos. Las conclusiones así votadas las redactó la comisión correspondiente (de acuerdo con los ponentes y oradores de las secciones y en vista del giro de la discusión en la asamblea general), y no invalidan las que cada sección aprobó antes especialmente, distinguiendo así entre el Congreso en pleno y aquéllas. El resultado no es aún conocido.

Los temas que más parece haber interesado a los congresistas son los de las secciones quinta (educación de la mujer) y primera (enseñanza primaria). Son, en efecto, los que han atraído mayor concurrencia y suscitado más viva discusión.

En la primera han intervenido exclusivamente los maestros primarios, algunos profesores de las Normales, contado número de funcionarios administrativos de la enseñanza y un solo profesor extranjero, el Sr. Simoes Raposo; circunstancia debida quizá a la división de secciones, que ha impedido estuviesen en cada grupo las personas más directamente interesadas en los problemas especiales correspondientes, como sucedió en el Congreso de 1882, ceñido a la primera enseñanza.

Se discutieron todos los temas, dando más importancia a los de carácter administrativo y deteniéndose quizá demasiado en pormenores de organización burocrática. El criterio predominante acusa cierto progreso en las cuestiones técnicas, pero ninguno en las de organización, notándose más bien recrudescimiento del formalismo tradicional. Así, en las conclusiones del tema tercero se incluye la exigencia del título de maestro, no sólo para la enseñanza pública, sino también para la privada, para la Inspección y para todos los cargos técnicos o administrativos del ramo, manteniendo a la vez la forma de oposición para ingresar en las escuelas en lugar del nombramiento hecho por las propias Normales en que se educa el maestro, según propuso el ponente del tema Sr. Herrainz (director de la Normal de Maestros de Segovia); y en las del tema segundo

se exige como condición para ser inspector haber desempeñado escuelas públicas por oposición y poseer título de la mayor categoría que se expida en la Escuela Normal Central (es decir, ser profesor normal).

En cambio de esta exageración formalista, se ha votado la unificación de título; el aumento de sueldos, siendo el *minimun* de 1.000 pesetas; la atribución de las escuelas de párvulos a las maestras, exclusivamente; el pago de las atenciones de primera enseñanza por el Estado; la ampliación del programa hasta hacerlo integral, introduciendo en él estudios nuevos como el Derecho, el Arte, la Sociología y la Antropología general; el establecimiento de excursiones, visitas y de colonias escolares, aunque en estas últimas parece haber error de expresión, puesto que las conclusiones hablan de colonias agrícolas, industriales, artísticas, etc.; la necesidad de atender a la educación física mediante los recreos al aire libre en los intermedios de clase a clase; el emplazamiento de los edificios escolares en el campo y cercanías de las poblaciones, construyéndolos según los dictados de la higiene en punto a iluminación, ventilación, desinfección, etc.; el establecimiento de registros antropológicos, con observaciones antropométricas, según se practica ya en alguna escuela pública; algo de reconocimiento del sistema cíclico; el carácter eminentemente profesional de las escuelas Normales; la unión de éstas con la Inspección de modo que formen un solo organismo; la separación de las escuelas de sordomudos y las de ciegos, y la reducción del número de alumnos a 50... Quedaron, sin embargo, por discutir cuestiones tan importantes como el modo de dar carácter técnico a las funciones de inspección; la manera como pueden seguir influyendo las Normales en la cultura de los maestros que regentan escuelas, y la relación entre éstos y las familias de los alumnos; y se rechazaron proposiciones como la de formación de grupos escolares y la de organización de las prácticas en las Normales, que merecían por su buen sentido mejor acogida.

La quinta sección (educación de la mujer) ha excedido a todas en movimiento, en concurrencia y en el interés despertado por sus discusiones. Nótese que es la primera vez que en España se trata, en reunión pública y numerosa, de aquel importantísimo problema; y ciertamente, el empeño con que se ha debatido, da buena muestra de que empieza a preocupar a las gentes de cultura, y,

sobre todo (lo que más importa), a las mismas mujeres. Estas, en efecto, han concurrido con grande y altísima representación. Las Memorias principales sobre el tema a ellas se deben, y bastará citar la general suscrita por la ilustre escritora doña Concepción Arenal; la de doña Emilia Pardo Bazán (cuyo nombre es bien conocido de todos), sobre el tema primero; la de doña Berta Wilhelmi, sobre el cuarto; la de doña Carmen Rojo, sobre el segundo, y la de una señora americana de gran reputación en el mundo de las letras, doña Soledad Acosta de Samper. De las Memorias presentadas por hombres deben mencionarse la citada del señor Berra (tema primero), las de los señores Sama y Pulido (tema quinto) y la de D. Rafael Torres Campos (tema cuarto).

Regla general: las conclusiones de los firmantes han sido radicales, abogando por la igualdad de la educación del hombre y de la mujer, o, cuando menos, por una mayor amplitud en la educación de ésta, pidiendo, juntamente, la libertad de ejercer todo género de profesiones, y en especial las de la enseñanza, medicina, farmacia, ingeniería y sus análogas, ciertos destinos de la administración pública (como los de Museos, Bibliotecas, etc.), y los del comercio y la industria. También ha sido nota de una de las ponencias (la del Sr. Torres Campos) abogar por la enseñanza mixta, es decir, por la unión de ambos sexos en todos los establecimientos educativos.

Semejante conformidad en las conclusiones no debe inducir a error en punto al estado de la opinión pública respecto de estos problemas. Los firmantes de las Memorias son precisamente aquéllos a quienes interesa la cuestión de la enseñanza de la mujer y de su dignificación, y, por esto mismo, se hallan inclinados a resolverla amplia y favorablemente; pero la gran masa del Congreso y del país —aunque empieza a preocuparse por el problema mismo— está lejos de llegar a una resolución satisfactoria. Bien es verdad que, no obstante haberse discutido y combatido mucho las mencionadas conclusiones, pareció al fin que el Congreso cedía bastante en favor de la mujer; pero esto que, a lo sumo, representa una cierta victoria formal, satisfactoria en una primera campaña, no asegura, por desgracia, de la inclinación interna y convencida del público que, por otra parte, sería locura pretender conseguir de golpe contra la inmensa fuerza de la tradición y la rutina. Justo es decir que las mismas interesadas han predicado con el ejemplo, tomando parte en la

discusión, no sólo las señoras citadas anteriormente como autoras de las ponencias, sino también otras muchas, la mayor parte en pro de las conclusiones expansivas. En igual sentido han hablado no pocos profesores, médicos y publicistas, como los Sres. Vidart, Sela, Sardá, Espina, Pulido, San Martín, Ferraz, Sama, Torres Campos (D. R.) y Salillas. No se votaron conclusiones, volviendo a discutirse en la Asamblea general todas las Memorias, lo cual reprodujo, en mayores proporciones, el debate.

La segunda sección (enseñanza secundaria) ha tenido menos público, compuesto, casi exclusivamente, de profesores oficiales de provincias. Las Memorias presentadas ascendían a trece, la mayor parte comprensivas de todos los temas. La sección se ha pronunciado en sentido muy restrictivo y estrecho en punto a casi todos los problemas discutidos. En las conclusiones se mantienen los exámenes en la misma forma actual, y la oposición, como medio de ingresar en el profesorado, si bien a la vez se recomienda la creación de un Centro pedagógico para los aspirantes a él.

La diferencia entre este criterio y el de otras secciones merece notarse, tanto más cuanto que, considerando la segunda enseñanza como una cosa particularísima y totalmente diferente de los demás grados, ha habido profesor que ha votado la supresión de los exámenes en la Universidad y su sostenimiento en los institutos.

Semejante rigor rutinario apenas sí bastan a templarlo otras conclusiones en que se consigna el reconocimiento del carácter educativo de la segunda enseñanza (como las demás secciones lo han reconocido en sus respectivos grados, siendo ésta una conquista en que se muestra unánime el Congreso); la necesidad de subir la edad escolar; la condición experimental y práctica de los estudios secundarios, y el mantenimiento de la unidad de éstos, sin bifurcaciones, ponderando la representación en el programa (aunque sin decir en qué forma) de las disciplinas literarias y las científicas. También acordó la sección que cada dos años se celebrasen asambleas de profesores, para discutir los problemas relativos a la segunda enseñanza. De esperar es que esta práctica, si arraiga, influirá mucho en la clase profesional, y hará progresar su sentido pedagógico en provecho del grado de educación a que pertenece.

La cuarta sección (enseñanza superior) ha sido una de las más familiares y menos retóricas, animada constantemente de un elevado espíritu progresivo y mantenedora del criterio de resolver por sí las cuestiones puestas a discusión, sin renovar el debate en la Asamblea general. Por este motivo redujo todas las conclusiones votadas a seis, que se presentaron al Congreso en pleno, y que fueron bien recibidas por éste. Son como sigue:

1.^a En su sentido más genuino, constituyen la Universidad la universalidad de las enseñanzas de la ciencia pura, con carácter de alta investigación, para lo cual habrán de organizarse en ella los trabajos con arreglo a los principios realistas o intuitivos, y mediante la condición previa de la reducción del número de alumnos en cada clase.

2.^a Reconociendo en lo exterior la superioridad del Estado, en el gobierno interior será autónoma la Universidad, principalmente en lo que se refiere al número y calidad de las enseñanzas, distribución y aplicación de los fondos y elección del personal que ha de desempeñar aquéllas y dirigir la vida del Centro docente. Para realizar esta aspiración, se adoptarán temperamentos prudentes que preparen sin violencia el cambio respecto de la organización actual.

3.^a El fin de la Universidad no se limita a la instrucción, sino que se dirige a la educación total de la juventud, mediante la intimidad de vida entre alumnos y profesores, a intervención de los primeros en el gobierno de la Universidad, la formación de asociaciones escolares y demás medios oportunos.

4.^a En el supuesto de la reducción de los alumnos de cada clase, de la organización del trabajo científico y del carácter educativo de la Universidad, el examen por asignaturas se sustituirá por el juicio personal de cada profesor, formado en vista de la conducta constante del alumno durante el curso. Respecto de los alumnos no oficiales, se organizarán, para prueba de su aptitud, ejercicios conformes con el espíritu general de los trabajos a que alude la conclusión primera.

5.^a El profesorado de las Universidades se formará en el período del doctorado, organizando éste, a la vez que como escuela de altos estudios, como escuela normal, con lecciones y prácticas de carácter pedagógico. El ingreso en el doctorado será por oposición.

6.^a La Universidad atenderá a la educación física de sus alumnos, mediante la reforma de los locales y mobiliario, de modo que reúnan condiciones higiénicas; la habilitación de salas para descanso y para ejercicios gimnásticos adecuados; la libre entrada en sus jardines, si los posee, y el aprovechamiento de terrenos propios, o de otras corporaciones que los presten, para formar campos escolares de juegos. Para la obtención de estas mejoras se constituirá, en cada establecimiento, un comité de educación física.

Estas conclusiones, que muestran claramente, sin necesidad de comentarios extensos, el criterio relativamente avanzado del grupo importante de profesores que ha trabajado en la sección, fueron añadidas con el acuerdo siguiente, que demuestra solícito interés hacia las cuestiones pedagógicas relativas a la Universidad. «Cada dos años se celebrará una reunión de catedráticos y personas que se interesan en la reforma y progreso de la enseñanza superior, para estudiar los problemas propios de la misma. Para este fin, se nombra una comisión permanente organizadora, compuesta de los individuos de la Mesa de la sección y de los ponentes que residen en Madrid».

Se notará que faltan declaraciones concretas respecto de los temas primero y noveno. El segundo se discutió conforme a la ponencia del profesor de la Universidad de Zaragoza, D. Eduardo Ibarra, pero sin que se tomara acuerdo alguno, en razón al escaso número de congresistas que en el momento se hallaban presentes. La sección se limitó a consignar en el acta que la tendencia predominante era favorable a una mayor relación e intimidad de la que hoy día existe, entre las Facultades de Letras y de Ciencias. El tema noveno no se llegó a discutir.

La concurrencia a esta sección ha estado principalmente formada por profesores españoles de Universidad de todas las Facultades, predominando la de Derecho; algunos de distinto grado (segunda enseñanza, Escuela Normal de Maestras y Museo pedagógico) y representantes de corporaciones privadas, como la de «antiguos alumnos de la Institución libre de enseñanza». En la discusión del tema relativo a «Pensiones y Asociaciones escolares», intervinieron algunos estudiantes de la Universidad, y en la de los temas primero y cuarto el profesor de Coimbra, Dr. Machado, que también presidió algunas sesiones.

Fuera de las ponencias encomendadas, por el orden de los temas, a los Sres. Carracido, Ibarra, Sela, Posada, Altamira, Cossío, Torres Campos (D. M.) y San Martín, no ha habido más Memorias que una española general del Sr. García de Galdeano, otra americana del Sr. Carrasquilla, y dos de los Sres. Soler y Torres Campos (D. R.) sobre puntos especiales de los temas cuarto y tercero.

La sección tercera (enseñanza técnica) ha discutido muchas más cuestiones concretas de las que aparecen en el programa. Ha habido, en efecto, ponencias acerca de los temas primero, segundo, tercero y quinto, y Memorias especiales sobre la enseñanza de la música, el comercio, la astronomía, la ingeniería, la agricultura, el arte naval, interviniendo en la discusión crecido número de profesores, ingenieros y militares. También figura entre las Memorias una de doña Concepción Arenal, sobre «La instrucción del obrero». El espíritu dominante en la sección se expresa en las siguientes conclusiones presentadas al Congreso en pleno por el ponente D. Eusebio Jiménez, ingeniero militar.

«1.^a La enseñanza técnica, en su acepción más genuina, debe ser educativa, intuitiva, esencialmente práctica y progresiva.

2.^a Deben considerarse cinco grados en la enseñanza técnica, que son:

- a) Escuelas de aprendices.
- b) Escuelas de capataces y maestros de taller.
- c) Escuelas de sobrestantes y contramaestres.
- d) Escuelas de ayudantes, peritos y maestros de obras.
- e) Escuelas de ingenieros y arquitectos.

3.^a La enseñanza técnica en la escuela de instrucción primaria se considerará como preparación de la que se dé en las escuelas especiales.

4.^a Las escuelas técnicas elementales, o sea, las que forman los tres primeros grados, se organizarán teniendo en cuenta la índole de cada oficio o profesión y las industrias y cultivos propios de cada región.

5.^a Las carreras de ingeniero y de ayudante se considerarán como dos grados sucesivos de la enseñanza técnica superior y no como carreras independientes.

6.ª Se organizará en las escuelas de ayudantes y sus análogas la enseñanza libre y voluntaria de las matemáticas superiores, en tal forma, que todo alumno pueda, si su aplicación y sus facultades se lo permiten, estudiar la ciencia de aplicación que corresponde al cuarto grado de la enseñanza técnica, y adquirir al mismo tiempo los conocimientos científicos necesarios para ingresar en la carrera de ingeniero y todos los demás que están comprendidos en el quinto grado.

Quedaron por discutir algunas Memorias, como la del Sr. García Arenal, ingeniero jefe del puerto de Vigo.

Las cuestiones más debatidas en esta sección han sido la de organización de las Academias y Escuelas técnicas; la relativa a Escuelas preparatorias y la del carácter de los estudios de este orden. La sección pide que se creen Escuelas de Artes y Oficios para sordomudos, y se inclina a la adopción del método modal para la enseñanza de la música.

Tal es, en resumen, la crónica de los trabajos hechos y de los resultados obtenidos por el Congreso pedagógico hispano-portugués-americano.

IV

Sean cuales fueren los resultados del Congreso pedagógico, lo que importa sacar de él es la prueba que ofrece del interés que van despertando las cuestiones de educación en nuestra patria, y la consecuencia positiva que desde luego ha producido, a saber: un intenso movimiento de opinión, una agitación ideal que, seguramente, dará sus frutos beneficiosos.

Prueban también la existencia efectiva y normal de esa opinión que va formándose, y que no es pasajero fenómeno más lleno de luz que de calor: las publicaciones pedagógicas. Sólo quiero hablar de cuatro de ellas, las más importantes y todas del presente año: debiendo notar a los que tuviesen por escaso el número, que no puede conceptuarse así, antes al contrario, en un país como el nuestro, donde al cabo de doce meses no se registra la publicación de más de dos libros científicos (dejando a un lado los de texto, que no siempre son de ciencia) y escasamente tres novelas que no sean traducidas del francés. Considerando este dato general y el de la novedad que los empeños pedagógicos tienen aquí para el gran

público —lo cual hace difícil la producción— ya no parecerá tan exiguo el número antes apuntado, al cual, además, habrá luego que añadir algunas citas, en cuyo desarrollo no me puedo detener.

Empiezo por el libro más antiguo, dentro del año: el que lleva el título de *Estudios de economía social* y la firma de D. Rafael M. de Labra. En rigor, el contenido de estos *Estudios* es propiamente pedagógico. Bastará ver los títulos particulares de tres de ellos que llenan casi el volumen: *La escuela contemporánea*, *La educación popular*, *La dignificación de la mujer*.

En el primero estudia el Sr. Labra el carácter de la escuela moderna, los principios de la reforma pestalozziana y de la froebeliana y la difusión posterior de éstos, deteniéndose mucho en la parte española, de la cual da numerosos e interesantes datos, bastantes a formar una breve pero completa historia de las ideas pedagógicas en nuestra patria durante el presente siglo, género de trabajo cuyo interés y actualidad parece ocioso encarecer.

En el segundo, examina el autor los presupuestos europeos de Instrucción primaria, fijándose luego especialmente en las Escuelas de Artes y Oficios y en las asociaciones que tienen por objeto la educación popular y el mejoramiento de las clases trabajadoras, con motivo de la Asamblea verificada en el «Fomento de las Artes», y cuyo resultado fue crear una *Liga* de sociedades¹.

El tercer estudio—que considero el más importante— comprende todo el problema de la educación de la mujer y de su puesto social; e interesa sobre todo —aparte del sentido, que es muy sano y favorable a la causa femenina— por los innumerables datos que contiene acerca de la situación jurídica, profesional, religiosa, política, etc., de la mujer, en todas las naciones europeas y americanas. Esta reunión de datos importa tanto más, cuanto que por ella vendrán en conocimiento muchos que contrarían lo que se ha dado en llamar «la emancipación de la mujer», de que lejos de ser gran parte de sus pretensiones que rechazan quiméricas y abonadas a graves peligros, tienen ya efectivo cumplimiento en algunos países, sin que perturben en lo más mínimo el orden social.

Otro de los libros que deben citarse es la Memoria que con el título de *Los trabajos manuales en la escuela primaria*, ha dirigido

1. Se han publicado las *Actas* de las sesiones y las Bases acordadas.

el maestro D. Miguel Porcel y Riera a la Excm. Diputación provincial, de las Baleares. No se trata de un estudio teórico, es decir, hecho sin la vista directa y la experimentación del objeto. El Sr. Porcel fue comisionado por la citada Diputación —caso único en España— para seguir en el célebre *Seminario de Slôjd* establecido en Nääs (Suecia) un curso de trabajos manuales; y lo siguió efectivamente, en el verano de 1890, bajo la dirección de los profesores Otto Salomon y John Damelson. No se limitó el Sr. Porcel a este objeto concreto de su misión, sino que, además, completó su estudio visitando varias escuelas suecas, noruegas, dinamarquesas, alemanas y belgas, para apreciar en ellas, no sólo el desarrollo y carácter dado al trabajo manual, sino también la organización general pedagógica.

Con estos antecedentes, se comprenderá el valor de información que tiene el libro del Sr. Porcel, que ojalá sea punto de partida para un movimiento en este sentido en las escuelas españolas. Por su parte, la Diputación de Baleares, queriendo completar la obra, encargó al propio Sr. Porcel que diese, en Palma de Mallorca, un curso de trabajo manual. Empezó éste en 1º de marzo último y acabó en 9 de abril. En la publicación que nos ocupa, figura el informe acerca de la marcha y de los resultados obtenidos.

Los maestros españoles tienen, pues, ya un libro español que —aparte de los extranjeros de Salomon, Sluys, Dauzat, etc.— les podrá informar, con datos seguros y prácticos, acerca del mejor modo de establecer el trabajo manual en las escuelas. Tanto esos libros como los propios modelos en madera del Seminario de Nääs existen, a disposición del público, en el Museo pedagógico de Madrid.

D. Adolfo Posada, cuya firma conocen ventajosamente los lectores de *La España Moderna*, ha reunido, con el título de *Ideas pedagógicas modernas*, varios interesantes estudios sobre los que llama *pedagogos filósofos* (Guyau, Fouillée y González Serrano), sobre varios establecimientos de enseñanza extranjeros (Oxford, Bruselas, Estrasburgo, Lausana y Bolonia), y sobre otros diferentes asuntos de educación profesional y general.

El Sr. Posada pertenece a ese grupo de profesores de la Universidad de Oviedo en que figuran los nombres de Aramburu,

Buylla, Alas, Sela y otros, que representa un sentido acentuado y práctico en favor de la reforma educativa de la enseñanza superior. Todos ellos —incluso el Sr. Alas, que ha entrado resueltamente en el cultivo de la pedagogía, como lo demuestran su discurso de 1891 y el prólogo que pone a este mismo libro de Posada— han escrito varios trabajos en que exponen sus ideas sobre los problemas de educación; pero no se han contentado con la propaganda ideal, sino que ofrecen el ejemplo de la práctica de sus principios. Así puede verse, en punto a la organización de los trabajos de clase, en la Memoria documentada que presentaron los Sres. Posada y Sela al Congreso pedagógico².

Esta significación da al libro que ahora nos ocupa la importancia, no de una obra individual, sino de una representación de obra colectiva.

En cuanto a su contenido, debo señalar, en primer término, el estudio sobre Guyau, que es quizá el trabajo más sentido, de mayor ideal y de más amplio horizonte que ha escrito el señor Posada, cualidades que se reflejan en el propio estilo y frase empleados. El que se refiere a Fouillet es muy completo, y no puede menos de recomendarse a los que deseen formar concepto del laborioso y desigual autor de *Las ideas-fuerzas*. El que se refiere a González Serrano tiene, para todo español, una importancia que huelga encarecer. Del resto de los capítulos no he de hablar. Dejo esta tarea al crítico de la conocida *Revue Internationale de L'Enseignement*, cuyas palabras traduzco:

«La segunda parte de la obra no es menos atractiva: encuéntranse en ella páginas penetrantes y llenas de simpatía sobre Oxford y la vida universitaria inglesa; sobre A. Sluys y la escuela modelo de Bruselas; sobre la Universidad de Estrasburgo; sobre las Universidades suizas; sobre las fiestas de Bolonia, etc. El informe dirigido al ministro por el Consejo general de las facultades de París, en Diciembre de 1890, acerca de la situación de los establecimientos de enseñanza superior en la Academia de París, está analizado y comentado con gran suma de datos. Se leerán con provecho e interés los dos capítulos concernientes a la reforma de la enseñan-

2. Se ha publicado en el número de 15 de noviembre del *Boletín de la Institución libre de enseñanza*.

za del Derecho en las Universidades prusianas y la información hecha sobre el estado de estos mismos estudios en la patria del señor Posada. Interesantes consideraciones sobre las tendencias actuales de la juventud estudiosa, sus aspiraciones, sus ideas y las doctrinas políticas que predominan en ella, completan este libro, que merece leerse con atención, puesto que suministra —aparte de cierta cantidad de datos muy útiles— un juicio tan halagüeño y benévolo como es posible, y dicho por un español culto y competente, acerca del estado actual de la enseñanza superior francesa».

Después de esto, no tengo nada que añadir en punto a crítica. Me limitaré a observar que el criterio predominantemente francés que usa el redactor de la *Revue Internationale de l'Enseignement*, no debe inducir a engaño respecto del carácter del libro. Las cuestiones que en él se plantean—aunque sea con motivo de un hecho extranjero— están discutidas con sentido general a todos aprovechable, y especialmente a naciones atrasadas como la nuestra, con relación a lo mucho que aquí hay que hacer (y por deshacer) todavía en punto a ideas y organismos educativos.

Para terminar, dos palabras sobre el prólogo. Es de Leopoldo Alas y está escrito con la originalidad y agudeza de pensamiento que caracterizan las críticas serias de *Clarín*. Lo recomiendo a todos los que hablan a tontas y a locas del krausismo español, sin conocer ni su historia, ni sus propósitos característicos, ni sus efectos en la cultura nacional. A lo menos, después de leerlo, ya no tendrán sus gratuitos juicios la disculpa —poco razonable además— de la ignorancia.

Otro libro del cual debo hablar, es el publicado con el título de *Estudios pedagógicos* por el profesor de la Escuela normal central de maestros, don Agustín Sardá. Ofrecen estos *Estudios* un carácter especial que los hace muy recomendables, habida consideración al estado de nuestra cultura en punto a los problemas educativos. No son disertaciones teóricas (en el mal sentido de la palabra) dichas con esa elevación de tono que no puede ser nunca popular y que resulta baldía para los pueblos atrasados, sino exposiciones sencillas, sobrias, que van derechas al fin de hacer resaltar una observación esencial, un punto de vista nuevo, ligándolas siempre al dato de la experiencia alcanzada en España y en otros países.

El programa de asuntos que comprende el libro es variado e importante. Puede dividirse en tres grupos: uno de temas doctrinales, otro de informes sobre establecimientos y organización de la enseñanza primaria en Francia y en nuestro país y el tercero formado por modelos de lecciones.

Con estas condiciones, cabe decir sinceramente que la propaganda de las ideas pedagógicas ha de hallar en el libro del Sr. Sardá un eficaz e inteligente instrumento.

Añádanse a estas cuatro publicaciones el discurso sobre la *Educación moral en la Universidad*, leído por el profesor de Oviedo, Sr. Sela, en la apertura del presente curso; el del profesor Sr. Buylla en la Escuela de Artes y Oficios de la capital de Asturias, y el éxito creciente de la revista titulada *La Escuela moderna* que, dirigida por el Sr. Alcántara García, se dedica a estudiar las cuestiones pedagógicas que interesan a la enseñanza primaria, y se tendrá idea de la fuerza que va adquiriendo entre nosotros la opinión en punto a los problemas a que se refiere esta *Crónica*.

Felicitémonos de ello, y confiemos en que el movimiento ha de crecer de día en día, para bien de la patria.

Rafael Altamira

“La psicología de la juventud en la novela moderna”
[cr. lit.], n° 66 (junio, 1894), pp. 35-52

La juventud y el amor son los dos temas constantes y esenciales de la literatura; pero, así como algún crítico ha dicho que les quedaba mucho por explorar a los literatos en materia de amor, cabe decir, y con mayor razón sin duda, que con haber tanto *joven* —los héroes lo son casi siempre— en la novela y el drama modernos, las obras literarias dedicadas propiamente a la juventud, a sus luchas, a sus problemas característicos en cada época, son muy escasas, y las que hay pecan de deficientes.

Posible es, sin embargo, recogiendo notas dispersas, y mejor aún, el sentido general dominante en las obras literarias, reconstruir la psicología de la juventud europea en este siglo, tal, a lo menos, como la han sentido los artistas; porque allí está, y preciso es que se haya reflejado en ellas, ya que el literato no puede prescindir de ser hijo de su tiempo; y en este sentido, claro es que la literatura moderna encierra los elementos esenciales para el estudio indicado. Débese, no obstante, insistir en que son raros los autores que han escogido el tema de la juventud como asunto especial y único de sus libros, tal vez porque no sintieron bastante amor hacia él, o porque no se hicieron cargo de los problemas que supone, o quizá —y esto es lo cierto en la mayoría de los casos— porque les faltó la *experiencia consciente* propia y no les alcanzó la inquietud personal que producen tales problemas en grado tal, que les moviera a escribir acerca de ellos «para curarse a sí mismos», como dice Musset.

Por esta razón, las pocas obras en que se abraza de lleno este asunto merecen atención particular y detenida. Su examen comparado, no sólo es una lección preciosa de historia, cuyos resultados parecerán increíbles a muchos —¡tanto y de tal manera hemos cambiado en menos de un siglo!— sino una experiencia rica en enseñanzas para nuestros jóvenes de hoy día, y llena de advertencias para los que se interesan sinceramente en el porvenir de los pueblos, que pende, en absoluto, de la regeneración de la juventud.

La enormidad de la distancia salvada y de las transformaciones sufridas, se nota al punto, con sólo mencionar el título de alguno de los libros que responden a la idea indicada. ¿Quién recuerda hoy, y menos lee, *La Confesión de un hijo del siglo*, de Musset, *Fausto* y *Saronarola*, de Lenau, *Eugenio Oneguín* de Puchkin? Nuestros

jóvenes se aburrirían seguramente con tales novelas. Los estados de alma a que responden —así como el *Don Juan*, de Byron, en muchas de sus partes, y aun el *Werther*, de Goethe, en las más sentimentales y menos humanas de sus páginas— no son ya comprendidos, no encuentran eco en el alma de nuestra juventud. ¡Y, sin embargo, más de una generación ha sentido como sentían Musset, Lenau y Puchkin!

Pueden distinguirse en las obras literarias tres elementos: uno, puramente imaginativo, propiamente *artístico*, que es fruto especial de las condiciones *profesionales*, que diríamos, del escritor; otro, esencialmente humano, que procede de las facultades, sentimientos, etc., inmutables, en cierto modo, de la humanidad, y el cual constituye como el fondo común de todas las literaturas; y un tercero, que es mera consecuencia del estado social de cada tiempo, y que sirve, por tanto, para caracterizar la obra y señalar indeleblemente la fecha de su aparición: tal, *v. gr.*, los entusiasmos napoleónicos de los héroes de Stendhal, o los generosos sueños socialistas de los de Jorge Sand.

Cuando este último elemento es el que domina, la obra pierde seguramente en interés para la mayoría del público y reduce en gran manera sus horas de vida; pero gana, en cambio, como documento psicológico especialísimo, que juntamente nos ilustra, en la forma más íntima y auténtica que la literatura puede ofrecer, acerca de las «reconditeces psíquicas» del autor y su tiempo. Y de tal manera apremian el medio ambiente contemporáneo y la propia modalidad personal del momento —es decir, de tal manera se impone casi siempre la llamada nota *subjetiva*, en el instante de la concepción y de la ejecución de la obra— que la mayoría de las novelas y de los poemas famosos en un tiempo, pierden mucho de su interés ante el cambio de ideas y estados del público y de los mismos escritores, explicando así el pronto olvido injusto en que caen muchas veces.

El problema que más especialmente han estudiado los literatos en la juventud, es el de su conducta en las relaciones amorosas, con todos los efectos que las diferentes vicisitudes de ellas producen; señalando bien algunas de sus modalidades más salientes, ya se considere el amor en sí, ya en la modificación que sufre al encarnar

en diferentes clases de caracteres, desde el sentimental y débil de *Werther*, al egoísta y más humano de *Adolfo*.

La pasión loca y desesperada; el desengaño brutal; el afectado y enfermizo pesimismo amoroso; la licencia y el desenfreno, buscados como medios de olvidar sufrimientos a menudo exagerados o ilusorios; la pesadumbre terrible con que sujetan al cabo ciertos amores, destruyendo la vida toda y aniquilando las energías más sanas..., todo esto y más de análoga condición se encuentra en los libros de Goethe, de Musset, de Puchkin, de Sand, de Lenau, de Balzac, de Constant, de Daudet, etc.

Pero al lado de esta preocupación dominante, de este predominio, explicable y natural, de la vida amorosa, se deslizan con frecuencia observaciones de gran valor tocante a otros órdenes de conducta y al fondo ideal de la juventud, redondeando algo más la figura moral de ésta. Así es como Musset refleja las preocupaciones de los jóvenes de 1830 en punto a las creencias religiosas, a la organización social, a la educación, y como Balzac analiza, tan hermosa y ricamente, los sentimientos de la ambición, de la vanidad y de la gloria en los jóvenes. Aunque *Le Rouge et le Noir* de Stendhal sea, predominantemente, novela amorosa —cuya primera parte, henchida de bellezas y de alta poesía, inspiró sin duda a Balzac su famosa *Lys dans le vallée*— la atención que el autor concede al espíritu ambicioso, egoísta y grande, en medio de sus defectos, de Julián Sorel, es suficiente para que resulte estudiado desde este punto de vista el carácter, y de un modo magistral, como era lícito esperar del talento de Stendhal actuando sobre un hecho real de la vida de entonces¹.

Pero, dejando a un lado el estudio de sentimientos especiales, que alargaría mucho las presentes consideraciones, fijémonos en la conformación general de los tipos, en el estado de alma que reflejan, tomando en conjunto sus ideas y sus actos en punto a las diferentes manifestaciones de la vida, y especialmente a su concepto de ésta y de su orientación ideal.

1. Es ya cosa averiguada que el *Sorel* de Stendhal está calcado en la figura de otro Sorel, seminarista que, como el de la novela, mató a su amante en la iglesia. Los documentos probatorios se han publicado en la *Revue Blanche*, de París (marzo 94.)

La diferencia resulta enorme entre los héroes de 1830 y los de ahora. El joven romántico (es decir, *sentimental*) de Byron y de Musset, desesperado, melenudo, escéptico, lleva en el fondo del alma energías vivas, optimismos prontos a resurgir, creencias que *sinceramente* no se atreve a negar, porque todavía *las siente* y son para él, a pesar de todo, ideas-fuerzas. El joven de hoy, el depravado y egoísta de Bourget y de Daudet, el débil, indeciso y neurótico de Turgueneff, de Galdós y de Bérenger, o tiene sólo energías para el mal, en una sequedad aridísima de ideales, o se dobla, como Hamlet, ante la duda y ante la incapacidad de reobrar contra los vicios, y contra los defectos de educación que le aplastan y cuya existencia reconoce, y aun deplora como el que más. Desconfiando absolutamente en su propio esfuerzo, falto de guías tan cautos y generosos como los que tuvo *Wilhelm Meister*, ni siquiera intenta luchar. Cree inútil toda tentativa para escapar del abismo, y a menudo se sustrae a la vida, como Federico Viera o Jorge Lauzerte, el de *L'Effort*². Con los románticos, todavía cabe intentar empresas elevadas: son espíritus perturbados, sin duda, pero valientes, llenos de fuego y de nobleza, en medio de su especial egoísmo. Con los citados tipos modernos, fríos, cobardes, cortesanos del éxito, que ni se rebelan, ni siquiera dudan; o débiles, impotentes, aunque atormentados de nuevo por la sed del ideal, ¿qué empresa puede acometerse?

Dejando a un lado el *Don Juan*, de Byron —tan característico y curioso— para reducirnos a las obras en prosa, en tres autores de este siglo puede estudiarse principalmente la representación del joven romántico: en Puchkin (*Eugenio Oneguín*), en Musset (*Confesión de un hijo del siglo*), y en Lenau (*Fausto*, *Savonarola*, *Don Juan*)³. En Balzac, no obstante conservar algunos rasgos importantes, el tipo ha variado mucho: es más frío, más calculador, más egoísta: es el joven del realismo y del naturalismo casi. Recuérdese a *Bastignac* y al propio Félix de Vandenesse, en muchos de sus actos.

2. *L'Effort*, novela de Henry Bérenger, uno de los jóvenes de la nueva generación francesa, tan deseosa de una regeneración moral.

3. Completa esta trilogía, y no se cita en el texto para no hacer *double emploi* con la novela de Puchkin, la de su gran compatriota Lermontof, titulada *Un héroe contemporáneo*, cuyo protagonista, Petchorine, es (decía el propio autor), «retrato, no de un individuo, sino de una generación».

La novela de Puchkin, tan hermosa e instructiva, se ha borrado de la memoria del público. Las de Lenau apenas se conocen en España. La de Musset todavía la recuerdan muchos, aunque ya nadie la lee. Las observaciones, pues, resultarán más inteligibles si recaen sobre la *Confesión de un hijo del siglo*.

Conocida es la gran parte de autobiografía que contiene la novela de Musset. No perjudica esto al valor representativo de la obra, porque Musset era un verdadero prototipo de su época, y además hay en la *Confesión* observaciones y detalles *objetivos*, de aplicación común a todos los jóvenes de aquel tiempo.

Tres cosas llaman la atención, preferentemente, en el *Octavio* de Musset: la desesperación sentimental, hija, en parte, de pedir a la vida más de lo que ésta puede dar, y, en parte, de no comprender la necesidad y la generalidad del dolor, y del desengaño; el error de buscar en el desorden, en la sensualidad viciosa o extravagante, un remedio para las heridas del espíritu, con la constante decepción que produce este medio y la falta de sinceridad con que se hace gala de semejante paliativo; y las dudas respecto del ideal de la vida, de las más altas creencias, dudas que, si aparentemente se resuelven en un escepticismo frío, en el fondo son la prueba de una crisis espiritual que aspira a descansar en una afirmación, con tal de que no cueste gran fatiga y surja de pronto, hecha de una pieza, resultado muy superior a las fuerzas de un hombre que, además, solía estar no preparado para tales investigaciones. Y es que, al fin y al cabo, el héroe de Musset resulta como todos sus compañeros, hijo de aquel *René*, cuya sentimental locura hace de Chateaubriand un romántico verdadero, en quien prenden todas las ansias del siglo, a pesar del aparente arrebató religioso que lo eleva y hace popular su nombre⁴.

La desesperación exagerada, lacrimosa, la heredaron los románticos de los *sentimentales* del siglo XVIII, y es la parte más conocida, más popular de su psicología. Aquellos disgustos tan sin

4. En cierto modo, todos estos *héroes* proceden de *Werther*, y así ha podido escribirse un libro en que se estudian las diversas encarnaciones del personaje de Goethe en la literatura francesa; pero si se comparan despacio las ideas de aquéllos y de éste, han de advertirse diferencias muy radicales. *Werther* es, además, menos complejo, más reducido a un solo problema de la vida.

motivo, aquellas heridas del amor propio elevadas a la condición de grandes problemas, aquella manera trágica e infundada de considerar la vida, amargándola, enturbiando todos sus placeres, trayendo sobre sí y sobre los demás la infelicidad menos merecida y lógica, se ha perpetuado tanto en la literatura de nuestro siglo, que está todavía en gran parte de los héroes de la novela moderna, y, sobre todo, del teatro, donde aun la aplauden los mismos que en la conversación diaria abominan de ella. Tiene, no obstante, una base psicológica, que supone cierta superioridad en la aptitud para sentir, para recoger impresiones y responder a ellas con un vigor y un acutismo (sic.) que, a veces, descubre sentimientos muy delicados. Así, el héroe romántico, como aquel inglés de *La Mujer de treinta años*, sabe sacrificarse por su dama, cosa que parecen ignorar los héroes del naturalismo, explotadores más que amantes de la mujer.

La depravación sensual del «hijo del siglo» no cierra el ánimo a toda esperanza, porque no es producto espontáneo de una inclinación física morbosa, ni efecto reflexivo de una depravación moral absoluta. No es sensualidad sincera, a la cual se entreguen los héroes románticos por afición verdadera; por el contrario, les disgusta, no les satisface, no les divierte, al cabo. La buscan para olvidar —como enfermos, como se emborrachaba, verbigracia el príncipe de *Martín el expósito*— no sabiendo el modo de curarse razonablemente, o de resolver con calma, y por términos lógicos y humanos, los conflictos que la ligereza en el obrar, la ilusión o la inexperiencia producen. En suma, los héroes románticos saben poco: son unos niños, unos inocentes que al ver que las cosas no les salen como ellos quisieran, en vez de buscar la solución natural, o resignarse, se echan al surco, como quien dice, y abominan de la vida que no saben comprender. Basta leer los capítulos VI y IX de la novela de Musset (primera parte, páginas 72 y siguientes de la traducción española) y el IV de la segunda, para convencerse de esto que decimos. Aquellos libertinos —no ya sólo Octavio, sino el más frío y vicioso Dagenais— están tristes, se aburren en medio de los placeres, les falta la alegría de los libertinos del Renacimiento, tan comunicativa y simpática, a pesar de todo.

Así ha podido calificarse el tipo romántico como de «inaguantable», porque, como dice la señora Pardo Bazán, es «exigente, egoísta, mal avenido consigo mismo y con los demás, insaciable

de amor y despreciador de la vida... y siempre de mal humor». Y, sin embargo, aun en el paroxismo de esa locura, cuando Octavio se convierte en *Rolla* y llega al suicidio, aún le quedan, como en su ironía, según reconoce M. de Chantavoine, «una lágrima, y, a veces, una oración inquieta, errante y desolada» que lo ennoblecen.

En general, por lo que toca al concepto de la vida misma y a las creencias fundamentales, Octavio, más que un escéptico convencido, es un desorientado. El espectáculo de las miserias sociales, del éxito momentáneo que el mal obtiene, de la positiva indiferencia y crueldad inhumana de la masa (que no ahora, sino siempre, en todas épocas, vive según las imposiciones despiadadas de una barbarie egoísta), le han hecho dudar de la eficacia real de las ideas y de los sentimientos nobles y elevados, de la moral sincera y pura; y de otra parte, teóricamente, las doctrinas críticas le han hecho desconfiar de la *verdad* de las antiguas creencias. Falto de cultura para subir a un punto de vista superior, *inferior él mismo al problema* (no sólo personalmente, sino también por condición de la época en que vive), no se atreve a afirmar nada, oscila de un extremo a otro, pero siente la necesidad de creer en algo, de apoyar en base sólida la conducta. Esta situación, tan propia de los tiempos de crisis intelectual, y que supone, al fin y al cabo, que la juventud piensa y se preocupa con los altos problemas ideales, tiene en el fondo una elevación y una seriedad muy interesantes, a menudo no sospechadas («inconscientes», que se dice) por el mismo que las experimenta.

El Octavio de la *Confesión de un hijo del siglo* ofrece variadas pruebas de esto. En rigor, es bueno—mejor dicho, *no quisiera ser malo*— y aunque por el camino sospechoso del sentimentalismo, sabe ser dulce y sacrificarse, sabe tener dignidad en ciertos momentos.

A veces, sus dudas nacen de un motivo pueril. Consulta la Biblia, como la Dinah de Jorge Elliot, y se asombra y desespera de encontrar en el libro santo acentos de duda e incertidumbre. Sólo se fija en lo pequeño. «¡Dios mío!» (dice). Me habla una mujer de amor y me engaña; me habla un hombre de amistad, y me aconseja que me entregue al libertinaje; otra mujer quiere consolarme y me enseña, llorando, una pierna bien formada; busco una Biblia que me hable con el idioma de los ángeles, y sólo me dice: «¡Quizá!». No sabe salir del ejemplo inmediato, de la experiencia personalísima, del dato

individual. No habiendo acertado a interrogarla bien ni a servirse de ella, acusa a la razón, como ciertos católicos que creen así serlo más y más puramente. Pero con todo esto, queda siempre en su alma un rinconcito sano que el dolor pone de manifiesto alguna vez. Las reflexiones que se le ocurren después de la muerte de su padre, están llenas de buen sentido, y demuestran una emoción real que pudiera ser base de la regeneración. Conoce también los afectos puros, comprende los elementos normales y honrados del amor, odia la mentira, y sabe sentir, como no sienten jamás los depravados, los celos de un pasado desconocido, en que la desconfianza suele poner mil imágenes perturbadoras. El capítulo en que habla de estos celos es uno de los más interesantes para la psicología, porque tiene una verdad asombrosa, que sólo podrán comprender los que hayan experimentado la misma amargura. Pero también sabe Octavio hacer sufrir, reflejando su enfermedad en los otros; y el martirio terrible de que es víctima Brígida, parecería de una crueldad repugnante si no supiéramos que lo padece por igual Octavio, que es una consecuencia fatal de su dolencia terminada con un arranque generoso.

El tipo de Octavio se prolonga por algún tiempo en la literatura. Flaubert nos da su última encarnación degenerada, y a la vez su crítica, en *La Educación sentimental* (1869)⁵. Todavía después de Musset la juventud tiene bríos y recobra sus entusiasmos peculiares en la política. Hace de la libertad su Dios, y lucha por ella, olvidándose a sí propio, relegando a segundo término, por algunos años, sus problemas particulares e íntimos; y hasta llega a preocuparse con Jorge Sand, de las reformas sociales, del bienestar común, de la idea religiosa, aspirando de nuevo aquel inocente pero generoso optimismo de los hombres del siglo pasado.

La fatiga y las desilusiones, hijas de haber pedido a los hombres, a los sistemas y a las ideas, mayor perfección y más rápidos resultados de los que pueden dar, le producen nueva y más grave caída. Parte de la juventud sigue más fría y calculadamente el camino de Desgenais y de Rastignac; otra, cae en la inacción de *Demetrio Rudin*. Demetrio Rudin personifica, en efecto, un nuevo estado de alma que aun sufren hoy las juventudes europeas, y que

5. Este tipo está tratado especialmente en un artículo que con igual título publicó el periódico de Madrid, *La Justicia*, en 28 de febrero de 1892.

en 1855 conocían ya los rusos. *Rudin* no es perezoso con la pereza semifatal de una raza, como *Oblomoff*; no es inactivo tampoco por motivos dogmáticos, por lecturas de Schopenhauer y Hartmann mal digeridas; lo es por la peor de las enfermedades morales, por la desconfianza en las propias fuerzas, por la conciencia firmísima de una impotencia personal que cree sufrir. Con ella marchita todos sus buenos instintos, todas sus preciosas facultades. Ve el ideal, lo ama, lo acaricia a tientas, pero se figura no poder alcanzarlo, y el desaliento le hace caer al borde del camino. Conoce los vicios de su educación, pero no fía en remediarlos. ¡Ha visto tantos fracasos de grandes aspiraciones! ¡Le han hablado tantas veces de fatalismos, de la pequeñez humana, de la pesadumbre de los hechos y de la tradición! Todavía sueña empresas y comienza obras; pero como el *Doctor Faustino*, las deja sin concluir, las abandona al primer tropiezo. Las dificultades le desalientan. Ni siquiera es testarudo e inocente como *Bouvard* y *Pécuchet*, que ensayan sin descanso. Le falta la perseverancia. Su amigo Lejneff se lo advierte, y él contesta: «Tú lo dices; no he tenido perseverancia. *Jamás he edificado nada*; en efecto, es difícil edificar, sea lo que quiera, cuando falta el suelo debajo de los pies».

Su ineptitud para la vida positiva, real, fruto de la educación romántica e intelectualista, comienza a revelarse.

«Lo que es cierto, le dice Lejneff, es que tú permanecerás pobre. —Yo, ¿qué quieres? Por descontado, sé que siempre he pasado a tus ojos por un hombre nulo. —¡Tú! ¡Qué locura, hermano! Verdad es que hubo un tiempo en que sólo saltaba a mi vista el lado defectuoso de tu carácter; pero ahora, créeme, comienzo a saber apreciarte con más justicia. No eres capaz de hacer fortuna... Pues bien; ¡te quiero a causa de esto mismo!... Sí, de veras; te estimo por eso mucho más... ¿Me comprendes?»

Han pasado los tiempos en que Schaunard y sus compañeros de la vida *bohemia* vivían de ilusiones... y de trampas. La juventud, frente al grave problema positivo de la existencia, aspira a ser independiente y feliz; pero no está educada para los combates que esa aspiración exige, y cuando va con buena fe, con nobleza, se rinde o dilapida sus energías, y al fin se *déclasse*, como dicen los franceses, creando el mísero proletariado económico y moral, de levita. El resultado último de todo esto es una enfermedad de la voluntad:

el desfallecimiento del ánimo. La juventud ha olvidado que, según Fausto, «en el principio era la acción»; y si lo sabe, no puede o no cree poder producir acción ninguna eficaz, ni para sí, ni para los otros.

Creyéndose impotente para lograr su felicidad personal, menos puede pensar en ser levadura de progreso para la patria, en acometer altas y generosas empresas. No le queda, más que una vaga, impotente piedad hacia los hombres desgraciados y hacia las miserias de los pueblos; pero ni siquiera intenta agruparse para dar el impulso de regeneración. Necesita largo reposo para dar lugar a que resurja, en lo íntimo de su conciencia, la voz divina que grita al hombre: «Anda», como Jesús a Lázaro; y cuando la oiga, empezará por reformarse a sí propia, por curar la llaga enorme que lleva en el alma y que le impide todo movimiento. Le hace falta, ante todo, recobrar la confianza en sí misma y en el destino humano, reconocerse libre y capaz de *acción*.

Pero antes de que esto llegue, todavía ha de hundir la juventud su espíritu en más lóbregas y tenebrosas simas. Llevará el fanatismo materialista hasta la exaltación de *Bazarof*, el héroe de *Padres e hijos* (Turguenef), que representa la negación pura de las ideas tradicionales, la fría, inflexible crítica, más dura cuanto más precipitada, más errónea cuanto más radical y absoluta pretende ser en sus conclusiones. Llevará también el egoísmo cobarde hasta la perversión más honda, hasta la locura, tergiversando las ideas, haciendo, incluso, responsable de sus extravíos a la ciencia, de la que no supo servirse, a la que no supo interrogar con calma, esperando la respuesta serenamente y con pureza de intención. Y así nacen el *struggle for life* de Daudet⁶ —que todavía tiene su eco en el protagonista de la reciente novela de Vandérau, *La Cendre*— y Roberto Greslou de *Le Disciple*, la más alta encarnación del tipo preludiado ya, en parte, en el Rodion Romanovich de *Crimen y castigo* (1868).

Al mismo grupo pertenecen algunos de los personajes creados por Zola, aunque la psicología del gran maestro no puede definirse

6. *La lutte pour la vie* (1889). El tipo de Paul Astier figura ya en *L'immortelle*. Del mismo jaez egoísta son *Del-amí*, de Maupassant, y el Octavio de *Aubonheur des dames*.

sino después de muchas explicaciones, y teniendo muy en cuenta su punto de vista especial, su propósito dogmático⁷.

La emoción profunda que causó *Le Disciple* demuestra, aun descartada la exageración del tipo y la errónea atribución de su origen, que el mal, en el fondo, era exacto, a saber: el mal del egoísmo y de la cobardía de alma.

Pero ya cuando Roberto Greslou revelaba (1889) el horrible vacío moral de su espíritu, la juventud había llegado a la conciencia de su falsa posición, y empezaba a repugnarla, analizándola, aunque sin fuerzas todavía para lograr redimirse por su solo esfuerzo. Ya *Demetrio Rudin* se daba cuenta del origen de sus males, reconociendo su verdadera psicología, con ayuda de Lejneff; y el propio Greslou vence al fin su cobardía, y la reconoce y redime, dejándose matar por el hermano de su víctima. Poco a poco adquiere la juventud la ciencia de su propio estado; pero el análisis que hace de su alma le precipita en nuevos abismos, a menudo. Así como los aprensivos llegan a la locura de creerse víctimas de todas las enfermedades, en fuerza de observar síntomas en sí mismos y de leer libros de medicina para cuyo cabal aprecio no están preparados, así los *psicólogos* que estuvieron en moda no hace mucho, los analizadores, llegan a la locura en fuerza de querer experimentar *estados*, de querer sentir cosas raras, *desdoblamientos*, etc., sugestionados por lecturas mal entendidas, amando el análisis por sí mismo, como un médico que amara la enfermedad sin pensar que ésta sólo se estudia... para curarla. Semejante desvariados tienen su representación social y figuran también en la literatura. Pero el análisis se concreta, a veces, y toma direcciones positivas. Con Julio Valles (*Le Bachelier, L'insurgé*), revela la parte de culpa que corresponde a los otros, a los padres, a los maestros, a la sociedad, protestando y acusando todavía con algún dejo de romanticismo, pero más en firme, y con propósitos revolucionarios bien definidos. Igual carácter viene a tener la explosión nihilista entre la juventud rusa, que al punto se refleja en la novela, *v. gr.*, con Tchernichenski (*¿Qué hacer?*). Los héroes nihilistas, como los revolucionarios de Valles,

7. Los personajes de Zola no sienten casi nunca los problemas ideales. Son raros en sus novelas los tipos de este género, como el socialista de *Germinál* y el tísico de *L'Argent*.

conservan aun mucha levadura romántica, no obstante su realismo forzado, levadura que juntamente se manifiesta en el misticismo de los unos y la bohemia de los otros. Pero ya entrevén un fin: les alumbró una nueva luz y se sienten capaces de una acción enérgica. Todavía más: rompen con el *individualismo* que caracteriza a los héroes románticos, y le sustituyen con un altruismo fervoroso, desinteresado, una piedad vehemente, simpática, no obstante las extravagancias, crueldades y locuras con que la mezclan. Los nihilistas, como dice Emilia Pardo Bazán, son la manifestación de un pueblo joven «capaz de ilusión histórica y de sublimes calenturas», y son simpáticos, porque al indiferentismo egoísta hay que preferir siempre «los apasionados extremos y hasta los desbarros» de cualquier fanatismo, ya que en la vida social toda, como en arte, lo hermoso es lo que vive. Valles dedica su *Bachelier* a todos los que, «nutridos de griego y de latín, han muerto de hambre», y su Jacques Vingtras representa toda una clase, realmente desgraciada, loca por la desesperación, y que si a veces tiene ella misma la culpa de su desgracia, no ignora que gran parte le viene impuesta, y pretende remediarla hasta en lo que tiene de irremediable. Nunca se ha hecho crítica más despiadada —ni más cierta, después de todo— de la educación moderna, de la falsa «preparación para la vida» que se da a la juventud y que arroja a buena parte de ella en el proletariado, marchitándole ilusiones y sofocando aptitudes. Los anarquistas de levita, esos que presiente el ciego Rafael de *Torquemada en la cruz*, nacen con Vingtras, que representa así todo un estado de alma de la juventud moderna.

Pero esta dirección revolucionaria no es la de la mayoría. La lucha que emprende con más ardor la juventud para conseguir su regeneración, y la que mayor provecho ha de darle, es la lucha interna, titánica, desesperada, llena de vacilaciones y desfallecimientos, que unas veces termina en deslumbrante claridad, como les sucede al *Pedro* y al *Lerine* de Tolstoy⁸, y otras concluye con el suicidio, como en *L'Effort*.

Los jóvenes del tiempo de Musset y el propio Vallés descargaban toda la culpa de su desgracia sobre la sociedad, guardando siempre

8. De ellos se ha tratado especialmente en el capítulo «Tolstoy» de *Mi primera campaña*, Madrid, 1893.

una cierta orgullosa confianza en sí mismos; pero los de hoy saben cuán grande parte de culpa les toca. Llegan a ver la raíz profunda del mal en la voluntad seca y exánime, y comprenden que a ellos mismos toca reaccionar; pero a menudo perecen, víctimas de su flaqueza, o se sustraen al problema, suprimiéndolo con la muerte. Ya no se suicida la juventud por el amor, como Werther y los héroes románticos, sino como Hamlet, por no poder cumplir el deber ni acertar a verlo claro y definido. Jorge Lauzerte (*L'Effort*) se mata, como dice su hermana, «por no saber lo que quería». Cautivo de una vida superficial, egoísta, viciosa, seca de energía y de ideal, cuya falsedad conoce y abomina, se liberta de ella por el único medio que sabe emplear, puesto que le falta fe en el *esfuerzo* íntimo, y vigor en la voluntad que lo ha de producir. Su pesadumbre es mayor, porque ya no es sólo un débil, como Rudin, sino también un inmoral, como Rolla.

Pero con todo esto, en Jorge Lauzerte brilla la esperanza. Cuando un hombre como él se mata por motivos de conciencia, es que el ideal alumbra ya de nuevo en el horizonte. No es ya el pesimista Larcher de *Mensonges*, que se cree impotente para regenerar su dignidad, y sigue encanallándose. Lauzerte no sabe curarse, pero tampoco quiere seguir viviendo como hasta entonces. Con esta consoladora perspectiva termina la novela de Bérenger.

Y ciertamente, para confirmarla, asoman ya los héroes nuevos, los jóvenes de Tolstoy, que llegan a encontrar la palabra de luz y de vida; los últimos⁹ de Bourget, que transpiran la esencia del ideal, germinado en ellos; el David Grieve de Mrs. Ward, que, nuevo Meister, alcanza al fin la serenidad de alma que lo fortalece y consuela, después de haber sufrido todas las influencias intelectuales que han pesado sobre la juventud de este siglo, por lo cual es *David Grieve* como un resumen de toda la evolución; y tantos otros, salidos de las filas del renacimiento moral con Ibsen, con Björnson¹⁰, con Lemaitre, con Rod, con Heuzey, con Vyzewa, con P. Valdés (*La Fe*).

9. Sólo los últimos. En las primeras novelas de Bourget predominan los inmorales y los pesimistas.

10. *V. gr. Los Caminos de Dios*, traducido al francés en la *Revue Bleu*.

Verdad es que muchos de ellos no ofrecen resuelto el problema: que sobre muchos, generosos y nobles en no poca parte de sus ideas y de su conducta, como el Eynhardt de *El Mal del siglo*, pesa todavía muy gravemente ese mal del intelectualismo egoísta, que convierte la ciencia en fuente de placer solitario y la reforma moral en labor de exclusivo aprovechamiento, sin pensar en los efectos sociales o sintiéndose impotentes para la acción; que, indecisos aun en punto a la explicación de la vida, se abstienen de afirmar resueltamente, como el propio Max Nordau, entre dos direcciones distintas...

Pero el espectáculo de esa nueva juventud que comienza a reflejarse y a llenar con sus representaciones la novela contemporánea, juventud nacida del propio seno del intelectualismo, que, como dice Béranger, lleva por el análisis «a la negación de sí propio»; juventud que se afirma sustantivamente, que aspira a redimirse, que va creyendo posible la redención, que la busca con sus propias fuerzas y que se preocupa con las grandes cuestiones sociales, con la suerte de los obreros, de los desgraciados, a quienes ama, como Eynhardt, esa, trae consigo la génesis de nuevos tiempos e infunde a la literatura savia fresca, sana, psicología interesante y consoladora. Mucho le queda que andar. Las soluciones de Tolstoy, de Byörnson, de Mrs. Ward, no alcanzan aun a todos ni pueden ser por todos admitidas. Aun andará largo tiempo errante la juventud por el desierto de su indiferencia. Aun la representan Rudin, Federico Viera, Eynhardt y Lauzerte. Pero no en balde dice Mefistófeles a Fausto: «Si no te extravías no encontrarás jamás el camino de la razón. Si quieres ser, sé por tus propias fuerzas». Y que hay ya falanges en el buen camino, lo demuestra la novela contemporánea, y en la vida real lo demuestran también las iniciativas de la juventud francesa, la juventud de ese pueblo que la pasión sectaria tacha de ligero, de corrompido, y que emprende ahora tan vigorosa regeneración en todos los órdenes, incluso en la vida política y en el sentimiento nacional.

Desde el joven romántico de 1830 al joven neocristiano de 1894, la distancia es grande, el camino recorrido largo, difícil y lleno de tristezas. ¡Ojalá no sea un desengaño más esa generosa aspiración, en que parecen entregarse los jóvenes a la reforma interior de su alma y a la resolución de los grandes problemas sociales! Tienen maestros que los conducen, poetas, como Henry Chantavoine, que

los animan. ¿Saldrá algo sano, positivo, de este movimiento? He aquí la pregunta que está en todos los labios... La respuesta quizá la den las novelas de comienzos del siglo XX.

* * *

Y ahora, esbozada ya ligeramente la evolución psicológica de la novela moderna en punto a las representaciones de la juventud, cabe indagar si quedan agotadas las manifestaciones de ésta, si los novelistas no han incurrido en vacíos graves... Y lo primero que ocurre contestar es que la única psicología que han sabido hacer es la de los estados álgidos, supremos, del *hombre* joven; pero que parecen ignorar casi por completo la psicología de la mujer. De qué manera la han entendido y cuáles sean los pecados de superficialidad que deban imputárseles, requiere especial estudio. Pídelo también un nuevo aspecto de la psicología juvenil, que empiece a despuntar en la literatura y que llena un vacío de la anterior: la psicología del obrero, ya que los jóvenes de la novela han sido hasta hoy, casi siempre, representantes de la clase media más o menos alta y de la aristocracia tradicional.

Rafael Altamira

“El problema actual del patriotismo”, año X, nº 118 (octubre 1898), pp. 63-89

Uno de los escollos con que más a menudo tropieza la investigación científica, es la vaguedad, o la multiplicidad de sentidos, en las palabras que expresan conceptos fundamentales. Cuando esas palabras se refieren a elementos de la vida práctica social, y entran en lo que puede llamarse *latu sensu* política sociológica, el obstáculo llega a ser tan grande, que hasta puede originar, con la exageración de las interpretaciones contrarias, una lucha armada; siendo lo más grave que las divergencias de este género son las más difíciles de reducir.

Un caso de esa indeterminación de concepto ofrécesenos hoy día en lo que toca a las palabras *patria* y *patriotismo*; y no de otra manera puedo explicarme que espíritus de gran cultura formulen, con tanta seguridad como lo hacen, una condenación absoluta, precedida de una crítica cruel, de las ideas y sentimientos que corresponden a aquellas palabras, confundiendo sentidos parciales, o abusivos y teratológicos, de ellas, con otros esenciales y de perfecta normalidad.

Si examinamos, en efecto, la argumentación de los más radicales y «modernistas» enemigos del patriotismo, veremos que toda ella se reduce a combatir exageraciones chauvinistas o agresivas del sentimiento patriótico, que llegan, sin duda, a poner una venda en los ojos del pueblo, impidiéndole conocer sus propios defectos (y, por tanto, cerrándole el camino a la corrección y enmienda), o destruyendo las ideas de fraternidad humana y dejando que perduren y se arraiguen más y más los egoísmos nacionales y los procedimientos de la guerra económica o armada, igualmente nocivos. Y en esto, no cabe duda que han de estar conformes (y a la verdad, siempre lo han estado) los espíritus generosos y ajenos a toda preocupación ambiciosa¹. Pero el error comienza cuando, generalizando las con-

1. Digno y franco precedente de esas limitaciones al amor nacional, que se hallan en todos los filósofos, moralistas y filósofos del Derecho modernos, es la doctrina de un ilustre español, el P. Feijóo, el cual, en el Disc. X, tomo III de su *Theatro crítico*, al tratar del *Amor de la patria y pasión nacional* (dirigiéndose particularmente contra los abusos del regionalismo y los egoísmos de campanario), fustiga con gran crudeza de razones el mal uso del patriotismo, «especioso

clusiones condenatorias de aquella anormalidad del patriotismo, se comienza a combatir la raíz misma de este sentimiento, como si todo patriota fuera necesariamente egoísta y cruel. Tanto valdría combatir la familia, porque puede llevar a limitaciones perjudiciales para la especie; o el amor paternal, porque disminuye el que debe tenerse al resto de los hombres, con quienes no liga el lazo de la generación directa. El egoísmo, la envidia, la ambición, la crueldad, no son vicios exclusivos de las agrupaciones patrióticas, de los Estados y de las naciones, sino generales del espíritu humano, dándose lo mismo en el individuo que en la familia, en la localidad, en la región, en la clase social, en el gremio, en la nación, en la raza², etc. Evitarlas y suprimirlas en todas y cada una de estas entidades, constituye la aspiración y la obra seculares de casi todas las religiones, de casi todos los filósofos y de todos los hombres de

pretexto» de muchas concupiscencias, su confusión con la conveniencia particular, y el error chauvinista; pero afirma la esencialidad de la patria depurada de esos extravíos, basándola, por cierto, en elementos sociológicos e ideales que pueden desaparecer con el cambio de residencia, y establece sólidamente, incluso con el ejemplo que él mismo dio y de que luego hablaremos, la obligación en que estamos para con la patria nacional (véanse, especialmente, págs. 224, 226, 230, 237 y 38, 243 y 44 de la nueva edición de Madrid, 1877). La conciliación de ambas cosas (la crítica de los *vicios* y la afirmación de la esencialidad de las naciones) pueden verse aun en los autores de la escuela jurídica krausista, que son los que más han acentuado en nuestro tiempo la idea del Estado internacional y de la federación de los pueblos: léase, por ejemplo, el *Ideal de la humanidad para la vida*, de Krause (trad. de Sanz del Río, Madrid, 1860, párrafo 38); la *Filosofía del Derecho*, de Ahrens, y su *Enciclopedia jurídica*, libros, estos dos últimos, que han formado la base de la educación jurídica de varias generaciones españolas.

2. Así se da el caso de pueblos extraordinariamente cultos, y perfectamente caracterizados como nación, que, ofreciendo grandes ejemplos civilizadores en lo interior, son en las relaciones exteriores de una inhumanidad que indigna. ¿Habría por esto que pensar en suprimirlos? ¿Ganaría algo la humanidad, desde el punto de vista de la civilización y el progreso, con que desapareciera Inglaterra, cuyo carácter es irreductible, e intransmisible, en cierto sentido, a otros pueblos? Bastaría con que se corrigiese de su poco escrupulosa avaricia política. Los estados patológicos del patriotismo han sido estudiados por Ribot en su *Psychologie des sentiments*. Pero algunos de los que figuran como tales, no son en rigor consecuencia de aquel sentimiento. Así la guerra, que, como dice muy bien Legrand, es, por el contrario, un ataque a la patria, que cesaría si se afirmase la esencialidad jurídica de este principio social.

buena voluntad; pero es absurdo creer que ha de conseguirse esto suprimiendo las entidades mismas: porque como, al fin y al cabo, la raíz de ellas se encuentra en el individuo y en las ideas y sentimientos de éste, habría que suprimir al individuo mismo, lo cual sería, sin duda, el más radical de los ejemplos posibles en el orden de los remedios heroicos.

No quiere esto decir que todas las agrupaciones sociales y políticas que hoy conocemos sean esenciales y hayan de perdurar eternamente. La Historia nos demuestra que han desaparecido otras que gozaron vida pujante por muchos siglos, y no tenemos derecho ni razón lógica para negar que suceda lo propio algún día con tales o cuales de las que hoy existen. Por otra parte, la aspiración a un Estado o sociedad internacional, humano, a una inteligencia amorosa de todos los hombres, no es de hoy, ni pueden gloriarse de ella los modernos partidos o escuelas radicales; y ha pasado ya a la categoría de conocimiento vulgar la observación de que el proceso evolutivo de la sociedad parece haberse dirigido hasta nuestros días (porque del mañana nadie puede responder) en el sentido de una amplitud cada vez mayor en la constitución de los grupos. Nadie puede afirmar, sin embargo, que las tendencias a realizar positivamente la fraternidad humana hayan ni puedan llevar el camino de destruir las asociaciones naturales, a la vez que los vicios egoístas de ellas³; ni aun se atrevería hoy ningún pensador serio a decidir (salvo algunos pocos casos concretos de agrupaciones políticas) cuáles de entre las asociaciones o formas de asociación nacional

3. Por el contrario, lo general es pensar en la corrección de los defectos manteniendo las diferenciaciones nacionales. Véase por ejemplo, el reciente libro de G. Tomé, *Geografía del presente e dell' avvenire, ossia etnografia e geografia politica del mondo civile, giusta i principii dell' etnicarchia* (1898), que partiendo de las mismas ideas expuestas por Loescher en 1880, estudia la *tendencia natural* de los pueblos a formar familias diversas, no por fuerza material política, sino por solidaridades de orden espiritual, y defiende la idea humanitaria de una paz universal, previa la anulación del militarismo, sobre la base de los grupos nacionales autónomos y bien definidos. La obra del Sr. Tomé es particularmente útil por su numerosa bibliografía. Véase también Legrand (*L'idée de Patrie*), para quien la solución del porvenir consiste en mantener la división en naciones independientes completadas por inteligencias internacionales y arbitrajes, y la defensa que hace Burgess de la individualidad nacional. (*Ob. cit.*, I, págs. 59-60 de la trad. esp. de LA ESPAÑA MODERNA)

existentes son accidentales o esenciales, estando todavía muy inseguro el criterio en la masa, como lo demuestran las reivindicaciones *regionalistas*, que buscan el reconocimiento de una personalidad propia en las regiones, compatible con la unidad superior⁴. Por otra parte, es frecuente ver cómo marchan paralelas en los filósofos del Derecho la aspiración a un cosmopolitismo que una cada vez más a los hombres de todas procedencias, y el reconocimiento de esferas autónomas, de Estados propiamente dichos, en los círculos sociales inferiores y aun en el individuo mismo.

Fuera de esto, es indudable que la política real tiene otras exigencias que la política ideal, y que si en ésta es lícito forjarse el cuadro de repúblicas utópicas en que (haciendo uso del optimismo de algunos grandes reformadores) aparezcan vencidos todos los malos y todos los abusos egoístas que en las relaciones humanas continuamente se producen, y, por consecuencia, todas las rivalidades y exclusivismos, individuales y de grupo, en aquélla hay que

4. Esta compatibilidad es evidente para los regionalistas de muchos Estados europeos constituidos sobre la base de una nación. (No puede discutirse sobre el ejemplo de Austria-Hungría, que no es un Estado nacional, hoy por hoy, aunque, en opinión de muchos, *c. gr.* Schuchardt ^(a), acabará por serlo). Así en Francia, donde el regionalismo descentralizador tiene mucha fuerza, y se está traduciendo ya en la política activa, (reforma de los Consejos generales, etc.) nadie niega la patria nacional, ni ataca la cohesión formada por obra de siglos y generaciones. Tan sólo en España hay quienes (poquísimos, por fortuna, dentro del regionalismo) niegan la patria española, y aun de estos, los hay que se limitan a consignar la actual decadencia de la conciencia nacional y el amor de la patria en el pueblo; pero ofrecen remedios para volver a estrechar ese fortísimo vínculo de unión social. Algún autor (*c. gr.*, el señor Torras y Bagés en su voluminoso libro *La tradició catalana*, Barcelona, 1882, pág. 77) distingue entre el «sentimiento de la patria», que entiende ser puramente local (también parece creerlo así el Sr. Unamuno en su *Crisis del patriotismo*, núm. 6 de la revista *Ciencia social*, Marzo, 1896) y el «sentimiento nacional» nacido de «la unidad de leyes o instituciones fundamentales (¿nada más ni nada menos?) entre diferentes pueblos que forman una nación». Verdad es que el mismo autor habla luego de «patria común» (declarando su compatibilidad con la región) y de «sentimiento de patria» en las naciones actuales (pág. 81). Para evitar *quid pro quos* con los que acepten esta distinción, debemos advertir que nos referimos siempre a la *patria nacional* y al sentimiento patriótico *español*, que son dos hechos innegables, aunque puedan ser discutibles.

(a) *Slavisch-deutsches und Slavisch-italienisches* (1884), pág. 131.

partir de los datos reales y trabajar sobre la base de ellos. Los que pretendan hacer otra cosa, serán excelentes filósofos o moralistas, pero no servirán para la obra de organización actual, ni para el remedio inmediato de los males presentes, que no puede lograrse sino partiendo del mismo estado en que se dan, ni nadie lo ha de conseguir *per saltum*.

Ahora bien; la realidad nos obliga actualmente a reconocer la existencia de diferentes grupos nacionales, más o menos caracterizados, de grupos puramente políticos, y de ciertos movimientos y aspiraciones comunes que tienden a constituir asociaciones más amplias, bautizadas con el nombre de una raza: como el esclavismo, el germanismo, la fraternidad latina, la anglosajona, etc. Aun descontando de estas aspiraciones todo lo artificial⁵ con que a ellas contribuye (y aun les da origen) el egoísmo político de tal o cual Estado, que afirma con esto nuevamente su sustantividad, es indudable que existen corrientes de opinión en este sentido, las cuales cada día tienden más a jugar un papel activo en la política internacional. Pues con todos estos elementos hay que contar, hoy por hoy, para cualquier trabajo de reconstitución y de progreso; y sacrificar el elemento propio, el que directamente nos toca, en aras de un cosmopolitismo vago, mientras los restantes afirman y extreman, incluso agresivamente, su personalidad, es el más inocente e inútil suicidio que cabe en cabeza humana. Tanto valdría consumir de golpe, por un arrebatado ardor altruista, las fuerzas individuales cuya conservación puede ser esencial para la misma obra humanitaria. Lo que importa para los verdaderos intereses de la caridad no es que un San Vicente de Paul muera al día siguiente de comenzada su obra sublime, sino que atienda lo suficiente a su salud para durar muchos años en beneficio de lo mismo que representa. Tiempo hace, y no escaso, que Spencer⁶ y otros filósofos han demostrado la necesaria compatibilidad del egoísmo y el altruismo, reduciendo a justos límites ambos sentimientos.

Volviendo a la observación de los organismos sociales presentes —y descontando el proceso de su formación, que puede haber si-

5. Véase, por ejemplo, en lo que toca al esclavismo, lo que dice Schuchardt en su folleto *Tchèques et Allemands* (París, 1898), págs. 20 y 21.

6. *Fundamentos de la Moral*, cap. XIII.

do más o menos regular⁷— hallaremos que muchos de ellos están caracterizados sustantivamente por sus hechos y por la opinión de los demás. No nos referimos ahora a la determinación geográfico-política, ni siquiera a la étnica, en cuyas contradicciones hallan muchos autores argumentos contra la formación de nacionalidades⁸, sino a la psíquica, que hace posible hablar del espíritu y de la cultura ingleses; del espíritu francés o galo; del alma italiana; del

7. Todo organismo, toda institución y cuanto más complejo es, con mayor motivo, cuando se estudia en sus orígenes o en la historia de su formación, aparece vago, indeterminado, vacilante en la lucha de las fuerzas y de los elementos que han de integrarlo al cabo. Lo mismo pasa con el organismo nacional: y pretender negar su realidad actual, apoyándose en su proceso genético, es procedimiento poco científico. Fue, no obstante, el que siguió el Sr. Pí y Margall en algunos capítulos de su libro *Las Nacionalidades*, flojísimo en la parte histórica. — V. las juiciosas observaciones que hace Schuchardt, *loc. cit.* pág. 34, a propósito de la exageración de las reivindicaciones históricas.

8. Es la argumentación de los federales (como el Sr. Pí) y de los cosmopolitas. Pero la fuerza de esta argumentación reside únicamente en la equivocada manera que generalmente se ha seguido para investigar el fenómeno nacional, empeñándose en reducirlo a una sola forma, caracterizada, ora por la unidad de lengua, ora por la de raza (?), ora por limitaciones geográficas especiales, etc. Por fortuna, hoy empieza a reconocerse que, en la realidad, se dan naciones de muchos y variados tipos, en que sólo existen algunos de aquellos elementos, o uno solo, o aparecen negados otros que se creyeron fundamentales, y, sin embargo, hay *nación* (c. gr. los Estados Unidos de América y Suiza). Puede decirse de ella lo que Gumplowicz dice de la raza (*Lucha de razas*, cap. XXXI), a saber: que es un *producto del proceso histórico* resultado de muchas y varias causas, y que se caracteriza por la existencia de factores principalmente intelectuales y por un sentimiento de unidad y solidaridad en los individuos y cuerpos que la forman, sentimiento que, andando el tiempo, produce la ilusión de la unidad antropológica, de la comunidad de origen. Con razón, pues, dice Legrand en su citado libro *L'idée de Patrie* (París, 1898) que hoy día ya no se liga el patriotismo a las afinidades de raza, «que no preceden ni producen la patria, sino que son, al contrario, consecuencia y obra de ella»: ni «a las semejanzas de lengua, culto y aun cultura, que constituyen el fondo de que se alimenta el patriotismo, pero no la fuente de que emana: como lo prueba Suiza, que no tiene, ni igualdad de religión, ni de raza, ni de lengua». Fouillée, por su parte, hace constar que el pueblo francés, «el que ofrece mayor unidad desde el punto de vista psicológico, es quizá el más híbrido desde el punto de vista de la raza. La unidad —añade— la han hecho el suelo, el clima, la historia, las selecciones naturales y sociales, los intereses y las pasiones comunes, todo lo que, al través de los siglos, forma la educación de un pueblo».

carácter alemán, etc., siendo indudable que estas determinaciones existen, y que, traduciéndose en las costumbres, en la ciencia, en el arte, en toda la idealidad de los pueblos, señalan sus más notables diferencias y afirman su personalidad en el mundo⁹. Nada definitivo puede decir la ciencia en punto al proceso de formación de tales caracteres; ni son prueba en contrario las continuas transferencias y asimilaciones recíprocas que cada día ponen más en claro los estudios comparativos. Por bajo de todas las influencias extrañas, el espíritu de cada grupo subsiste y se impone, como en la historia pasada se impuso (en Grecia, en Fenicia, en Roma, etc.), sin que podamos decir tampoco de dónde procede, y en qué toma raíz esta individualidad, si en el influjo del clima, en el más amplio de las determinaciones geográficas, en el *substratum* étnico¹⁰, o en

9. V. cómo fundamenta este concepto Fichte, en sus *Discursos a la nación alemana*, cap. VIII. De ellos publicaré en breve una traducción castellana.

10. La cuestión de la influencia del tipo antropológico propiamente dicho, muy discutible desde que se reconoció (v. por ejemplo, Gumpłowicz, *La lucha de razas*) que en los tiempos históricos no existen ya razas puras, parece tomar un nuevo rumbo, a lo menos por lo que respecta a Europa, después de los trabajos de Lapouge y Ammon (inaugurados en 1896: v. su bibliografía en *Rev. Internationale de Sociologie*, marzo y junio, 1898), o sea de la constitución de los estudios antropológicos. Lapouge distingue en Europa tres tipos: el *Homo Europeus*, dolicocefalo y rubio (llamado a veces, con error, tipo ario); el *Homo Alpinus*, braquicefalo (celta o celta-eslavo), y el *Homo Mediterraneus*, dolicocefalo moreno (dolicocefalo meridional). Los dos primeros componen principalmente la población del Norte y Oeste; el tercero la de los países del Sur, aunque no faltan en ellos representantes numerosos de los tipos europeo y alpino, como se ve en la *Distribución geográfica del índice cefálico en España*, según el Sr. Oloriz. Las conclusiones de la escuela de Lapouge son: que, en punto a la energía y las aptitudes, el *H. Europeus* ocupa, en cualquier territorio en que se halle, el primer lugar; el *Alpinus*, el segundo, y el *Mediterraneus*, el tercero, en la jerarquía de las razas europeas. Semerjantes conclusiones se basan hoy por hoy en la determinación de tres caracteres (que suponen otras tantas leyes) deducidos de la comparación entre las razas indicadas en orden al reparto de riquezas, a la estratificación o jerarquía social, y a la sedentariedad o emigración. (V. un resumen de estas demostraciones en el art. de C. C. Closson, trad. en la *Revue Internationale de Sociologie*, junio 1898, con el título de *La hiérarchie des races européennes*). Pero del valor científico de estas conclusiones, dudan muchos críticos, y algunos como Monod llegan a calificarlas de fantasías. Por lo que toca a España, los datos obtenidos por los Sres. Aranzadi, Hoyos, Oloriz y Anton, resumidos por éste en su Discurso

un complejo de causas que en cada punto da resultados diferentes por la forma de la combinación¹¹. Ni puede ser argumento en contrario la indeterminación de ese mismo carácter en ciertos puntos, o su presente «inefabilidad», demostrada en las diferentes opiniones, a veces radicalmente contrarias, de los extraños, y en las mismas dudas de los naturales, como respecto del *espíritu* francés acaba de verse en una recientísima información¹². Lo único que esto arguye es el atraso en las investigaciones de psicología colectiva, tan embrionaria, en efecto, por lo que toca a las leyes generales como a la determinación personal de cada grupo. Pero la afirmación de la conciencia popular¹³ y las conclusiones ya alcanzadas por algunos investigadores¹⁴, bastan para sostener la existencia real de la dife-

de apertura de la Universidad Central (1895), prueban que la composición antropológica es algo más compleja de lo que los antroposociólogos suponen, y que no siempre ha dado en la historia tan medianos resultados como hace presumir la pretendida inferioridad del *Homo Mediterraneus*. Sea lo que quiera de la exactitud de estos nuevos estudios, importa a nuestra tesis observar que no contradicen las diferencias nacionales (antes se inclinaban a afirmarlas como irreductibles, sobre la base de la especial combinación que en cada una tienen los tres tipos), y que afirman la composición mixta de los pueblos actuales, y la no correspondencia de las razas históricas modernas con los tipos antropológicos. El valor respectivo de estos se obtiene estudiándolos dentro de cada nación y comparándolos entre sí, pero no bastan a explicar la diferencia real que hay, verbigracia, entre el carácter alemán y el francés, no obstante hallarse formado uno y otro pueblo de la mezcla predominante del *H. Europeus* y el *Alpinus*. En punto a la no correspondencia entre las razas antropológicas y las familias lingüísticas (la antigua división de arios, semitas y turanios) y, en general, para lo que se refiere a las razas europeas, consúltese el excelente libro de Taylor, *The origin of the Aryans*, que resume muy bien el estado actual de los conocimientos.

11. V. el libro de Legrand, en lo que toca a las formas y a las bases fisiológicas y psicológicas de la individualidad nacional.
12. Aunque se refiere especialmente al *espíritu literario*, es característico. V. *Revue des Recues*, 1º julio, 1898: *Qu'est-ce que l'esprit français?* Opiniones de Bourget, Bréal, Desjardins, Fonsegrive, etc.
13. La fuerza de este hecho no se ha estudiado lo bastante; pero no está en lo cierto Legrand cuando afirma que «la esencia del patriotismo es un acto implícito, pero real y continuo, de asentimiento y de amor».
14. Comienza ahora a estudiarse la psicología de ciertos pueblos, como el francés, el inglés, el alemán; pero aún tardará mucho tiempo en poder reducirse científicamente las diferencias de juicio que es fácil advertir, comparando los

rencia entre los varios pueblos actuales y pasados, aunque respecto de los primeros no se haya logrado todavía una fijación clara de los elementos característicos.

Después de todo, no debe maravillar este hecho; es una simple consecuencia del principio de desigualdad, de individualidad, que en medio de lo común alcanza a todos los seres. Por fortuna, ya en lo que toca a los individuos está rectificada la romántica ilusión de una igualdad absoluta, a que llevó la exageración de la jurídica, o mejor, ante la ley; y con igual fuerza hay que protestar contra la ilusión de la igualdad (más bien se diría de la uniformidad) de los pueblos, que algunos parecen acariciar con harta ligereza. Toda la teoría de la tutela social, y de la colonización como una forma de tutela, se basa, como es sabido, en esa desigualdad¹⁵; y aunque de ella quitemos las interpretaciones abusivas que ceden en desprecio del derecho de los peor dotados, siempre quedará en pie el principio y su fundamento en el hecho de existir históricamente pueblos superiores o inferiores a otros. Pero las diferencias que propiamente establecen la personalidad de los pueblos, no son las cuantitativas, nacidas de hallarse en este o el otro grado de civilización y de capacidad, porque éstas pueden salvarse y reducirse andando el

relatos y observaciones de los viajeros, los refranes en cada nación afirman algo de su carácter o del de otras naciones (principalmente en son de censura o de burla) y otros datos que muestran la inseguridad de semejante conocimiento, hasta ahora. Como libros y artículos recientes inspirados en este sentido pueden citarse: *Profilo antropológico dell' Italia*, por Francesco L. Pulle (Firenze, 1898), que se dirige a trazar, con ayuda de la estadística, un *perfil* psicológico; *Quelques traits de la psychologie des Slaves*, por S. Korski (en la *Revue Philosophique* jun. 98); Fouillée, *Psychologie du peuple Français*, tomo I (París, 1898), obra excelente, aunque deja muchos puntos oscuros, quizá porque, como dice un crítico, «el carácter francés no es muy conocido en sus aspectos esenciales»; Ed. Demolins, *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons y Les Français d'aujourd'hui. Les types sociaux du Midi et du Centre* (París, 1898), libro este último, que contiene muchas observaciones exactas, pero que a juicio de uno de sus críticos, Lichtenberger, no es de fiar en las conclusiones, porque generaliza sobre un grupo pequeño de hechos. De carácter más limitado son los trabajos de G. Routier, *Grandeur et décadence des Français* (París, 1898), y H. Bérenger, *La Conscience nationale* (París, 1898), estudio más bien de los defectos actuales de la sociedad francesa, que de toda su psicología.

15. V. mi estudio sobre *La dictadura tutelar en la Historia*, cap. I.

tiempo, y no imprimen propiamente carácter, sino las que se refieren a la *modalidad* intelectual y sentimental, que persisten y aun se acentúan con la diferenciación cada vez mayor que el progreso trae consigo. Sería peregrino que, reconociendo hoy la ciencia como ley de toda evolución orgánica la diferenciación, que caracteriza cada vez más los elementos y órganos, se negase su aplicación a las sociedades humanas, pagando harto tributo al afán uniformista de la época. Lo que radicalmente distingue la personalidad del pueblo griego de la del romano, no es el haber sido uno *más* civilizado que el otro, sino el sentido, la modalidad de su civilización, a pesar de haberla recibido en gran parte el segundo del primero¹⁶. Si a este elemento se une el del medio natural que, a pesar de la industria humana, señala, inevitables divisiones del trabajo económico¹⁷, se tendrán las bases fundamentales de la diferenciación de las naciones y de la existencia de ideales y de intereses diferentes entre ellas.

Estas diferencias de modalidad llegan, a veces, a lo más hondo del carácter, y a las cualidades que facilitan o retrasan el progreso en la cultura¹⁸. Pero todavía cabe creer que el contacto persistente de unos pueblos con otros, los cruzamientos, la influencia sistemática y reflexiva de la educación, entendida como Fichte la explicaba¹⁹, disminuyan con el tiempo algunas de estas diferencias, excitando, *v. gr.*, el afán por la cultura, el deseo de modificar las industrias para igualar a las extrañas, el impulso activo en ciertos órdenes. Muy probable es también que el carácter cosmopolita que van adquiriendo la ciencia y el arte, la homogeneidad que en al-

16. El *más* y el *menos* son también muy relativos en historia, porque los pueblos no desarrollan íntegra y paralelamente todos los órdenes de su actividad. Así, el pueblo romano, que en conjunto es inferior al griego, en el orden jurídico no puede afirmarse como tal.

17. Respecto del influjo del clima, véanse los datos aportados en mi *Enseñanza de la Historia*, págs. 160 a 190, y en las *Adiciones* (págs. 30 a 33 y 387-88 del libro *De Historia y Arte*).

18. Véase lo dicho en nota anterior, acerca de las conclusiones de Lapouge y su escuela.

19. Páginas 54-55 de sus *Discursos*. Es la misma teoría desarrollada luego por Guyau. Un ejemplo reciente de la influencia enorme que, a veces, pueden producir los contactos de pueblos, la tenemos en la rápida *europización* de los japoneses.

gunas cualidades presenta hoy día la civilización de tipo europeo y otras causas análogas, contribuyan al mismo fin; pero todo nos autoriza a pensar que la homogeneidad no podrá pasar de ciertos límites, porque ni las más poderosas influencias educativas pueden crear facultades que no existen (y sí solo despertar las existentes), ni borrar particularidades que reposan en diferencias de situación y de vida que escapan a la acción del hombre y pesan sobre él²⁰, quiera o no quiera. Los recientes estudios de sociología jurídica y de derecho consuetudinario, *v. gr.*, demuestran que, lejos de rectificar la experiencia el sentido de la escuela histórica o savigniana, lo afirman con la prueba de que la realidad en este orden, la verdadera vida del derecho, lejos de guiarse por principios absolutos de un derecho *natural*, igual para todos, descansa en las variedades que a las instituciones imprimen los pueblos, de conformidad con su idiosincrasia especial²¹. La doctrina de la división del trabajo entre los pueblos, según las respectivas aptitudes y las imposiciones del medio geográfico (orografía, relieve en general, costas, etc.), y la teoría de las misiones especiales que las naciones cumplen, son de las que más legítimamente han pasado de la antigua filosofía de la historia idealista a la moderna sociología positiva; y aunque de ellas es preciso descartar interpretaciones patrioterías como la ale-

20. V., por ejemplo, los datos que trae el P. Duhem sobre los caracteres específicos del tipo mental inglés, comparado con el alemán, en el artículo *L'école anglaise et les theories physiques* (*Revue des questions scientifiques*, 1893, 2º semestre, pág. 345), y el paralelo que entre la química francesa y alemana hace el Sr. Carracido en su artículo *La nacionalidad en la ciencia* (incluido en los *Estudios histórico-críticos de la ciencia española*, Madrid, 1897). En punto a la vida jurídica, sabido es que Carle dedica todo un libro (V de la 2ª parte) de su *Vida del Derecho*, a desarrollar un «ensayo psicológico sobre el carácter mental que en los estudios jurídicos y sociales han desplegado algunos pueblos modernos», distinguiendo y caracterizando el genio inglés, el alemán, el francés y el italiano. V. en la trad. esp., Madrid, 1891, las págs. 349 y sigs. del tomo II. Con relación a grupos más amplios (griegos, eslavos, celtas, latinos y germanos) ha expuesto recientemente Burgess en su *Ciencia política* (págs. 45 a 53 de la edición española) la psicología del genio político en las naciones europeas.

21. Inútil nos parece detenernos en explicar el alcance de estas afirmaciones, que no invalidan, claro es, el valor general de los principios de justicia. La cuestión ha sido demasiado tratada por todos los modernos filósofos del Derecho.

mana de Fichte y Gervinus, y, hasta si se quiere también, toda conclusión que se refiera a los pueblos actuales o a la historia moderna, sobran los ejemplos en la antigua para confirmar la existencia de características diferenciales entre las naciones.

No arguye en contra de esto la inseguridad y la mutabilidad que los azares de la fuerza producen en la demarcación territorial, aun de los Estados que con mayor razón pretenden ser *nacionales*; ni siquiera la vaguedad que todavía reina en punto a la definición de las voces «nación», «pueblo», «raza», «patria» y sus análogas²², porque el criterio territorial que hasta ahora se ha seguido, por imposición errónea de la historia política, no es el verdadero para juzgar en estas materias. Los pueblos no adquieren ni pierden personalidad por ganar o perder unos cuantos kilómetros de frontera, sino, como antes decíamos, por poseer o haber agotado un espíritu propio, una modalidad especial de ideas, sentimientos y conducta, una conjunción históricamente condensada —por la continua labor, oscura o irreflexiva a veces, de la masa— de intereses y aspiraciones²³; y mientras ese espíritu persiste, indicando que la persona social vive todavía, hay pueblo, hay nación, hay patria, al través de todos los cambios de dominación y de todas las segregaciones

22. Pueden consultarse a este propósito, además del libro ya citado de Gumpłowicz, el de Burgess, por lo que toca a la explicación de la «unidad étnica» nacional, y los recientes de Auerbach, *Les Races et les Nationalités en Autriche-Hongrie* (París, 1898), y de Luigi Gasparoto, *Il principio di Nazionalità nella sociologia e nell diritto internazionale* (Turín, 1898), que compara las ideas de *patria* y *nacionalidad* en los diversos sistemas de filosofía: socialismo, cosmopolitismo, partidarios de la paz universal, etc. También Legrand, *ob. cit.*, y Demolins, *A quoi tient la supériorité*, etc. (págs. 294 y sigs.) estudian los diferentes sentidos de estos conceptos. Schuchardt, en el folleto citado, que contiene indicaciones muy claras y sugestivas, llama pueblo (*Folk*) al Estado, al grupo político, y nación (*Nation*) al grupo etnográfico, «a la comunidad de lengua». En cuanto a la palabra «nacionalidad», cuya significación como «el conjunto de cualidades que caracterizan a una nación» se sustituye a veces por el sentido traslaticio, según el cual designa «el conjunto de individuos que presentan aquellos caracteres nacionales», Schuchardt prefiere no usarla para evitar confusiones. —Nosotros empleamos indistintamente las voces «pueblo» y «nación», reservando la de «Estado» para designar el grupo político, que puede no ser nacional.

23. La etimología de la palabra griega *patria*, denota ya una significación ajena a la territorialidad.

territoriales. Sin duda, la independencia política, como ya el mismo Fichte demostraba, es condición eminentemente necesaria para que fructifique y se desarrolle el espíritu nacional, y por eso las agrupaciones que la tienen defienden tenazmente su independencia, hasta el punto de ser lícito pensar que el grupo en el cual carece de fuerza ese sentimiento ha dejado de ser pueblo, por agotamiento de su espíritu propio o de sus energías orgánicas, y está próximo a la muerte. Pero lo que importa afirmar es que la personalidad nacional y patriótica no depende tan por completo del suelo como se ha creído²⁴, sino, ante todo y sobre todo, de la existencia de un espíritu común en el grupo. Así es posible que el pueblo judío²⁵ siga siendo «pueblo» (es decir, nación) aunque no posea territorio propio («patria», como se dice erróneamente); que los pueblos verdaderamente colonizadores lleven su espíritu a países nuevos y allí lo arraiguen, y que los pueblos emigrantes o nómadas, no obstante la movilidad y continuo cambio de su territorio, hayan mantenido y mantengan su personalidad, comunicada luego a los territorios en que se establecen definitivamente²⁶. Lo principal, repetimos, es la existencia, en un grupo de hombres, de cierta unidad concreta en intereses, creencias y aspiraciones, en ideal y sentido de la vida; de la conciencia de esa unidad nace el sentimiento de solidaridad y amor referido a todos los que de ella participan, afirmando la personalidad del grupo y distinguiéndolo de los demás: por donde, de cada vez, a medida que se acumula tradición, a medida que el tiempo va consolidando la conexión entre los elementos constitutivos y la herencia colectiva, va diferenciándose y cristalizando el genio nacional, la patria moral. Verdad es que el predominio alcanzado en la vida social por la forma sedentaria y la desaparición,

24. Salvo en lo que el suelo *influye* en formar ese espíritu, como hemos visto. La doctrina de las unidades geográficas, en su relación con las étnicas, para formar el tipo perfecto de nación, responde a otro sentido del que ahora nos guía en el texto, que no pretende negar la esencialidad de los dos factores (suelo y pueblo) que Renán consideraba como fundamentales para el nacimiento de la nación.

25. Es el único ejemplo de pueblo sin patria.

26. La historia antigua y la de los tiempos medios ofrecen numerosos casos que demuestran esta afirmación. V. c. gr. el libro de Ihering, *Prehistoria de los indoeuropeos*, y recuérdese a los germanos, a los árabes, etc.

desde hace siglos, de las grandes emigraciones, han unido sólidamente a la patria moral la patria material; como elemento fijo²⁷; pero nótese que, salvo episodios siempre pasajeros de conquistas militares, la tendencia general (manifestada así que terminaron las oscilaciones producidas durante toda la Edad Media por el último movimiento de emigración en Europa) sigue la dirección de establecer las divisiones territoriales sobre la base de la comunidad de espíritu (principio de las nacionalidades), subordinando aquellas a éste y enlazando los grupos que pueden reconocer una patria moral común; siendo lo exacto, en esta corriente histórica de las nacionalidades, que el hecho no procede de la doctrina (como erróneamente suponen algunos), sino al revés, la doctrina no ha sido otra cosa que el reconocimiento por los eruditos de un hecho natural, de una aspiración anterior de las masas, aunque en la práctica el egoísmo de las minorías gobernantes, y aun la misma exageración del elemento negativo que el amor patrio (como todo amor) tiene, hayan producido perturbaciones que aún duran en parte.

Guiados por este criterio, no nos parecerá contradicción que el amor patrio se nutra (secundariamente en rigor, fundamentalmente en apariencia, muchas veces) de elementos que proceden del territorio. El apego al terruño en que se nació y vivió los primeros años, la preferencia por la naturaleza y las condiciones geográficas de la patria local (y aun de la nacional) son, para muchas gentes, condiciones primarias del patriotismo, y el lenguaje vulgar confirma este hecho cuando, al pedir una *patria*, entiende pedir «un pedazo de suelo»; pero también es cierto que los mismos que esto sienten, responden cuando se da a la patria un sentido moral y un alcance que trasciende del terruño natalicio, afirmando siempre la existencia de los estratos afectivos e intelectuales que la comunidad de intereses y de ideal van produciendo en el alma del pueblo. El efecto de desnaturalizarse que se produce en los hombres de vida errante y aventurera, cuando la emprendieron demasiado jóvenes o no se hallan provistos de un sentimiento vigoroso de la solidaridad con el grupo de que proceden, nace, no de que pierdan de vista el

27. No quiere esto decir que los nómadas no tengan suelo: pero en ellos es mudable e influye menos, en punto a la determinación de los demás caracteres sociales, que en los pueblos sedentarios.

territorio de su patria natal (que pueden seguir amando geográficamente, que diríamos), sino de romper la *comunicación* ideal con el grupo. Pero como no se pueden *desnaturalizar* a la vez todos los individuos de un pueblo, ni siquiera la mayoría, estos ejemplos aislados nada dicen en contra de la realidad y esencialidad del patriotismo²⁸; siendo también lo más frecuente que se produzcan: o en individuos que no han tenido tiempo para formarse en aquel espíritu, o por los que padecen de esa misantropía especial que el vulgo califica aplicándoles el nombre de *descastados*. Natural es, sin embargo, que el carácter *territorial* del patriotismo sea más acentuado en los grupos y en los individuos de escasa cultura y poca movilidad (los montañeses, *v. gr.*), mientras que el carácter moral se acentúa y progresa en los grupos cultos, ciudadanos, que viajan y se transportan fácilmente; y que, al fin y al cabo, contribuya o pueda contribuir en todos a fundamentar más sólidamente (aunque también con mayor estrechez y egoísmo) el sentimiento de la patria nacional, de cuya suerte depende tanto la de cada parte de territorio.

Ahora bien; para nosotros, lo esencial del patriotismo es la moral. Habrá sentimiento patriótico en los pueblos que se hayan afirmado, en el proceso del tiempo y por la acumulación de intereses, riesgos, sensaciones, ideas, etc., con una cierta unidad y solidaridad sociales, cristalizadas en un carácter común y una idealidad colectiva. La manera como esto se haya producido; la cualidad y origen de los elementos concurrentes, si se han fundido en la persona nacional, ya sean de una o de varias razas, nada de esto importa frente a la existencia de aquel hecho en un momento dado de la

28. Así lo piensa también un autor español tan poco sospechoso para los modernistas como el Sr. Corominas (*Psicología del amor patrio*, en la revista *Ciencia social*, núm. 6, marzo 1896). Véase en la pág. 173 cómo explica la formación *afectiva* del amor patrio. Pero conviene no aceptar de ligero la afirmación de que sólo una escasa minoría intelectual concibe la patria abstracta, la patria que trasciende del trozo de suelo natal. Obligan, por lo menos, a reserva en este punto, hechos como las resistencias espontáneas a la dominación extranjera, y los sentimientos de vanidad nacional y de celos internacionales, expresados en proverbios, refranes, canciones y otras formas de literatura popular, comunes a todos los pueblos, y que reconociendo una solidaridad más amplia que la del grupo local, afirman un carácter, un amor propio y hasta intereses algo más que del terruño.

historia, como tampoco modifica en manera alguna este hecho la persistencia de modalidades regionales o locales de todo orden, que ora se refieren a condiciones subordinadas de la vida, ora representan un factor de los varios que, enlazándose y completándose, o rectificándose, han producido la resultante común. Claro es que con esto se afirma la temporalidad y dependencia histórica en que están la nación y el patriotismo; pero téngase cuidado en no confundir tales caracteres con el de contingencia, cosa a que propenden, por error muy generalizado, algunos críticos. Las variaciones que ha sufrido el mapa político de Europa, *v. gr.*, no dan materia para el menor argumento contra la realidad y sustancialidad de los grupos nacionales modernos en que existe un sentimiento patriótico. Aun en los tiempos más bajos de la Edad Media, es decir, en los de más confusión de los elementos sociales europeos, es posible discernir los núcleos caracterizados diversamente, que habían de ser base de las naciones futuras. A medida que el trabajo de reorganización adelanta, van dibujándose mejor y más claras las líneas propias de cada núcleo, con modificaciones ligeras a veces, producidas por la ingerencia de un factor nuevo, que se asimila, o con escisiones que llegan a causar estado y caracterizarse a su vez. Pero todo esto cúmplase por encima de la mayor o menor extensión de los Estados; y así, con las comarcas del Rhin o sin ellas, el pueblo francés señalase por la misma individualidad; con más o menos divisiones políticas, el pueblo italiano es uno, y siente, desde muy temprano, su unidad; y frente a él, a pesar de todas las dolorosas gestaciones de su consolidación política, el grupo germano afirma su carácter completamente distinto, etcétera. Las modificaciones territoriales no producen efecto sino a la larga, cuando traen por consecuencia que una parte de población pase al dominio de un grupo diferente, mayor o de más enérgica individualidad y permanezca así durante mucho tiempo, sin interrumpirse la prescripción, sufriendo influencias nuevas, que hacen variar la orientación de la solidaridad. Así, por ejemplo, los vascos y los catalanes franceses, que, a fuerza de años de hacer vida común con un pueblo diferente del suyo de origen han perdido el sentido de comunidad de vida y patria con los vascos y catalanes españoles, no obstante conservar

algunos elementos de relación, como el idioma²⁹. Pero estas mudanzas —que si bien se considera no han afectado, desde el siglo V a la fecha, sino a muy contadas agrupaciones, o destruidas casi completamente (*v. gr.*, los alanos), o absorbidas socialmente por el dominador político, u obligadas a emigrar (*v. gr.*, los vándalos, que a su vez eran invasores recientes de país extraño)— no se cumplen en un día; y presente está el ejemplo de naciones desaparecidas por usurpación y pérdida de independencia en nuestra época que, o han logrado reivindicar esas condiciones (lo cual prueba la persistencia del espíritu nacional, *v. gr.* Grecia) o demuestran bien claro el deseo de reivindicarlas si les fuera posible, procurando, mientras tanto, salvar y acentuar el carácter propio (*v. gr.* Polonia). Sin duda que estos hechos varían mucho, según los casos; hay pueblos cuyo sentido nacional y patriótico es más tenaz y vivo que el de otros, ya por estar más solidificado, ya por descansar sobre una realidad más perfecta, y estos resisten más; hay también otros que todavía se hallan en germinación (por ejemplo, muchos de África) y que quizá no lleguen a granar por interposición de factores europeos más robustos y dotados de una enorme potencia asimiladora (las más de las veces, hay que decirlo, destructora). Pero siempre, cuando se trata de personalidades nacionales plenamente diferenciadas, el cambio no se produce sino después de mucho tiempo de sufrir las influencias ajenas acompañadas de dominación política.

Por último, no debe perderse de vista que los pueblos no son eternos, y que muchos, más poderosos que las grandes nacionalidades modernas, han desaparecido del mundo.

Cuando un pueblo ha agotado su ideal y sus energías naturales, o se ha depravado moralmente, o ha caído en un anárquico egoísmo como el que Fichte pintaba en los *Caracteres del tiempo presente*, perdiendo todo interés por defender y salvar el carácter y la independencia nacionales, es lógico que decaiga y se deje absorber

29. Las corrientes regionalistas modernas, que pretenden resucitar la solidaridad de estos dos grupos, para soldar nuevamente sus mitades y hacer el todo independiente, reproduciendo la existencia de Estados antiguos más o menos reales (especialmente por lo que toca a los vascos), son puramente eruditas. La masa no las siente, a lo menos en la forma que los regionalistas desean, sin que esto obste a «el amor de la tierra natal» que todos tenemos, aunque sintamos el amor nacional también.

por otro pueblo que se halle en pleno período de desarrollo nacional; y hasta puede desaparecer por completo, aunque a veces esta desaparición sea más aparente que efectiva, continuando, por bajo de la exterioridad política contraria, la realidad del genio nacional, aun a despecho del propio pueblo decaído, que se impone al vencedor; testigos, Grecia y Roma³⁰. Conviene también advertir que quizá nos formamos una idea equivocada de la dinámica social y política del mundo antiguo; que tal vez las condiciones de vida de los pueblos modernos son muy diferentes de las de sus predecesores y más aptas para la persistencia de la personalidad; y que, en fin, la teoría de la renovación de los pueblos y de las fatales leyes de desarrollo que los condenan, como a los individuos, a muerte inevitable (teoría quizá demasiado sujeta a una pura observación histórica limitada, que no puede elevarse a ley), necesita de una detenida revisión para contrastar su derecho a influir sustancialmente en nuestras concepciones de estos fenómenos sociales³¹. Y es posible que a estas nebulosidades contribuya también, por su parte, el hecho de que, existiendo en un pueblo dado *muchos* de los elementos que componen el genio o espíritu nacional, y no ignorándolo, sino conociéndolo con más o menos claridad, el pueblo mismo, no llegue a *sentirlo* con suficiente fuerza para fundar realmente la unidad, o

30. No sabemos todavía nada cierto en punto al fenómeno de las decadencias y aparentes desapariciones de pueblos. Es cuestión que la sociología histórica necesita estudiar detenidamente.

31. En el proceso general evolutivo del organismo social humano, ¿señala la Edad Antigua un grado sólo (inferior al presente), o se dio ya en algunos pueblos orientales y clásicos toda la complejidad y organización necesarias para constituir un Estado sólido y no una forma pasajera? Problemas son estos que me parecen aun poco claros en la Sociología experimental, aunque para algunos autores, como Burgess, la impotencia política de los asiáticos y del pueblo griego sea punto menos que axiomática. En punto a la negación de la ley de desarrollo de los pueblos, concebida a la manera tradicional, es sugestivo el siguiente pasaje de un artículo del Sr. Vidal y Jumbert (*¿Cuál es el elemento enfermo?*, en *La Vanguardia* de 18 agosto, 1898): «En esto me aparto de los que comparan el desarrollo de una nacionalidad a la vida individual en sus tres períodos de juventud, plenitud y muerte; porque las grandes nacionalidades (España ha sido una de las más grandes, aunque otra cosa opinan los pesimistas de encargo por todo lo español) tienen varios desarrollos, procesos, pero de ninguna manera comparables a los tres de la vida individual».

claudique en algunas de sus manifestaciones más aparentes, y al fin y al cabo, de positivas consecuencias: *v. gr.*, en la necesaria solidaridad defensiva contra las agresiones exteriores, según ocurrió en Grecia³².

Con todas estas salvedades, volvamos nuevamente a la realidad actual. Siempre que nos hallemos en presencia de un grupo humano organizado actualmente en territorio propio, con civilización y carácter diferenciados, con historia común a todos sus componentes en un largo período de tiempo, y que tiene conciencia de su personalidad³³, la ama y la quiere sostener, ¿por qué no ha de ser lícito y humano fomentar esa conciencia y ese amor, procurando sostener el genio nacional, defenderlo de las agresiones que pretenden destruirlo, y procurar su difusión en lo que tiene de bueno para beneficio de la humanidad misma, que nunca sacará mejor provecho de cada uno de sus factores que cuando todos desarrollen su actividad originalmente, según su idiosincrasia; así como toda sociedad no pierde, sino que gana, con que se produzcan original y personalmente cada uno de sus individuos? La homogeneidad de los caracteres no sólo es una ilusión, sino que, de poderse lograr artificialmente en un momento y espacio dados, sería un mal³⁴. Por muy fuerte que sea el pesimismo nacional, el menosprecio que en momentos de decadencia suelen sentir los individuos que más participan de ese estado respecto de la colectividad toda, convirtiendo en absoluto el juicio relativo (y quién sabe si exacto) de una situación transitoria; por muy graves, hondas, exageradas y apasionadas que sean las antipatías extranjerías, hijas siempre, no de una noble repugnancia humanitaria, sino de la envidia, del recelo o de la ven-

32. El ejemplo de la división de las antiguas tribus españolas, motejado por los historiadores clásicos como el hecho que produjo la absorción romana, no puede equipararse a éste, a mi juicio; porque el grado de evolución social en que estaban las tribus peninsulares, ni era tan adelantado, ni mucho menos tan homogéneo como el de los grupos griegos, en que los factores comunes estaban muy acusados en casi todos los órdenes.

33. V. sobre el carácter de «sentimiento inmediato de conciencia que tiene el patriotismo, y su independencia de toda demostración concreta (a veces imposible) de la existencia de la persona nacional, a Fichte, *Dis. IX*, al cual siguen Foullée, Legrand y los demás autores modernos.

34. Consúltese Fichte, *Disc. cit.*

ganza. ¿quién se arrogará justamente el derecho de condenar en definitiva a un pueblo, dándolo por inútil, por muerto, por falto de toda condición buena que, debidamente desarrollada, pueda servir para el progreso del mundo?³⁵ Los *sociólogos* que reparten con ligereza desenfadada patentes de vitalidad o decadencia irremediable, de utilidad o inutilidad, de aptitud o ineptitud para la civilización a los pueblos, no son hombres de ciencia, no tienen derecho a ser escuchados seriamente; o son políticos disfrazados, que buscan con sus sentencias la formación de una atmósfera conveniente para la realización de planes interiores o internacionales, o son fanáticos (reaccionarios unas veces, radicales otras) que se dejan llevar por sus fanatismos y cierran los ojos a la historia y a la psicología colectiva. Aquella cristiana confianza que a los correccionalistas en Derecho Penal hizo negar rotundamente la posibilidad de afirmar nunca, por modo decisivo, la incorregibilidad de un sujeto, tiene más fuerza y mayor aplicación respecto de los pueblos, cuyas energías son más hondas y complejas que las de los individuos, y de cuya psicología sabemos todavía tan poco, que nos veda resolver de plano acerca de la esencialidad o accidentalidad de fenómenos cuya medida cronológica no es, ni puede ser, igual a la que rige en los casos individuales.

Ni siquiera cabe la posibilidad de decidir en muchos casos respecto de la *superioridad*, para el verdadero progreso de la especie humana, de tales cualidades sobre tales otras; porque ni es uniforme y definitivo el concepto de *civilización* que hoy tenemos³⁶, ni quizá las preocupaciones que nuestro tipo moderno nos ha creado nos dejan bastante lucidez para decidir respecto de ciertos factores

35. Tomemos como ejemplo los pueblos asiáticos o africanos, tenidos como bárbaros, o, cuando menos, positivamente inferiores, hoy día, a los de Europa. ¿Acaso si la colonización de los civilizados europeos no los destruyese, como los destruye en los más de los sitios, serían, incapaces de llegar a constituir núcleos importantes de organización social? ¿Quién se atrevería a negarlo en absoluto? El ejemplo del Japón es bien elocuente, y todavía no sabemos las sorpresas que nos reservan los pueblos de la China, del Indostán, del África, N. E. y otros.

36. V. el cap. III de mi *Enseñanza de la Historia*.

morales, tal vez de mayor importancia que otros materiales y de confort que nos deslumbran³⁷.

Yo sinceramente me pregunto si ciertas naciones muy desarrolladas en no pocas esferas de la civilización moderna, y no sólo en lo material, sino en lo intelectual, prestan con esto a la especie un favor que exceda, ni aun compense, el ejemplo terrible, desmoralizador, verdaderamente bárbaro que le dan con los procedimientos de falsedad, de maquiavelismo, de rapacidad, de injusticia, que sistemática y reflexivamente siguen en las relaciones internacionales y en el trato con los pueblos inferiores o con ciertos elementos sociales de su propia nacionalidad o Estado (*v. gr.*, los negros, en la América del Norte; los judíos, en Alemania; los chinos en California, etcétera). El pesimismo que esto crea; la perpetuación que produce de una moral (de una inmoralidad más bien) egoísta; la creencia, que ayuda a mantener en la superioridad de la fuerza bruta sobre el derecho; la superstición que origina respecto de la esencialidad y la fatalidad de la llamada «lucha por la existencia», ¿no son acaso males terribles para el progreso fundamental de la sociedad, al lado de los cuales pierden, si no todo, gran parte de su valor, los adelantos de las artes y de la industria, los refinamientos de la cultura científica, convertida en placer solitario de una minoría y no en bálsamo que calme las malas pasiones y mejore la voluntad?

Y si de estas reflexiones resulta muy aventurado decidir respecto de la superioridad absoluta de un pueblo sobre otro, y de la conveniencia de adoptar universalmente y de un modo completo el tipo del presunto *superior*, como si los demás no ofreciesen ningún elemento aprovechable para la obra común humana, ¿parecerá cosa más fácil decidir en punto a la utilidad de destruir la variedad riquísima de los genios nacionales, reduciéndoles a una simplicísima homogeneidad por el dominio incontestable y la presión de uno solo? ¿Acaso ganará más el género humano con la uniformidad que con el sostenimiento de la especial originalidad de cada uno de sus grupos? ¿Acaso le prestará más servicio un pueblo renuncian-

37. Cf. especialmente la doctrina de Metchuikoff y la de Gumplowicz (capítulo XXXVI), y el reciente libro del Dr. Mehemed Emin Efendi, *Kultur und Humanität. Völkerpsychologische und politische Untersuchungen* (Würzburg, 1897), interesantísimo en muchos respectos.

do a su propio carácter (no sólo en lo que tenga de propiamente suyo, sino hasta en el modo de *interpretar* y desarrollar lo ajeno asimilado), que procurando mantener, purificar y engrandecer ese mismo carácter? Ni cabe, en fin, asegurar —y menos hoy día, dada la orientación y las conclusiones de los modernos estudios filosóficos y sociales— que la formación del tipo ideal humano se logre mejor por la absorción de todos los elementos en uno solo, que por el juego libre de todos ellos, cada cual en su esfera y a su modo, perfeccionándose cada vez más por la experiencia concreta de una función especial.

La insensatez del aislamiento; la necesidad de estar recibiendo continuamente influencias de los demás, de los que son diferentes a él (necesidad tan esencial en los pueblos como en los individuos para la propia nutrición psíquica); el reconocimiento de la solidaridad de todos los grupos humanos en la obra de la educación, de tal manera, que nadie sabe jamás a ciencia cierta si en la obtención del estado presente hay más elementos indígenas que ajenos, ni aun entre éstos cabe siempre determinar cuáles predominan o de dónde vienen, nada de esto sentencia en contra de la necesidad de sostener la personalidad de los pueblos constituidos, como factores útiles, y tal vez imprescindibles, en la compleja obra del progreso humano, para la cual no se basta uno sólo, ni quizá la naturaleza de nuestro espíritu consiente que toda la carga y todas las condiciones pesen o se hallen en *un* grupo social, como positivamente no se hallan en *un* individuo, por alto y equilibrado que sea, ni en una generación.

Rafael Altamira

“Psicología del pueblo español”, n° 123 (marzo, 1899), pp. 5-59 (fragmento)

I

Sean cuales fueren las ideas que se tengan en punto a la personalidad (pasada o presente) de todos o algunos de los elementos que, reunidos, han formado la España actual, no puede menos de confesarse que, al par de las corrientes regionalistas más o menos sólidas, más o menos fundadas en un verdadero movimiento de la masa social, existe entre nosotros la conciencia y el sentimiento de nuestra unidad, no ya como Estado, sino como nación, es decir, como pueblo en que, por encima de las diferencias locales, hay notas comunes de intereses, de ideas, de aficiones, de aptitudes y defectos..., que hacen del *español* un tipo característico en la psicología del mundo, y de España una entidad real y sustantiva. La manera como esto se ha producido sigue siendo, a pesar de todos los estudios recientes, un problema por resolver. Decir que la unidad española (sin determinar muchas veces a qué unidad se refiere el juicio, si a la política o a la social) es un puro producto histórico, equivale a no decir nada, porque todos los hechos humanos son históricos; y, por otra parte, la historia no es arbitraria, sino que tiene su base y raíz en cualidades esenciales del sujeto que la realiza. El reconocimiento, en nuestro carácter actual, de cualidades observadas ya por los autores clásicos en épocas en que los habitantes de la Península vivían marcadamente desorganizados y separados entre sí; la homogeneidad de que, no obstante, dieron muestra una vez cumplida la romanización (aun con ser ésta muy incompleta), en ciertos rasgos fundamentales del genio; la existencia de un sentimiento de unidad hispánica (resultado quizá, en parte, de la presión fundente ejercitada por la cultura romana) que parece señalarse ya en la canción atribuida a San Isidoro, y que en la Edad Media se revela aún más clara, al través de las divisiones políticas, en hechos como la idea del Imperio, son datos todos que ayudan a creer en la existencia de un fondo común en los pueblos peninsulares, base de la unidad política que luego se produjo, de mejor o peor modo, mas no por obra de una casualidad matrimonial o de la ambición política de tales o cuales monarcas, según dicen los que interpretan y narran

la historia como si fuese obra del capricho y de la arbitrariedad, o de la acción omnipotente y decisiva de un individuo.

Por otra parte, los naturalistas y geógrafos reconocen la unidad muy caracterizada de la Península como individuo geográfico¹, como nación botánica², etc.: de donde, si las teorías de la ciencia moderna en punto al influjo del medio físico tienen algún valor, como los más circunspectos autores reconocen³, se desprenden nuevos datos para afirmar la esencialidad de un carácter *español* común a todos los factores regionales, y fundado en algo más que en el centralismo político de la Edad Moderna. Por su parte, los antropólogos y sociólogos modernos, afirman también la homogeneidad de la población peninsular, no como raza pura, pero sí como mezcla característica, y cuyo resultado es la creación de un tipo nacional perfectamente diferenciado de los del resto de Europa⁴.

No puede dudarse, sin embargo, que aquel centralismo coadyuvaba mucho a la acentuación del fondo común, y a solidificar los caracteres generales; pero lo que nadie podrá probar científicamente es que semejante resultado lo hubiera producido por sí sola la monarquía unitaria, a no trabajar sobre una base anterior y superior a ella, que tal vez en muchos puntos la arrastrara más bien que sufriese la presión torcedora de su mano⁵.

Pero sea lo que fuere, en cuanto al proceso genético de la unidad nacional —enteramente oscuro todavía para el observador sincero que no se paga de frases huecas, ni se deja llevar de pasiones políticas o de ensueños arqueológicos— la existencia actual de un *sentimiento* de solidaridad y unidad nacionales (en virtud del que todo español se afirma ante los ciudadanos de las demás naciones del mundo como una personalidad diferenciada y característica.

1. Y de los más exactamente diferenciados y caracterizados, según Reclus (*Nouv. géog. univ.*, I, cap. X), y Burgess (*Ciencia Política*, I: edición esp. de *La España Moderna*.)

2. V. resumida la prueba en Carracido, *Estud. hist. crít.*, pág. 25.

3. V. las citas en mis *Adiciones a la Enseñanza de la Historia* (páginas 30 a 33 del libro *De Historia y Arte*).

4. V. Reclus, *loc. cit.*, Burgess, *id.*, págs. 34 y 35 de la traducción española, y Autón, *Disc.* en la Univ. Central, 1895.

5. Véase cómo razona Burgess la unidad política de los pueblos homogéneos y que viven en una unidad geográfica: cap. IV, págs. 55 a 58.

en todos los órdenes) nadie la rechaza. El propio Sr. Pí y Margall, autoridad nada sospechosa en esta materia, hubo de reconocer, en su capital obra *Las Nacionalidades*, que en 1808 había ya sentimiento de unidad en España⁶; siendo lógico pensar, que si lo había entonces, y puesto que nada en lo histórico se forma «de un pistoletazo» —como decía Hegel— su origen estaba en época más remota. Por su parte, los extranjeros, cuya opinión tiene valor tan grande en estas cuestiones de diferenciación, hace siglos que nos vienen juzgando en conjunto, y viendo en nosotros, a pesar de las variantes regionales que en todos los países del mundo —aun los más vigorosamente caracterizados con personalidad internacional— se advierten, un carácter común, un solo pueblo. Si se leen los viajeros, los geógrafos, los políticos de otras naciones, que han publicado viajes, descripciones y juicios de España, se notará en todos ellos esa percepción clara de la unidad española, y no en lo que meramente toca al orden político (en que puede haber imposición por la fuerza)⁷, sino en lo referente a cualidades que se escapan a la acción del Gobierno, o no sufren apenas su influencia.

Cuando hoy día se habla en el extranjero de nosotros, de nuestra política, de nuestra industria, de nuestra literatura, de nuestras artes, de nuestra idiosincrasia moral, no se reconocen diferencias regionales, ni se distingue el lugar de nacimiento del autor: se habla de industria española, de artes españolas, de desplantes españoles, de inercia o imprevisión españolas, etc.; reconociendo que, a pesar de los variados tipos que las diferentes localidades ofrecen, hay una nota común dominante. Por nuestra parte, desde que hay verdadera centralización política, cabe observar que han pasado por el

6. Págs. 238-39 y 243. Reclus, que es también partidario del federalismo, afirma, no obstante, la unidad social; y aun de la política dice que se establece de año en año con más fuerza (véase pág. 665).

7. También en esto hay errores vulgares. Los viajeros anteriores al siglo XV, y los autores todos del XV al XVII, no tenían ante sí el espectáculo de un Estado centralizador y uniforme, sino que los primeros veían la Península dividida aún en varios Estados completamente autónomos, y los segundos, todavía después del matrimonio de Isabel y Fernando, sabían que, salvo para ciertas cosas comunes (que no excedían de las que hoy se reconocen a un Poder federal), los dos reinos fundamentales de España gozaban de independencia en todo, y dentro de ellos (especialmente en el catalano-aragonés) tampoco regía la uniformidad.

Gobierno y han influido en la opinión hombres nacidos y criados en todos los ámbitos de la Península: castellanos, aragoneses, catalanes, valencianos, andaluces, vascongados, astures, gallegos, etc.; y, sin embargo, la acción de todos ellos ha revestido en lo fundamental caracteres comunes, y los vicios y defectos han sido los mismos bajo todas las influencias, lo cual prueba lo hondo que cala el espíritu nacional. Puesta la mano sobre el corazón, nadie podrá rechazar en nombre de *su patria* regional o de su provincia (aunque como individuo tal vez lo pueda hacer), la responsabilidad colectiva que hay en las desgracias presentes; y la solidaridad con que todos sentimos las ofensas que otra nación hace a España y las agresiones injustas que contra ella se cometen⁸ en la guerra, en la diplomacia, en todos los órdenes (como las hubimos de sentir en 1808, en 1859, en 1880), demuestra que *el patriotismo* lo referimos ya todos a la nación, sin renunciar a nuestras particularidades regionales. Contra hechos tan evidentes, nada pueden las exageraciones de los que, cegados por el espectáculo de la variedad interior, y agrandándola imaginativamente, dejan de ver el bosque, distraídos y mareados por la individualidad de los árboles.

Pero si España es una nación, ¿cuál es su genio propio? En las anteriores consideraciones⁹ ha podido notarse la importancia fundamental¹⁰ que tiene el elemento interno, psicológico, en la determinación de la personalidad nacional. Despréndese de aquí el interés principalísimo de aquella pregunta, conforme a cuya contestación habrá luego de plantearse el problema de la educación española. Tal contestación, sin embargo, no cabe todavía darla en términos científicos. El desconocimiento de muchos puntos de nuestra historia interna y externa; la manera imperfecta como se han hecho hasta aquí las investigaciones, descuidando aspectos fundamenta-

8. Véase, por ejemplo, la declaración de los regionalistas gallegos en la *Revista Gallega* de 1º de mayo de 1898.

9. Véase el artículo *El problema actual del patriotismo* (*La España Moderna*, número de octubre último).

10. Muy superior a la del elemento puramente político que, además, no es causa, sino efecto.

les de la vida nacional, y el estado embrionario que todavía tienen los estudios generales de psicología colectiva, son causa del conocimiento insuficiente en materia tan importante.

Las tentativas para determinar el genio español, para formular los caracteres de la psicología nacional, tienen, sin embargo, viejo abolengo. Con intento sistemático, podemos remontarlas al siglo XVIII, siendo su más ilustre y acabado representante, Masdeu.

Mucho antes, los autores extranjeros que trataban de España, y los españoles (políticos y arbitristas) que con motivo de la decadencia ejercieron en el siglo XVII y en el XVIII su bien intencionada crítica y predicación de reformas¹¹, fueron apuntando en sus libros numerosas observaciones respecto del carácter español, pero sin enlace ni sistema. Parte de estos materiales la aprovecharon y reprodujeron Feijóo y Masdeu en sus estudios y apologías; pero el trabajo de Masdeu es más completo, y en el propósito, al menos, más científico.

Discutíanse por entonces con gran entusiasmo, y aun diré con furor, en Europa, dos cuestiones relativas a este orden de conocimientos: la de la influencia del clima, a que ya nos hemos referido¹², y la de la superioridad o inferioridad de ingenio (es decir, de aptitud

11. El estudio comparado y crítico de estas opiniones, está aun por hacer en su mayor parte. Véase un ensayo, por lo que toca a los italianos, en el cuaderno II de las *Ricerche ispanoitaliane*, de Croce (Napoli, 1896), y con relación a los franceses y flamencos en los *Etudes* de Morel-Fatio, primera serie. Cf. acerca de estos (segunda edición) la interesantísima nota crítica de Farinelli, rica en datos y juicios, publicada en mi *Revista Crítica*, enero, 1898. De los juicios de los alemanes trata extensamente Farinelli en su *Alemania y España* y en *Guillaume de Humboldt et l'Espagne*. Hübner acaba de publicar en la *Deutsche Rundschau* (septiembre de 1898), un breve artículo titulado *Spanien im Lichte der Weltliteratur*, en que examina los testimonios de los viajeros, de los geógrafos y naturalistas, de los historiadores, y otros datos interesantes.

12. La cuestión no era nueva, sin embargo. Remóntase, por lo menos, al siglo XV, en que Paolo Cortese, en su libro *De cardinalatu*, publicado hacia 1510, expuso una teoría «de las varias cualidades de los pueblos según las regiones, y decía que los septentrionales, a causa del mucho frío, son obtusos (*hebetiores*), y los africanos también, por demasiado calor: los mejores de todos son los que se hallan en un punto medio, como los italianos». Y aplicando precisamente a los españoles la teoría, juzgaba que tenían algo del carácter africano, por lo cual son: «ambiciosos, blandos, curiosos, ávidos, amigos de litigios, tenaces, suntuosos, suspicaces, ladinos; *ac barbaros prope Itali nominari solent*»

y resultados para la civilización) entre las varias naciones: cuestiones ambas ligadas entre sí por una tercera, examinada aparte, y relativa a si el clima podía producir o no una diferencia esencial en las facultades intelectuales, *in potentia*. Feijóo intervino en estas discusiones con un espíritu templado y conciliador, que no impedía su celosa defensa de los méritos contraídos por la gente española¹³, y a la vez estudió algunas particularidades del genio nacional, ya en todo el proceso de su historia, apoyándose principalmente para ello en testimonios extranjeros como menos sospechosos¹⁴, ya con limitación especial a la época en que escribía, oficiando en este caso más de censor (para remediar defectos y remover obstáculos) que de panegirista¹⁵. Años después, Masdeu intervino, dando un carácter más concreto a sus investigaciones, y formulando una teoría completa del genio nacional, que ni Huarte, ni Caimo, ni Imperiale, ni Zara, ni Mongitore, ni Morhosio, ni Barclayo, ni el P. Rodríguez, ni Feijóo, ni Du Bas, ni Tiraboschi, habían llegado a formular¹⁶.

(Croce, *Ricerche*, I, página 17).—También en España estudiaron la cuestión Huarte y otros autores que luego se citan.

13. Su doctrina puede verse en los siguientes lugares de sus obras: *Teatro crítico*, tomo II. Disc. 15. *Mapa intelectual y cotejo de naciones*; tomo IV. Disc. 14. *Glorias de España* (págs. 430-441 de la ed. de 1777); *Cartas eruditas*, tomo IV. carta 13. *Si en la prenda del ingenio exceden unas naciones a otras*.—De la defensa de España trataremos especialmente más adelante.—Feijóo insiste en señalar la importancia enorme del esfuerzo personal en el progreso. (Véase, sobre todo, *Cartas*, IV, páginas 151-154).
14. Véanse, especialmente, las páginas 351 a 354 del tomo IV del *Teatro* (disc. XIII, de igual argumento que el XIV citado), en que trae opiniones acerca del «genio español», de Ortelio, Merula, Justino, Sabari, Sempilio y Pacato.
15. *Cartas*, t. II, art. XVI, *Causas del atraso que se padece en España en orden a las ciencias naturales*. (Es una crítica admirable, que hoy podría reproducirse casi sin alteración, aplicándola a los obstruccionismos que, si no ya contra Descartes, manejan algunos contra otras filosofías modernas); tomo III. art. 31. *Sobre el adelantamiento de las ciencias en España*.
16. Masdeu (*Hist. crít.*, I, pág. 47) cita a todos estos menos al P. Rodríguez, autor del *Discernimiento filosófico de Ingenios para artes y ciencias*, Madrid, 1795. (V. un brevísimo análisis de su teoría en el artículo del Sr. Carracido, *Doctrina española del ingenio*, incluido en sus *Estudios histórico-críticos de la ciencia española*, Madrid, 1897). Tampoco conocía a Cortese y otros italianos. El Sr. Carracido cita otro tratadista español de esta serie, recordado por Menéndez y Pelayo, el Dr. Esteban Pujasol (*Anatomía de ingenios*, Barcelona, 1637), que por sus tendencias frenológicas y fisiognómicas se enlaza con un autor, todavía

Para Masdeu, como para el autor del *Teatro crítico*, el clima no influye sobre el entendimiento como potencia, siendo lo exacto que no hay pueblos ineptos *per se*; tampoco influye en las diferencias individuales, pero sí en las *nacionales*¹⁷, aunque respecto de esta influencia hace grandes reservas, afirmando el valor de la libertad humana¹⁸, distinguiendo perfectamente entre la potencia y el acto, y sosteniendo que la *voluntad* no depende en nada del clima¹⁹. Según su doctrina, concurren a formar el *ingenio* o condición intelectual de los pueblos y de los individuos, tres cosas: *entendimiento*, *organización* y *genio*, unidas con la *voluntad* de emplearlo, y la *proporción* o adecuación de los medios y circunstancias que para ello se necesitan. El *entendimiento* lo define como la potencia o facultad, indeterminadamente; el *genio*, como el entendimiento caracterizado o graduado, según su mayor o menor fuerza, y su mayor o menor inclinación a un determinado orden de estudios; la *organización*, como la modalidad general del sujeto, que en las naciones se diferencia conforme al clima. Establecidas estas líneas generales, se dedica Masdeu a probar que el clima mejor para los ingenios es el templado, y enseguida, que el clima de España es uno de los mejores para los ingenios, con lo cual termina la parte general de su estudio. Pasa luego a demostrar las manifestaciones del ingenio español en las obras de agricultura, industria, arte militar, náutica, comercio y literatura, aduciendo numerosos testimonios de autores extranjeros, que constituyen a menudo verdaderos juicios sobre la

inédito. Luis Fernández, de quien posee el Sr. Menéndez y Pelayo el manuscrito de una *Physiognomía*, fechado en 1602. (V. *La Ciencia española*, 2ª ed., t. III, página 188). En las páginas 265 y siguientes del tomo citado, vuelve Masdeu sobre el tema del clima, impugnando las doctrinas de Montesquieu y del anónimo autor de la *Psycantropie ou nouvelle théorie del homme*, a propósito de España; y en la 68 y otras traslada textos de Cicerón, de Quadrio y otros autores respecto del mismo asunto en general. Un poco posteriores a Masdeu son D. Francisco José de Caldas, autor de un estudio sobre el *Influjo del clima en los seres organizados*, y D. Francisco A. Ulloa, que escribió un *Ensayo sobre el influjo del clima en la educación física y moral del hombre del Nuevo Reino de Granada*. Ambos trabajos se publicaron en el *Semanario de la Nueva Granada* (1808-1810).

17. *Loc. cit.*, 54 a 58. Cf. con el tomo XVI, 184, 185.

18. Págs. 60-62.

19. Págs. 63 y 66.

psicología nacional²⁰. Pero donde realmente se halla compendiado lo fundamental respecto del carácter español, es en el capítulo V, en el cual Masdeu expone su *Idea del carácter político y moral de los españoles*, en lo que toca a la vida privada, a la religión, al trato de los gobernados, al respeto de la autoridad, al amor sexual, a la amistad, a la enemistad, a los intereses materiales, y en la conversación, en la mesa, en el trato ordinario, en la hospitalidad al forastero, en las maneras, etc. A pesar de este amplísimo programa, cuyo desarrollo ocupa veintidós páginas, el trabajo de Masdeu —que no comprende más que las condiciones positivas, salvo raras excepciones—, carece de solidez, y en muchos puntos llega a expresar una inocencia infantil. Bastará con trasladar el resumen que hace de su retrato de la nación española. «Sus naturales —dice— son pensativos, contemplativos, penetrativos, agudos, juiciosos, prudentes, políticos, vivaces, prontos en concebir, lentos y reflexivos en resolver, activos y eficaces en ejecutar. Son los más firmes defensores de la religión, y los maestros de la ascética; hombres devotos, y si pecan por exceso, es con alguna inclinación a la superstición, pero no a la impiedad. Son los más afectos y fieles vasallos del Príncipe, humanos y cordiales; pero igualmente inflexibles en administrar la justicia. En el amor son ardientes, algo dominados de los celos²¹, pero tiernos y constantes. La cordialidad, la sinceridad, la fidelidad y el secreto, calidades todas de un buen amigo, se hallan en ellos. Son impetuosos contra el enemigo, pero generosos en perdonarlo. La palabra y el honor son cosas que ellos las miran sacrosantas, y no hay quien ignore su desinterés y probidad en el comercio. Son limpios y parcos en la mesa, enemigos particularmente de todo desorden en la bebida. En el trato humano son serios y taciturnos, ajenos de la mordacidad, corteses, afables y agradables; aborrecen la adulación, pero respetan y quieren ser respetados. Hablan con majestad, pero sin afectación. Son liberales, officiosos, caritativos, y tienen gusto de hacer beneficios, y exaltan las cosas forasteras

20. Véanse, especialmente, págs. 185-6, 241 a 44 y 263-4 del citado tomo.

21. Es donosa y de finísima sátira la contestación que en este punto da Masdeu a un autor francés, el abate De Vairac (por otra parte, favorabilísima casi siempre a los españoles), en cuyo concepto la pasión de los celos es excesiva en España: «...se debe perdonar —dice Masdeu— a un hombre nacido y educado en un país donde quizá no se conocen los celos».

más que las propias. Reina en ellos el amor a la gloria, la soberbia y la envidia, pero con nobles contrapesos que hacen menos odiosas estas calidades. En el vestir son aseados, decentes y moderados: cuando salen al público se presentan con brío y gallardía, pero con gravedad y modestia; gastan con magnificencia y poca economía».

No hay duda de que en este cuadro hay muchas pinceladas faltas de consistencia: por demasiado genéricas unas, tocando a cualidades morales que no son privativas de ninguna nación determinada; por escasamente fundadas otras. No escasean, sin embargo, las observaciones de positivo valor, como la que se refiere a la particular cualidad de nuestro patriotismo, que si se manifiesta vigoroso en cuanto a la independencia, es contradictorio en punto a la vanidad del tipo nacional y apreciación de lo extraño, particularmente en los méritos que tocan al carácter y a la cultura, que son los que más suelen exagerar otros pueblos y más fácilmente caen bajo el dominio de la patriotería, como, *v. gr.*, en Francia, en Alemania y en el Norte de América. Este defecto, no sólo observado por Masdeu, sino también por Forner y otros apologistas, me parece real y exacto en sus dos manifestaciones principales, a saber: la envidia y menosprecio de lo propio (simbolizados en la célebre caricatura de la cucaña, y flagelados en los conocidos versos de Bartrina) y el aprecio excesivo, a ojos cerrados, de todo lo extranjero. Me fundo para creerlo así, en que no sólo es defecto todavía observable en nuestra actual experiencia diaria, sino en que de él dan testimonio autores respetables muy anteriores a Masdeu, y que escribían en época de esplendor para España, cuando ni remotamente se pensaba en decadencias, hallándose por tanto, libres de la presión de la causa, que, según cree el Sr. Gener²², hace que todo español civilizado hable mal de su patria. Ambrosio de Morales, cuya representación en la cultura española es bien conocida de todos, ofrece en pleno siglo XVI uno de esos testimonios, en términos bien enérgicos y concretos²³. Por otra parte, difícilmente se hallarán censores más

22. *La decadencia nacional de la civilización de España* (págs. 179-81 del libro *Herejías*, Barcelona, 1887. En la pág. 179, el estudio, cuyo título transcribimos conforme al índice, se titula *De la civilización de España*).

23. El texto se halla en los *Opúsculos castellanos de Ambrosio de Morales*, publicados por el P. F. Valerio Cifuentes (Madrid, 1793), y lo he transcrito yo en mi estudio *Hispanólogos e hispanófilos*, incluido en el libro *De historia y arte*,

duros y escuetos de los vicios nacionales que los propios tratadistas españoles de política y economía de los siglos XVII y XVIII, como ya observaron Masdeu y Forner²⁴. De aquí que no me satisfaga por completo, y me suscite dudas, la explicación que Valera dio a nuestra decadencia, fundándola en el aislamiento anterior, que el delirio de soberbia motivado por nuestra prosperidad, hizo brotar en los ánimos, llenándonos de desdén y de fanatismo²⁵. Sería instructivo hacer una investigación amplia de las fuentes extranjeras que manejaban constantemente nuestros autores del XVI y XVII, para determinar la exactitud y alcance de nuestro aislamiento. Creo que de tal investigación²⁶ resultaría muy debilitada esa creencia, obligando a trasladar a otro punto la razón de nuestra decadencia indudable, que tal vez estribe en causas históricas más hondas o en enfermedades de nuestro espíritu, a la par que en el inevitable efecto de las leyes generales que marcan la declinación de los pueblos en ciertos momentos de su historia²⁷.

págs. 214-215. Sobre la defensa de la lengua castellana, escribió también Morales en el tomo I de su *Crónica* (folio VIII y v.º en la edic. de 1574).

24. Masdeu, I, 257, con citas de autores que se pueden ampliar mucho -XVI, 190 y sigs., donde trae una explicación diferente de esta falta; Forner, 225. Cf. también el juicio de extranjeros como Letelier, del cual se habla en el artículo *El problema actual del patriotismo*.
25. Del influjo de la Inquisición y del fanatismo religioso en la decadencia de la literatura española, págs. 123 y 124 de las *Disertaciones y juicios literarios* (edic. Perojo). —Nótese, además, que el chauvinismo no es *per se* causa de decadencia.
26. Está apuntada en el Discurso del Sr. Cánovas, en contestación al de ingreso del Sr. Silvela en la Academia Española, recordado, a este mismo propósito, por el Sr. Laverde (*La ciencia española*, 3ª edición, tomo I, pág. 222) y por Menéndez y Pelayo en esta misma obra, tomo II, págs. 65 y 66. Pero queda mucho por investigar, incluso en cuanto a la eficacia y cumplimiento de la famosa Pragmática de Felipe II, que prohibió ir a estudiar y profesar en Universidades extranjeras, con excepción de Bolonia, Roma, Nápoles y Coimbra. Yo no defiendiendo la Pragmática pero dudo que se cumpliera rigurosamente y que pueda, por tanto, darse como causa esencial de la decadencia. Volveré sobre este asunto, *speciatim*, en otra ocasión.
27. No menos dudas que este punto ofrece el que se refiere a nuestra falta de iniciativa personal. A primera vista parece incontestable, y todos creemos que no cabe discutir acerca de ella. Sin embargo, observando los hechos, la vemos desmentida en muchos respectos. La historia de nuestros descubridores y viajeros del XV y XVI la niegan en un orden de iniciativa y acometividad que

El propósito de Masdeu —fragmentariamente secundado por los apologistas contemporáneos, de que luego hablaremos— no ha sido reanudado todavía de una manera formal. Alguna síntesis no documentada, como la de Reclus, llena, sin embargo, de indicaciones interesantes, muchas de ellas, a mi juicio, exactas²⁸; varias estudios sueltos de positivo valor, pero demasiado particulares; otros limitados a los defectos del carácter nacional²⁹, y muchas declamaciones

no carece, a buen seguro, de importancia. Nuestra historia científica ofrece, cuando menos, ejemplos numerosos que inducen a pensar lo mismo: así, desde el siglo XIV al fin del XVI, nuestros gobernantes (especialmente los Reyes Católicos y Felipe II) hacen grandes esfuerzos en pro de la cultura nacional en todas las esferas; repítase lo mismo en el siglo XVIII, con Fernando VI y Carlos III en particular. Pues bien: muchos de los intentos oficiales fracasan, y en cambio fructifican iniciativas particulares, que no escasean, sino que abundan, y nuestros autodidactos pasan por lo que consiguen. (V. ejemplos de lo primero en Carracido, *Precursores españoles de las ciencias naturales*, págs. 51 a 66 de los *Estudios histórico-críticos* citados). Hoy mismo, es fácil advertir que en el orden de la enseñanza, de la agricultura, de la industria y del comercio, las mejores iniciativas, las instituciones más perfectas, hasta los mejores edificios escolares, son producto del esfuerzo individual, sin auxilio de los Gobiernos. ¿Cómo, a pesar de esto, continúa nuestro atraso? El problema me parece todavía falta de claridad, aunque abundan las explicaciones.

28. Obra citada, págs. 657-658. He aquí el resumen de las cualidades que atribuye a los españoles: «Son apáticos en la vida diaria, pero de resolución tranquila, valor persistente, tenacidad infatigable. Son vanidosos; pero si alguien puede tener razón en serio, serían ellos. A pesar de su orgullo, son sencillos y graciosos en sus maneras. Se estiman en mucho a sí propios, pero no son menos amables para con los demás. Muy perspicaces y aptos para adivinar exactamente el lado flaco y los vicios ajenos, no se rebajan nunca a despreciarlos. Poseen un gran fondo de seriedad, una rara solidez de carácter. Viven contentos con su suerte y son fatalistas. Mezcla de supersticiosos e ignorantes y de buen sentido y fina ironía; a veces feroces, en medio de un natural de generosidad magnánima; vengativos y olvidadores de las injusticias; igualitarios y opresores».— Como se ve, Reclus no resuelve las aparentes contradicciones que observa en nuestro carácter.
29. Ejemplo de ellos es el notabilísimo libro de D. Lucas Mallada, *Los males de la patria y la futura revolución española* (primera parte: Madrid, 1890. 4º, 359 págs.) En el capítulo titulado *Defectos del carácter nacional*, examina con gran agudeza y sinceridad algunos de los caracteres actuales de nuestro pueblo. Partiendo de la base de que somos físicamente inferiores a otros pueblos de Europa (más pequeños, menos fornidos y colorados), de donde se deriva la flojedad de espíritu, nos diputa como soñadores, poco prácticos, perezosos,

hueras (de tono, ora progresista y anticatólico, ora tradicionalista y clerical), es todo lo que hallará hoy como precedente el que se atreva a estudiar la psicología del pueblo español³⁰.

rutinarios, ignorantes, altivos, ligeros y fatalistas. Aparte la certeza de tales conclusiones —o más bien, del carácter de esencialidad que parece darles el autor, aunque cree en la posible corrección de tantos defectos— son muy notables, y dignas de leerse a todas horas, las observaciones que hace en punto a muchas de las manifestaciones sociales que aquéllos ofrecen hoy día. Sus críticas del patriotismo vulgar, de la educación de la mujer, etc., son exactísimas y de una franqueza plausible.

30. BIBLIOGRAFÍA.—Además de los libros citados en notas precedentes y el que luego se examina, de Canivet, pueden citarse: Buckle, *Historia de la civilización en Inglaterra*, cap. XV, tomo IV de la traducción francesa de 1881; Costa, *Historia de España. Una ley de nuestro pasado* (extracto del Discurso inaugural del Congreso Español de Geografía Comercial y Mercantil, publicado en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 1883, págs. 380 y sigs.); Valera, *Discurso* citado y *De la perversión moral en la España de nuestros días*, ambos trabajos incluidos en el volumen de *Disertaciones y juicios literarios*; ídem, *Reflexiones sobre un libro nuevo, Mérito y fortuna* y otros artículos, reunidos en el tomo titulado *A vuela pluma* (1897); Gener, *ob. cit.* —En los tratadistas modernos de nuestra decadencia (Castro, Cánovas, Menéndez y Pelayo, Núñez de Arce, etc.) se hallarán también observaciones sueltas acerca del carácter español, como la importante de Menéndez y Pelayo (*Ciencia española*, I, 94, nota) sobre la condición positiva o práctica del entendimiento nacional, desarrollada luego en el artículo crítico dedicado al Discurso del señor Fernández Vallín (*La España Moderna*, febrero de 1894). También hay interesantes datos en *El delincuente español*, del Sr. Salillas. —En punto a la psicología regional, no conozco más trabajos directos que el ensayo de *Etnología catalana* del Sr. Pella (en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 1889, págs. 72-77) y el *Estudi sobre'l caràcter del poble català*, de los señores Clascar y Norbert, publicado en el vol. de los *Jochs Florals* de Barcelona de 1896. Bibliografía extranjera reciente habría mucha que citar, porque la guerra con los Estados Unidos ha convertido en actualidad palpitante todo lo relativo a España, y los psicólogos diletantes se han despachado a su gusto con innumerables estudios (?) sobre el carácter español. Citaremos como ejemplo el artículo de Austin de Croze, *L'âme espagnole* (en *Revue des Revues*, 15 junio 98), desprovisto de toda novedad y nada científico, y el de G. Lainé, *Psychologie sociale de l'Espagne* (*Mercur de France*, julio 1898), que no tiene nada de psicología, y se reduce a una fantástica apreciación de nuestra historia, que sirve de argumento a furiosa diatriba contra la burocracia, y a encubierta defensa del absolutismo. Los hechos que aduce el autor son tan inexactos como las teorías, *c. gr.*, en punto a las industrias españolas, que supone en manos totalmente de los extranjeros. Los mineros y fabricantes españoles de Cataluña, Asturias,

Creo, sin embargo, deber señalar particularmente un reciente ensayo, escrito por D. Ángel Ganivet, con el título de *Idearium español*, y que abraza, si no todos, muchos de los puntos de la psicología nacional. Para el Sr. Ganivet, católico ilustrado y tolerante, como no solemos usarlos hoy día en España, las tendencias más señaladas en el espíritu religioso nacional son el *misticismo*, «que fue la exaltación poética» y el *fanatismo*, «que fue la exaltación de la acción. El misticismo fue como una santificación de la sensualidad africana, y el fanatismo fue una reversión contra nosotros mismos, cuando terminó la Reconquista, de la furia acumulada durante ocho siglos de combate». A lo cual podría objetarse, sólo en cuanto se refiere al origen de ambas tendencias y al carácter propiamente español que se les atribuye, el hecho de haber sido la mística una importación alemana, aunque desarrollada aquí con originalidad, y el de que naciones como Francia y Alemania, ajenas a la lucha de la Reconquista, dieron tantas y más pruebas de fanatismo, incluso de las más crueles, que España³¹.

Otro carácter que el Sr. Ganivet acusa en nuestro pueblo, seguramente con mayor solidez, es el *realismo* intelectual. Encuentra su revelación en la diferente manera de misticismo que ofrecen Kempis y el P. Granada; y podría añadirse que lo mismo se nota en

Valencia, Bilbao, Madrid, Cartagena, etc., se admirarán sin duda de este cambio de nacionalidad que se les hace sufrir: aparte de que ¡medrados estaríamos si nuestra *educación* la hubieran de hacer los comisionistas, corredores y banqueros franceses! ¡Buena saldría de ideal!

31. Ya objetaban esto Forner y Masdeu contra los extranjeros que nos cargan en nuestra cuenta todo el fanatismo del mundo. V., por ejemplo, Forner, 154, 155 y 156, y pág. 51 de los Apéndices. Menéndez y Pelayo (*Ciencia española y crítica del Disc. de D. A. Fernández Vallín*), ha reproducido y reforzado estos argumentos. —Es curioso que los italianos del siglo XV y XVI nos tachasen de *malos cristianos* y aun de *herejes*, razonando, de este supuesto, la necesidad de la Inquisición en España, a diferencia de Italia, donde todos eran sólidamente ortodoxos. (V. las pruebas en Croce, *Ricerche*, II, pág. 7). — Otras pruebas pudieran aducirse, con el testimonio de persecuciones religiosas modernas en pueblos que no son España: véase, por ejemplo, el libro de Aug. Thys., *La persécution religieuse en Belgique sous le Directoire exécutif (1798-99) d'après des documents inédits*, Bruxelles, 1898, y lo que dice Morel Fatio de la intolancia francesa contra protestantes y jansenistas, en sus *Etudes sur l'Espagne*, 1ª serie, 1ª ed., pág. 58, contestando a una acusación de Saint-Simon.

el cultivo de ciencias exactas, según ha observado el Sr. Menéndez y Pelayo³², y en el de la Sociología y Economía, como parece desprenderse de los estudios del señor Costa³³.

Respecto del sentido jurídico en nuestro pueblo, hace al Sr. Ganivet indicaciones sumamente ingeniosas y que tal vez no están lejos de la verdad. Según él, tiénese en España un elevado concepto de la justicia, que produce su exaltación y se manifiesta en dos formas, al parecer opuestas, pero «que acaso vengan a dar en un término medio, superior al que rige allí donde la ley escrita es estrictamente aplicada». La primera forma consiste en la aspiración a la justicia pura, que huye de lo casuístico y pide un precepto claro, breve, que no se preste a componendas y que sea riguroso, hasta implacable. «Cuando un hombre adquiere una personalidad bien marcada y cae en las garras de la crítica social, ha de ser impecable, incorruptible, perfecto y hasta santo, y aun así, el quijotismo jurídico hallará donde hincar el diente, donde herir. ¡Cuántas cosas que en España son piedra de escándalo y que pregonadas a gritos nos rebajan y nos desprestigian, he visto yo practicadas regularmente en países de más anchas tragaderas!»³⁴. —La segunda forma es «la piedad excesiva, que pone en salvar al caído tanto o más empeño que el que puso para derribarlo». A juicio del autor, dimana esto del estoicismo senecquista, genuinamente español³⁵, que enaltece la ley moral y su observancia, pero es tolerante con la persona de los infractores. Y sea esto o no sea exacto, lleva, a nuestro parecer, más camino que la contradicción constante con que nacionales y extranjeros tildan al español, ora de ingobernable, anarquista práctico, despreciador de toda autoridad; ora de sumiso, servil, fácilmente dirigible, manso cordero que baja siempre la cabeza, sin alientos para protestar. Pero lo que no tiene duda es que muchos de los defectos de nuestra vida jurídica, que nos hacen estimar como

32. Crítica citada del Disc. de D. A. Fernández Vallín y antes, *Ciencia española*, I, nota de la pág 94.

33. *Colectivismo agrario en España*, Madrid, 1898, V, especialmente cap. IV.

34. El Sr. Ganivet pertenece a la carrera consular, lleva muchos años fuera de España, y ha visitado no pocas naciones europeas. (El presente artículo se escribió antes de morir, desgraciadamente para las letras españolas, el Sr. Ganivet).

35. V. sobre esto a Menéndez y Pelayo, *Ciencia española*, I, pág. 253.

exclusivos de España la proximidad y el padecimiento directo de sus consecuencias, son tan universales, que bien pueden calificarse de humanos; lo cual no quita para que debamos buscarles remedio a todo trance³⁶.

La esterilidad relativa que nuestra comunicación intelectual con el resto del mundo parece tener —a lo menos en parte de nuestra historia— explícala el Sr. Ganivet por la inflexibilidad del espíritu español, que, inhábil para la fusión con los extraños, para sacrificar la espontaneidad del pensamiento propio, y «fraguar *ideas generales* que tengan curso en todos los países», base imprescindible «de una influencia política durable», no ha podido triunfar (cuando ha triunfado) más que por la violencia». — «Yo creo, añade el autor, que a la larga el espíritu que se impone es el más exclusivista y el más original; pero cuando llega a imponerse, no tiene ya alcance político; su influencia es ideal, como la de los griegos sobre los romanos». Esta explicación, que manifiestamente se refiere, no al pensamiento científico, sino al religioso y político, es muy posible que sea cierta; a lo menos, endereza las investigaciones por un camino razonable³⁷. Lo que parece claro es que el afán de dominación «materialista», degenerado en nuestros días por haber perdido el elemento ideal —tan notable y primario, como veremos, en nuestras colonizaciones antiguas—, nos ha impreso últimamente carácter en el juicio de los pueblos extraños, y nos ha producido males

36. No se olvide que estamos hablando de la psicología nacional, por tanto, de caracteres fundamentales y diferenciales. Pueden ser muy agudos ciertos males de que padece la administración de justicia, estrictamente considerada, y la administración general del Estado (*c. gr.*, en sus relaciones con el caciquismo), y no ser característicos del pueblo español, ni constantes en su historia, lo cual no les quita ni un ápice de gravedad, ni exime de un adarme de energía para combatirlos, ni autoriza una tolerancia que puede caer en latitudinarismo altamente dañoso.

37. Ganivet explica el fracaso de Felipe II por «la imposibilidad de amoldarse él y su nación a la táctica que exigía y exige la política del Continente». Parecida, y más razonada sobre hechos, es la que da el historiador inglés Hume en su reciente biografía de Felipe II (*Foreign Statesmen, Philip II of Spain*, —London, 1897). V. acerca de este libro un artículo de W. Webster (en mi *Revista Crítica de Historia y Literatura*, 1897, páginas 321-323), que hace justicia a la habilidad de aquel Rey, estorbada por insuperables obstáculos totalmente ajenos a su voluntad.

gravísimos, sostenidos por el error (no ciertamente español, sino universal: testigo la misma República norteamericana, actualmente) de que «el engrandecimiento de una nación ha de conseguirse agrandando el territorio», o bien (error éste del orden económico y tan universal en su tiempo como el primero), trayendo a la nación «riquezas ganadas en territorios extraños o en las colonias».

Por este rápido análisis del libro del Sr. Ganivet³⁸, se verá cuán fragmentario e inseguro es todavía el conocimiento de la psicología nacional. ¿Qué consecuencia sería cabe deducir, por ejemplo, después de tanto como se ha discursado sobre el asunto, en lo relativo a nuestra supuesta idolatría del Estado, que nos lleva a esperar todo de los poderes públicos, ahogando las funciones y la iniciativa de la sociedad? ¿Es esto un defecto propiamente español? ¿Señala un grado transitorio en el desarrollo de nuestro organismo colectivo, o se funda tal vez en un concepto especial de las relaciones entre aquellos dos elementos, suponiendo en el Estado, en el sentido socialista, deberes mayores que le impone, *v. gr.*, el espíritu anglosajón?

Ni debemos negar ni afirmar, hoy por hoy, y menos negar, por si se trata de un defecto; porque más vale curarse heroicamente que desconocer la enfermedad. Pero lo que indudablemente nos corresponde es insistir una y otra vez en el estudio, utilizando todos los medios.

Obligado será, para el futuro investigador, acudir a las fuentes antiguas que llevamos mencionadas: de las españolas, a los políticos, economistas y moralistas y, con reservas y tacto, a los literatos³⁹; de las extrañas, a los viajeros y geógrafos particularmente; y

38. Contiene este libro otras observaciones de carácter psicológico, pero que se refieren especialmente al estado actual, a los problemas contemporáneos. Las utilizaremos más adelante. —Algunas indicaciones de más alcance, como la relativa a nuestro «escaso poder de organización», a nuestra cacareada inercia que todo lo espera de auxilios extraños o de la acción de los poderes públicos, no están suficientemente desarrolladas. —Es lástima que una obra tan estimable como el *Idearium español*, caiga a veces en paradojas que se pasan de sutiles, o descansen sus argumentos en palpables errores históricos, como en lo relativo a los fueros municipales (págs. 36 y 37), al carácter de la Reconquista y otros.

39. Los moralistas, políticos y economistas suelen fijarse principalmente en los defectos, por lo cual es fragmentaria su observación psicológica.

sólo después de haber reunido una gran masa de datos, contrastando las *opiniones* con los *hechos*⁺⁰, o iluminando éstos con la luz de la experiencia actual, de la impresión personal del autor, y del instinto de adivinación que lleva consigo la circunstancia de haber nacido y haberse criado y educado en España, se podrán formular las líneas generales de nuestro carácter, y determinar, quizá, lo que es en él verdaderamente fundamental, a diferencia de lo transitorio y fortuito que, a veces, diputa como permanente, con censurable ligereza, el espejismo histórico, el error de perspectiva que lo cercano produce, la inquietud de los cerebros soñadores, y las anticipaciones de juicio de los que, en vez de esperar a que los hechos hablen, les imponen una preocupación hija de pasiones y fanatismos blancos o rojos⁺¹.

+0. La necesidad de este contraste se deduce bien claramente examinando, por ejemplo, los datos que en sus *Ricerche* trae Croce respecto del juicio que los italianos formaban de los españoles. Ya hemos citado antes lo que se refiere a la religiosidad. En lo que toca a otros puntos (suntuosidad, erotismo, caballerrosidad, gravedad, miseria, etc.), hay observaciones curiosas. Croce advierte que el retrato convencional de los españoles, difundido luego en toda Europa, tuvo origen italiano (pág. 8). Es interesante lo que apunta respecto del tipo del *español* en las comedias italianas, tan caricaturesco y legendario como el del *inglés* de nuestro teatro moderno. En las mismas censuras de los renacientes italianos a los poetas cortesanos españoles y sus alabanzas de los italianizantes, se advierte cuanta parte toman en los juicios que unas naciones hacen de otras, el amor propio, la pasión de escuela y partido, la intransigencia de los novadores de todo tiempo, etc.

+1. Una de las prevenciones que mayormente hay que llevar a estos estudios, es la que se relaciona con la generalidad o especialidad de los caracteres observados, a lo cual se aludió anteriormente. El error en este orden puede evitarse mediante el método comparativo, de que he tratado en mi artículo *Comparaciones* de la serie de *Cuestiones españolas*, publicado en el periódico barcelonés *La Vanguardia* (30 noviembre, 1897) y que formará parte del libro en prensa, *Cosas del día*.

“Los discursos de Fichte a la Nación Alemana”, nº 124 (abril, 1899), pp. 35-40

Los *Discursos* patrióticos de Fichte, popularísimos en Alemania, divulgados entre los hombres de cultura de toda Europa, son casi desconocidos en España, probablemente a causa de no haber sido traducidos al francés hasta 1895. Difícilmente se hallará, no obstante, en todas las literaturas extranjeras de este siglo, una producción cuya lectura nos convenga más, ni que cuadre mejor a nuestro estado presente y al carácter de la crisis nacional en que nos hallamos.

A comienzos del siglo, y a pesar del grandioso florecimiento de su literatura y de su filosofía, el pueblo alemán, desorganizado, corroído en sus clases directoras por el egoísmo, la frivolidad y el orgullo, y falto de base en la masa social (inculta e indiferente a todos los grandes intereses de la vida) ofrecía un tristísimo espectáculo, de que los mismos alemanes no se daban cuenta. «En el ejército —dice Philipson— la ignorancia y el egoísmo, sin devoción alguna por el rey ni por la patria; en los funcionarios civiles, disputas, envidias, escasa cultura y todavía menor buena voluntad. Arriba, el deseo de goces y la repugnancia a todo esfuerzo, con una desdeñosa abstención y una tendencia a criticarlo todo, sin aptitud particular para nada». Aun los más elevados representantes de la vida intelectual —encerrados en la estrechez de una vida entregada al placer solitario del estudio— desconocían el valor social de la inteligencia y la importancia de los problemas nacionales. «¡Dios nos libre del patriotismo!» — decía Goethe.

Napoleón supo aprovecharse de estas circunstancias, para apoderarse lentamente de los distintos Estados alemanes, y exigir todo lo que le vino en gana al rey de Prusia. El *ultimatum* de septiembre de 1806 hizo inevitable la guerra; y aunque muchos optimistas creían segura la victoria (y entre ellos el mismo Fichte), muchos también se daban cuenta de la inferioridad del pueblo prusiano y de la debilidad de sus medios de defensa. «El ejército —escribe un autor contemporáneo— formaba una masa desordenada, sin ocupación, ni plan, ni objeto, cuyos generales de nadie recibían órdenes, cuya tropa carecía de pan y municiones, y cuyo general en jefe no sabía él mismo si estaba despierto o dormía». «La oficialidad —añade un historiador moderno— entregada a la indolencia

y los vicios, estaba afeminada y desmoralizada; la tropa no tenía práctica en los ejercicios, y la disciplina estaba totalmente relajada; el espionaje y los servicios de exploración, tan indispensables en la guerra, no estaban organizados; las reservas y las milicias provinciales sólo existían en el papel; las provisiones se hallaban confiadas a personas sin conciencia...». Fichte¹, que a la sazón era profesor en Erlangen, confesaba, no obstante su optimismo en punto a la guerra, que «Prusia había descendido tanto por la incuria de todos en avanzar y tomar iniciativas»; declarando a la vez que en aquella lucha nacional «cada cual debía hacer el sacrificio de su persona».

El resultado fue la derrota de Jena y la entrada de Napoleón en Berlín, en octubre de 1806. El pánico de la corte y de los funcionarios públicos llegó a un grado increíble; pero el exceso del mal trajo la regeneración. La reina Carlota, de ánimo mucho más viril que su marido, secundada en sus propósitos por tres hombres ilustres, el ministro Stein, el jefe del Departamento de Guerra, Scharnhorst, y el general Gueisenau, dio el impulso, y la reforma comenzó simultáneamente por el remedio de los males que en la administración pública y en la educación popular habían hecho patentes los sucesos últimos. El mismo rey acabó por comprender que «sólo podía salvarse en la cooperación de *todas las fuerzas vivas de las provincias y de los súbditos que le habían quedado, y reemplazando los funcionarios y jefes corrompidos... por otros más honrados y patrióticos*».

Los hombres cultos contribuyeron a la obra, procurando levantar el espíritu del país, con discursos y libros. El teólogo Schleiermacher predicaba sin descanso a la juventud; el escritor Arndt publicaba su obra sobre «El espíritu de la época», que le valió persecuciones de la policía napoleónica; Juan Pablo Richter escribía su *Sermón*

1. Creemos innecesario detenernos aquí en la biografía de Fichte. Aunque sus obras sean poco conocidas en España, todo el mundo sabe que Fichte es uno de los grandes filósofos alemanes de este siglo, discípulo de Kant, de cuya doctrina se apartó luego, rectificándola en cuanto al problema fundamental del *yo* y el *no-yo*. La importancia que Fichte da a la voluntad, penetra todas las consecuencias de su sistema, y explica las ideas fundamentales de los *Discursos*. Sus *Obras completas (Sämtliche Werke)* han sido publicadas en 1845-46 (8 vols.). —Las principales están traducidas al francés. En castellano hay traducción de la *Doctrina de la ciencia* (vols. 36, 37 y 38 de la *Biblioteca económica filosófica*, Madrid, 1887). —Fichte nació en 1762 y murió en 1814.

de paz, defendiendo la independencia de las naciones; y el ejemplo de España, que poco después se alzó contra los franceses, produjo en Alemania un entusiasmo indescriptible. Acudiendo al fondo de las cosas, se encargó a Fichte que redactase un proyecto de Universidad; y aunque por de pronto no hubo de realizarse su idea, de aquí arrancó la dedicación de Fichte a la obra patriótica que había de llenar los últimos años de su vida. La primera manifestación de su nuevo sentido fue un opúsculo sobre el *Patriotismo*, que publicó en 1807, y en el cual aparecían modificadas sus antiguas opiniones cosmopolitas y se iniciaba su ideal de una «patria alemana». El desarrollo de esta doctrina, sobre la base de una transformación radical en el carácter de su pueblo, mediante una educación nueva —que «elevase moralmente, por su fuerza de voluntad», a las generaciones jóvenes—, formó el asunto de los catorce *Discursos a la Nación alemana*, que durante el curso de 1807-1808 leyó Fichte en la Academia de Berlín.

El éxito de estos *Discursos* fue inmenso y rápido. Como todos los grandes reformadores, Fichte partía de una censura implacable, franca, decidida, de los defectos presentes, entendiendo que lo primero para la regeneración era darse cuenta exacta de los obstáculos, de las causas de la decadencia, contemplando el mal cara a cara. Pero esta especie de confesión de culpas —desarrollada especialmente en su obra *Caracteres de la época actual*—, con ser ellas muchas y gravísimas, no llevó a Fichte hasta el pesimismo. Apoyado en su vivo sentimiento de la patria y en la fe inmensa que siempre tuvo en la eficacia de la voluntad y del esfuerzo humano, Fichte presenta la regeneración como una obra siempre posible y como el más alto deber de los hombres de buena voluntad. Cuando se lee el cuadro que Fichte traza de la sociedad alemana de su tiempo —tan semejante a la nuestra, que muchos de sus rasgos parecen copiados del modelo de la España de 1898—, no puede menos de pensarse en los pesimistas de ánimo desfallecido, que, como el condenado por desconfiado de Calderón, creen imposible todo remedio ante el espectáculo de los males presentes y se hacen a sí propios irredimibles. Sin embargo, el *optimismo* de Fichte fue el que triunfó; los hechos sancionaron la verdad de su fe y de su doctrina; y esta es la primera enseñanza que de los *Discursos* podemos sacar para la orientación de nuestro espíritu en la crisis presente.

Pero Fichte no se hacía ilusiones. Comprendía bien que la acción del escaso núcleo sano que aún quedaba en el país sería efímera y deleznable, si no buscaba para lo futuro una base social poderosa, si no creaba fuerzas colectivas robustas, que difundieran, ampliaran y continuasen la acción. Los reformadores no debían olvidar que eran sólo una minoría frente a todo un país decaído y viciado. Sus reformas quedarían en el aire si no cuidaban de poner a la masa en condiciones de que las recibiese, se asimilara su espíritu y las convirtiera en realidad viva. El único medio para conseguirlo era educar la juventud en los nuevos principios. La política patriótica vino a basarse en la política pedagógica, y buscó en ella, fundamentalmente, la garantía del porvenir de Alemania. Sabido es cómo ha respondido con creces la historia a esta generosa creencia; y en semejante éxito hemos de hallar la segunda y trascendental enseñanza que los *Discursos* ofrecen.

Por último, la obra de Fichte y su eficacia pueden servir para curarnos del prejuicio vulgar hoy reinante, que desprecia los elementos que llama «teóricos» en la labor social, confiando la historia a los que considera «hombres prácticos», en quienes la falta de cultura va unida casi siempre a la de ideal; con lo que la «práctica» resulta mezquina, incoherente y muy inferior a lo que las condiciones naturales de los problemas exigen. Fichte era un «teórico» en toda la extensión de la palabra, un *filósofo* que aplicaba a las cuestiones más positivas los resultados de su reflexión científica; y su idealidad fue lo más *real* y fructífero de todo en aquel movimiento de regeneración, que sin esto hubiera nacido falto de base, de elevación y de poesía, es decir, de las fuerzas que mayor impulso comunican a la «acción» y con más vigor la sostienen.

Al lado de esta triple utilidad que encierran para nosotros los *Discursos*, desaparecen casi los peligros que, sin duda, tienen también sus doctrinas. Estos peligros se refieren a la exageración de la nota chauvinista, que llega hasta convertir al pueblo alemán en el pueblo típico, en la raza escogida, en el único grupo humano que se conserva fiel a su origen y en cuyas manos se halla el porvenir entero de la civilización. El alemán es la humanidad entera: *all-man*, el hombre todo. Semejantes ideas fácilmente se convierten, en su aplicación a la práctica, en orgullo nacional y en pretexto para toda clase de ambiciones. Sin duda Fichte no les hubiera dado esta in-

interpretación abusiva; pero de ellas se ha servido la política prusiana para legitimar sus invasiones y promover en el país una corriente patrioteria orientada hacia el engrandecimiento exterior. Basta, para convencerse de ello, leer el prólogo escrito por Hermann Fichte (hijo del gran filósofo) en la edición popular de los *Discursos*, publicada en 1871.

Este bastardeamiento de la doctrina original del autor no es de temer entre nosotros. Aunque no falten en España chauvinistas, los desastres recientes más bien han inclinado el espíritu público hacia el pesimismo, destruyendo la leyenda de nuestra vanidad y dando gran fuerza en la opinión al principio de que conviene rechazar toda política de engrandecimientos exteriores, para formar dentro de nuestro ámbito natural una nueva vida íntima, de prosperidad y florecimiento interno. La ilusión dominadora, imperialista, que funda la felicidad y la grandeza de las naciones en el triunfo de las armas y la hegemonía militar del mundo, ha pasado ya para nosotros. La sufrimos durante siglos, y aún continuaba hoy día su reflejo pálido, pero suficiente para engañar la vista de los espíritus superficiales. También se ha desvanecido esa luz embustera. Contentémonos con ver desde lejos cómo luchan las naciones que ahora padecen, en toda su fuerza, la misma ilusión que nosotros hemos padecido, y trabajemos por nuestra reforma interior, que ha de darnos fuerzas para cumplir, si es preciso, el único deber que legítimamente puede arrastrar a las naciones a la derivación de sus energías por otro camino que no sea el del trabajo: la defensa propia².

Rafael Altamira

2. La presente traducción se ha hecho sobre la base del original alemán en la edición de la *Universal Bibliothek* (Leipzig, un vol. sin a.). La traducción francesa de León Philippe (París, Delagrave, 1895) ofrece diferencias en la interpretación de algunos pasajes —a que se acomoda mejor la índole de nuestra lengua castellana— y en la misma distribución de los párrafos. Nos ha servido, no obstante, de poderoso auxilio para la inteligencia de ciertos trozos en que el pensamiento metafísico del autor presenta dificultades más bien de expresión que de concepto. Hemos suprimido tan sólo algunos párrafos cuya doctrina, sin ser necesaria para el efecto principal de la obra, podrían haber dañado a su franca aceptación por parte de nuestro público.

**EL *BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE*
DE ENSEÑANZA (MADRID)**

**CATÁLOGO DESCRIPTIVO DE LAS
COLABORACIONES EN EL *BOLETÍN DE LA
INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA* (MADRID)**

“La propiedad comunal en el nuevo Código Civil de Montenegro”,
Año XII, n° 273, 30 de junio de 1888, pp. 165-167.

[Derecho] Sobre la promulgación el 8 de mayo de 1888 del Código Civil
de Montenegro, redactado por el Dr. Bogisic.

“La propiedad comunal en el nuevo Código Civil de Montenegro.
Conclusión”, Año XII, n° 275, 31 de julio de 1888, pp. 190-
192.

[Derecho]

“La propiedad comunal en la época del feudalismo”, Año XII, n°
278, 15 de septiembre de 1888, pp. 219-224.

[Derecho] I. Observaciones generales sobre las aportaciones más relevan-
tes al tema (teorías de Maine, Courson y Beaumanoir, principalmente).

“La propiedad comunal en la época del feudalismo. Continuación”,
Año XII, n° 279, 30 de septiembre de 1888, pp. 234-237.

[Derecho]. II. Sobre las comunidades de hombres libres: 1. Familiares, 2.
Comunidad entre los esposos.

“La propiedad comunal en la época del feudalismo. Continuación”,
Año XII, n° 280, 15 de octubre de 1888, pp. 247-250.

[Derecho] Continuación del apartado II: Sobre las comunidades de hom-
bres libres, 3. Comunidades sobre familiares.

“La propiedad comunal en la época del feudalismo. Continuación”, Año XII, nº 281, 31 de octubre de 1888, pp. 259-264.

[Derecho] Continuación de las Comunidades sobre familiares: III. Comunidades de siervos.

“La propiedad comunal en la época del feudalismo. Conclusión”, Año XII, nº 282, 15 de noviembre de 1888, pp. 272-275.

[Derecho] Continuación de las Comunidades de siervos: IV. Comunidades religiosas.

“Conferencias pedagógicas del presente curso”, Año XIII, nº 286, 15 de enero de 1889, pp. 6-7. (Firma A.)

[Nota informativa] Programación de las conferencias que sobre educación se impartieron en El Museo Pedagógico y en la Sociedad El Fomento de las Artes durante el curso.

“Revista de revistas: antropología criminal”, Año XIII, nº 286, 15 de enero de 1889, pp. 13-15. Firma A. (D.R.)

[Reseñas] Reseña a un artículo de Lombroso (“Les Nouvelles découvertes d’anthropologie criminelle”) y un artículo sobre “El principio de causalidad en la ciencia penal”, del criminalista E. Puglia.

“La reforma de las Facultades de Derecho en Francia”, Año XIII, nº 287, 31 de enero de 1889, pp. 25-26.

[Derecho] Propuesta de reforma del programa de las facultades de Derecho de París.

“La asistencia de los profesores a clase a fines del siglo XVII”, Año XIII, nº 289, 28 de febrero de 1889, pp. 54-56. (Firma A.)

[Reseña] Nota sobre el tomo III de *Historia de las Universidades, Colegios y demás establecimientos de enseñanza en España*, por D. V. de la Fuente (Madrid, 1887).

“Una escuela Brahmanica para mujeres”, Año XIII, nº 290, 15 de marzo de 1889, pp. 70-72.

[Pedagogía] El caso de la escuela brahmánica fundada en Mysore, inaugurada el 21 de enero de 1881.

“Bibliografía jurídica”, Año XIII, nº 296, 15 de junio de 1889, pp. 173-174. (Firma R. A. y A. L.)

[Reseña] Sobre *Estudios de Derecho civil e Historia general de la legislación española*, de Felipe Sánchez Román (1889).

“Un libro sobre la enseñanza del Derecho”, Año XIII, nº 299, 31 de julio de 1889, pp. 213-217.

[Reseña] Sobre el libro de A. Posada titulado *La enseñanza del Derecho en las Universidades. Estado actual de la misma en España y proyectos de reformas* (1889).

“Influencia de la alimentación de los niños...”, Año XIII, nº 306, 15 de noviembre de 1889, pp. 333-334. (Firma A.)

[Salud] Comentario de los índices de mortalidad de los niños alimentados con lactancia artificial, realizados por M. Richard Boezh, en Berlín.

“El proyecto de código civil alemán”, Año XIII, nº 307, 30 de noviembre de 1889, pp. 249-251.

[Reseña] Sobre el libro acerca del derecho civil alemán de D. Bienvenido Oliver, *Breve sumario del proyecto de código civil de Alemania y del proyecto de ley para su planteamiento* (1889).

“Un libro español de sociología”, Año XIII, nº 294, 30 de noviembre de 1889, pp. 142-144.

[Reseña] Acerca del libro *Tratado de Sociología. Evolución social y política*, de M. Sales y Ferré.

“Revista pedagógica. Holanda. La nueva ley de instrucción primaria”, Año XIV, nº 311, 31 de enero de 1890, pp. 26-28.

[Pedagogía] Comentario de la nueva ley holandesa por la que se modifica la neutralidad religiosa de la escuela, promulgada en la ley de 1806.

“La enseñanza de la historia”, Año XIV, nº 315, 31 de marzo de 1890, pp. 88-93.

[Pedagogía] Lecciones dadas por Altamira en el Museo Pedagógico en 1890. Contiene el planteamiento de la cuestión que desarrolló en los sucesivos capítulos publicados también en el *Boletín*.

“La enseñanza de la historia”, Año XIV, nº 317, 30 de abril de 1890, pp. 113-118.

[Pedagogía] Lecciones dadas por Altamira en el Museo Pedagógico en 1890. Acerca de la enseñanza superior de la historia en Alemania y en Inglaterra.

“*La historia del Ampurdán*, del Sr. Pella”, Año XIV, nº 318, 15 de mayo de 1890, pp. 141-144.

[Reseña] Nota sobre este libro que trata sobre la historia y tradiciones de esta región del norte de Gerona.

“La enseñanza de la historia”, Año XIV, n° 324, 15 de agosto de 1890, pp. 225-231.

[Pedagogía] Lecciones dadas por Altamira en el Museo Pedagógico en 1890. Acerca de la enseñanza superior de la historia en Francia.

“La enseñanza de la historia”, Año XIV, n° 326, 15 de septiembre de 1890, pp. 260-263.

[Pedagogía] Lecciones dadas por Altamira en el Museo Pedagógico en 1890. Continuación de la lección de la enseñanza superior de la historia en Francia: la Escuela Normal y el Colegio de Francia.

“La enseñanza de la historia”, Año XIV, n° 327, 30 de septiembre 1890, pp. 275-281.

[Pedagogía] Lecciones dadas por Altamira en el Museo Pedagógico en 1890. Continuación de la lección de la enseñanza superior de la historia en Francia: la Escuela práctica de estudios superiores.

“La enseñanza de la historia”, Año XIV, n° 329, 31 de octubre de 1890, pp. 309-312.

[Pedagogía] Lecciones dadas por Altamira en el Museo Pedagógico en 1890. Acerca de la enseñanza superior de la historia en Estados Unidos y en Bélgica.

“La enseñanza de la historia”, Año XIV, n° 331, 30 de noviembre de 1890, pp. 339-346.

[Pedagogía] Lecciones dadas por Altamira en el Museo Pedagógico en 1890. Lección sobre el concepto moderno de la historia.

“Un noble español del siglo XVIII”, Año XV, n° 334, 15 de enero de 1891, pp. 10-15.

[Reseña] Biografía sobre don Carlos Gutiérrez de los Ríos, quinto y último conde de Fernán-Núñez, publicada en la segunda serie de los *Estudios sobre España* (1890), del hispanista Alfredo Morel Fatio.

“Últimos resultados de los estudios orientalistas”, Año XV, n° 336, 15 de febrero de 1891, pp. 44-48. (Firma D. R. A.)

[Historia]. Sobre el progreso de la ciencia orientalista. Extracto de la Memoria publicada en la *Revue politique*, escrita por Darmesteter para la *Société asiatique* de París.

“Las universidades alemanas según el profesor Hasse”. Año XV, n° 337, 28 de febrero de 1891, pp. 49-52. (Firman D. R. A. y D. O. J.)

[Pedagogía] Extracto y exposición sobre un estudio acerca de la enseñanza superior (*Defectos en las instituciones universitarias alemanas y su enmienda*, 1887), escrito por el profesor Hasse.

“Las universidades alemanas según el profesor Hasse”. Año XV, n° 338, 15 de marzo de 1891, pp. 69-75. (Firman D. R. A. y D. O. J.)

[Pedagogía] Continuación del artículo sobre el estudio de Hasse.

“La enseñanza de la historia”, Año XV, n° 340, 15 de abril de 1891, pp. 102-108.

[Pedagogía] Lecciones dadas por Altamira en el Museo Pedagógico sobre otras características de la historia moderna: el elemento natural en la historia.

“Sobre el procedimiento para el calco de las inscripciones”, 15 de abril de 1891, pp. 110-112.

[Reseña]. Acerca del folleto del epigrafista Hübner: *Ueber mechanische Copieen von Inschriften* (1881).

“La enseñanza de la historia”, Año XV, n° 341, 30 de abril de 1891, pp. 114-123.

[Pedagogía] Lecciones dadas por Altamira en el Museo Pedagógico sobre otras características de la historia moderna: el elemento natural en la historia (continuación), el sujeto de la historia, la unidad de la historia. Acerca del concepto y clasificación del material de la enseñanza. Incluye un apartado sobre los conductos principales por los que se llega al conocimiento de la civilización de los pueblos (la tradición y las cosas materiales).

“La enseñanza de la historia”, Año XV, n° 343, 31 de mayo de 1891, pp. 148-154.

[Pedagogía] Lecciones dadas por Altamira en el Museo Pedagógico. Sobre el libro en las clases de historia.

“La enseñanza de la historia”, Año XV, n° 347, 31 de julio de 1891, pp. 209-215.

[Pedagogía] Lecciones dadas por Altamira en el Museo Pedagógico. Acerca de la utilización de las fuentes originales por el alumno en las clases de historia.

“La enseñanza de la historia”, Año XV, nº 348, 15 de agosto de 1891, pp. 225-233.

[Pedagogía] Lecciones dadas por Altamira en el Museo Pedagógico. Sobre el material de enseñanza (continuación de las fuentes de conocimiento de la historia).

“La enseñanza de la historia”, Año XV, nº 350, 15 de septiembre de 1891, pp. 257-264.

[Pedagogía] Lecciones dadas por Altamira en el Museo Pedagógico. Reflexiones sobre el programa y el método para la enseñanza de la historia.

“La enseñanza de la historia”, Año XV, nº 351, 30 de septiembre de 1891, pp. 273-277.

[Pedagogía] Lecciones dadas por Altamira en el Museo Pedagógico. Sobre el método y procedimientos para la enseñanza de la historia.

“La enseñanza de la historia”, Año XV, nº 352, 15 de octubre de 1891, pp. 297-300.

[Pedagogía] Lecciones dadas por Altamira en el Museo Pedagógico. En torno a la relación entre la actividad del maestro y del discípulo, las formas de la lección y los trabajos de los alumnos.

“La enseñanza de la historia”, Año XV, nº 356, 15 de diciembre de 1891, pp. 356-362.

[Pedagogía] Lecciones dadas por Altamira en el Museo Pedagógico. Sobre la organización de la enseñanza superior de la historia en las universidades españolas.

“La enseñanza de la historia”, Año XV, nº 357, 31 de diciembre de 1891, pp. 375-380.

[Pedagogía] Lecciones dadas por Altamira en el Museo Pedagógico. Lección sobre la enseñanza de la historia en las facultades de Derecho en las universidades españolas.

“Sobre la condición social de la mujer”, Año XV, nº 357, 31 de diciembre de 1891, pp. 383-384. (Firma A.)

[Sociología] Notas de opinión sobre los siguientes libros: *La mujer del siglo XX* (1891), de Julio Simon; *La condición social de la mujer* (1891), de M. Naville; *La mujer desde el punto de vista del derecho público* (1892), de M. Ostrogorski; el folleto del profesor D'Aguanno, *Misión social de la mujer* (1890).

“Enseñanza de la arqueología nacional”, Año XVI, n° 361, 29 de febrero de 1892, pp. 52-55.

[Pedagogía] Comentario sobre el artículo de M. Langlois, “L'enseignement de l'archéologie nationale”, publicado en la *Revue Bleue*, en 1891.

“Revista literaria. *Realidad*, drama en cinco actos y en prosa de don Benito Pérez Galdós”, Año XVI, n° 364, 15 de abril de 1892, pp. 110-112 [*]¹.

[Reseña]

“El Profesor Freeman”, Año XVI, n° 365, 30 de abril de 1892, pp. 126-128.

[Historia] Recorrido por la bibliografía del historiador Edward A. Freeman.

“La educación física en el Congreso de Londres”, Año XVI, n° 372, 15 de agosto de 1892, pp. 226-231. (Firma A.)

[Pedagogía] Exposición de la memoria de Mr. G. White, presidente del Comité de educación física de la Junta escolar, presentada en el Congreso de Higiene de Londres. Conclusiones del congreso.

“Pensiones escolares”, Año XVI, n° 374, 15 de septiembre de 1892, pp. 257-277.

[Pedagogía] Sobre los tipos de ayudas escolares en España.

“Pensiones escolares”, Año XVI, n° 375, 30 de septiembre de 1892, pp. 277-283.

[Pedagogía] Conclusión del artículo anterior.

“Asociaciones escolares”, Año XVI, n° 376, 15 de octubre de 1892, pp. 293-300.

1. Los artículos marcados con asterisco se encuentran reproducidos a continuación en la Antología de las colaboraciones en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*.

[Pedagogía] Acerca de la actividad escolar dedicada a fines sociales en Europa y Estados Unidos.

“Asociaciones escolares. Conclusión”, Año XVI, n° 378, 15 de noviembre de 1892, pp. 324-325.

[Pedagogía] Conclusión del artículo anterior.

“La *Antología de Poetas Hispanoamericanos*, publicada por la Academia Española, por Menéndez Pelayo”, Año XVII, n° 404, 15 de diciembre de 1893, pp. 368-372[*].

[Reseña]

“Notas sobre el movimiento pedagógico y literario en Chile”, Año XVIII, n° 407, 28 de febrero de 1894, pp. 33-39.

[Pedagogía] Sobre la reforma de la segunda enseñanza en Chile.

“Notas sobre el movimiento pedagógico y literario en Chile. Conclusión”, Año XVIII, n° 408, 31 de marzo de 1894, pp. 66-73 [*].

[Pedagogía] La historia de la universidad en Chile, los *Anales de la Universidad*, la libertad de enseñanza, y el libro *Lastaglia y su tiempo* (1893), de Alejandro Fuenzalida y Grandón.

“Reforma de los estudios históricos en las Facultades de Letras en Francia”, Año XVIII, n° 411, 31 de julio de 1894, pp. 173-175.

[Pedagogía] Sobre la organización de los estudios históricos en las facultades francesas de Letras.

“Bibliografía histórica española”, Año XVIII, n° 416, 30 de noviembre de 1894, pp. 348-352.

[Bibliografía] Segunda parte del trabajo que publicó en la *Revue historique* de París, en el tomo LIV, en 1894. Bibliografía de libros españoles referentes al descubrimiento de América publicados en 1892 y 1893.

“Bibliografía histórica española”, Año XVIII, n° 417, 31 de diciembre de 1894, pp. 373-376.

[Bibliografía] Obras diversas.

“Organización política y social y cultura de la España musulmana, desde el siglo VIII al XI (711-1031)”, Año XX, n° 434, 31 de mayo de 1896, pp. 152-160.

[Historia] Capítulo inédito del Manual popular de Historia de la civilización española, que prepara Altamira.

“Organización política y social y cultura de la España musulmana, desde el siglo VIII al XI (711-1031)”, Año XX, n° 436, 31 de julio de 1896, pp. 215-222.

[Historia] Continuación del artículo anterior.

“De la pedagogía en Chile, según el Sr. Amunátegui”, Año XX, n° 437, 31 de agosto de 1896, pp. 238-240.

[Reseña] Sobre el trabajo de José Domingo Amunátegui. *Don José Perfecto Salas*, publicado en Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1896.

“Sobre el espíritu actual de la juventud”, Año XXII, n° 454, 31 de enero de 1898, pp. 1-6 [*].

[Pedagogía]

“Adiciones a la enseñanza de la historia”, Año XXII, n° 457, 30 de abril de 1898, pp. 97-104.

[Pedagogía] El contenido ampliado de la tercera edición de *La enseñanza de la historia*. I. Nuevos manuscritos consultados en la Biblioteca Nacional. II. Autores españoles impresos.

“Adiciones a la enseñanza de la historia”, Año XXII, n° 458, 31 de mayo de 1898, pp. 143-152.

[Pedagogía] Continuación. III. Bibliografía moderna.

“El movimiento histórico en España”, Año XXII, n° 459, 30 de junio de 1898, pp. 178-187.

[Historia] Rafael Altamira distingue en el movimiento histórico del momento tres corrientes: la patriótica, la católica y la jurídica. En el presente artículo se centra en la primera.

“Observaciones sobre el problema del genio y la colectividad en la historia”, Año XXII, n° 460, 31 de julio de 1898, pp. 216-224.

[Historia] Reflexiones acerca de las conclusiones sobre el problema del genio y la colectividad en la historia, tema del último Congreso de historiadores, celebrado en Innsbruck.

“El patriotismo y la Universidad”, Año XXII, n° 462, 30 de septiembre de 1898, pp. 257-270 [*].

[Discurso] Fragmentos del discurso de Rafael Altamira en la apertura del curso académico 1898-1899, en la Universidad de Oviedo.

“El patriotismo y la Universidad”, Año XXII, nº 463, 31 de octubre de 1898, pp. 291-296 [*].

[Discurso]

“El patriotismo y la Universidad”, Año XXII, nº 464, 30 de noviembre de 1898, pp. 323-327 [*].

[Discurso]

“Introducción a la historia en España”, Año XXIII, nº 473, 31 de agosto de 1899, pp. 237-241.

[Historia] Prólogo de la obra de Altamira, en dos tomos, *Historia de España y de la Civilización Española*, de próxima publicación.

“La reforma de los estudios históricos en España”, Año XXIV, nº 489, 31 de diciembre de 1900, pp. 353-357.

[Pedagogía] Comentario sobre el decreto de 20 de julio de 1900, promulgado por el Ministro de Instrucción Pública, que afectó a la enseñanza de Filosofía y Letras. A partir de entonces, tras un bloque común, los alumnos podían optar a tres licenciaturas independientes: Filosofía, Letras e Historia. Analiza los planes de estudio en esta última especialidad.

“La educación del obrero”, Año XXV, nº 490, 31 de enero de 1901, pp. 1-7 [*].

[Discurso] Del discurso leído en la escuela ovetense de Artes y Oficios.

“La Inquisición castellana en el siglo XV”, Año XXV, nº 497, 31 de agosto de 1901, pp. 248-255.

[Historia] Párrafos del tomo II de la *Historia de España*, de Altamira, de próxima publicación. Sobre los conversos en la Inquisición, los conversos en Aragón y Cataluña, y la Inquisición.

“La historia de España”, Año XXVI, nº 503, 28 de febrero de 1902, pp. 57-64.

[Historia] Extracto del curso breve ofrecido por la Extensión Universitaria de Oviedo, en el centro obrero de La Celguera.

“El teatro de Hauptmann”, Año XXVI, nº 509, 31 de agosto de 1902, pp. 247-252 [*].

[Estudio literario]

“La España del siglo XIX”, Año XXVI, n° 510, 30 de septiembre de 1902, pp. 277-285.

[Historia] Último capítulo de su libro en prensa *Historia de la civilización española*. I. El nuevo programa político y social. II. La reacción. III. La revolución y sus consecuencias. IV. La unificación jurídica. V. La pérdida de las colonias continentales de América. VI. La política antillana. VII. El autonomismo y las reformas. VIII. El desastre colonial. IX. La vida económica. X. La instrucción Pública. XI. Deficiencias de la instrucción. XII. Direcciones de la cultura científica.

“La España del siglo XIX”. Año XXVI, n° 511, 31 de octubre de 1902, pp. 312-318.

[Historia] Conclusión del artículo anterior. XIII. Los estudios filosóficos y jurídicos. XIV. La economía. XV. La Historia y los géneros literarios. XVI. El periodismo y el Ateneo. XVII. Las Bellas Artes.

“El teatro de Hauptmann”, Año XXVII, n° 515, 28 de febrero de 1903, pp. 60-64 [*].

[Crítica teatral]

“Cuestiones preliminares sobre la historia del derecho”, Año XXVII, n° 523, 31 de octubre de 1903, pp. 305-320.

[Derecho] Capítulos inéditos de su libro en prensa *Historia del derecho español*. I. Concepto y contenido de la Historia del Derecho. II. La Legislación comparada y la Historia del Derecho.

“Metodología de la enseñanza del derecho”, Año XXVII, n° 25, 31 de diciembre de 1903, pp. 359-364.

[Pedagogía] Reproducción de parte de su libro *Historia del Derecho español*, publicado recientemente. Cuestiones de metodología: I. Organización práctica de un curso de historia del derecho. II. Los abogados y la historia del derecho.

“Lecturas de Homero”. Año XXVIII, n° 532, 31 de julio de 1904, pp. 218-224.

[Crítica literaria] Extracto de las conferencias de “Extensión Universitaria”, dadas por el autor en Oviedo durante el curso académico 1903-1904.

“La cátedra y seminario de Historia del Derecho en la Universidad de Oviedo”, Año XXIX, n° 541, 30 de abril de 1905, pp. 97-100.

[Pedagogía] Estudios sobre el origen y el carácter del derecho consuetudinario. Publicado también en el tomo III de los *Anales de la Universidad*, en prensa. Reflexiona sobre los trabajos de sus alumnos sobre este tema.

“El Seminario de Historia del Derecho en la Universidad de Oviedo”, Año XXIX, nº 545, 31 de agosto de 1905, pp. 225-229.

[Pedagogía] I. Investigaciones que los alumnos han realizado sobre el feudalismo en el curso 1903-1904. II. Curso 1904-1905: La vida del obrero en España, desde el siglo XVIII.

“Las Comunidades de Castilla”, Año XXXI, nº 562, 31 de enero de 1907, pp. 27-32.

[Historia] Extracto del tomo III de la *Historia de España y de la civilización española*, próxima a publicarse. I. Sublevación de las comunidades. II. El programa de los comuneros. III. Actos políticos de la Junta.

“Las Comunidades de Castilla”, Año XXXI, nº 563, 28 de febrero de 1907, pp. 55-60.

[Historia] IV. Vicisitudes de las comunidades. V. Rompimiento de las hostilidades. VI. Villalar y sus consecuencias.

“La enseñanza del Derecho español en la Universidad de Oviedo”, Año XXXI, nº 568, 31 de julio de 1907, pp. 227-232.

[Pedagogía] I. Curso 1904-1905. Trabajo propuesto a los alumnos: Comentarios histórico-jurídicos al *Quijote*. II. Curso 1905-1906. Trabajos propuestos: a) Historia y doctrina del catalanismo; b) el derecho en el teatro clásico español. Este artículo se publicó en el tomo IV de los *Anales de la Universidad de Oviedo* (1906-1907).

“La vida económica de España en los siglos XVI y XVII”, Año XXXI, nº 570, 30 de septiembre de 1907, pp. 277-281.

[Historia] Capítulo inédito del tomo III de la *Historia de España y la Civilización Española*, de próxima publicación. Trata del periodo de florecimiento industrial durante esos siglos.

“La vida económica de España en los siglos XVI y XVII”, Año XXXI, nº 571, 31 de octubre de 1907, pp. 314-320.

[Historia] Sobre la crisis industrial.

“La vida económica de España en los siglos XVI y XVII”, Año XXXI, nº 572, 30 de noviembre de 1907, pp. 346-352.

[Historia] Sobre la grandeza y decadencia del comercio.

“El Seminario de historia del Derecho”, Año XXXI, n° 573, 31 de diciembre de 1907, pp. 353-358.

[Pedagogía] Curso 1905-1906: Continúa el estudio iniciado en el curso anterior sobre la vida del obrero en España a partir del siglo XVIII. Curso 1906-1907: Los *Prolegómenos* de Abenjalidún.

“Los vacíos de la historia del Derecho romano en España”, Año XXXII, n° 580, 31 de julio de 1908, pp. 215-220.

[Historia del Derecho] Artículo traducido al francés y publicado en el tomo I de las *Mélanges Fitting*.

“Los vacíos de la historia del Derecho romano en España”, Año XXXII, n° 581, 31 de agosto de 1908, pp. 249-256.

[Historia del Derecho] Conclusión del artículo anterior.

“La España del siglo XVIII. La cultura y la enseñanza”, Año XXXIII, n° 591, 30 de junio de 1909, pp. 161-167.

[Historia] I. El espíritu ilustrado del siglo XVIII. II. Las reformas en la enseñanza popular y secundaria. Capítulo IV de *Historia de España y de la cultura española*, inédito.

“La España del siglo XVIII”, Año XXXIII, n° 592, 31 de julio de 1909, pp. 193-199.

[Historia] III. La reforma de los estudios superiores. IV. La reforma extrauniversitaria.

“La España del siglo XVIII”, Año XXXIII, n° 593, 31 de agosto de 1909, pp. 239-247.

[Historia] II. Los obstáculos de la cultura. III. Los medios de cultura en América.

“La España del siglo XVIII”, Año XXXIII, n° 594, 30 de septiembre de 1909, pp. 266-272.

[Historia] VI. Cultivadores de las ciencias naturales, físicas, químicas y médicas. VII. Matemáticos, cosmógrafos, geógrafos y cartógrafos.

“La España del siglo XVIII”, Año XXXIII, n° 595, 30 de octubre de 1909, pp. 296-307.

[Historia] VIII. Teólogos y filósofos. IX. Juristas, políticos y economistas. X. Historiadores y filólogos.

“Problemas urgentes de la primera enseñanza en España”, Año XXXVI, n° 624, 31 de marzo de 1912, pp. 65-69.

[Pedagogía] Extracto de su discurso de recepción de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. I. Sueldo de los maestros.

“Problemas urgentes de la primera enseñanza en España”, Año XXXVI, n° 625, 30 de abril de 1912, pp. 97-105.

[Pedagogía] II. Aumento de escuelas. III. Modo de realizar el aumento.

“Problemas urgentes de la primera enseñanza en España”, Año XXXVI, n° 626, 31 de mayo de 1912, pp. 129-137.

[Pedagogía] IV. Material escolar. V. Otros problemas. Resumen de las propuestas realizadas por Rafael Altamira.

“Problemas urgentes de la primera enseñanza en España”, Año XXXVI, n° 627, 30 de junio de 1912, pp. 161-166.

[Pedagogía] VI. Formación del maestro.

“Rozas y su época”, Año XXXVII, n° 643, 31 de octubre de 1913, pp. 313-317, 1913.

[Historia] Prólogo al tomo I de la tercera edición de la obra de Adolfo Saldías, *Historia de la Confederación Argentina. Rozas y su época*. Buenos Aires, J. Roldán, 1911.

“Rozas y su época”, Año XXXVII, n° 644, 30 de noviembre de 1913, pp. 341-348, 1913.

[Historia] Capítulos II y III del prólogo de Altamira.

“Rozas y su época”, Año XXXVII, n° 645, 31 de diciembre de 1913, pp. 379-382, 1913.

[Historia] Capítulo IV del prólogo a Saldías.

“Una lección de metodología histórica”, Año XXXVIII, n° 652, 31 de julio de 1914, pp. 195-199, 1914.

[Pedagogía] Resumen de la lección impartida en el curso de perfeccionamiento para maestros primarios de Madrid. Artículo ya publicado en el *Boletín de Instrucción Pública de Buenos Aires* (enero, 1914).

“Giner de los Ríos”, Año XXXIX, n° 659-660, febrero-marzo de 1915, pp. 59-62, 1915.

[Necrológica] Publicado anteriormente en *El Siglo* de Montevideo.

“*In Memoriam*. Giner de los Ríos y su influencia social y jurídica”, Año XXXIX, n° 661, Abril, pp. 110-128, 1915 [*].

[Necrológica] Reproducción del artículo publicado en *La reforma social* de La Habana. Además, este artículo forma parte del libro que Rafael Altamira prepara sobre el fundador de la Institución Libre de Enseñanza.

“*In Memoriam*. Nuestros grandes hombres. Don Francisco Giner de los Ríos (10 octubre 1839- 18 febrero 1915)”, Año XXXIX, n° 664, julio de 1915, pp. 217-219.

[Necrológica] Publicado también en el *Mercurio* de Nueva Orleáns.

“España en América. A propósito de un libro norteamericano”, Año XL, n° 670, enero de 1916, pp. 21-30.

[Reseña] Capítulos del prólogo escrito para la edición española del libro de Charles F. Lummis, *The Spanish Pioneers*. La edición española se tituló *Los exploradores españoles del siglo XVI*, y se publicó por el editor Araluce de Barcelona.

“Azcarate”, Año XLII, n° 694, 31 de enero de 1918, pp. 5-7 [*].

[Necrológica]

“Nuestros grandes hombres: D. Francisco Giner de los Ríos”, Año LXIII, n° 711, 30 de junio de 1919, pp. 187-189.

[Necrológica] Texto publicado en el *Mercurio* de Nueva Orleáns, en mayo 1915.

“*In Memoriam*. Hombres de España. Giner de los Ríos”, Año XLV, n° 735, 30 de junio de 1921, pp. 186-187.

[Necrológica] Publicado en el periódico *La Unión* de la República Argentina.

“El paisaje y los Parques Nacionales de España”, Año XLV, n° 736, 31 de julio de 1921, pp. 220-222.

[Artículo de divulgación geográfica]

“El Tribunal permanente de Justicia internacional”, Año XLVI, n° 744, 31 de marzo de 1922, pp. 85-92.

[Derecho] Información sobre el proyecto redactado por el Comité Internacional de juriconsultos en La Haya, comité al que Rafael Altamira perteneció. Incluye algunos capítulos inéditos de un libro que se tituló

El proceso ideológico del proyecto de Tribunal de Justicia Internacional.
Esos capítulos son los siguientes: I. Las modificaciones del Consejo. II. Las enmiendas al proyecto del Consejo. III. La discusión del proyecto en la tercera comisión de la asamblea. –Sesiones preliminares.

“El Tribunal permanente de Justicia Internacional”, Año XLVI, n° 745, 30 de abril de 1922, pp. 121-127.

[Derecho] IV. Los debates y el dictamen de la subcomisión.

“El Tribunal permanente de Justicia Internacional”, Año XLVI, n° 747, 30 de junio de 1922, pp. 180-185.

[Derecho] Conclusión de este estudio.

“La formación profesional del maestro y la finalidad de la enseñanza”, Año XLVII, n° 755, 28 de febrero de 1923, pp. 39-46.

[Pedagogía] Conferencia dada en el Museo Pedagógico Nacional, publicada en el libro de Altamira *Ideario pedagógico* (Madrid, editorial Reus, 1923).

“La educación del obrero en Europa”, Año XLVII, 31 de marzo de 1923, pp. 75-77.

[Pedagogía]

“Direcciones fundamentales de la historia de España en el siglo XIX”, Año XLVII, n° 759, 30 de junio de 1923, pp. 178-185.

[Historia] Primera conferencia dada el 3 de noviembre de 1922 en el Paraninfo de la Universidad de Valencia. Texto recogido en los *Anales de la Universidad de Valencia* (Año III, cuaderno 18) y reproducido, de nuevo, en el *Boletín*.

“Direcciones fundamentales de la historia de España en el siglo XIX”, Año XLVII, n° 760, 31 de julio de 1923, pp. 218-222.

[Historia] Continuación de la primera conferencia.

“Direcciones fundamentales de la historia de España en el siglo XIX”, Año XLVII, n° 761, 31 de agosto de 1923, pp. 247-256.

[Historia] Segunda conferencia ofrecida el 4 de noviembre de 1922 en el Paraninfo de la Universidad de Valencia, recogida, igualmente, en los *Anales* de esta universidad (Año III, cuaderno 18).

“Direcciones fundamentales de la historia de España en el siglo XIX”, Año XLVII, n° 762, 30 de septiembre de 1923, pp. 282-286.

[Historia] Conclusión de la segunda conferencia.

“Resultados generales en el estudio de la Historia colonial americana. Criterio histórico resultante”, Año L, n° 760, 31 de enero de 1926, pp. 19-28.

[Historia]

“La literatura pedagógica en España, 1913-1923”, Año L, n° 799, 31 de octubre de 1926, pp. 294-301.

[Pedagogía] Artículo publicado en la *Revue Bleue* de París (1-X-1921).

“La semana de las escuelas”, Año L, n° 801, 31 de diciembre de 1926, pp. 365-367.

[Pedagogía] Observaciones sobre las escuelas holandesas.

“La propaganda de las ideas y los sentimientos pacifistas. (Sugestiones relativas a los medios más eficaces para cumplir la finalidad de la Fundación Carnegie. Dictamen escrito por Altamira a petición de la sección de educación de la Fundación Carnegie)”, Año L, n° 801, 31 de diciembre de 1926, pp. 374-380.

[Pedagogía]

“El libro de las bodas de oro de la Institución Libre de Enseñanza”, Año LI, n° 803, 28 de febrero de 1927, pp. 62-64.

[Texto divulgativo] Artículo extraído de *La Nación* de Buenos Aires (2+-XII-1926).

“Prólogo de un *Epítome de Historia de España*”, Año LI, n° 804, 31 de marzo de 1927, pp. 83-87.

[Historia] Avance del prólogo del libro inédito *Epítome de Historia de España. Libro para profesores y maestros*, de Altamira, que publicó la casa editorial La Lectura.

“Nota preliminar al libro de D. Francisco Giner *Estudios sobre artes industriales y cartas literarias*”, Año LI, n° 804, 31 de marzo de 1927, pp. 93-94.

[Prólogo] Prólogo al tomo XVI de las *Obras completas* de Francisco Giner de los Ríos.

“De la experiencia jurídica. Observaciones sobre la función del legislador”, Año LI, n° 806, 31 de mayo de 1927, pp. 146-148.

[Derecho]

“La enseñanza y la cultura general en el siglo XVIII español”, Año LI, n° 813, 31 de diciembre de 1927, pp. 365-370.

[Pedagogía] Párrafos de la nueva edición de la *Historia de la civilización española*, publicada en la “Serie Histórica” de las obras completas de Altamira.

“A propósito de los centenarios”, Año LII, n° 813, 31 de enero de 1928, pp. 22-25.

[Pedagogía] Texto publicado en *La Nación* de Buenos Aires, 1927. El centenario como método pedagógico para la revisión histórica y motivador de nuevos estudios que profundizaran en el conocimiento de la obra realizada por personajes influyentes en la historia y en la cultura.

“Notas pedagógicas: Elena Key”, Año LII, n° 814, 29 de febrero de 1928, pp. 50-58. (Firma Ángel Guerra)

[Semblanza] Apuntes sobre la escritora y feminista Elena Key, publicados en varias revistas: *Revista de Educación* de La Plata, República Argentina; y *Revue Pédagogique*, de París.

“La cultura general de la masa obrera”, Año LII, n° 820, 31 de agosto de 1928, pp. 239-244.

[Pedagogía] Sobre las universidades populares y los programas de Extensión Universitaria obrera.

“*In Memoriam*. La Pasión, según San Mateo”, Año LII, n° 821, 30 de septiembre de 1928, pp. 286-288.

[Diálogo imaginario] Publicado en *La Nación* de Buenos Aires, suplemento del domingo (6 de mayo de 1928). Diálogo sobre la música religiosa de Bach.

“El Tribunal de La Haya. Noticias y consideraciones sobre el funcionamiento interno del Tribunal Permanente de Justicia Internacional”, Año LIII, n° 828, 30 de abril de 1929, pp. 121-127.

[Derecho]

“El Tribunal de La Haya. Noticias y consideraciones sobre el funcionamiento interno del Tribunal Permanente de Justicia Internacional”, Año LIII, n° 829, 31 de mayo de 1929, pp. 155-157, 1929.

[Derecho]

“Historia del pensamiento español”, Año LIII, n° 836, 31 de diciembre de 1929, pp. 375-377.

[Historia] Resumen del asunto de una de las lecciones que Rafael Altamira impartió el primer curso de 1929, en la cátedra de Historia del Pensamiento Español del Instituto de Estudios Hispánicos (Facultad de Letras de la Universidad de París).

“La sesión de Nueva York del Instituto de Derecho Internacional”, Año LIV, n° 837, 31 de enero de 1930, pp. 28-31.

[Derecho] Recogido de *La Nación* de Buenos Aires (29 de noviembre de 1929). Reseña la primera sesión celebrada en Nueva York del Instituto de Derecho Internacional creado en 1873, en Bélgica. La sesión versó sobre los derechos del hombre y sobre el Tribunal Permanente de Justicia Internacional.

“Utilización de la Historia desde el punto de vista de la educación moral”, Año LV, n° 854, 30 de junio de 1931, pp. 166-171.

[Pedagogía] Trabajo presentado en el V Congreso Internacional de Educación moral (París, 1930). Consta de los siguientes apartados: advertencia preliminar y determinación precisa del objeto.

“Utilización de la Historia desde el punto de vista de la educación moral. Conclusión”, Año LV, n° 855, 31 de julio de 1931, pp. 200-205.

[Pedagogía] Conclusión de su trabajo.

“Significación e importancia del reinado de los Reyes Católicos en relación con América”, Año LVI, n° 861, 31 de enero de 1932, pp. 18-24.

[Historia] Escrito por el autor para el tomo II del *Libro de oro de la Exposición*, editado por D. A. de Carlos.

“La Universidad Popular de La Haya”, Año LVI, n° 863, 31 de marzo de 1932, pp. 77-79.

[Pedagogía] Publicado anteriormente en *La Nación* de Buenos Aires, en diciembre de 1931. Acerca de los orígenes de la Universidad Popular y el programa de la Universidad Popular de La Haya.

“La enseñanza de la Historia y la paz”, Año LVI, n° 865, 31 de mayo de 1932, pp. 131-133.

[Pedagogía] Prólogo en español de su libro publicado en París: *Problèmes modernes d'enseignement en vue de la conciliation entre les peuples et la paix morale*. En dicho libro, el autor reúne los estudios que desde 1898 dedica a este tema.

“Un mensaje y una conferencia pacifista”, Año LVII, n° 874, 28 de febrero de 1933, pp. 34-36.

[Pedagogía] Mensaje dirigido a los niños y niñas de la Australia occidental. En 1931, Altamira escribe este mensaje, a petición del Departamento de Educación de la Australia Occidental, para su publicación en el *Rural Magazine*, que este departamento publica. El apartado sobre la paz y la educación proviene de su conferencia radiodifundida por la Radio-fusión Iberoamericana, en la noche de 23 de enero de 1933.

“La enseñanza de la Historia en España”, Año LVII, n° 876, 30 de abril de 1933, pp. 103-208.

[Pedagogía] Se trata de la memoria presentada por Altamira a la Comisión Internacional para la Enseñanza de la Historia y publicada en el *Bulletin du Comité International des Sciences historiques*. Trata asuntos como la legislación, la práctica pedagógica y los libros escolares.

“La enseñanza de la Historia en España”, Año LVII, n° 877, 31 de mayo de 1933, pp. 131-134.

[Pedagogía] Conclusión de la memoria anterior. En ella diserta sobre la doctrina pedagógica, la enseñanza de la Historia en las Escuelas Normales y la enseñanza de la Historia en la Segunda enseñanza.

“Prólogo a un *Manual de Historia de España*”, Año LVIII, n° 891, 31 de julio de 1934, pp. 145-151.

[Historia] Reproducción del prólogo de su *Manual de Historia de España* publicado en Madrid en 1934 (volumen XIV de sus obras completas).

“Rectificaciones y complementos de la doctrina del sujeto histórico”, Año LIX, n° 903, 31 de julio de 1935, pp. 161-166.

[Historia] Texto que forma parte de la nueva edición de su libro titulado *Cuestiones modernas de Historia*. Se trata de un resumen inédito basado en las conferencias que Altamira dio en el Colegio de Francia en 1923

sobre *Criterios para la formación y crítica del juicio histórico* y una serie de conferencias dadas en 1928 en el Instituto de Sociología de Bruselas sobre el Sujeto Histórico.

“La ciencia de la historia”, Año LX, nº 910, 29 de febrero de 1936, pp. 36-41.

[Historia] Monografía que formó parte de la nueva edición del libro del autor *Cuestiones modernas de Historia*.

“La ciencia de la Historia. Continuación”, Año LX, nº 911, 31 de marzo de 1936, pp. 62-67.

[Historia] Monografía que formó parte de la nueva edición del libro del autor *Cuestiones modernas de Historia*.

“La ciencia de la Historia. Conclusión”, Año LX, nº 912, 31 de abril de 1936, pp. 82-85.

[Historia] Monografía que formó parte de la nueva edición del libro del autor *Cuestiones modernas de Historia*.

“Andrew Carnegie y su primer centenario”, Año LX, nº 916, 31 de agosto de 1936, pp. 182-184.

[Comentario de actualidad] Con motivo del centenario del nacimiento de Andrew Carnegie, Altamira escribe un artículo destacando las celebraciones que se desarrollaron en Escocia y Holanda y el carácter pacifista de Carnegie.

“En memoria”, Año LX, nº 917, 30 de septiembre de 1936, p. 213-214.

[Necrológica] Necrológica sobre José María de Cossío escrito para la conmemoración celebrada en la Escuela Normal de Albacete en su memoria.

ANTOLOGÍA DE LAS COLABORACIONES EN EL *BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA*

“Revista literaria. *Realidad*, drama en cinco actos y en prosa de don Benito Pérez Galdós”, Año XVI, n° 364, 15 de abril de 1892, pp. 110-112

Desde hace tiempo venía anunciándose que el Sr. Pérez Galdós abrigaba el propósito de dar una obra a la escena. Este propósito se ha cumplido con el drama *Realidad*, estrenado con éxito en el teatro de la Comedia el día 15 del pasado mes. No necesito entretenerme en contar el argumento: está calcado sobre la novela del mismo título que publicó el autor, de *Marianela* hace dos años y que todos conocen. Me limitaré, pues, a presentar algunas notas críticas sobre el drama.

El cual, comenzaré diciendo que tiene, a mi juicio, verdaderas condiciones teatrales. No es uno de esos trasplantes de la novela al teatro, que —como el de *Le pire Goriot*, intentado hace poco en París— pierden todo el valor de la primera, sin alcanzar el relieve del segundo. Quizá se debe esto, en primer término, a que la novela misma la concibió y la escribió el autor como drama. El esfuerzo de adaptación ha sido, por tanto, menor, y ha dado lugar a sorpresas todavía no bien explicadas: a que pasajes de cuya plasticidad teatral dudaban algunos, la obtuvieran, en grado mayor, quizá, que otros de que se pensó lo contrario. La inexperiencia del autor (¿necesito advertir que uso la palabra «inexperiencia» en un sentido altamente respetuoso, y solo para señalar el hecho de la novedad en la aplicación de las facultades del artista?), el tributo obligado

de los primerizos en todo género literario a las dificultades de procedimiento que el género lleva consigo, nótese, desde luego, en dos cosas: un poco de exceso en la extensión del drama y la equivocada consideración de que un episodio basta para llenar un acto; sin producir (como produce realmente) cierta solución de continuidad en la marcha *dramática* de la acción y en el interés de los oyentes.

Para el drama, el acto tercero sobra. Es verdad que algunas de sus escenas hacen suma falta para condensar mejor la atmósfera de motivos que precipitan a Viera a su trágico fin; pero esto mismo pudo exponerse de otro modo, incorporándolo a los actos anteriores.

Otras cosas pudieron suprimirse, en gracia a la unidad de la impresión que, no lo olvidemos, se impone en el teatro. El teatro es tirano, ya se sabe: convencional y absurdo a veces, muy lejano de la libertad amplia y digresiva que permite la novela; pero si se acepta, si se va a él, es preciso amoldarse a todas sus condiciones de género imperfecto y rudimentario. ¿Las condiciones clásicas? Claro que no: consiente, y mucho, novedades y aligeramientos, vientos de realidad y frescura. Galdós mismo ha dado de esto una prueba muy superior a las que no hace mucho encantaban a nuestros vecinos en dramas de Lemaître y del *Teatro libre*. Pero estas innovaciones tienen su barrera, y saltarla... es saltar el género. Verdad es que, quizá, al fin será esto lo que se imponga.

No obstante estas reservas que expongo, el acto tercero gustó muchísimo, porque, como acto, sin pensar que pertenece a otro drama, es una maravilla de gracia, de movimiento, de experiencia y observación mundanas, de intención y naturalidad en el lenguaje.

Para nada sirve allí el padre, y menos aún la hermana de *Viera*; ¡pero es aquel un tipo tan admirablemente caracterizado!; se mueve de una manera tan humana, y dice unas cosas tan cómicas y tan reales, que el público, a pesar de no entenderlas quizá todas, aplaudió calurosamente el acto.

El segundo y el cuarto son los más dramáticos y, sobre todo, los más *teatrales*. Es más original —entiéndase bien, más *nuevo* en la historia de nuestro teatro— el acto segundo (y especialmente su segundo cuadro) que el cuarto: la catástrofe de éste (el suicidio de Federico) se imponía; es la de muchos otros dramas, incluso en la situación que la precipita: la entrada de Augusta. Pero así y todo, hay en él motivos enteramente originales, de un gran relieve, de un

gran acierto dramático: *v. gr.*, la visita de Orozco, a la cual rodea un misterio, una cierta vaguedad visionaria, con que Federico Viera contagia a los espectadores; y su preparación, en suma, aunque tiene pormenores que (también con mucho respeto) diría yo ahora pueriles, es de grande efecto emocional. Sólo un incidente parece aquí, en el drama, forzado: las reflexiones sobre el libro de rezos de la madre de Federico. Al lado de otras finuras, resulta demasiado efectista, con tener frases de verdadero escalofrío para el que escucha; como resulta duro e indigno (castigo justo de su falsedad artística) el pormenor de que Infante empuje a Viera al suicidio, nada menos que presentándole un revólver.

El acto quinto —trasunto del capítulo último de la novela, con el episodio de la sombra inclusive— produce un efecto muy raro, después de la explosión trágica del final cuarto.

Algunos críticos han entendido que sobra, que distrae la atención, llevándola a un nuevo problema, que es como otro drama; pero precisamente la idea del autor se contiene —a mi entender— en este acto quinto. Para él ha hecho los restantes; suprimirlo sería borrar la originalidad y la intención de la obra.

En aquel perdón, en aquella indiferencia, no fría (puesto que viene con lucha), sino piadosa, hacia las pequeñeces del mundo; en aquel profundo sentido moral con que Orozco mide la elevación ideal de Augusta, no por la falta cometida, mas por la dureza de corazón y el miedo *físico* que le impiden confesarla, está el drama todo, porque está la más noble y levantada idea que representa. Al llegar aquí, olvídase la muerte de Federico, la complejidad de su carácter, su falta y su divorcio al propio tiempo con Augusta, la extraña intimidad con la Peri...: todo es mero accidente, que rodea, motiva e ilumina la figura moral de Orozco, que algunos críticos tienen por indiferente, nada humana, ni verdadera. Que no la mueven las mismas pasiones y sentimientos que a los demás hombres, es verdad; que no es un marido, como la mayoría de los maridos sublunares, ciertísimo; pero también lo es que no hay que juzgarlo de ese modo, según el cual, el marido de *La Dama del mar* de Ibsen, resultaría condenado artísticamente. Hay que ver en Orozco el ideal que representa, la victoria que predica y obtiene sobre las miserables pasiones del amor propio humano; el sacrificio de todo egoísmo que hace, frente al egoísmo vengativo de los tipos clásicos

en nuestro teatro del siglo XVII. (*A secreto agravio secreta venganza*, etc.), como ha observado la Sra. Pardo Bazán en su *Teatro crítico*. Y después de todo, ¿por qué no ha de haber Orozcos en la realidad actual? Nótese que Orozco no perdona a su mujer: la perdonaría, si ella tuviese la suficiente grandeza de alma para confesar su culpa. Lo que hace es despreciarla, es despojarse de ella como de una ilusión marchita, como de una cosa que ha dejado de ser interesante, hacia la cual siente algo menos que indiferencia y que le estorba. Parte de este abandono concénlo muy bien, en el terreno de la amistad y aun del amor sexual, aquellos que guían su vida por motivos ideales y los sobreponen —sin artificio, en fuerza de una educación que ha echado raíces— a los meros afectos personales, que no conciben aislados de la *estimación* que solo producen las cualidades nobles del espíritu. Pero los hombres que así piensan, no llegan nunca a despreciar, ni hacen abstracción absoluta de la persona caída, sino que guardan siempre hacia ella una amorosa tutela, dispuestos a toda hora a prestar su apoyo para la redención y a abrir sus brazos al hijo pródigo de la moral. Orozco no llega a tanto. En medio de su rigidez de principios, es egoísta y poco piadoso, puesto que se desprende de su mujer, como de cosa ya inútil; o cuando menos carece de fe bastante, pues no parece creer en ulterior corrección, ni sigue amando al culpable en ley de humanidad. Tal es la falta grave —falta de lógica y de psicología ideal— que puede achacarse a este personaje, un poco vacilante y contradictorio.

A pesar de ello, el drama de Galdós ofrece un ejemplo de contenido ideal que hace buena falta a toda nuestra literatura: uniéndose, mediante él, al novísimo e interesante movimiento ético y espiritualista que agita a los escritores modernos, desde G. Duruy a Mrs. Ward.

En punto a los caracteres he aquí lo que pienso. Federico está más borroso en el drama que en la novela: sale poco y le falta tiempo para caracterizar en firme su alma, tan rica en contradicciones y conflictos, alma predestinada al suicidio, por aquello que Schopenhauer dice, de que «nadie se mata por cosas claras». Resulta, también, más indigno, más canalla que en la novela. La *Peri* deja ver más su exterior vulgar, el que conocen todos los que la visitan, que el fondo de emoción amistosa e inexplicable que

la une a Viera, y que constituye uno de los hallazgos psicológicos de Galdós. Augusta dice y expresa todo lo que se necesita para el drama: su pasión, el divorcio moral con su marido y la terrible, humana flaqueza y pequeñez de su alma para todo lo ideal. Orozco (aparte de lo que ya va dicho) causa un poco de sorpresa, porque no se revela bien hasta el acto quinto; pero esto se explica: ¿hay en el drama otra ocasión oportuna y de tanta gravedad para que se revele, ni acaso en la vida se producen lo mismo los hombres cuando las circunstancias son normales, que cuando adquieren éstas una importancia y trascendencia inusitadas?

Resta decir que el estilo es, en todo el drama, fácil, escogido, no pomposo, sino natural y llano, henchido de pensamiento y con toques dramáticos acertadísimos. La composición es muy realista, sobre todo en los dos primeros actos; y en toda ella ha sabido prescindir el autor de ciertos recursos tradicionales y efectistas, verdaderos *ripios del teatro* que malogran muy a menudo el éxito de obras por otra parte apreciables.

“La *Antología de Poetas Hispanoamericanos*, publicada por la Academia Española, por Menéndez Pelayo”, Año XVII, nº 404, 15 de diciembre de 1893, pp. 368-372

De aplaudir es la actividad que ahora muestra la Academia Española en el ramo de publicaciones, editando obras de los grandes literatos y hablistas, como Lope de Vega, Juan de la Encina y Baralt; servicio ciertamente más positivo y que más han de agradecerle la cultura patria y el propio interés de la lengua, que el empeño inocente e inútil de amortizar nuestro idioma en incompleto y mezquino Diccionario y en gramática tanto más discutible, cuanto mayor carácter oficial y como dogmático quiere dársele, imponiéndola infelizmente en las escuelas primarias, que hartos pecados sufren para no serles carga grave este más. Por ello es de agradecer la compensación que ofrecen publicaciones como las antes citadas; y con ellas, la de la *Antología de poetas hispano-americanos*, cuyo segundo tomo acaba de ponerse a la venta.

Del primero hablé ya en su día¹, tratando juntamente del prólogo y del texto, que comprende los poetas de México y Centro América. El que ahora me ocupa está dedicado a los de Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico y Venezuela. Quedan para el tercero los pertenecientes a las demás repúblicas sudamericanas.

Sabido es que la tarea de escoger las composiciones que figuran en la *Antología*, así como la de escribir las correspondientes ilustraciones histórico-críticas en forma de introducción, fueron encomendadas al señor Menéndez Pelayo, sobre cuyo gusto individual han debido pesar, sin duda, las circunstancias de ocasión y propósito que guiaron a la Academia, obligándole, para no reducir a escasas proporciones la *Antología* y dejar a los lectores sin muestra de los más de los poetas, a incluir trozos que, de ser libre el criterio y rigurosamente crítica y selecta la colección, no hubieran figurado en ella. Justo será decir, no obstante, que en el tomo segundo ha habido mayor rigor y más estrecha censura; que a no ser así, como bien advierte el prologuista, la invasión de maleza en que abunda la prolífica facilidad versificadora de los americanos hubiera llegado a sofocar los brotes frescos, lozanos y exquisitos que de vez en

1. Revistas literarias publicadas en el periódico *La Justicia* (abril 1893) y en *La España regional* (mismo mes y año).

cuando aparecen. Y aunque no he de caer en la pedantería de dar en esto ni poca ni mucha influencia a las quejas que hube de formular con motivo del anterior volumen, séame lícito congratularme de poder atenuar ahora mis reservas.

Cuba ofrece dos grandes nombres de poetas (exclusión hecha de los vivientes, que no tienen cabida en la colección): Heredia y Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Heredia tiene reputación universal, parte por motivos literarios, parte por su representación política, en que no creemos oportuno hacer hincapié; pareciéndonos que todavía en el prólogo se dice demasiado y con criterio para muchos intransigente, dada la ocasión; si bien lo explica la circunstancia de ser la Academia Española corporación oficial, adherida al Estado y obligada a respetar su punto de vista. Menos inadecuadas son las consideraciones con que empieza la introducción, relativas al carácter de nuestra conquista en América, respecto de cuyo asunto creemos con el Sr. Menéndez y Pelayo que importa rectificar de una vez los errores y vulgaridades corrientes. A decir verdad, fue España (y no los pueblos conquistados) quien sufrió más por la conquista, que apenas si supimos aprovechar rectamente, no obstante las felices disposiciones colonizadoras de nuestro pueblo y la sabiduría de nuestras leyes y organizaciones, en relación con el punto de vista que nos guiaba.

Heredia, dice con acierto el Sr. Menéndez y Pelayo, es, ante todo, «poeta de sentimiento melancólico y de exaltación imaginativa, combinada con un modo propio y peculiar suyo de ver y sentir la naturaleza». Y ciertamente, Heredia alcanza en este orden bellezas extraordinarias, comunicando al lector una emoción profunda, ese cierto escalofrío que produce a veces la contemplación de la naturaleza, cuando guía al observador un ideal elevado, que toca, a la vez, las más ocultas y esenciales fibras del sentimiento. La poesía *En el Teocalli de Cholulla*, que yo también prefiero a la del *Niágara*, tiene rasgos de suprema belleza. Recuérdense los versos que dicen:

Mientras el aucho sol su disco hundía
detrás de Iztaccihual. La nieve eterna,
cual disuelta en mar de oro, sembraba
temblar en torno de él un arco inmenso...

Y las dos hermosas descripciones siguientes:

De la esfera
el leve azul, oscuro y más oscuro
se fue tornando: la movable sombra
de las nubes serenas, que volaban
por el espacio en alas de la brisa,
era visible en el tendido llano.

.....
El arco oscuro
a mí llegó, cubrióme, y su grandeza
fue mayor y mayor, hasta que al cabo
en sombra universal cubrió la tierra.

A pesar de las incorrecciones de lenguaje (que las tiene, y grandes, según en los mismos trozos que se acaban de leer puede verse), es Heredia solemne y magnífico en las descripciones; y la nota de sentimiento personal que suena por bajo de ellas, les da un encanto decisivo, como en la poesía *A la estrella de Venus*.

A propósito de esto, escribe el Sr. Menéndez y Pelayo alguna consideración que merece discutirse particularmente, por tocar de lleno a la definición de uno de los fenómenos literarios más interesantes de nuestros días: el romanticismo. Niega el crítico que Heredia fuese romántico, no obstante las exaltaciones y extravagancias de su imaginación, la independencia «indómita y selvática» de su personalidad y la exageración de los afectos; y añade que la verdadera filiación del poeta «está evidentemente en aquella escuela sentimental, descriptiva, filantrópica y afilosofada que, derivada principalmente de la prosa de J. Jacobo Rousseau, tenía, a fines del siglo XVIII, insignes afiliados en todas las literaturas de Europa...». Indudablemente (y la alusión a Byron que hace luego parece que lo confirma) preocupa al autor en este caso, de una manera preferente, el elemento *técnico* de la poesía, en el cual el estilo de Heredia, que «no se apartó de la tradición de Cienfuegos y Quintana», está lejos, sin duda, de las novedades, la riqueza de metros, la movilidad y aun la extravagancia, a veces, de V. Hugo y sus afiliados; pero no debe perderse de vista que, al lado de este elemento que tanto y tan beneficiosamente ha influido en las literaturas modernas y acerca del cual no queda apenas qué decir, está el elemento ideal y afectivo de los románticos, que por él son hijos directos y continuadores de la escuela sentimental, cuya exaltación enfermiza, cuya desesperación inocente se asimilan por completo: pudiendo

darse el fenómeno —que en efecto se da a menudo (en Byron, *v. gr.*, según el sentir del Sr. Menéndez y Pelayo)— de que un autor permanezca fiel en la *forma* a la tradición clásica, y aparezca influido en el fondo por la corriente romántica. El hecho, por otra parte, tiene una explicación muy sencilla. El problema de la forma (en la poesía y en el teatro, principalmente) era entonces, como siempre lo será, un problema *técnico*, especial a los literatos, que sólo en corta escala interesa al público lego y en el que caben, más que en ningún otro, los fanatismos e intransigencias de escuela y de profesión, tenazmente cerrados a las influencias novadoras. Por el contrario, el fondo ideal y la exaltación nerviosa y afectiva que expresa el romanticismo eran fenómenos *sociales*, no exclusivos de los literatos, compartidos por todas las clases y cuyo influjo había de ser, naturalmente, más avasallador y más general.

Al lado de Heredia, y en mucho por encima de él, merece estar Gertrudis Gómez de Avellaneda, acerca de cuyos méritos escribe el Sr. Menéndez y Pelayo cosas que deben reproducirse para advertencia de las gentes timoratas, que ven en la corriente moderna de rehabilitación y educación de la mujer una monstruosa novedad, poco menos que contra naturaleza y fuente de graves perjuicios futuros.

Al prologuista de la *Antología* le honra mucho —en medio de la vulgar confusión— el buen sentido de que da muestra en los párrafos siguientes:

«Su nombre (el de G. Gómez de Avellaneda) está en boca de todos, aunque quizá su mérito absoluto no haya sido tratado siempre tan alto como debe serlo; por *la vulgar* prevención o antipatía contra la literatura femenina, prevención que, sea cualquiera su fundamento u origen, resulta irracional y absurda cuando recae en obras de valor tan alto que nadie piensa en preguntar el sexo de quien las hizo. Lo cual no quiere decir tampoco que, tratándose de Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda... vayamos a dar por buenos aquellos *insulsos apotegmas* que en su tiempo, y aun después, han tenido la suerte de ser tan repetidos como suelen serlo todas las necedades con aparato de ingeniosas: «¡Es mucho hombre esta mujer! ¡No es una poetisa, es un poeta!» La Avellaneda era mujer y muy mujer; y precisamente lo mejor que hay en su poesía son sentimientos de mujer, así en las efusiones del amor humano como

en las del amor divino. Lo que la hace inmortal, no sólo en la poesía lírica española, sino en la de cualquier otro país y tiempo, es la expresión, ya indómita y soberbia, ya mansa y resignada, ya ardiente e impetuosa, ya mística y profunda, de todos los anhelos, tristezas, pasiones, desencantos, tormentos y naufragios del alma femenina². Lo femenino eterno es lo que ella ha expresado, y es lo característico de su arte: la expresión robusta, grandilocuente, magnífica, prueba que era grande artista y espíritu muy literario quien acertó a encontrarla; pero no espíritu que hubiese cambiado de sexo ni renegado de la envoltura en que Dios quiso encerrarle».

El Sr. Menéndez y Pelayo traslada gran parte del juicio que formuló el Sr. Valera acerca de la poetisa cubana y examina por sí las diferentes manifestaciones del talento literario de la Avellaneda. No hay por qué detenernos en este punto, por ser el nombre y fama de la autora muy del dominio público.

De las poesías que van en esta colección, deben recomendarse especialmente el *soneto* imitación de Safo, que caracteriza magníficamente el sentimiento amoroso, tan acentuado en las obras de la Avellaneda; la titulada *A...*; la *Plegaria*; el *Cántico*, en que hay versos como los que dicen

El sale a tu mandato
Cual nuevo esposo del caliente lecho...
.....

en que resurge la nota erótica tan constante; y las dos dedicadas *A la Poesía* y a la muerte de Heredia.

Por bajo de los citados, todavía ofrece Cuba algunos poetas de gran valor, como Milanés, cuyo teatro es muy interesante y estimable; y *Plácido*, en cuyo juicio personal es de sentir que el prologuista deje ver cierto menosprecio de las razas de color, no enteramente justificado. *Plácido* (de quien el Sr. Menéndez y Pelayo viene a dar por muy fundada la inocencia del delito por cuya imputación le fue

2. Sabido es que existe hoy día una corriente importante, favorable al reconocimiento de la igualdad psíquica fundamental y absoluta del hombre y la mujer. Quien esto escribe se siente inclinado a advertir diferencias grandes de *modalidad*, aparte de las que en cantidad y calidad ha establecido y mantiene, hoy por hoy, la herencia continuada de una educación radicalmente desigual en uno y otro sexo. (*Nota de R. A.*).

aplicada la muerte³, escribió, en medio de mucho fárrago, poesías de notable inspiración, gracia y aun primor delicado, como el soneto *A una ingrata*, el de la muerte de Gessler, el romance *Jicotencal* y la letrilla *La flor de la caña*, todas ellas incluidas en el tomo que me ocupa.

Por superior a estos dos y tercero en méritos, después de Heredia y la Avellaneda, tiene el Sr. Menéndez y Pelayo a Luaces, grande de fantasía, sonoro de palabra, excesivo y despilfarrado de adornos y a menudo correcto de gusto y de lengua. De él trae la *Antología* ocho composiciones.

Zenea, otro poeta cubano y separatista, fusilado en 1871, será inmortal, aún más que por el romance *Fidelia* y otras poesías que van en el tomo presente, por algunos versos de profundísima emoción, gravemente inspirados y escritos, que el Sr. Menéndez y Pelayo traslada en el prólogo (páginas XLIX y L).

De Santo Domingo, sólo se incluye un poeta, Muñoz Delmonte. Las noticias históricas que da el prologuista son muy interesantes.

En la parte correspondiente a Puerto Rico, importa advertir las noticias nuevas sobre el célebre autor de *El Bernardo*, Balbuena, tomadas principalmente del curioso folleto de Fernández Juncos, *D. Bernardo de Balbuena, obispo de Puerto-Rico*; y las indicaciones críticas acerca del polígrafo Alejandro de Tapia, cuya *Sataniada* tiene versos muy hermosos, incluidos en la *Antología*, así como otros de Gautier.

Venezuela ofrece nombres muy ilustres y muy conocidos en España: Bello, Ros de Olano, Baralt, García de Quevedo... algunos de los cuales sólo por el nacimiento son venezolanos (y ciertamente asombrará a muchos verlos aquí), pues que hicieron su vida toda, o la principal parte de ella, en España, cuya cultura les nutrió y dio carácter. Quizá esta manera de clasificar a los autores no es la más ajustada a la realidad histórica y psicológica, puesto que el mero hecho del nacimiento —cuando presto se pierde el lazo del domicilio, y el más estrecho de la educación lo ata pueblo diferente— no es bastante para establecer naturaleza, máxime si, además, no concurre de contrario la herencia de los padres, por ser extranjeros: dándose el caso de un poeta nacido en América de padres españoles

3. Véase p. XXIX de la Introducción: nota.

y educado luego en España, donde sigue el resto de su vida. Pero la costumbre, el laudable afán de las naciones por reivindicar nombres ilustres, y la confusión que en este caso se hubiera producido, por ser frecuentes tales combinaciones, ya con relación a España, ya de unos Estados a otros entre los americanos, abona el procedimiento y hasta lo impone.

El estudio que de Bello hace el Sr. Menéndez y Pelayo es, quizá, lo mejor de la Introducción, minucioso, razonado, erudito, lleno de curiosas y útiles comparaciones, justo en el aprecio y diligente en revelar las bellezas, así como en aquilatar los muchos y muy diversos méritos del gran escritor venezolano, a quien tanto debe la cultura americana y sobre todo la chilena.

Merece notarse lo que el prologuista dice acerca del estudio de Bello sobre el *Poema del Cid*, «el más cabal que tenemos, tomado en conjunto, a pesar de la preterición injusta y desdeñosa, si no es ignorancia pura, que suele hacerse de él en España»; la enumeración que hace de los aciertos y adivinaciones críticas de Bello, con que se adelantó a Duran, Ticknor, Amador de los Ríos, Dozy y otros; y la filiación que establece entre los trozos descriptivos del poeta americano y varios pasajes de Horacio y Virgilio, Balbuena, Céspedes, Arriaza y Maury, hasta depurar bien las fuentes en que bebió el cantor de la Agricultura, sin amenguar por eso la originalidad y excelsitud de su ingenio literario.

Las condiciones de Bello como poeta quedan fijadas en estas expresiones: «Voz unánime de la crítica es la que concede a Bello el principado de los poetas americanos; pero esto ha de entenderse en el sentido de mayor perfección, no de mayor espontaneidad genial, en lo cual es cierto que muchos le aventajan...».

«Más que el título de gran poeta, que con demasiada facilidad se le ha adjudicado, y que en rigor debe reservarse para los ingenios verdaderamente creadores, le cuadra el de poeta perfecto, dentro de su escuela...»

La antología de Bello comprende doce composiciones (99 páginas), entre las cuales no falta, como es lógico presumir, la admirable *Silva a la Agricultura de la zona tórrida*, sembrada de primores descriptivos, de imágenes felices, de acentos inspirados de alta poesía, que hacen de ella, con alguna de las traducciones de Víctor Hugo y Delille, lo mejor de Bello. La *Alocución* tiene pasajes

en que no cede a la *Silva*; pero decae a trechos, no obstante animarla el sentimiento patriótico de independencia, creador de grandes sublimidades en la literatura.

Baralt es conocido en España, especialmente, por su *Diccionario de galicismos*. Cosas mejores, menos discutibles y de mayor provecho tiene, sin duda; y lo reconoce así el Sr. Menéndez y Pelayo. Sus versos, a pesar de la frialdad y rigor pseudoclásico en que Baralt hubo de caer, son, a veces, deliciosos y tiernos...

De Ros de Olano habrá menos que decir, por ser muy conocido. De lo mucho que escribió en verso —dejando ahora a un lado las obras en prosa— mucho también será olvidado; pero algo, y aún diré bastante, quedará como digno de memoria, de lectura y de alabanza.

Probablemente, si me detuviese ahora a formular por mi cuenta juicio crítico, me vería llevado a disentir en parte del distinguido académico que firma la Introducción. No es momento para hacerlo así; mas no puedo callarme la opinión en que estoy de que el Sr. Menéndez y Pelayo yerra en considerar a Ros de Olano, por sus cuentos, como «precursor notorio» de los *decadentistas* y *simbolistas* franceses. Sería largo de explicar en qué consiste la diferencia, sobre todo por lo difícil que es a un lector español —y aun a los literatos— comprender bien el sentido especialísimo de las ideas o tendencias de los poetas jóvenes franceses (no todos, por fortuna). Baste decir que la base de las doctrinas *decadentistas* y *simbolistas* es un problema *técnico* casi especial del verso, como derivadas inmediatas que son de las que propalaron los *parnasianos*, cuyo propósito ya es más asequible a espíritus extranjeros; mientras las oscuridades y enigmas de Ros de Olano, lejos de provenir de un determinado concepto de la *forma*, creo yo que proceden del fondo mismo del pensamiento, a la manera de Tapia. El Sr. Menéndez y Pelayo lo indica así, después de todo, cuando dice que Ros de Olano «pertenecía a aquel género de escritores que son naturalmente afectados, no por moda literaria, sino por lo tortuoso y enmarañado de sus concepciones acerca del arte y la vida». Y añade que a quien se parece más es a Richter, a Poe y a Hoffmann. En Poe se han inspirado, ciertamente, según reconoce E. Rod, algunos simbolistas; pero con otro propósito y con predisposición moral y aun fisiológica muy distinta. Tal es la opinión que me permito apuntar.

sin pretender en ella un completo acierto, pero estando bien seguro de que no ha de tomarla, aquel a quien la dirijo, como fruto de una pedantería inoportuna, muy lejana de mi ánimo.

Finalmente, será bien recordar a Maitín, cuya poesía doméstica, tan suave de tono y tan llena de franca emoción, reverdece ahora con gran fuerza en algunos poetas italianos, Mazzoni, Marradi, Ferrari y otros.

En junto, comprende este segundo volumen de la *Antología* composiciones de 32 poetas en 624 páginas, de las cuales 240 corresponden a Cuba y 339 a Venezuela. De esperar es que su publicación contribuya en mucho a sacarnos de la vulgar ignorancia en que hemos solido estar respecto de la literatura de nuestros hermanos de América, como lo estamos, más aún, respecto de nuestros vecinos los portugueses. Por esto merece elogio el propósito de la Academia Española y el celo exquisito con que han contribuido a realizarlo los escritores americanos, mediante el envío de colecciones selectas y de noticias, que no poco han servido para la formación de los volúmenes de la *Antología*. Y como quiera que algunas de las Comisiones constituidas al objeto —*c. gr.*, la de Cuba—han enviado también una *Biblioteca selecta de prosistas*, sirva este dato de incentivo y base, para proseguir el empeño laudable de estrechar los lazos de la inteligencia entre los cultivadores de la lengua de Cervantes en uno y otro mundo, dando a conocer en España los buenos prosadores americanos.

“Notas sobre el movimiento pedagógico y literario en Chile. Conclusión”, Año XVIII, n° 408, 31 de marzo de 1894, pp. 66-73

La Universidad de Chile se fundó en 1842 y se inauguró en 1843, con un carácter algo diferente del que, según la legislación, tienen nuestras Universidades. Conforme a la ley de 12 de noviembre de 1842, el cuerpo universitario chileno había de ser «a la vez que un cuerpo docente encargado de vigilar la instrucción pública, un cuerpo sabio, a imitación de las Academias francesas o españolas, destinado a fomentar el cultivo de las letras y las ciencias»¹.

Su primer rector fue Bello. La Universidad dirigió la organización académica y pedagógica de Chile en todos los órdenes, llevando a cabo por su parte notables trabajos en historia, geografía, ciencias naturales, etc., que hicieron ilustres los nombres de muchos de sus profesores.

En 1879 se modificó la ley orgánica de la Universidad, «dándole mayor independencia y acción y aumentando sus atribuciones de cuerpo docente y de inspección general de toda la enseñanza pública, secundaria y superior». A sus clases concurrían, el pasado año de 1893, 981 alumnos.

Desde su inauguración, este alto centro ha venido publicando una revista titulada *Anales de la Universidad*, que alcanza ya el tomo n° 74. Los *Anales* comprenden dos secciones: una administrativa (*Boletín de Instrucción pública*), que inserta las actas de las sesiones del Consejo de Instrucción pública y noticias de los títulos y grados conferidos, de los exámenes y de otras materias de análogo carácter; la otra comprende las Memorias científicas y literarias de profesores y alumnos (discursos de licenciatura, etc.).

Si la primera parte encierra interés para la historia administrativa, principalmente, de la instrucción pública en Chile, la segunda lo ofrece como demostración actual de la cultura y del empeño con que trabajan los estudiosos chilenos. Téngase en cuenta que la Universidad de Chile, así como en sus comienzos pudo ufanarse con los nombres de Bello, Lastarria y otros, puede hoy ostentar los de su rector D. Diego Barros Arana, uno de los más perfectos y di-

1. Diego Barros Arana, *Universidad de Chile*. (En el n° de 10 setiembre de 1893 de *La Ilustración española y americana*).

ligentes historiadores de la América latina; de D. Valentín Letelier, bien conocido en España como tratadista de derecho político y administrativo y como pedagogo²; de D. Domingo Amunátegui Solar, actual secretario general de la Universidad y director de *Los Anales*³, y otros varios, de indudable mérito. A estos se unen, en la colaboración de la Revista, los profesores de diferentes centros de enseñanza, como el Sr. Philippi, director del Museo Nacional; D. Alberto Obrecht, director del Observatorio astronómico; D. Miguel Luís Amunátegui, del Instituto Nacional, y los Sres. Sanz, Tafelmacher y otros ya citados al hablar de la reforma de la segunda enseñanza.

Merced al concurso de tan variados y excelentes redactores, la sección científica de los *Anales* resulta muy interesante. Bastará citar algunos de los estudios contenidos en los últimos números que han llegado a mis manos (abril a agosto y octubre de 1893).

El Sr. Philippi publica minuciosas e importantes observaciones acerca de *Plantas nuevas chilenas*, que leerán con provecho nuestros botánicos; el Sr. Amunátegui (Don Miguel Luís), una crítica muy curiosa y acertada de la edición auténtica del *Código civil* chileno; el Sr. Nogués, profesor de física industrial y tecnología de la Universidad, un largo estudio sobre *La Descendencia del hombre y el Darwinismo*; el Sr. Obrecht, las *Observaciones astronómicas y meteorológicas* a que su cargo le obliga; el Sr. Ochotorena, una Memoria muy interesante para nosotros, sobre el *Origen, progreso y vicisitudes de la escritura en España y de los caracteres de imprenta*; el Sr. Fuenzalida Grandón, su libro sobre Lastarria, de que luego ha de hablarse especialmente; el Sr. Aurique R. publica por primera vez y comenta una *Relación geográfica de la isla de Chiloé*,

2. V. el artículo del Sr. Posada, *Un pedagogo americano*, en el BOLETÍN de 31 de marzo de 1893.

3. Muy interesante es el libro que el Sr. Amunátegui Solar ha publicado con el título de *Páginas sueltas* (Santiago de Chile, 1889). Contiene variedad de artículos, muchos de ellos de asunto pedagógico, y otros de costumbres literarias y políticas. Al mismo debemos también una preciosa y erudita monografía sobre los *Primeros años del Instituto Nacional* (1813-1835), publicada en 1889 (un vol. en 4º 721 págs.) y seguida de otra sobre *El Instituto Nacional bajo los rectorados de D. Manuel Montt, D. Francisco Puente y don Antonio Varas* (1835-1845), impresa en 1891.

que escribió D. Carlos de Beranges; el señor Tafelmacher y el Sr. Poenisch, profesor del Instituto Nacional, investigaciones sobre diferentes temas de geometría; el Sr. Hanssen, sobre *Interpretación de un pasaje de la Iliada*, etc.

Intencionadamente hemos dejado para lo último la memoria del Sr. Gómez García acerca de *La novela contemporánea en España*, inserta también en los *Anales* (abril 1893) y publicada luego independientemente en un folleto. Y lo hemos hecho así, no sólo por lo que importa aquel tema a los españoles, sino porque, al mismo tiempo, ofrece el trabajo del Sr. Gómez García ocasión para consignar algunas observaciones y juicios que tenemos por justos y convenientes.

Sabido es que, a menudo, la vanidad nacional lleva a suponer inmejorable, y aun superior a lo ajeno, lo propio de cada país, despreciando toda ayuda o concurrencia de esfuerzos extraños en la obra de su educación, como si esta no fuese de suyo labor común en que toma parte la humanidad entera, mediante influencias mutuas y rectificaciones recíprocas. Contra este chauvinismo suele levantarse, en los pueblos atrasados y que tienen conciencia de su atraso como colectividad, un prejuicio diferente, que llega también, a menudo, a exageraciones graves y censurables, suponiendo, no sólo que es mejor todo lo extraño —en lo cual bien puede haber razón muchas veces—, sino que nada hay de bueno en el propio país (háblase aquí del orden intelectual especialmente), mereciendo sólo fe, o cuando menos fe más pura y firme, los autores extranjeros, de quienes casi se dice «que no pueden engañarse ni engañarnos». Las personas sensatas no incurren de ordinario, por fortuna, en tal exceso de *parti pris*; pero la mayoría no sabe desprenderse de cierta buena fe demasiado amplia, de cierta preferencia invencible que concede a todos los escritores extraños, sólo por el hecho de serlo y antes de un examen particular y detenido, confirmando así la opinión vulgar que a ellos acude con perjuicio y olvido de los propios.

De ambos males participamos en España. Contra el primero no se dirá nunca bastante, y justo es consignar que se dice de vez en cuando; pero contra su opuesto no es frecuente protestar, o, si se hace, suele ser en términos apasionados, con gran vaguedad de argumentos, con ingratitud de juicio y trayendo, en suma, más daño que bien a la causa de la estricta verdad. Bueno sería que se empe-

zara a tratar seriamente el asunto, rectificando la opinión en lo que tiene de gratuito o de erróneo, y poniendo, en fin, las cosas en el lugar que les corresponde, sin prejuicios de un lado ni de otro. En el orden de los estudios históricos mucho hay que hacer para que la confianza en los autores extraños no sea ciega y excesivamente amplia, confundiendo lo bueno y lo malo, sino que se sujete a rigurosa selección, distinguiendo en ellos lo que merece fe de lo que ha de tacharse de equivocado o fabuloso.

Es indudable que muchos de los puntos de nuestra historia nacional han sido ilustrados, y aun revelados, por investigadores extranjeros, y que si bien la mayoría de las obras publicadas y que merecen citarse, son trabajos eruditos y de pormenor, monografías de asunto muy concreto, faltando casi en absoluto libros en que se expongan líneas y conclusiones de carácter general por donde se revele que los autores han apreciado con exactitud el sentido histórico de nuestra vida (aun de la manera fragmentaria que impone hoy, en parte, el deficiente conocimiento de los *hechos*), esto es, con segura conciencia de la ponderación y respectivo enlace de los elementos diferentes de nuestra historia⁴; aun con estas faltas digo, que fácilmente se razonan en autores extraños y que obligan siempre a poner tiento en las manos de los españoles que los manejen, son estas obras, a menudo, veraces y bien informadas. Los trabajos de conjunto —aquellos en que el autor no ha investigado por propia cuenta un tema especialísimo, que por esta condición parece como que pierde todo color *nacional* para diluirse en la categoría común de una investigación erudita de pormenores— son, como queda apuntado, muy deficientes, así como las generaliza-

4. No es esto decir que tengamos en España libros que reúnan tales condiciones. Por desgracia, no se ha escrito ninguno así; pero quien lo intentara hoy (si no al modo monumental de Lafuente, en más corta y popular medida) encontraría ya acumulados materiales esenciales de cada época y cuestión, depurados en su mayoría mediante las investigaciones particulares hechas en los últimos años. El terreno está preparado para escribir un *Manual de Historia de España* en que se desvanezcan muchas leyendas y se aclaren muchos puntos; pero a condición de ser sincero y de no exigirse demasiado, confesando, cuando llegase la ocasión, lo que aun se ignora, y planteando las cuestiones más bien que resolviéndolas a todo trance, ora perpetuando errores y prejuicios. Lo que es seguro es que semejante tarea corresponde a un español.

ciones y consideraciones «filosóficas», hechas, por lo común, sobre fuentes secundarias o libros de segunda mano; llegando a veces a un límite imperdonable de confusión y de error, aun en puntos que, con saber tan pobre como tenemos los españoles de nuestra propia vida pasada, son aquí archisabidos y vulgares. Y de tal manera se suele esto repetir, que aun en los mejor impresionados y más conocedores de los buenos servicios que debemos a los sabios de otros países, se despierta la sospecha de que, en suma, todavía hay en la mayoría de los autores extranjeros tal cantidad de prejuicios, leyendas, falsas imputaciones y apasionamiento de juicio tocante a nuestra historia, que excede a los que se ven en los autores nacionales; siendo positivo que, salvo excepciones muy contadas, suelen muy a menudo estudiarnos con bastante menos conciencia de la que ponemos nosotros en estudiarlos a ellos, achaque bien natural en pueblos atrasados, respecto de los que alcanzan grado superior de cultura.

No van las precedentes consideraciones en menosprecio de las obras sólidas y meritorias que acerca de España ostentan las literaturas extranjeras, ni menos de los pocos meritísimos varones que se aplican a estudiar seriamente de nuestras cosas. Sería grandemente injusto no estimarlos y desagradecer su estimable labor⁵. Van, sí, repetimos, contra la idolatría, en que a veces se cae, del libro extranjero, previniendo a los incautos o precipitados y avisando de la necesidad que hay de acudir a la rectificación y censura, aún más que al aplauso y encomio —como ya lo hicieron, en su tiempo Forner, y Valera en nuestros días— y muy especialmente a distinguir los autores respetables, que, si no son infalibles —cosa no concedida a los humanos— llevan siempre seriedad de intención y preparación adecuada, con otros muchos que parecen haberse destetado con el famosísimo Viaje (*sic*) a España del *Marqués de Langle* y demás libros análogos. Si tomáramos cuenta y fustigáramos seriamente en España lo mucho malo y descabellado que por ahí fuera se escribe acerca de nosotros, con mayor tiento se

5. Nunca, y menos cuando en alguna manera se censura, deben escatimarse los elogios a quienes los merecen. En este caso creo que está —tomándolo en conjunto— el manual de *Historia de España* que comenzó en 1831 Lembke y que ahora continúa Schirrmacher.

andarían algunos, y se convencerían otros de por acá de que en todas partes hay gentes que escriben sin fundamento, cosa que, aun siendo tan llana, no acaban de comprender muchos. Así, de ser la ocasión propicia, tendría yo por muy provechoso exponer ahora, *v. gr.*, los errores y falta de orientación muy visibles en la parte que dedica a España la reciente *Historia general* que están publicando en París varios *especialistas*, con otras indicaciones análogas de diferentes libros. Y lo peor del caso es que, los errores de libros extranjeros son recibidos y arraigan en los españoles.

Lo que va dicho de la historia en general, ha de aplicarse igualmente a la literaria, sobre todo a la de los tiempos modernos y contemporáneos. Tocante a estos, suele ser muy deficiente lo que en otros países se escribe. En tesis general, cabe decir que nos ignoran casi en absoluto, no obstante la boga de algunos autores nuestros en la América del Norte y los estudios sueltos sobre tal o cual escritor, que, a veces, han publicado críticos de Alemania, Dinamarca, Francia y Rusia. Todo ello es bien poco, y puede decirse que nadie ha penetrado el propio sentido de nuestra literatura contemporánea, ni visto sus méritos especiales (que los tiene), así como se han visto y estudiado los del menor novelista francés o ruso, y aun húngaro y polaco; y pruébanlo los frecuentes errores de bulto en que incurren Revistas tan importantes como la *Nuova Antologia*, la *Revue politique et littéraire* y otras de diferentes países.

Sin chauvinismo, y sin pretensiones excesivas, bien podemos quejarnos de este olvido o descuidada y ligera atención en que se nos tiene, contra el cual sería gran remedio que los escritores, y especialmente los críticos, que tienen alguna relación con editores y publicistas de otros países, procurasen dar entrada en la prensa extranjera a monografías y artículos acerca del movimiento literario español, poniendo en esta obra todo esmero para no añadir errores propios a errores extraños, cosa de las más graves, que bien pudiera ocurrir a veces. Gran daño, por ejemplo, sería, que hiciese fe en Europa la *Historia* del P. Blanco, tan deficiente, parcial y equivocada.

Para que se vea cuán profundo es el mal —servido, claro es, por la falta de guías en lengua española, de anuarios y estudios críticos

de conjunto⁶— bastará notar que aun en libros bien informados, en general y juiciosamente escritos, como cierta Historia de la literatura española publicada recientemente en Inglaterra, hay vacíos tan importantes como los siguientes, en el capítulo de contemporáneos: Ruíz Aguilera, como poeta; todas las *Novelas españolas*, de Galdós (es decir, toda su principal obra); los críticos literarios; algunos historiadores juristas, como Azcárate, cuyo nombre debiera ir al lado del de Cárdenas; *El drama nuevo*, hablando de Tamayo, etc.; citándose en cambio, *v. gr.*, a Fernández Guerra como dramaturgo, cita (y extensa que es) impropia de un resumen de historia literaria, dada la escasa significación del autor en el género⁷.

6. Los libros en que L. Alas reúne sus artículos de crítica y el *Nuevo Teatro Crítico* de Emilia Pardo Bazán, cumplen este fin, en parte, pero en forma difícil de aprovechar por los extranjeros.

7. Para reforzar con nuevos ejemplos nuestra tesis —que, en resumen, obliga a los españoles a que estudien y escriban por sí su historia— citaré el artículo sobre movimiento literario en España que publica la *Nouvelle Revue*, de 15 de febrero último, y en el cual su autor (a quien, por otra parte, hay que agradecer el empeño constante con que procura popularizar en Francia los nombres de nuestros mejores literatos), no sólo considera a Balaguer como autor de los primeros en mérito, y hace ex-ministro a D. Eduardo Saavedra y considera vivo aún a Selgas, sino que llega a escribir que la causa del pobrísimo movimiento actual de la literatura en España, es «peut-être, le trouble jeté dans les esprits par les dynamiteurs», a la vez que nos supone un grandísimo desarrollo de los estudios históricos mediante la formación de numerosas sociedades arqueológicas regionales, que, según la utilísima *Revue des Revues* (donde también se publica resumido el artículo que nos ocupa), se han dividido hasta lo infinito el trabajo de investigación. ¡Que no fuera verdad tanta belleza! La misma *Revue des Revues* parece ignorar que los Académicos tienen obligación ineludible de imprimir su discurso de recepción, puesto que alaba la «feliz idea» que ha tenido al hacerlo así el Sr. Fernández Vallín. Podrían igualmente citarse errores como el de un famosísimo historiador alemán que tomó la partícula «mientras» por el nombre de un escritor español, cuyas obras intentaba encontrar, o el de otro que hizo igual confusión con la célebre villa de Medina del Campo. Para no alargar más esta nota, añadiremos tan sólo, con referencia a la reciente y estimable *Historia de España*, de Mr. H. E. Watts, traductor del *Quijote* (Spain, London, 1893), los errores (algunos de consideración) del mapa que la ilustra y el de creer que la *Colección de documentos inéditos* se publica bajo la dirección de la Academia de la Historia. Y no se tomen como muestra de rigor excesivo estas críticas porque, sobre ser común y corriente hacerlas en las revistas y periódicos extranjeros, a menudo con demasiada dureza cuando se trata de obras españolas.

Viniendo ahora al Sr. Gómez García y a su memoria sobre *La novela contemporánea en España*, no será maravilla advertir en ella, después de lo que va dicho, equivocaciones y vacíos. No por deseo de zaherir, sino por la obligación de criticar de manera que tal vez aproveche al autor, notaremos de pasada en su trabajo los siguientes puntos en que hay error grave: en la apreciación del mérito literario de Leopoldo Alas, más importante y superior como novelista de lo que el Sr. Gómez García cree; el juicio sobre Emilia Pardo Bazán, considerando de un mismo tono, v. gr., las novelas *Insolación* y *Una cristiana*, y afirmando demasiado rotundamente que no hay en ninguna obra de la insigne escritora «casos patológicos ni escenas naturalistas»; la estimación, confusa y deficiente, de las condiciones literarias de Pereda, así como la de Galdós, que resulta parcial en virtud tal vez de falta de información directa y sosegada. Valgan estas observaciones tan sólo para prevenir a los lectores americanos contra una excesiva fe en la *Memoria*, por otra parte interesante y muy de agradecer, del Sr. Gómez García.

Con ocasión del Centenario del descubrimiento de América, se dio un número extraordinario de los *Anales*, que forma un volumen en 4º de 291 págs., con láminas y mapas. Naturalmente, está todo él dedicado a Colón, siendo la parte histórica la más importante y notable.

Comprende cinco monografías del señor Barros Arana, todas interesantes, pero especialmente la titulada *La primera biografía y el primer biógrafo de Colón* (Pantaleón Giustiniani, en el *Psalterium hebraeum-graecum-arabicum-caldaicum*, 1516); la dedicada a discutir el libro que se atribuye al P. Boil o Buyl y el precioso estudio sobre los *Historiadores oficiales del descubrimiento y conquista de América* (cronistas de Indias). El Sr. Barros Arana es uno de los más eminentes historiadores hispano-americanos, autor de una *Historia general de la Independencia chilena*, un compendio (en dos volúmenes) de *Historia de América* y una *Historia general de Chile*, cuyo tomo XII acaba de salir a luz.

como si sólo nosotros nos equivocásemos, son aquellos errores sintomáticos del deficiente conocimiento, muy lleno de prejuicios y falsas teorías, que de España suelen tener los demás pueblos de Europa.

Además de estas monografías, contiene el número extraordinario una sobre *La primera competencia de la autoridad eclesiástica con la civil en América*, obra póstuma que corresponde bien a la fama de su autor, D. Miguel Luís Amunátegui, hace poco arrebatado por la muerte a la ciencia chilena, y otras varias de los Sres. Hostos (*El carácter de Colón*), Vidal Gormaz (*Primeras tierras que vio Colón al descubrir el Nuevo Mundo*), Steffen (*Polémica sobre la autenticidad de la biografía más antigua de Colón y Colón y Toscanelli*) y Amunátegui Solar (*La estatua de Colón en Valparaíso*, que comprende en rigor todos los monumentos dedicados a Colón en América), con más, un episodio histórico-dramático del Sr. Álvarez, una *Oda* premiada del Sr. N. Préndez y discursos de los señores del Campo, Brunetti, Aguirre y Barros Arana.

Con estas indicaciones, se juzgará del interés que encierra el número extraordinario de los *Anales*; así como por las otras que anteceden se habrá visto cuán importante es por sí la publicación, que honra a la Universidad de Chile.

*

También en Chile, con ser pueblo nuevo, se han producido, a veces con acritud y violencia grandes, los choques clásicos en Europa entre el principio liberal y el principio ultramontano en la enseñanza. De ello da testimonio muy instructivo el reciente folleto del Sr. Letelier⁸, que contiene, a más de un discurso del autor, el celeberrimo de Paul Bert, sobre la libertad de la enseñanza superior, y el de Víctor Hugo sobre el propio tema.

El Sr. Letelier es conocido ya de las lectores del BOLETÍN como pedagogo⁹. Nuevamente se le cita en este artículo, y aunque de pasada, por no ser este momento propicio para crítica detenida, séame lícito citar y encomiar su Memoria sobre *La Ciencia política en Chile*; la titulada *¿Por qué se rehace la historia?*, en la cual hay observaciones nuevas y sugestivas, no obstante cierto desmedido apego al dogma positivista; la lección sobre *La enseñanza del de-*

8. *Ellos y nosotros, o sea los liberales y los autoritarios*. Concepción. 1893.

9. Además del artículo del Sr. Posada, véase otro del Sr. Torres Campos (D. M.), que expone las ideas del Sr. Letelier acerca de la reforma de los estudios jurídicos. BOLETÍN, núm. 310, enero, 1890.

recho administrativo y la que estudia las relaciones de la administración con la política, bajo el título de *La tiranía y la revolución* (1891).

El discurso sobre la libertad de enseñanza tiene dos cosas que señalar, ambas de interés, sobre todo una de ellas, que nos vendría muy bien conocer y propalar en España: el concepto de la libertad aludida y lo que diríamos el autoritarismo de los liberales, argumento del que falsamente quieren valerse a menudo los que, a falta de otras razones, tachan de inconsecuencia lo que no les conviene ver realizado.

Si este artículo no fuese ya de proporciones excesivas, no habría yo de privar a mis lectores del traslado de aquellas páginas en que expone el Sr. Letelier, con suma claridad y gran sentido, la referida idea. Aunque nada más contuviese el discurso —que como se ve tiene otro alcance que el de una oración de circunstancias locales—importaría leerlo. Los apéndices de Paul Bert y V. Hugo tienen el mérito de presentar reunidos estos dos documentos de la gran polémica.

*

De todos los nombres ilustres de la América española moderna, es sin duda el más conocido entre nosotros el de Bello. Bello fue, para Chile, algo más que un poeta: un maestro, un educador, que con sus escritos, con sus ejemplos, con sus actos como rector de la Universidad, impulsó y dirigió grandemente la educación de todo un pueblo. Importancia y representación iguales tiene D. José Victorino Lastarria, cuya vida trabajosa, turbulenta, llena de grandes iniciativas y alimentada por un espíritu inteligente, vivo, amante del progreso, nos cuenta ahora muy al pormenor uno de los jóvenes de más generoso aliento de la moderna juventud chilena, el señor Fuenzalida Grandón¹⁰.

Lastarria nació en Rancagua en 1817 y murió en 1888. Su vida compendia toda la vida contemporánea de Chile; y como hubo de intervenir (y dirigiéndolos a veces) en todos los movimientos políticos, literarios y pedagógicos, su nombre es inseparable de las

10. *Lastarria y su tiempo* por Alejandro Fuenzalida y Grandón. —Santiago de Chile, 1893. —Un vol. en 4.^o mayor. de 456 páginas.

grandes cuestiones de la sociedad chilena. Su biografía es la de todo un pueblo. Hombre de acción, infatigable en la lucha, a pesar de ciertos momentáneos pesimismos, de alma enérgica, en que había prendido cierta fiereza noble de independencia intelectual y moral (causa de sus fracasos políticos, porque los hombres de cierto temple no caben en la política, si no es a título de figurar siempre en la oposición), ofrece un ejemplo interesante, hoy más que nunca, para la juventud deslavazada, fría y débil de nuestro tiempo.

Difícil sería seguir paso a paso los múltiples actos de la vida de Lastarria que ofrecen verdadero interés. Su biógrafo ha reunido amorosamente tal cantidad de datos, que resulta imposible resumirlos cuando el espacio de que dispone el que intenta hacerlo es corto. Para los habituales lectores del BOLETÍN, quizá lo que más importa saber es lo concerniente a la enseñanza, en cuya vida tomó Lastarria gran parte, como profesor, colaborando diferentes veces en los planes de reforma y en la introducción de ideas y libros. Algunos de los de texto a él se deben, y aún cuando son defectuosos, tienen a su favor el mérito de la iniciativa.

Lastarria interviene en la creación de la Universidad, en la reforma de los estudios jurídicos, en las discusiones sobre enseñanza de la historia, en el proyecto de arreglo de la primera enseñanza, hecho ley en 1850, en el Reglamento de la Normal y de las inspecciones y en otros problemas de este orden. Contribuyó a la difusión de nuevos métodos y doctrinas con sus *Lecciones de geografía moderna* («primer texto que ha dado en Chile, dice el Sr. Fuenzalida, noticias completas sobre este ramo»), sus *Lecciones de Derecho*, su *Teoría del Derecho penal*, sus *Elementos de Derecho público constitucional*, su *Instituta del Derecho civil chileno*, su *Libro de oro de las escuelas*, sus *Lecciones de política positiva* (1874), traducidas al francés y muy elogiadas y discutidas, con otros varios libros, cuya relación trae el biógrafo en la copiosa y cuidada bibliografía con que cierra el volumen.

La evolución intelectual de Lastarria es muy interesante. Supo reflejar los diferentes estados fundamentales de la ciencia europea. Divulga primeramente las ideas de Bentham, Sismondi y Ahrens, siendo la influencia de este último marcadísima en los escritos jurídicos del autor, así como la de Guizot en los históricos. No tuvo Lastarria educación ni tipo de investigador: sus libros de historia,

aparte del sentido político que hay siempre en ellos, se resienten del tono retórico, pseudo-filosófico e idealista que reinó grandemente en Europa a mediados del siglo. Aun con esto —que no dejaba de obedecer en Lastarria a un propósito de alto vuelo —son importantes sus publicaciones en aquel orden, como el *Bosquejo histórico de la constitución del Gobierno de Chile* (1847), la *Historia constitucional de medio siglo* (1853), y las *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile* (1844), en que se revela su enemiga, llena de prejuicios contra España.

En bellas letras, corresponde a Lastarria la gloria de ser uno de los más entusiastas, amorosos y constantes mantenedores y provocadores del renacimiento chileno. No fue nuestro autor, como lo fue Bello, perito en puntos de filología e historia literaria; pero nadie con más gusto y ardor empujó a la juventud hacia el cultivo de las letras, señaladamente en 1842, fundando la Sociedad literaria; en 1859, nueva época de florecimiento de la cultura chilena, señalado por el *Círculo de Amigos de las Letras*, que también funda Lastarria; y en 1873, año en que nació la *Academia de Bellas Letras*, ideada igualmente por aquel, con Barros Arana, Amunátegui, Arteaga, Alemparte, Vicuña Mackenna y otros hombres ilustres de la República. Para animar a la juventud, escribió el infatigable propagandista cuentos, novelas, dramas, críticas, hasta versos; y si es verdad que todo ello vale poco, por lo común, la excelente intención con que lo hizo lo justifica y absuelve¹¹.

La figura política de Lastarria es digna de estudio. Su espíritu, altamente liberal, no cabía, sin embargo por lo independiente, poco dúctil y rectísimo, en ninguno de los partidos formados a la sazón. El partido que él soñara no llegó a crearse. Quizá si Lastarria hubiese sido menos rígido y esquinado de carácter, el propósito hu-

11. En la crítica suele haber grandes aciertos. Así dice de nuestro Echegaray cosas que, a nuestro parecer, no están distantes de la verdad. Lo considera «como un dramaturgo de indisputable y grande ingenio, que tiene la invencible propensión de vencer dificultades, haciendo estudios de caracteres excéntricos por su rareza y extravagancia... Carece del arte del sentimiento: sólo arranca emociones de la mente, no del corazón. Por eso es generalmente duro, tieso y a veces violento en sus situaciones. Horripila, pero no hace llorar de dolor». —*Diálogo acerca de Echegaray* (en el *Anuario de la «Época»*, Santiago, 1886).

biera llegado a vías de hecho; pero no ofrecería, como ofrece hoy, el espectáculo interesante y hermoso (a pesar de sus defectos) de un político lleno de ideal que, libre de todo encasillado de bandería, tuvo siempre, aun siendo ministro, personalidad propia e irreducible, pronta a ayudar a todos los gobiernos en lo que entendía ser beneficioso para la marcha política y la civilización del país. Quizás en este procedimiento estriba el ideal de la vida política; y en mucho así lo piensan hoy no pocos hombres de gran mérito y de mayor patriotismo, aun en España.

En cierta parte de sus doctrinas, nuestro autor parece un hombre del siglo XVIII español: regalista furibundo... dentro de la República; y en este sentido tienen gran interés sus predicaciones, así como en lo que se refiere a la organización municipal que intentó reformar, siendo por segunda vez ministro, en 1875.

Nada más cabe decir en un bosquejo rápido como el presente. Creemos han de bastar estos rasgos generales para fijar la característica de Lastarria. Quienes, interesados por ellos, deseen hallar el pormenor necesario, harán bien en acudir al voluminoso libro del Sr. Fuenzalida Grandón, en el cual, además, hay curiosísimos datos acerca de Bello, del interesante propagandista Bilbao, del estado de la enseñanza chilena en varias épocas y, en fin, de todo el movimiento literario de Chile durante este siglo¹².

El Sr. Fuenzalida puede estar satisfecho de haber trabajado tan provechosa y entusiastamente en pro de la fama de Lastarria; y aunque su libro tiene algunos defectos (hijos sin duda de la juventud del autor, primerizo en estas lides), en la dicción unas veces y otras en la exposición, no siempre todo lo clara y ordenada que fuera de desear, todavía encierra méritos que lo hacen recomendable a los estudiosos interesados en las glorias de nuestros hermanos de América.

12. Como obra reciente, en que pueden orientarse acerca de la moderna literatura hispano-americana los que no conocen directamente sus modelos, será bien citar el libro de D. Pedro Pablo Figueroa: *Prosistas y poetas de la América moderna*, impreso en Santiago de Chile, 1890.

**“Sobre el espíritu actual de la juventud”, Año XXII, n° 454,
31 de enero de 1898, pp. 1-6**

Hace unos siete años —en 1890 y 1891— era cuestión palpitante en el mundo intelectual europeo lo que entonces se llamaba «renacimiento religioso». Particularmente en Francia —donde algunos profesores y literatos, y gran parte de la juventud, sostenían y agitaban con entusiasmo la nueva bandera—, llovían libros, folletos y artículos anunciando por doquier «la vuelta de las cigüeñas», como Vogüé decía, y marcando rumbos distintos a su vuelo. La excitación hubo de reflejarse en España, donde, en cierto respecto, el terreno hallábase muy preparado con anterioridad, merced al profundo sentido ético del krausismo y de la filosofía jurídica de él derivada; no necesitando en rigor, como otras veces, vivir nuestro pensamiento de pura imitación francesa en este orden de cosas. El señor Alas (D. Leopoldo) y el que estas líneas escribe fueron los que primeramente hablaron aquí de aquella cuestión palpitante; y por lo que a mí toca, me limité¹ a resumir los caracteres del movimiento, cuidando mucho de señalar que, no obstante el nombre con que se le conocía, su orientación verdadera apuntaba más bien hacia el lado de la moral y de la educación del carácter, que hacia la religión propiamente dicha.

Contra lo que muchos creyeron, aquel bullir de ideas no se desvaneció como se han desvanecido otras excitaciones hijas de la moda efímera, que también suele entrarse por el campo de la vida intelectual. Antes al contrario, desde 1890, el «renacimiento» ha ido extendiéndose y determinando cada vez los caracteres de las distintas corrientes que lo formaron en un principio². Semejante persistencia, que es signo de vida robusta, y la circunstancia de haber suscitado nuevamente en España la discusión acerca de este orden de cuestiones el curso de *Teorías religiosas en la filosofía norcísima*, dado por el Sr. Alas en la Escuela de estudios superiores del

1. Véanse los artículos sobre *El renacimiento religioso*, publicados en *La Ilustración ibérica*, 1891.

2. Los libros que se han publicado acerca del «renacimiento» y que pueden servir de información para su historia posterior a 1891, son varios. Citaré, como útil desde el punto de vista informativo, el del abate F. Klein, *Nouvelles tendances en religion et en littérature*. Paris, 1893 (segunda edición).

Ateneo de Madrid, constituyen en verdadero tema de actualidad al que ya lo era hace siete años.

Creemos, pues, interesante, resumir el estado presente de este movimiento de ideas.

El efecto del tiempo trascurrido desde que se inició ha sido determinar como decíamos antes, los caracteres fundamentales del «renacimiento» y deslindar bien los campos de las diversas direcciones que dentro de él se dibujaron al iniciarse. Los idealistas, los ilusos, los exagerados (y también los que por pura moda, sin convicciones profundas, se adhirieron al «renacimiento», como a bandera entre cuyos pliegues pudieran ganar, más que honra, provecho) han concluido por extremar su dirección en misticismos sensualistas y perturbadores, en teosofismos infecundos y en extravagancias filosófico-literarias de variadísimas clases. La parte sana, los que verdaderamente sintieron el escalofrío del problema estremecerles hasta lo más hondo de la conciencia moral, han ido acentuando su preferencia por una restauración vigorosa del sentido ético de la vida, combatiendo la cizaña egoísta del positivismo *práctico* (que a la capa del *teórico*, y torciendo sus enseñanzas, iba dominando el mundo), alumbrando la conducta con la luz del ideal, y aplicando todo este sentido al estudio y resolución, preferentemente, de las cuestiones sociales y políticas palpitantes. La restauración de la metafísica, el sabor neo-espiritualista de los estudios psicológicos, cierto trascendentalismo que vuelve a dominar en literatura, son consecuencias y signos, juntamente, del renacimiento; el cual, en el orden de las relaciones sociales, se dirige a buscar el reinado de la justicia pura, la fraternidad entre los pueblos, la supresión o disminución de los ejércitos permanentes, la propaganda de los Congresos de la paz y del espíritu de cooperación íntima entre los hombres: siendo su nota aguda, en este respecto, la célebre negativa del holandés Van der Veer a prestar el servicio militar en su patria, negativa comentada y ensalzada por Tolstoy³, y cuya representación colectiva ofrece la secta rusa de los dukhobos, que cuenta con unos 20.000 afiliados y lleva a la práctica, en el Cáucaso, la doctrina cristiana (preconizada por el mismo Tolstoy) de no oponerse al mal con la violencia. Aunque no se comparta esta doctrina,

3. En *Les temps sont proches*. Trad. Fr. de Royer y Salomon. París, 1897.

difícil es no sentir admiración por esos hombres que, «apaleados, apedreados, pisoteados por los caballos, encarcelados, despojados de sus bienes y conducidos al destierro, sufren estoicamente todas las persecuciones, y no oponen a la fuerza más que una *insumisión* irreductible y serena», que tal vez sea en lo futuro el medio eficaz para resolver ciertas oposiciones que actualmente existen entre la organización tradicional del Estado y el interés legítimo de los individuos y de la humanidad. En forma menos radical, más pegada a las antiguas divisiones y con ánimo de fundirlas, se extiende rápidamente el espíritu de tolerancia, de que son sugestiva muestra en otro orden el Congreso de las Religiones, de Chicago, y la propaganda hecha en Francia por el abate Charbonnel⁴.

El renacimiento ideal que en España se advierte y de que hemos tratado en otro lugar⁵, representa una de las direcciones, a nuestro entender, más sanas, más *prácticas*, de todo el renacimiento europeo, quizá porque el epicureismo, la inmoralidad, la indiferencia por todo lo elevado y noble han hecho mayores destrozos aquí que en parte alguna desde hace veinte años, y la necesidad de la reacción contra ese estado del espíritu público, y en especial de las clases «directoras», se liga más directamente que en otras partes a cuestiones de la vida real. Juntamente con esto, nuestro renacer se muestra libre en absoluto de las extravagancias literarias y filosóficas, de las locuras sensualistas que en Francia y en Bélgica suelen manchar los más trascendentales propósitos⁶, y compensa con esto la inferior base de cultura que tiene (visto en conjunto) respecto de la sólida y amplia del movimiento francés y belga.

No quiere esto decir, repito, que todos los jóvenes que representan en aquellas naciones (y en otras, como Alemania e Italia) el renacimiento ideal, pequen por estos defectos. El error y la injusticia de Max Nordau (y de algunos españoles que, desdichadamente, le siguen y copian), al juzgar lo que se llama en conjunto el «misticismo moderno» —mal llamado así, por mezclar bajo este

4. Abbé Victor Charbonnel. *Congrès universel des Religions en 1900. Histoire d'une idée*. París. 1897.

5. *Bibliothèque universelle et Revue suisse*. Noviembre, 1897.

6. Muchos de los «jóvenes» lo reconocen así y lo deploran en Francia mismo. V., por ejemplo, los comentarios que hizo *L'Ermitage* al programa de la *Revista francesa* que ha comenzado a publicarse en Edimburgo.

nombre cosas muy diversas— consisten en no distinguir en ese renacimiento que comenzó llamándose «religioso» —(y que en rigor sólo puede seguir usando este apelativo si se lo interpreta más bien en el sentido de Arnold, Huxley o Mill, que en el de Kidd)⁷— (la nota fundamental y aprovechable, los abundantes elementos razonables y equilibrados que en él hay, y que, de día en día, desde que se inició el movimiento, han venido diferenciándose muy claramente, tanto de las neurosis pseudo-místicas, como de los disfraces clericales que han procurado, con habilidad suma, aprovechar en beneficio propio, cortándole las alas, el vuelo libre del espíritu de la juventud. La opinión liberal cometería una falta gravísima despreciando esos impulsos de la juventud, prejuzgando su dirección y resultados, desconociendo lo mucho que tienen de armónico y paralelo con la marcha de la civilización moderna. No están muy lejos de ser todos (ni siquiera la mayoría) de los jóvenes que militan en el renacimiento ideal, neuróticos desequilibrados, literatos bromistas, periodistas *blagueurs*, ultramontanos disfrazados, creyentes y propagandistas de esa «bancarrota de la ciencia» que Brunetière ha querido probar. Hay muchos, muchísimos, que dentro del espíritu liberal de la época, de la tradición progresista del siglo, soñando con todo menos con un retroceso, o con una transacción que equivalga a él, sienten no obstante los anhelos de una restauración moral, de una elevación de la inteligencia y de los corazones; y niegan, con razón, que el porvenir del mundo esté indefectiblemente ligado a las afirmaciones positivistas, a los desplantes del materialismo vulgar (el de los grandes maestros es muy otro), o al credo cerrado de la antigua doctrina democrática, tal y como la han entendido y aplicado hasta aquí los infecundos creadores del más infecundo parlamentarismo moderno. Si como conclusión práctica del «nuevo

7. Kidd. *La evolución social*. V. en la pág. 93-94 las definiciones de distintos autores, entre ellos los citados; y en la pág. 107 su definición propia, de cuyos dos términos cabe decir que la juventud actual atiende preferentemente al segundo (es decir, la subordinación de los intereses individuales a los del organismo social, en aras de la grande evolución que realiza la especie humana), aunque no falten direcciones que busquen también la «sanción supra-racional», en vez del puro sentido ético humano. Cf. los artículos de M. Pujo, *Le congrès des Religions* y *L'Action réelle* reunidos en su reciente libro *La crise morale* (París, 1898) sobre todo las páginas 167 y 181-82.

espíritu» aspiran los jóvenes a «romper los moldes» antiguos, no es para volver atrás, sino para seguir adelante, con mayor elevación, con más nobles y abiertos propósitos que los seguidos hasta ahora⁸.

En vez de burlarse de este movimiento —cuya riqueza de vida y cuya complejidad revelan las numerosas y variadísimas «revistas jóvenes» que se publican en Francia, en Bélgica, en Alemania misma— los santones del ayer harían mejor en estudiar sinceramente el programa de esa reforma, en aprovechar las fuerzas vivas que despliega y encauzar su explosión, todavía, en parte, tumultuosa y desordenada. En el propio Tolstoy (maestro de tantos jóvenes), no es todo locura y utopía; y si Nietzsche ha podido lanzar con razón su anatema sobre ciertas tendencias wagnerianas (en *Parsifal*) que se dan la mano con otras de Tolstoy (en *La Sonata a Kreutzer*), y si Inglaterra se siente emocionada por la vigorosa réplica de la novela de Hall Caine *El Cristiano*⁹, no quiere esto decir que la pureza sea cantidad despreciable en la vida, ni que la doctrina evangélica deba reputarse, sin más ni más, como absolutamente imposible de realizar en el mundo, y como contradictoria con las necesidades esenciales de la vida misma de los hombres.

El resultado de algunos años de elaboración en el llamado «renacimiento religioso» ha sido —repito— depurarlo, limitando y fijando bien los diversos elementos que en un principio confusamente lo formaban. La nota *moral*, que ya señalábamos como dominante en 1891, sigue siendo, la que, por encima de todo, triunfa. Pruébalo así un testimonio recientísimo y de gran valor. Camilo Mauclair, uno de los «modernistas» más *literatos* de la nueva generación francesa, acaba de recordar a sus compañeros¹⁰, demasiado embebidos quizá en la preocupación retórica, que para significar algo en el impulso espiritual de la juventud tiene que aplicarse y dar sus frutos en cosas de más sustancia, volviendo, los que se disiparon en otras atenciones, al punto de donde partió el movimiento hace años: al problema moral.

8. Cf. Pujo, *ob. cit.*, páginas 143-4, 147-8.

9. *The Christian*. London. 1897.

10. *Réflexions sur les directions contemporaines*— *Mercur de France*, Noviembre. 1897. pag. 379 y siguientes.

Uno de los más graves peligros, en efecto, que tiene la efervescencia actual de la juventud, consiste en que llegue a consumir sus fuerzas en un desbordamiento puramente literario, declamatorio, o en un intelectualismo cerrado, contemplativo, cosas ambas igualmente infecundas. Maclair pone el dedo en la llaga; y lo interesante es advertir que no predica en el vacío, sino que muchos jóvenes responden a su voz. «Por muy adornada de cualidades —dice— que esté una inteligencia, será vana sin la elevación paralela de las cualidades del corazón, del mejoramiento incesante del hombre privado» (del hombre interior). Señala con gran energía los defectos del «modernismo literario», el error de los jóvenes que, seducidos por la novedad de oponer «por una religiosidad vaga, su obra, su moralidad, su persona, a la vida ordinaria», han concluido por aislarse y perderse de la corriente central, agotándose en un criticismo suicida. —«Hijos del criticismo, no creían en nada. Y en sus reticencias, sus medias palabras, sus escépticas elegancias, su repudio de la vida ordinaria, su mandarinato, su diplomacia fina, su restricción a la espuma» y al simbolismo mundano, ¿qué hallamos hoy día? Un engaño profundo, una falta de carácter, y la caducidad inminente, porque ha pasado ya la hora para los que decían: «Siempre tendré tiempo de hablar»... «Las dos cosas de que se tiene más miedo hoy día son: la energía y el carácter. Nadie se atreve a empezar: de tal modo, que, al fin, la gran corriente lo confunde todo sin escoger entre la masa».

Las quejas de Maclair repiten, como puede verse, las que en 1890 y 91 lanzaban a los cuatro vientos los iniciadores de la reforma (mejor diríamos, los que la denunciaron al público y se declararon ganados por ella): lo cual indica que la juventud no se duerme sobre los laureles, que no está satisfecha del resultado conseguido, que persiste en su empeño, y que, si alguna parte de ella ha esterilizado el primer empuje a fuerza de inocularlo con retórica y credos de escuela, en su mismo seno abundan los espíritus trabajados interiormente por el mismo afán de antes, por la misma honda preocupación que toca a lo más elevado del pensamiento. «La bastardía del carácter es universal (añade Maclair): casi siempre envenena desde el principio nuestras amistades. ¿Quién es el hombre moderno que puede, al acostarse una noche, decir que no ha mentado durante el día, o, por lo menos, que no ha faltado a la

dignidad personal?... Lo esencial es que consideréis como el objeto preferente de vuestros cuidados, vuestra misma *persona moral* y su enriquecimiento. Los libros vendrán luego: lo que mata a la generación actual es que todo lo refiere al libro. Un libro no es más que la muestra de un perfeccionamiento interior; pero ¿qué decir de un hombre que sólo se ocupa en perfeccionar un libro? Toma el signo por la causa misma, que es él; se inmola a un fetichismo»... «No es talento lo que hace falta en estos instantes. El talento rebosa por todos lados. Falta carácter, que es la sal del hombre... Vivid mucho por la sinceridad del corazón, y entonces sabréis hallar lo que es preciso hacer... Hablad a nuestros «refinados» de sociología, de moral, de psicología de las masas; llamadles la atención hacia una idea general, uno de esos resortes que dan la vida o matan a las naciones modernas; dirigid vuestra conversación hacia el pauperismo, el peligro mongólico, la agonía de la Europa Central y de las razas latinas, o cualquiera otro de esos temas que son el pan de la vida de la inteligencia para todo hombre de nuestro tiempo, y os responderán: «Eso no nos concierne; nosotros somos artistas». Os preguntaréis qué cosa dan con su arte!... yo no he visto en ellos más que un movimiento de formas, un repertorio de procedimientos, pero ningún fuego en que calentar un alma desasosegada. ¿Ser artista así? ¡Pero si lo que yo quiero es ser hombre! Y esto, ellos no me lo pueden enseñar».

Mauclair se dirige, según habrán podido notar mis lectores, a los grupos más *literarios*, o los exclusiva o preferentemente literarios de los «modernistas», en los cuales figuró él también por mucho tiempo; y esta desilusión de un creyente que «practicaba», es la mejor prueba de que el sentido recto de las cosas se impone, incluso a los más divorciados de la vida real. Sería, no obstante, erróneo creer que toda la juventud merece las diatribas del articulista del *Mercury*, y que, por lo tanto, el testimonio de éste invalida lo que antes hemos dicho en punto a la información del «renacimiento» y a sus resultados actuales. Por el contrario, mucha parte de la juventud cultiva ya los principios que Mauclair expone, y no se encoge de hombros cuando se le habla de los «temas que son el

pan de la vida intelectual para todo hombre de nuestro tiempo»¹¹. En las mismas revistas del «modernismo», puede comprobarse este hecho; y ya quisieran para sí, algunos de los que en España y fuera de ella llaman infecunda a la juventud erróneamente calificada de *mística*, saber tratar con tanta seriedad, con tan honda cultura y con tan verdadera elevación (ellos, egoístas empedernidos, intelectuales de corazón seco, aunque se llenen la boca con la palabra *amor*) las cuestiones políticas y sociales, las más prácticas y las más profundas, como las tratan muchos de los redactores del *Mercur de France*, *L'Ermitage*, *L'Aube*, *La Société nouvelle*, *L'Effort*, *L'Art et la Vie*, la *Revue blanche* y otras publicaciones de la juventud «moderna».

¿Quiere esto decir que todo sea razonado, aceptable, ni aún sólido, en el movimiento de ideas de los jóvenes? Ni mucho menos. Al lado de cosas aprovechables y sensatas, es fácil hallar a menudo (*v. gr.*, en punto al juicio de las cuestiones extranjeras, en que suelen aceptar, sin discreción, los dictados del primer advenedizo), fanatismos, errores de gran bulto, ligerezas y fantasías insostenibles. Puede también afirmarse que la misma vaguedad en las conclusiones concretas que se advertía hace años, persiste en no pocos de los problemas que se discuten¹². Mas, caso aparte de que tal vez sea mejor esto que caer en una cristalización irreductible de fórmulas y panaceas, el impulso (lo importante siempre) existe, y el camino ha comenzado a andarse. Antes de que aproveche para

11. Precisamente, lo interesante es que, del seno mismo de una sociedad que ha producido el *struggle-for-life* pintado por Daudet, el neurótico «discípulo» analizado por Bourget o el débil suicida de *L'Effort* de Béranger, se levanten esas voces, que ya son legión. Seguramente la mala hierba no se ha marchitado por completo; pero creer como el conde A. de Saint Aulaire (*Lettres vieilles*, París, 1897) o H. Lavedan (*Les jeunes ou l'espoir de la France*, París, 1897) que toda la juventud es mala hierba, supone truncar apasionadamente la realidad. V. la juiciosa réplica que a estos exclusivismos da L. Dimier en la revista católica *La Quinzaine* (1^o Dic. 1897); y para la evolución del espíritu de la juventud, mi artículo *La psicología de la juventud en la novela moderna* (en *La España Moderna*).

12. Y sin embargo, algunos llegan a determinaciones prácticas de la acción moral muy concretas y elevadas, V. *v. gr.*, Pujo sobre la cualidad histórica, concreta del Bien (*loc. cit.*: páginas 186-88) y sobre el ideal en el trabajo (193 y siguientes).

sí el ultramontanismo ese estado de pensamiento y de voluntad, sepa recogerlo el espíritu liberal contemporáneo, para cobrar con su ayuda y su inspiración nuevas energías con que volar más alto, cada vez más alto, en el aire libre, puro, donde no lleguen los efectos debilitantes de las mezquindades de escuela, de los prejuicios que traen consigo los credos cerrados, infecundos para toda obra grande. El momento es crítico. La juventud se halla dispuesta a no volver atrás, como ya dijo uno de sus representantes, H. Bérenger, en la contestación al abate Charbonnel.

Zola, en un capítulo admirable (IV del Libro 2.^o) de su reciente novela *Paris*, ha resumido con gran acierto en sus líneas generales las dos corrientes en que hoy se divide (y no con igualdad) la juventud francesa; y ha personificado en Pedro Froment la confusión —hija de un juicio precipitado, y quizá de un generoso temor de que se esterilice el esfuerzo inicial— en que vulgarmente se cae en punto al espíritu de los jóvenes, creyendo que todos ellos, o la mayoría, han traducido su anhelo de ideal por una reacción vergonzosa; y en boca de Francisco Froment —un estudiante de la Escuela Normal superior— ha puesto la contestación categórica que da la juventud que trabaja con el alma abierta a todos los vientos de verdad, a esos juicios, cuyo peligro mayor consiste en el divorcio que pueden traer entre la generación que representa las luchas heroicas de nuestro siglo, y la gente nueva, mediante el desprecio de las energías que ésta significa.

«—Le aseguro a usted que se engaña -dice Francisco a su tío Pedro.,— le aseguro a usted que el neo-catolicismo, el ocultismo y todas las fantasmagorías de moda, no les preocupan poco ni mucho. No han convertido la ciencia en una religión, siguen teniendo el espíritu abierto a la duda; pero son, en su mayoría, inteligencias muy claras, muy precisas y muy sólidas, apasionadas por la certeza, entregadas al anhelo de la investigación, cuyo esfuerzo se continúa al través del vasto campo de los conocimientos humanos... Conozco muchos que están con el siglo, que no han abandonado ninguna de las esperanzas, que van camino del siglo próximo resueltos a proseguir la labor de sus predecesores, siempre en busca de nueva luz, de más equidad. ¡Habládles a esos de la bancarrota de la ciencia! Se encogerán de hombros, porque saben muy bien que nunca ha inflamado la ciencia tantos corazones como ahora, ni

hecho más prodigiosas conquistas. Que les cierren, pues, las escuelas, los laboratorios, las bibliotecas; que se cambie profundamente el suelo social: sólo entonces podrá temerse que brote de nuevo en ellos el error, tan dulce para los corazones débiles y los cerebros estrechos!».

Y esto, que Francisco dice de los estudiantes de Ciencias y de los «retraídos»¹³, de los trabajadores solitarios, puede aplicarse incluso a los literatos y a los que viven con el público, según hemos visto. Sino que unos y otros —y esto constituye su mayor fuerza— no se recluyen en la investigación científica; trabajan también para reflejar sus esfuerzos y sus conquistas sobre la sociedad entera, resolviendo las más palpitantes y generales cuestiones, y se preocupan de la reforma moral y del reinado de la justicia como bases sin las que el trabajo de laboratorio es un diletantismo egoísta, placer solitario, *infecundo y seco*.

13. Algo más dice que no hemos querido traducir, por que es la expresión del fanatismo de escuela, que no los estudiantes, sino Zola, insiste en mantener. Para Zola, la salvación de la juventud y el sello de su liberalismo consisten en que continúe siendo franca y ortodoxamente *positivista*. ¿Por qué precisamente positivista? Lo que importa es que tenga el espíritu abierto a las rectificaciones de la investigación. ¡Quién sabe lo que será verdad el siglo que viene!

“El patriotismo y la Universidad”, Año XXII, n° 462, 30 de septiembre de 1898, pp. 257-270

Dejando para otros órdenes de investigación los aspectos del problema de la patria, que trascienden de nuestra esfera propia, a nosotros nos corresponde formularlos en los siguientes términos: ¿Qué tiene que ver la Universidad con la cuestión del patriotismo, tal como hoy se halla planteada entre nosotros? Y determinada esta relación, ¿qué puede hacer la Universidad en la obra presente de reforma interna y de restauración del crédito nacional en el exterior?

Bueno será advertir, antes de entrar en el examen de estas dos cuestiones, que por de contado se excluye aquella función específica y normal que la Universidad tiene como centro docente; puesto que si sólo de esto se tratase, holgaría el planteamiento de una investigación especial. Ciertamente es que la Universidad hace por la patria una de las cosas más altas que cabe hacer, instruyendo y educando a la juventud; y sin más que cumplir el profesorado y los alumnos con los deberes que juntamente les imponen la ley y su vocación o dedicación particular, trabajan mucho por la patria. Pero no es a esta función ordinaria y tradicional a la que nos referimos ahora, sino a las aplicaciones nuevas que de ellas cabe hacer en los momentos actuales y para la resolución de las cuestiones y de las necesidades presentes y urgentísimas. Y claro es que, con decir esto, excluimos marcadamente aquella otra forma de patriotismo con que la Universidad ha concurrido a resolver, a veces, en el terreno de la lucha armada, cuestiones nacionales llevadas a ese terreno por virtud de agresiones extranjeras: como v. g., cuando la invasión napoleónica. Y la excluimos, porque al hacer esto, no sólo a nuestro parecer se salía la Universidad de su peculiar carácter y esfera, confundiendo con los demás órdenes nacionales en el cumplimiento de un deber elemental que, como a ciudadanos, a todos nos obliga (y por desgracia lleva trazas de obligarnos aún muchas veces); sino porque, idealmente consideradas las cosas, la Universidad, como órgano de cultura, tiene precisamente un deber por completo diferente respecto de la guerra, aunque cada uno de sus miembros, en cuanto ciudadanos, cumplan luego, en el caso de injusta agresión, con aquel otro deber que la barbarie universal hace aún necesario.

Hechas estas salvedades, entremos a estudiar concretamente nuestro asunto.

I

Tengo la convicción firmísima de que, entre las condiciones especiales para nuestra regeneración nacional, figuran como ineludibles las dos siguientes: 1ª Restaurar el crédito de nuestra historia, con el fin de devolver al pueblo español la fe en sus cualidades nativas y en su aptitud para la vida civilizada, y de aprovechar todos los elementos útiles que ofrecen nuestra ciencia y nuestra conducta de otros tiempos. 2ª Evitar discretamente que esto pueda llevarnos a una resurrección de las formas pasadas, a un retroceso arqueológico, debiendo realizar nuestra reforma en el sentido de la civilización moderna¹, a cuyo contacto se vivifique y depure el genio nacional y se prosiga, conforme a la modalidad de la época, la obra sustancial de nuestra raza².

1. Tal es, también, la conclusión del Sr. Valera en sus estudios sobre la decadencia española y sobre nuestros filósofos antiguo. —V. págs. 117, 210 y 236 de las *Disertaciones y juicios literarios*. —V. también las interesantes consideraciones preliminares del Discurso de apertura del curso de 1891-92 en la Universidad de Sevilla, por don Federico de Castro. (Un resumen de este discurso, hecho por el Sr. Sama, se publicó en el BOLETÍN, 1892.)

2. «Necesitamos —dice el Sr. Ganivet en su *Idearium español*— reconstituir nuestras fuerzas materiales, para resolver nuestros asuntos interiores, y nuestra fuerza ideal para influir en la esfera de nuestros legítimos intereses externos, para fortificar nuestro prestigio en los pueblos de origen hispánico. En cuanto a la restauración ideal, nadie pondrá en duda que debe ser obra nuestra exclusiva; podremos recibir influencias extrañas, orientarnos estudiando lo que hacen y dicen otras naciones; pero mientras lo extraño no esté sometido a lo español, y vivamos en la incertidumbre en que hoy vivimos, no levantaremos cabeza.» Falta advertir que lo *español* se interpreta hoy día por algunos de manera que equivale a la negación de todo lo moderno y de todo lo extraño. Nunca se protestará bastante contra este modo de vincular la historia en determinadas ideas, más nuevas que tradicionales. Lo español bueno no es la monarquía absoluta (se entiende en su aplicación a la vida actual), ni la intransigencia religiosa, ni tal o cual sistema cerrado de filosofía. Está en más íntimos y esenciales elementos del espíritu, como, v. g. ese buen sentido, ese horror a las exageraciones y a las excentricidades ridículas que, según confesión de críticos europeos nos ha preservado más de una vez de ser esclavizados, en el terreno de la literatura y del arte, por ciertas novedades extravagantes que, de tiempo en tiempo, reco-

Mi convicción se apoya en dos órdenes de argumentos, igualmente poderosos. El uno fúndase en la observación histórica y tiene por base el sinnúmero de trabajos que, desde fines del siglo XVIII hasta nuestros días, han ido acumulando los eruditos españoles y los hispanófilos extranjeros, para probar el valor real de la historia española y contestar afirmativamente aquella insultante pregunta de M. Masson: «¿Qué se debe a España en la obra civilizadora del mundo?». El otro se refiere a la observación sociológica, a la psicología colectiva, que hoy empieza a estudiarse sólidamente, y reposa en los siguientes principios: la solidaridad de lo presente con lo pasado, el progreso indudable de las sociedades modernas en muchísimos puntos, la diferenciación de los organismos nacionales, la necesidad de adaptación al medio social dominante, y el poder inmenso que sobre la voluntad ejerce la opinión que de sí propio tiene el sujeto que ha de obrar.

Explicaré brevemente el sentido en que tomo aquí estos principios, ya que de la parte histórica nadie puede dudar, después de los estudios de Valera, Menéndez y Pelayo, Hinojosa, Fernández Vallín, Costa, Farinelli, Haebler, Zimmermann, Pedrell, Jiménez de la Espada, Laverde Ruíz, F. de Castro, y tantos otros.

Comenzaré por la parte moral.

No cabe duda que los pueblos, como los individuos, rigen su vida más bien por el juicio que de sí propios tienen, que por el que le formulan los extraños. Si difieren, vence siempre el primero; si llegan a coincidir, la fuerza de la resultante es enorme, lo mismo para el bien que para el mal. Pueblo que se considera a sí mismo como degenerado, como inepto, como incapaz de esfuerzos regeneradores... es pueblo condenado al pesimismo, a la inacción y a la muerte segura y rápida. Pueblo que cree en la virtualidad de sus fuerzas, o tiene de su valor presente un concepto elevado (quizá excesivo), se atreverá a todo y sabrá salvar las crisis pasajeras y los tropezones accidentales. Las ideas son fuerza y la engendran. Así lo predicaba Fichte —no hace todavía un siglo— al decaído pueblo alemán: «Quien no se considere ante todo, como eterno, no puede sentir el

rran las naciones más «fin de siglo». —Estudio más particularmente esta cuestión en mi artículo *La psicología del pueblo español*, que en breve publicará *La España moderna*.

amor y no puede amar a su patria... Así ha sido siempre, aunque no se haya formulado nunca en términos tan claros y universales. ¿De dónde procedía si no, el entusiasmo del carácter romano —cuyo pensamiento y cuyos esfuerzos han hecho que perduren vivos entre nosotros monumentos eternos—, aquel entusiasmo que le empujaba a sufrir y llevar con paciencia todos los trabajos de la patria? Todo lo proclama: fue su creencia firme en la duración eterna de Roma, su espíritu siempre despierto para prolongar la existencia de ella al través de los siglos. Mientras duró esa fe sincera, mientras aquellos romanos fueron capaces de comprenderla mirando a lo más profundo de su ser, no les engañó jamás...³

De aquí la necesidad imprescindible de combatir el pesimismo y el desaliento en las colectividades, máxime si tiene bases falsas en muchos respectos. Pudiera creerse —y así lo creen muchos— que, cuando un pueblo cae en tal estado, es porque existe alguna causa interior, de que adquiere el mismo pueblo conciencia, aunque oscura, siendo pues el pesimismo un *efecto* de la enfermedad esencial y no una causa de ella. Pero esto no deja de ser afirmación gratuita de una sociología precipitada y demasiado absoluta. Con frecuencia los pueblos, como los individuos, se engañan respecto de su estado, generalizan sus desalientos temporales, o agravan y convierten en incurables sus lacerías, sus errores, la misma fatiga que de tiempo en tiempo obliga al reposo (en que sigue, no obstante, elaborándose calladamente la vida); o confunden las vacilaciones y el estancamiento de una crisis que prepara a estados nuevos, con la pérdida completa de orientación y de potencia resolutive⁴.

3. *Discursos a la nación alemana*. —Disc. VIII: *Qué cosa sea un pueblo, en la más elevada acepción de la palabra* — *El patriotismo*.

4. Quien haya practicado algún tiempo la enseñanza», procurando intimidad con los discípulos, sabe bien cuán frecuentes son estos casos en los adolescentes y en los que sufren la crisis de la juventud. Muy a menudo, muchachos de grandes condiciones intelectuales sufren desalientos y desesperaciones que les hacen creer en una pérdida completa de sus aptitudes, o en un error tocante a la fuerza y alcance de ellas. El remedio consiste siempre en volverles a la confianza de sí propios, en fortificarles la fe en el resultado de su trabajo, en refrenar su impaciencia, que pide a menudo demasiado y se empeña en precipitar la evolución de las cosas, desesperando al punto, si no da tan rápidos y sazonados frutos como ellos quisieran... Y no se olvide que los cambios, si en

Muchas veces, también, semejantes desalientos han sido preparados por la sugestión de un juicio ajeno, y reciben de él nuevo impulso que los convierte en enfermedades de difícil curación. Pudiera decirse de esos pueblos lo que dice Turgueneff de su *Demetrio Rudin*: «víctima de la desconfianza en las propias fuerzas, de la conciencia firmísima de una impotencia personal, que cree sufrir. Con ella marchita todos sus buenos instintos, todas sus preciosas facultades. Ve el ideal, lo ama, lo acaricia a tientas, pero se figura no poder alcanzarlo, y el desaliento le hace caer al borde del camino. Conoce los vicios de su educación, pero no fía en ponerles remedio. ¡Ha visto tantos fracasos de grandes aspiraciones! Le han hablado tantas veces de fatalismos, de la pequeñez humana, de la pesadumbre de los hechos y de la tradición»⁵. Esto último pesa particularmente sobre su espíritu y es causa esencial de su desaliento... ¿Quién es el enfermo del ánimo, que sin una voz amiga que le dé esperanzas logra salir de su dolorosa situación?

Ahora bien; seamos francos: confesemos que la inmensa mayoría de nuestros elementos intelectuales hállese atacada de la enfermedad que sufría Rudin y tiene a la nación por un cuerpo muerto o irredimible; y aun los que, por feliz inconsecuencia, trabajan buscando el remedio, se ven a menudo detenidos por falta de fe en los resultados, o bien realizan su gestión en esfera tan reducida y privada, aislándose de la lucha que trasciende, que apenas si llegan más allá del placer solitario del perfeccionamiento individual. Y como las creencias se influyen mutuamente en la vida, y si son concurrentes en la dirección concluye por triunfar la que más vigorosamente camina, las afirmaciones radicales, absolutas, llegan a producir una atmósfera de pesimismo de que sólo se salva, a medias, una insignificante minoría de la clase intelectual (que ya es minoría de por sí), aplastando con su pesadumbre al resto y a la masa menos culta, llamada a responder a las excitaciones de las personalidades directoras, si éstas fueran capaces de hacerlas. Y si este pesimismo no sólo toca al presente, sino que, como sucede

los individuos se cuentan por períodos cortos, en las colectividades requieren más amplia medida.

5. El tipo de Rudín lo he estudiado en el artículo *La psicología de la juventud en la novela moderna* (páginas 237 y 238 del libro *Historia y Arte*).

entre nosotros, alcanza también al pasado, autorizando el juicio de la incurable impotencia actual con el hecho, que se afirma, de la impotencia de todos tiempos, ¿no se cierra acaso el camino de la regeneración, deprimiendo la confianza en sí propio que todo pueblo debe tener para decidirse a la acción, salvadora?⁶.

No, no es así como hay que hablar a un pueblo cuya regeneración se apetece. No hay educación posible con la censura y la desconfianza constantes y llenas de dureza, que perjudican tanto como la lisonja pueril, como el chauvinismo vanidoso y ridículo. Muéstrense sin reservas los defectos, descúbranse las llagas actuales, hágase mirar el mal frente a frente y sin disfraz; pero al propio tiempo anímese al enfermo en el camino de la curación, devuélvasele la confianza en sus propias fuerzas, convénzasele de que es capaz de vencer las dificultades, como las venció en otro tiempo y robustézcase su fe con la imagen de los siglos en que era grande por la cultura y el empuje civilizador; a la vez que se inculque la máxima de que ningún pueblo se regenera sino por su propio esfuerzo, *queriendo* obtener la mejora, ganándosela por sus puños, poniendo a su servicio el poder enorme de su energía colectiva, en vez de confiarla fríamente a cualquiera, durmiendo luego sosegado en la engañosa confianza de que otro sacará para él las castañas del fuego.

Véase, pues, la importancia enorme que tiene la vindicación de nuestra historia intelectual y civilizadora para la resolución del problema presente. Pero no ha de interpretarse esta vindicación como la base de un total renacimiento del pasado, sin el cual no habría salud para nosotros. Hay que caminar con mucha precaución en este terreno, y hacer a cada momento reservas, y distinciones⁷, sin

6. El hecho es tan evidente, que lo he oído confirmar a más de un extranjero de gran cultura, que, doliéndose de los males actuales de España, después de viajar algún tiempo por ella, diputaban como uno de los peores el pesimismo de los hombres intelectuales, mayor cuanto más alta es la cultura.

7. Una de las que primeramente conviene hacer es la que toca a la supuesta uniformidad de la filosofía española antigua, que muchos suponen exclusivamente escolástica o tomista. El Sr. Menéndez y Pelayo ha demostrado la existencia de considerables corrientes anti-escolásticas y anti-tomistas aun dentro de la ortodoxia, y la gran libertad de pensar que los más fervientes católicos tenían en «lo que no era de fe» — V. *La Ciencia española*, I, 10, 11, 13, 14, 222, 258.

las cuales podría creerse que se trata, sin más ni más, de una restauración arqueológica, parecida a la que pretendía Haller. Afirmar el valor y la originalidad de la ciencia y de la civilización española en siglos pasados, no quiere decir que hoy debamos aceptar, ni todos sus principios, ni todas sus consecuencias.

Hay en lo pasado, como en toda obra humana, una gran parte perecedera, que el progreso de los tiempos modifica o que las nuevas direcciones sociales eliminan. De muy otra manera concebimos hoy en muchos respectos el mundo, el organismo social, la vida política, que en el siglo XVI. Todo lo que depende de la perfección de los conocimientos positivos, o significa conclusiones sistemáticas, puede, efectivamente, perder con el tiempo su valor. Para los químicos actuales, no puede ser ya una autoridad, v. gr., la obra de Thénard, como para los historiadores es inútil la historia primitiva de España del P. Mariana. La manera de concebir el Estado que tenían los cesaristas del Renacimiento, nos parece ahora equivocada y contraria a la felicidad común, como nos parece exagerada e inconveniente la idea de la intransigencia religiosa, que personifican, v. gr. Ferrán Martínez, el anti-semitista del siglo XIV, y Calvino. Pero no ha de creerse que todo lo antiguo es inútil o rechazable. Igual valor tiene hoy la filosofía de Platón y de Aristóteles que en los tiempos en que ambos vivían; y por mucho que diverja o avance nuestro saber en este orden respecto del suyo, no dejan por eso de ser bases fundamentales de nuestra ciencia moderna. Nadie dirá que nuestro pensar jurídico es idéntico al de los jurisconsultos romanos; y no obstante, uno de los más grandes reformadores modernos en esta esfera, Savigny, formó su pensamiento en la jurisprudencia romana. Gran cantidad de materiales de las ciencias de observación y experimentación, con haber avanzado éstas tantísimo, hay que ir a buscarla en los autores antiguos, que conservan hoy en lo sustancial el mismo valor que cuando escribieron: y así son en rigor libros *modernos* (como el propio Humboldt reconocía) muchos de los que publicaron nuestros na-

y 11, 35, 176, 181, 183, 185, a 88. Y lo mismo pudiera decirse de otras manifestaciones del espíritu español, en diferentes órdenes.

turalistas y metalúrgicos de América⁸. En los mismos estudios históricos, tan expuestos a rápida vejez, hay no pocos *antiguos*, cuya lectura es hoy de tanta utilidad como en el tiempo en que florecieron, debiendo en rigor recomendarse su consulta directa. Verdad es que gran parte de la ciencia pasada, útil para la moderna, ha sido incorporada a esta última y se puede hallar resumida en los libros de hoy, sin recurrir a los antiguos; pero además de lo que esto supone en punto al valor de los precedentes, no es tan cierta la inutilidad, ni tan recomendable, como ligeramente se piensa, el olvido absoluto de los autores antiguos. El mejor tratado de derecho político moderno no dispensa de estudiar la *Política* de Aristóteles.

Hay, pues, mucho de lo pasado que no podemos, ni debemos rechazar, sino que más bien debemos tener en continuo e íntimo contacto con nosotros. ¿No es acaso elocuente el hecho de repetidas restauraciones del pensamiento y de la vida de otros tiempos, en cosas, no ya olvidadas, sino trabajadas y resueltas en diferente sentido más tarde? Sirva de ejemplo la restauración actual de los autores socialistas y colectivistas antiguos, y la rectificación que se pretende hacer de los excesos individualistas de nuestra época⁹.

Por este camino precisamente, el pasado suele ser ¡quién lo diría!, en vez de obstáculo, auxiliar eficaz de las reformas futuras. El misonéismo, que es enfermedad de todos los siglos y de todas las generaciones, a lo menos en gran parte del cuerpo social, halla su más formidable contradictor en el argumento de «los precedentes», que por fundarse, en la misma base tradicional, desvanece no pocas repugnancias. Hay, sin duda, muchas cosas «modernas», que son viejísimas en la historia del mundo, aunque, por desgracia, sea

8. Ejemplo elocuente de esto es el viaje científico del Dr. Francisco Hernández (1570), primero en su género en el mundo, dedicado, no sólo al estudio de la Historia natural de Nueva España y Perú, sino también al de su geografía e historia, y organizado y preparado de manera (dice el Sr. Jiménez de la Espada en las *Relaciones geográficas de Indias*, I) que los de hoy «podrán ser más numerosos y mejor dotados de recursos materiales, pero en cuanto a la clase de personal, objeto de su cometido y modo de desempeñarlo, en el fondo pocas diferencias ofrecen».

9. Véase, por lo que toca a España, la obra de Costa, *Colectivismo agrario en España* (1898) y su *Derecho consuetudinario*.

preciso repetirlas una y mil veces como nuevas para que la humanidad, o un pueblo determinado, las adopte; y en esta empresa, el ejemplo de lo pasado puede ayudar enormemente.

No cabe desconocer, sin embargo la diferencia de los tiempos. A pesar de su comunidad con lo antiguo, de lo cual se nutre, lo moderno tiene su carácter diferencial, y ha hecho rectificaciones tales en el espíritu humano, que no permiten la renovación del «antiguo régimen», habiendo condenado para siempre teorías, leyes y costumbres que tuvieron gran boga. Lo que Gervinus llamaba el sentido de la civilización moderna, difiere mucho del de la antigua; y es lógico que nosotros queramos mantenerlo y desarrollarlo en lo esencial, aunque lo vayamos rectificando en éste y el otro punto, con arreglo a las necesidades presentes. En esas rectificaciones, el espíritu antiguo, o de algunos de los antiguos, puede ciertamente servirnos, como ya hemos expuesto; pero las más de las veces, a condición de rechazar las formas temporales, *oportunistas* en que lo encerraban¹⁰. Por mucho que apetezcamos *v. gr.*, la restauración del sentido social y de las personas colectivas, que el individualismo moderno ha destruido, evidente es que no podremos resucitar las formas clásicas de la amortización económica, cuyos perjuicios no cabe desconocer. Hay, pues, en esto de la comunicación con lo antiguo, una cierta política natural, que procede de la conciencia reflexiva y clara, o de la intuición, de las diferencias que separan los tiempos, las sociedades y su cultura respectiva... Hay en la historia de los individuos y de las naciones, por muy accidentada y varia que sea, un cierto sentido, modalidad u orientación que la unifica, la caracteriza y señala la aptitud particular del sujeto, la dirección en que con más originalidad, fuerza y resultados prácticos puede y sabe encaminar sus actividades; siendo inútil cuanto no haya pasado antes por la asimilación y adaptación al genio propio, que lo convierte en elemento nutritivo y no en simple costra superficial, que al menor movimiento se desprende y cae. Así es como hay que entender las influencias y trasplantes de cultura, leyes y costumbres de un pueblo a otro. Por excelentes que sean los materiales, preciso es que

10. Así piensa también el Sr. Menéndez y Pelayo (V. ob. cit. 1, 282) incluso por lo que toca a la filosofía católica (íd. 319-320). V. también la cita que hace en la pág. 289. de un párrafo del discurso del profesor Llorens, en 1854.

sean digeridos a la manera del que los recibe, porque cada persona individual o social tiene su modo de hacer las cosas, y sólo empleándolo se educa y desarrolla el máximo de sus fuerzas. De aquí el interés supremo de no romper nunca la tradición nacional en lo que toca a ese elemento director, que no debe en manera alguna confundirse con las manifestaciones temporales, con las formas mudables, de la actividad exteriorizada, es decir, concreta en conclusiones, que nunca pueden ser definitivas para el espíritu humano; y por eso lo que hay que buscar y conocer es ese genio nacional, al través de las formas particulares y variables de cada época, cuyo mantenimiento sería una locura cuando los tiempos han variado.

Pero, en lo que toca a España, semejante estudio aún no ha sido hecho más que a medias. Conocemos ya, en gran parte, la historia externa, erudita, bibliográfica, de nuestra cultura intelectual; poseemos amplios extractos de la doctrina de nuestros pensadores en ciertas disciplinas; mas la interpretación de todos esos datos, el sondeo de cada uno de esos pensamientos individuales, para hallar en el fondo el espíritu íntimo que los anima y el lazo que los une, a pesar de sus diferencias, eso no se ha hecho, aunque ya pudiera intentarse¹¹. Quizá haya que esperar a que, conocidos mejor y con más detalles, los hechos en que se ha expresado, fuera del orden intelectual, el alma de la nación, y escudriñadas las profundidades de la masa popular en busca de las manifestaciones consuetudinarias que forman el subsuelo de nuestra vida social, puedan, incorporándose estos datos, a los de la más elevada actividad científica, interpretarse al fin y estudiarse a fondo nuestra historia moderna¹².

11. El Sr. Menéndez y Pelayo cree hallar ese espíritu en la fidelidad a la doctrina católica. Entendemos que hay que buscarlo en notas o cualidades más específicas de la investigación científica, en el campo libre en que se encuentran y dan la mano los «ciudadanos libres de la república de las letras», campo por cierto, bastante más franco y despejado en tiempos del Brocense, de Pereira y de tantos otros, cuando, como dice el Sr. Valera, «los artículos de la fe no se habían aumentado indefinidamente», a la manera que pretende aumentarlos hoy día la «exageración reaccionaria» que censuró el propio Sr. Menéndez y Pelayo (1, 46). El *espíritu español* en la ciencia hay que deducirlo por el camino de las notas características, analizadas en otro trabajo, que pronto verá la luz pública. — V. también el citado discurso de D. Federico de Castro.

12. «En muchos conceptos, decía Oliveira Martins en su *Historia da civilização ibérica* (pág. 313), la historia contemporánea repite la antigua; en lo cual,

Por de pronto, esas síntesis de certamen, convertidas en tópicos que la generalidad usa, sin reflexionar acerca de ellos, y conforme a los cuales queda averiguado todo respecto de nuestro espíritu nacional con repetir lo de *patria, fides, amor*, o sea la religiosidad, la caballeridad, el honor, etc., no pasan de ser vulgaridades que, o pecan de vaguedad, pudiendo ser aplicadas a muchos pueblos (por lo menos, de los latinos), o claudican ante los hechos si se les aplica particularmente a nuestra nación¹³.

El predominio de los estudios literarios, y los errores todavía mantenidos en el vulgo respecto del valor representativo y el realismo de no pocos autores del siglo de oro, y de los romances algún tiempo tenidos por antiguos, han creado estas fantasmagorías que nos impiden ir al fondo de las cosas. Hora es ya de deshacerlas y de tratar de saber ciertamente con qué realidad hemos de contar cuando se habla de armonizar el ideal y el genio de la patria con lo que hay de bueno y de sano en la civilización moderna, cuyo modelo hay que ir a buscar en naciones extrañas, más compenetradas con ella que nosotros¹⁴. Y bueno será advertir desde ahora, que más de un obstáculo con que actualmente tropieza esa aspiración a comunicar con el espíritu moderno, procede, no de supervivencias, como ligeramente creen algunos, sino de un positivo retroceso sufrido por ciertos elementos conservadores, que no sólo interpretan falsamente, ennegreciéndolo más de la cuenta, el pasado, sino que se empeñan en ser más papistas que el Papa, y más realistas que el Rey. ¡Cuántos de nuestros pensadores políticos de los siglos XVI y XVII no rechazarían indignados la pintura que de ellos se hace, y

meditándolo bien, nosotros los peninsulares, quizá descubramos la prueba de la existencia de una fuerza íntima y permanente que, librándonos de la imitación de fuerzas extranjeras, dé a la obra de la reconstitución orgánica de la sociedad carácter propio y sólido, por cimentarse en la naturaleza de la raza, y muy eficaz, por corresponder mejor a las exigencias de la obra».

13. *V. gr.* en lo que toca al supuesto carácter esencialmente *religioso* de la Reconquista, desmentido ya por todos los arabistas, incluso los menos sospechosos de indiferencia religiosa.

14. He tratado este punto especialmente en el principio y el final de mi estudio sobre *La renaissance de l'idéal en Espagne*, publicado en la *Bibliothèque universelle et Revue suisse* (Noviembre, 1897).

las consecuencias que hoy se pretende sacar de ese erróneo supuesto histórico!¹⁵.

Todos los razonamientos anteriores (hechos en vista, principalmente, de la tradición intelectual) pueden aplicarse a los demás órdenes de la vida, a las instituciones, a las costumbres, que son, sin embargo, como la experiencia demuestra, lo más mudable y perecedero en las sociedades. Pero así como el reconocimiento de los elementos útiles que encierra el pensamiento nacional antiguo no debe cegarnos en punto a los que no reúnen esa condición, así tampoco la seguridad, que ya podemos tener dentro del conocimiento histórico, de que nuestro pueblo no pecó ni se equivocó tanto como han supuesto censores poco imparciales, debe llevarnos a negar la existencia de errores y defectos, ni a cejar en su censura, incluso cuando, por su continuación durante mucho tiempo, pueden inducir a pensar si obedecen a vicios constitucionales de nuestro carácter. Las vindicaciones históricas no deben traspasar esos límites, so pena de caer en vanidades suicidas; ni tampoco deben tropezar en la ridícula satisfacción de pasadas glorias, que cieguen en punto a la decadencia presente, haciéndonos dormir sobre los laureles antiguos (como noble perezoso e inútil sobre los pergaminos de sus antepasados), para ostentarlos por toda contestación cuando se nos echa en cara la inferioridad actual. Sirva la conciencia de nuestro valor histórico para darnos confianza en nuestras propias fuerzas; pero abstengámonos también —como ha dicho, recientemente un periódico poco sospechoso de antiespañolismo— de «aquellos adjetivos rimbombantes, con tanta prodigalidad adjudicados como en puja. Nosotros los españoles, no debemos decir de nosotros mismos lo que habrá de producir la sonrisa en los extraños. Antes era eso una debilidad justificada hasta cierto punto, patriótica y respetable como tal. Hoy, en las circunstancias con que los hechos y las opiniones ajenas nos rodean, parecería una ridiculez. En esto, por decoro nacional, es preciso tener ya mucho cuidado. El amor a la

15. Véase lo dicho en la nota de las páginas 13 y 18. Cf. con otras observaciones del Sr. Valera en su artículo sobre *La filosofía española*, y en las páginas 116-7 de las *Disertaciones*, y los ejemplos de independencia de los antiguos que trae el Sr. Menéndez y Pelayo en las páginas 176 a 183, tomo II, de *La ciencia española*.

nación, la conciencia de que solamente con una labor tenaz y seria podremos salvarnos, la buena voluntad, nos llevarán por caminos más propios de estas edades. En la eterna juventud de la fantasía, la madurez viene a ser producida por la desgracia»¹⁶.

II

Ahora bien: ¿qué puede hacer la Universidad para la realización de las exigencias formuladas en las dos conclusiones precedentes?

Por lo que toca a la primera, la Universidad puede hacer mucho, renovando la lectura de los autores españoles antiguos que, por la elevación de su pensamiento, por la originalidad de su iniciativa o por su conformidad con las tendencias modernas, son todavía elementos útiles de trabajo, bien a título de colaboradores de la ciencia actual, bien como factores sugestivos de la reflexión. El carácter histórico que van tomando ya todos los estudios, recurriendo, tanto en el examen de las instituciones como en el de las teorías, al conocimiento de su origen y de sus vicisitudes, para mejor comprender el sentido y significación de unas y otras, ofrecerá campo propio y fecundísimo en que desarrollar esta restauración. En vez de limitarse a los precedentes inmediatos —que son, por lo general,

16. *El Imparcial*. Hace un siglo decía ya lo propio, con profundísimo sentido, aunque con alguna exageración D. Tomás de Iriarte.

«Alabar lo bueno que ha habido o que se establece en la nación, y predicar sobre lo que nos falta, es el carácter de un patriota celoso. El que blasona de lo que la nación nunca ha tenido, ni en el día puede decir que tiene, es el mal patriota; el que engaña a sus conciudadanos y nos hace a todos ridículos en el concepto de los extranjeros... Nada prueba tanto nuestro atraso como los mismos loables esfuerzos del Gobierno en enviar a estudiar jóvenes a París la maquinaria, hidráulica, física, historia natural, mineralogía y hasta la cirugía y anatomía. El grabado de láminas, el de sellos, el de mapas, el arte de encuadernar, etc., se deben a Carmona, Gonzalo López, Gruz, Sancha y otros que han salido del reino. En las artes mecánicas, nada sabemos. El buen patricio será, no el que declame, sino el que obre, el que escriba algunos de los infinitos libros que nos faltan... En cuanto a industria y a comercio, cuando la camisa que nos ponemos sea nuestra, cuando no salgan del reino las primeras materias tan preciosas como la lana, cuando, etc., entonces blasonaremos. ¡Ojalá sea pronto! Mientras esto no suceda, son infundadas y sofísticas todas las apologías; en sucediendo, serán inútiles.» (Apud Cotarelo, *Iriarte y su tiempo*, 323.)

extranjeros— remóntense los profesores españoles, siempre que hubiere a ello lugar, a los precedentes nacionales, más remotos, pero muy a menudo fecundadores del saber ajeno, y que pueden dar, sin el intermedio de una interpretación extraña, notas más conformes con el genio intelectual de la nación y quizá inadvertidas o desechadas por los que no proceden del mismo tronco. No olvidemos que el presente vive del pasado, y que muchas ideas que nos parecen hijas de nuestro siglo no son sino fructificaciones, quién sabe si desviadas o incompletas, de gérmenes antiguos. Los estudios genuinamente históricos —la Historia general de España, la literaria, la jurídica, la filosófica, la de la medicina, la pedagógica, la artística— pueden hacer todavía más, trabajando particularmente sobre lo español, resucitando autores y leyéndolos, sin contentarse con una seca y árida enumeración bibliográfica. Aún en las ciencias más alejadas de la historia (al parecer), como la Filosofía del Derecho, en que la especulación puede hacerse con grandísima ventaja sobre el análisis de un libro, ¿podrá nadie afirmar que sea menos sugestivo el examen de tal o cual tratado de Suárez o Vitoria, que el de otro de Grocio o de Hobbes? Las ideas modernas no pueden sino ganar con esta comunicación, en que hallarán sin duda rectificaciones útiles o ratificaciones de gran autoridad (como el colectivismo de George en las doctrinas de Vives, Mariana y otros autores españoles), proporcionando así una base genuinamente nacional a reformas modernas, cuya realización se facilita y allana por este camino, dulcificando los procedimientos para lograrla.

El período del Doctorado es particularmente propicio a este género de estudios¹⁷, y lo será todavía más cuando se organice, como muchos desean, con sentido más práctico y elevado, es decir, como un período de investigaciones personales libres y de aprendizaje pedagógico. Pero esto no quiere decir que los años de la Licenciatura sean impropios para dar igual sentido a la enseñanza. Demasiado sabemos todos que en la cátedra se puede, con buena voluntad,

17. En nuestra Facultad cuenta, incluso, con una cátedra que parece especialmente creada para este fin: la de Literatura jurídica, cuyo profesor actual (grato para la Universidad ovetense), Sr. Ureña, se esfuerza en estudiar diversos aspectos de la ciencia jurídica española, y muy especialmente las influencias semitas, o dígase, árabes y judías.

hacer muchísimo, y que los alumnos responden siempre (en la proporción que naturalmente da todo grupo), cuando en el profesor ven entusiasmo por el trabajo e interés hacia ellos.

En no poco coadyuvaría a esta nueva corriente la creación de cátedras libres o subvencionadas por corporaciones y sociedades de la localidad; cátedras que, dedicadas al estudio de las especialidades regionales, ligasen estrechamente la Universidad al medio en que vive, y la convirtiesen en un factor social engranado con los que representan otros órdenes de la actividad. En este sistema creo podría fundarse la descentralización científica; y ejemplo de iniciativas que a él se refieren, nos ofrecen las cátedras de Historia y de Literatura catalanas, creadas en la Universidad de Barcelona por el Sr. Duran y Bas¹⁸.

La realización de este plan obligaría a una cosa que, de todos modos, considero como grandemente necesaria: a reimprimir, en ediciones económicas, no de bibliófilo, los buenos autores españoles antiguos¹⁹, escogiéndolos sus obras, anotándolos y traduciendo las escritas en latín: porque, mal que nos pese, debemos confesar la decadencia enorme que en España (y relativamente en toda Europa) sufre hoy la lengua clásica, y el inútil empeño de que nuestros alumnos lean y entiendan los libros que no sean castellanos o estén

18. Véase mi Estudio sobre La Descentralización científica en el libro *De Historia y Arte*.

19. Apenas hay alguno —fuera de los puramente literarios— que pueda hoy manejarse fácilmente. En la Biblioteca de Rivadeneira no se publicó más que un tomo (y muy mediano), de filósofos, pero no hay ninguno de políticos, de economistas, de pedagogos, ni siquiera de estéticos, aunque en los cinco volúmenes de místicos, en los dos del «Epistolario español», en el de «Curiosidades bibliográficas», en el de «Escritores en prosa anteriores al siglo XV» y en los dedicados a ciertos autores, como Quevedo, Feijóo, Saavedra Fajardo y Jovellanos, pueden hallarse algunos tratados de Filosofía pura o aplicada. La *Biblioteca clásica* ha reimpreso un tomo de «Eseritos políticos», de Quevedo. La *Filosófica* del Sr. Zozaya, cuenta con un solo volumen de Vives; la de *Bibliófilos españoles* ha dado algunos tomos de estudios políticos y morales, como el de Sarmiento de Acuña, el de Diego de Valera y el de Villalobos; pero esta Biblioteca, de muy corta tirada, no es accesible al gran público. Si la difusión a que obligaría el uso de los textos en enseñanza animara a los editores, no dejarían éstos de acudir al negocio, como en Francia, donde, *v. gr.* los llamados «autores clásicos» están al alcance de todo el mundo en ediciones numerosas y baratas.

traducidos en alguno de los idiomas modernos que empiezan a difundirse entre nosotros²⁰.

Pero, sin salir de lo español, conviene no perder de vista que tanto importa comunicar con su pasado como con su presente. El desprecio de los antiguos que hemos censurado, suele hallarse sustituido (y a veces, también, mezclado) en algunos, con el desprecio o la ignorancia de los modernos y de la realidad actual de nuestra vida en todos los órdenes. Así se ofrece el ejemplo lastimoso de tratadistas españoles llenos de citas extranjeras y faltos de toda indicación y base en trabajos nacionales que son, tal vez, lo único nacional e importante de nuestro movimiento científico, y que todos los días pueden verse en los escaparates de los libreros; mientras otros, llamados por su vocación especial a dirigir la vida jurídica de la nación, descuidan el conocimiento de hechos actuales (como la organización municipal consuetudinaria de muchos territorios), que habrían de ser el más sólido fundamento de toda reforma legislativa, conforme lo han sido en otros países. Tan español es lo presente como lo pasado, la literatura como la vida práctica; y a todo debemos atender, si no queremos que cojeen nuestras construcciones, o que los extranjeros nos motejen de ignorar lo mismo que brota a nuestros pies, al propio tiempo que nos quejamos de que exageren nuestra decadencia actual.

Pero todavía puede hacer mucho más la Universidad para la realización de la segunda de las conclusiones expuestas.

Una de las primeras necesidades de nuestra vida intelectual es, como dice muy bien el Sr. Carracido, «infundir en todas las clases sociales el concepto del grandísimo valor en que ha de ser estimada, elevando el nivel de la cultura general, a fin de saturar el medio ambiente de elementos plasmadores que en gradación jerárquica formen los órganos de la vida intelectual hasta alcanzar el término supremo, constituido por las capacidades exploradoras de nuevas regiones del conocimiento»²¹.

20. Véase en confirmación de estas ideas lo que dice el Sr. Valera en la pág. 216 de sus *Disertaciones*, y también *La ciencia española*, I. 212-13; II. 167-279 y otros pasajes.

21. *Condiciones de España para el cultivo de las ciencias* (página 36 de los *Estudios Histórico-críticos de la ciencia española*).

Aparte de lo sustancial que en esto ha de hacer la difusión de la enseñanza primaria y secundaria, disminuyendo el número de los analfabetos y construyendo en firme la educación popular, la Universidad puede contribuir eficazmente al mismo fin, pero es a condición de romper su aislamiento y de comunicarse directamente con las clases sociales que no concurren a sus cátedras. La forma de realizar esta comunicación es lo que se llama hoy en toda Europa la «extensión universitaria», cuyo modelo, la célebre institución de Toynbee Hall, ha sido tan repetidamente estudiada en libros y revistas, que nos creemos dispensados de intentar aquí una nueva descripción²². Las dos formas fundamentales en que se ejerce la acción intelectual de la Universidad (aparte la acción moralizadora, que es inmensa) en esta nueva función, a saber: la tutela educativa de las clases obreras, y las excursiones con objeto de dar conferencias públicas en poblaciones diferentes de aquella en que reside la

22. Las fuentes principales extranjeras, son el libro *Oxford an Oxford life*, editado por J. Wells (London 1892) y cuyo cap. XI, escrito por Mr. E. Sadler, secretario de la *University Extension Delegation*, trata expresamente de la materia: las dos revistas mensuales *The Oxford University Extension Gazette* y *The University Extension Journal*, que se publican en aquel centro universitario; el estudio propagandista de Max Leclère, *Le rôle social des Universités* (París, 1892); las conferencias Leon Leclère, dadas en Diciembre, 1892, en Gante, y el folleto de René Claparède sobre el Toynbee Hall (París, 1898). Recientemente, la *Revue socialiste* ha publicado un artículo de A. Chaboseau, que trata de la «extensión universitaria» (15 Junio), y la *Rev. internationale de l'enseignement*, otros de Leclère (*L'extiension universitaire en Belgique*, 15 Marzo, 1898), H. Hauser (*L'extension universitaire et l'université, de Clermont*, 15 Junio, 98), Petit y Rambaud (*L'extension universitaire au concours général*, 15 Setiembre) y Buisson (*L'education populaire des adultes en Angleterre*, París, Hachette, 1896). Los lectores que no puedan manejar textos ingleses ni franceses, hallarán en publicaciones españolas los siguientes elementos de información: *Las Universidades populares en los países anglo-sajones*, traducción de las citadas conferencias de L. Leclère, con bibliografía en que se mencionan algunos libros o artículos que no van indicados en las líneas anteriores; (*Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (tomo XVII, 1893). *La Universidad de Oxford*, por D. M. G. de la C., extracto del libro de Wells (*Boletín* citado, tomo XVIII, 1894; el cap. de la «extensión universitaria» está en las págs. 237-41) y mi monografía sobre *Asociaciones escolares* (publicación del Museo pedagógico nacional, Madrid, 1893). —En el Congreso pedagógico de 1892 leyó el Sr. Sela una nota sobre este mismo asunto, y sus conclusiones fueron aplaudidas y aprobadas por la Sección de Enseñanza superior.

Universidad, procurando exponer asuntos que se relacionen directamente con la vida, los intereses, la historia o las condiciones naturales de la localidad visitada, pueden ser planteadas entre nosotros perfectamente, sin nuevos gastos (o con gastos apenas notables) para el Estado. Verdad es que en esto de los gastos de la enseñanza conviene romper de una vez con el apocamiento y la parsimonia que generalmente usan aun los más ardientes partidarios del desarrollo de la instrucción pública. Somos indudablemente un país pobre, si nos comparamos con otros países de Europa y América; pero no lo somos tanto como se cacarea, y la prueba está en que soportamos presupuestos cuantiosos, aunque mal repartidos. Nuestra administración sabe hallar dinero cuando lo necesita para sostener organismos inútiles o perjudiciales, y sólo emplea el argumento de la penuria cuando se le habla de reforzar los gastos relativos a órdenes tan fundamentales de la vida nacional como la enseñanza. Contra esto, hay que predicar constantemente, y llevar al ánimo de los políticos y del pueblo la convicción de que el primer presupuesto nacional (cuando la sociedad no sabe todavía cumplir por sí misma este fin) es el de la instrucción pública, no habiendo gasto alguno, entre todos los del Estado, que más remunerador y fructífero sea, extendiendo los beneficios de su crecimiento a todos los demás órdenes de la vida social, sobre los cuales influye vigorosamente.

Hasta que nuestros Gobiernos no se convenzan de esta verdad, como se han convencido los de Francia —la nación a que más se parece la nuestra en el organismo administrativo de la enseñanza pública²³— y renuncien a la idea, verdaderamente inconcebible, de que los establecimientos docentes, y en un país como el nuestro

23. Refiriéndose particularmente a la enseñanza secundaria, decía no hace mucho (9 Agosto) el corresponsal en París de *El Imparcial*: «En 1869 contábanse 127.330 escolares; hoy pasan de 245.000. —En liceos, colegios, escuelas y material de enseñanza, se lleva gastado tanto como costó la indemnización de guerra a Alemania. El presupuesto reserva 198.312.433 francos para la instrucción pública, de los cuales aplica 23.233.000 a la segunda enseñanza dada en 114 liceos de varones y 40 de hembras, y en 230 colegios para los primeros y 25 para las segundas; subvencionando además con dos y medio millones varias instituciones libres.

Al ejemplo del Estado, el Municipio de París dedica a la enseñanza pública 27.694.589 francos (*), figurando por 1.571.890 francos las subvenciones a los liceos y las becas para los alumnos sobresalientes de los doce liceos de

han de ser fuente de ingresos para el Estado, toda regeneración nacional se edificará sobre arena, pero, en fin, tranquilicemos a nuestros hacendistas con repetirles que la «extensión universitaria» no necesita de recargos en el presupuesto, o los requiere tan exigüos, que sería vergonzoso emplear tiempo en su discusión. Lo que pide ante todo es buena voluntad en las personas que han de realizarla y una sólida convicción en el profesorado de que, prestándose a ella, cumplirá uno de los más rigurosos y fructíferos deberes del patriotismo. Imagínese el efecto que produciría en nuestras costumbres el espectáculo de un grupo de profesores que por su jerarquía representan lo más elevado de la vida intelectual española, trasladándose a una población no universitaria, o a un centro industrial del campo, para hablar al público, no de política (que es lo único que de tarde en tarde suele reunir aquí a las gentes para escuchar la palabra ajena), sino de ciencia aplicada, de derecho popular, de economía práctica, de problemas sociales, de perfeccionamiento moral, de historia del país, dicho todo sencillamente, de la manera más clara y familiar, sin ceremonia, sin aparato que impresione a la muchedumbre y la aleje del orador, por esa frecuente consecuencia del respeto mal entendido, que rompe toda intimidad vivificadora de pensamiento entre los que hablan y los que escuchan, considerándose como gentes de mundos diferentes, extraños los unos a los otros. ¡Cuánto prestigio no ganaría con esto la Universidad, mezclada directamente a lo más positivo de la vida social moderna, en vez de encastillarse en su recinto académico, que la indiferencia de los demás, causada por la incomunicación, aísla cada día más y con mayor daño para todos! La extensión universitaria, no sólo destruiría esa indiferencia, sino que propagaría rápidamente el amor al estudio, mostrando prácticamente su utilidad, ligada a los más esenciales intereses de la vida, y contribuyendo a desvanecer muchos prejuicios, muchas leyendas y supersticiones del vulgo, ora contrarios, ora idolátricos y torcidos, respecto de la Ciencia moder-

varones y cinco de hembras con que cuenta la capital, edificios grandiosos que honran a la población.

Así, con tanto esfuerzo combinado, la instrucción ha penetrado en la masa del país, democratizándola primero para formar luego esta aristocracia intelectual francesa que reemplaza a la perdida aristocracia de la sangre.

(*) Más de lo que cuesta *toda* la enseñanza primaria en España.

na. Tanto conviene acabar con el misoneísmo como con los entusiasmos románticos, que comprometen la gravedad de la ciencia.

Pero si con esto la Universidad se convertiría en un factor vivo del movimiento social, preparando el medio para un amplio contacto con la cultura moderna, debe pensar ante todo en el modo de producir ese contacto, más directa y específicamente, con los órganos especiales que luego han de influir sobre el pueblo. De dos maneras puede realizarse este objeto: trayendo a España profesores extranjeros, que ayuden a formar nuestro futuro personal docente y constituyan nuevos núcleos de enseñanza en especialidades no cultivadas todavía o poco desarrolladas entre nosotros, o llevando nuestros profesores y alumnos al extranjero. Ambos sistemas se han practicado varias veces en España: en tiempo de los Reyes Católicos²⁴, y en el de los Borbones reformistas del siglo XVIII, por ejemplo²⁵. En América, emplearon el primero los jesuitas²⁶, incluso para las artes industriales, y hoy día lo han ensayado con éxito en la enseñanza pública algunos países, como la república de Chile. El segundo sistema es el comúnmente seguido en nuestro tiempo, aun por naciones muy adelantadas, como Francia, Bélgica, Inglaterra²⁷, los Estados-Unidos, Italia, para mantener la comunicación con diferentes tipos de cultura y aprovechar los progresos particulares de

24. Y no sólo por iniciativa oficial, que diríamos, de los mismos reyes, sino también por gestión directa de la Universidad de Salamanca, que trajo de París profesores *Nominales* (V. el texto de la *Hist. de la Univ.* copiado por Menéndez y Pelayo en *Ciencia esp.* II. 172). En los dominicos era también «antigua excelente costumbre» (como dice el Sr. Ilinojosa en su discurso sobre Francisco de Vitoria) «enviar a los jóvenes religiosos de mayores esperanzas, a que completasen y avivasen sus conocimientos en la Universidad de París» (p. 14). En cuanto a la Edad Media, sabida es la constante e intensa comunicación de nuestro mundo intelectual con los centros docentes de Italia, Francia, Inglaterra y otros países, donde iban los españoles a aprender y a enseñar, como catedráticos».

25. Véase el texto de Iriarte, antes copiado.

26. Véase el folleto *Don José Perfecto Salas*, por don D. Amunátegui (Santiago de Chile, 1896).

27. En Inglaterra se ha recurrido también, a veces, al primer sistema, como demuestra el caso de Max Müller (y antiguamente el de nuestro Vives). Los Estados-Unidos hacen lo mismo, en inmensa escala.

otros países. Así, por ejemplo, la moderna generación de filólogos, pedagogos e historiadores franceses se ha formado en Alemania.

Resueltamente, creo más eficaz y menos expuesto a contingencias peligrosas este segundo medio. El caso de Proust²⁸ debe ser de gran enseñanza para nosotros; y aunque el reciente ejemplo de Chile y otros de España anteriores al siglo XVIII prueben que en materia de experimentación social no pueden sentarse reglas absolutas, hay que advertir las diferentes condiciones en que se halla un pueblo nuevo²⁹ y las que concurren en uno que, como el nuestro, tiene una tradición científica antigua y caracterizada y un movimiento moderno relativamente importante. Además, como demostraremos en seguida, el sistema contrario es mucho más educativo, porque permite un contacto más intenso con la nación cuyas influencias se quiere aprovechar. Nuestros alumnos y nuestros profesores deben, pues, ir al extranjero, para completar su educación, para recoger enseñanzas y ejemplos, o para adiestrarse en especialidades científicas. No hay un solo español culto —sea cual fuere la filiación de sus ideas políticas o filosóficas— que no confiese con más o menos franqueza la necesidad de estos viajes científicos. Algunos, que dudaban de ella, han ido disminuyendo sus reservas a medida que crecían su cultura y su comunicación literaria con el extranjero, por medio de libros y revistas...

En este punto, pues, estamos todos conformes. Puede constituir un elemento del programa común educativo que a todos nos interesa; y a los que vacilen, arguyendo que la comunicación con la cultura extranjera puede lograrse sin salir de España, por medio de los libros y de las revistas, habrá que repetirles una vez más la insuficiencia de este elemento, de una parte, por el carácter estadizo de la palabra escrita³⁰, y de otro, porque ella sólo da una parte (y

28. Véase el discurso de D. M. Bonet, en la inauguración del curso de 1985-86 en la Universidad de Madrid. El incidente relativo a Proust se publicó en el BOLETÍN, núm. 212 (1885).

29. Véase lo que a este propósito dice el Sr. Letelier, en la pág. 440 de su libro *La lucha por la cultura* (Santiago de Chile, 1895), artículo titulado *La invasión teutónica*.

30. Acerca de este punto, con relación particular a la metodología histórica, pueden leerse algunas consideraciones en el cap. IX, núm. 2, de mi *Enseñanza de la Historia*.

a veces no la de más importancia) en punto al conocimiento de la cultura de un país y de los procedimientos vivos que emplea para lograrla y difundirla. Esa impresión personal, esa experimentación que produce la estancia más o menos larga en el extranjero, jamás la dará la simple lectura de los libros y periódicos.

El peligro de extranjerizarse que pueden correr, sobre todo, los alumnos jóvenes, cabe precaverlo fácilmente. No es raro, en verdad, el caso de la fatuidad humana ejercida en contra del patriotismo y en desprecio de los compatriotas, desprecio que llega a convertir en infructíferas para la obra de la educación nacional fuerzas preciosas y utilísimas. El remedio está en reforzar sólidamente la enseñanza propia, en el sentido expuesto al hablar de la primera conclusión. Con menos motivos que nosotros, los franceses, mucho más chauvinistas por naturaleza, acaban de advertir el daño posible, al discutir el proyecto de un cambio internacional de alumnos. El importante periódico parisién *Le Temps*, publicó un artículo, pidiendo que se organizara «una combinación internacional propia para que los establecimientos extranjeros y franceses, cambiasen sus discípulos»; merced a esta combinación, podría estudiarse tal año de la segunda enseñanza en Alemania o Inglaterra y tal otro en París. La revista profesional *L'enseignement secondaire* (núm. I^o de Marzo, 1898), declarándose previamente partidaria de los viajes escolares al extranjero, ha tenido buen cuidado de hacer las reservas siguientes: «Pero queremos que vayan (los alumnos) nutridos del aire francés, fortificados por la educación francesa, acorazados, por decirlo así, con una instrucción sólidamente empapada en un patriotismo culto, juicioso, enérgico. Cuando el niño haya cobrado fuerzas, y nuestra raza lo haya definitivamente impregnado de su indeleble esencia, ¡entonces irá a residir en el extranjero, dispuesto a ilustrar, no a alterar su alma francesa. Por otra parte, solo a esa edad podrá sacar de su estancia un provecho práctico y moral, observar, comparar, deducir conclusiones y obrar...»³¹.

31. La *Revue d'enseignement des langues vivantes* se ha adherido a esta opinión (núm. de Junio). — Con análogo sentido decía ya Cavanilles en los *Anales de Ciencias Naturales* (t. VII, pág. 105): «Si los que viajan saliesen preparados con el conocimiento de su patrio suelo, si no lo abandonasen antes de instruirse en las bellas letras, en las ciencias que ilustran y preparan y en los análogos al ramo que adoptan, ni serían infructuosas sus tareas, ni vanos los sacrificios

Nuestros alumnos deberán ir al extranjero después de terminada su carrera universitaria, antes o después del período del doctorado³², sin que esto excluya las excursiones escolares en años anteriores, bajo la dirección de los maestros y catedráticos. Para ello —así como para los viajes del personal docente, tan necesarios como los escolares— hay que desarrollar las pensiones de estudios, excesivamente mezquinas en España, como demuestran los datos que yo mismo he reunido y publicado en la ponencia citada sobre *Pensiones escolares*³³. Es preciso, a toda costa, atender a esta exigencia urgente de nuestra educación, ya generalizando la aplicación que a las rentas de sus antiguos colegios da la Universidad de Salamanca; ya excitando la iniciativa particular para que se concrete en fundaciones de igual carácter; ya reformando algo de los presupuestos del personal universitario, para ahorrar por un lado lo que mejor se gastaría en éste; ya, en fin, consignando nuevas sumas en el presupuesto general de Instrucción pública, cuyo aumento jamás debe doler³⁴. En la concesión de las pensiones de viajes, habrá de dejarse amplia iniciativa a la Universidad para que, a propuesta de los profesores, y prescindiendo todo lo posible del trámite de oposición, designe los alumnos que, faltos de medios para vivir a su propia costa en el extranjero, merezcan por sus aptitudes, vocación y méritos, ampliar en esta forma sus estudios. Fijando tan sólo en cuatro el número de los que cada Universidad envíe (y algunas co-

que se prodigan. Los que aspiren a la gloria de viajar con utilidad, deben seguir las huellas de los Cobos, Lagunas, Esteves, Pérez y otros españoles de aquel siglo (el XVI), y modelar sus acciones con las de aquellos hombres beneméritos». Véase, sobre la aspiración a informar en el espíritu nacional la enseñanza, ante todo, el libro de Fouillée, *L'enseignement au point de vue national* (París, 1891), la *Mémoire sur la nécessité d'un enseignement national en Russie*, del conde d'Antraigues, publicada por L. Pingaud en la *Revue internationale de L'enseign.* (Nov. y Dic. 93 y Marzo y Agosto. 94) y el artículo póstumo de Franck d'Arvert, *L'éducation nationale*, en la *Revue* citada (15 Octubre 93).

32. Tal fue el sentido de una de las conclusiones de mi ponencia, aprobada por la sección 5.ª del Congreso pedagógico.

33. Páginas 10 a 11, 15-16 y 20-21.

34. Muchos detalles de esta organización se hallan expuestos en mi citada ponencia (páginas 29 a 33), y en mi *Enseñanza de la Historia*, al hablar de la reorganización de la Facultad de Filosofía y Letras.

mo las de Barcelona y Madrid, podrían fácilmente exceder de esta cifra), ¡calcúlese lo que significarían, al cabo de algún tiempo, 40 jóvenes españoles anualmente puestos en íntima comunicación con la cultura de naciones más avanzadas, y en condiciones las más favorables para desarrollar las excelentes cualidades intelectivas de la raza! El Congreso pedagógico de 1892 lo entendió así unánimemente, y votó conclusiones que podrían servir hoy de base a la organización de este poderoso auxiliar de nuestra enseñanza.

En cuanto a los viajes de los profesores, con aplicarles razonadamente la partida de «Comisiones científicas al extranjero», que ha figurado siempre en el presupuesto de Instrucción pública, cumplir lo que se refiere a la Comisión mixta (de profesores y alumnos) de Historia Natural de Marruecos, ampliando su campo de acción con visitas a los centros científicos de Europa que tengan conexión con su fin, y exigir una estrecha responsabilidad, hecha efectiva en el expediente académico, a los que no cumpliesen con los deberes a que obliga la misión confiada, tendríamos resuelto el problema en lo económico (a lo menos para comenzar), y evitados los peligros del incumplimiento, que suele alegarse como razón condenatoria de las Comisiones». Digo de las Comisiones a secas, y debería decir de las Comisiones *mal dadas*, que son las que producen el daño. La manera de que no las hubiese sería establecer, *v. gr.*, un turno regular en las Universidades, de modo que el nombramiento en cada año correspondiese a persona señalada y tuviese completa publicidad; sin obstáculo de las renunciaciones o sustituciones, a instancia de parte, motivadas en razones de salud, u otras realmente contrarias a la posibilidad material de realizar o aprovechar el viaje. Fuera de estos casos, conviene que todos, sin excepción, puedan gozar de este beneficio: ¡ojalá que la buena regulación de los presupuestos correspondientes permitieran enviar cada año, no uno, sino varios profesores por cada Facultad!

Claro es que estos viajes resultarían imposibles o infructíferos, si no estuviesen preparados por una difusión mayor de la que hoy alcanzan entre nosotros, de los idiomas modernos. Parecería ocioso encarecer la necesidad de estos conocimientos «instrumentales», si una reciente y dolorosa experiencia no hubiese venido a demostrar el valor inmenso que tienen, aun para asuntos ajenos a la vida intelectual, pero ligados con altísimos intereses nacionales. Entre

los estudiosos, no hay quien ignore que es absolutamente imposible hoy día formar mediana cultura en ciencias jurídicas, históricas, naturales, médicas y en la misma filosofía, sin poder manejar, cuando menos, los libros franceses, ingleses y alemanes. El francés no basta para este fin, porque ni se traducen a este idioma todos los escritos importantes de otras naciones, ni son siempre de fiar los extractos, resúmenes o vulgarizaciones que se hacen en Francia de doctrinas y literaturas extranjeras. Conviene romper la excesiva dependencia en que está nuestra cultura actual de la francesa. Y el que dude todavía de la importancia y el número de los trabajos ingleses y alemanes, referentes, no ya a la ciencia en general, sino particularmente a la historia y la literatura de España, se convencerá rápidamente de su error recorriendo las *Notas bibliográficas* (todavía incompletas), que con respecto a este movimiento publica mensualmente mi *Revista crítica*.

“El patriotismo y la Universidad”, Año XXII, nº 463, 31 de octubre de 1898, pp. 291-296¹

(Continuación)

Todos estos remedios, de orden preferentemente intelectual, no deben hacer olvidar a la Universidad su misión educadora, su misión moral, de que hubo de hablaros, en ocasión igual a la presente, nuestro compañero Sr. Sela. Por el contrario, conviene repetir una y otra vez que en los momentos de crisis para un pueblo es cuando más falta hacen «los caracteres rectos y firmes, la elevación de sentimientos y la dignificación de la vida». El terrible desastre que hemos sufrido en nuestro imperio colonial, ha originado una enorme depresión del ánimo, aumentando el pesimismo y la desconfianza. Contra estos temibles peligros sociales puede y debe reobrar la Universidad, tendiendo a crear generaciones de ánimo viril, que no se apoquen ante las dificultades que todos los pueblos han sufrido alguna vez, en tanto o mayor grado que nosotros; generaciones nutridas de un elevado entusiasmo por la regeneración de la patria, conocedoras del valor inmenso que para luchar en el mundo tiene la acción, y que, en vez de diluir en palabras sus opiniones, para luego desertar en la hora del esfuerzo positivo, estén prontas a sostener en la realidad de la vida en la forma concreta del bien fructífero, su aspiración de salvar el sagrado depósito del espíritu patrio, y de romper con las dificultades que se opongan a su depuración y engrandecimiento. Enseñemos a la juventud a ser menos lírica en discursos, en manifestaciones, en protestas verbales, en desplantes de patriotería y en juramentos de lucha incansable contra el mal, para que sea más enérgica, más resuelta, menos accesible a las composiciones y compromisos mezquinos de la existencia vulgar, y sepa mantener sus convicciones en los momentos de prueba con el esfuerzo, y la afirmación de su voluntad incontrastable, orientada hacia el ideal: *sed magis amica veritas*.

Desde el continuo y fervoroso trabajo de cada individuo en la especialidad escogida por su voluntad o por su vocación, hasta el voto, que en la vida social y política moderna resuelve tantas cuestiones de principios, la juventud tiene a su vista una serie intermi-

1. Véase el número anterior del Boletín.

nable de actos positivos, de heroísmos diarios, pero trascendentes, que significan mil veces más que las heroicidades grandes soñadas por la imaginación irreglada de jóvenes y viejos, más que cien discursos llenos de promesas vanas, e infinitamente más que el pesimismo negro, la amenaza constante, la queja llorona y el desprecio de todo lo existente que, si da aires de «reformador» y de «ilustrado» a quien los exhibe pomposamente, suelen también ir unidos a la más absoluta inacción en cuanto se trata de «edificar» para sustituir a lo «destruido».

En esta parte moral de su misión, puede la Universidad hacer también gran servicio al sentimiento patriótico, depurándolo de sus exageraciones egoístas, para bien de la humanidad toda. La Universidad debe trabajar por la paz, debe, como representante de las más altas cualidades del espíritu, a la vez que afirmar el sentido racional de la lucha por el derecho, que proclamó Jhering, tratar de suprimir en las relaciones internacionales el sello de barbarie y de rapacidad maldita que aún tienen hoy, y que por igual alcanza a los pueblos superiores (como Inglaterra) y a los inferiores (como Turquía), a los viejos (como España) que a los nuevos (como los Estados Unidos del Norte-América). El enorme desengaño de la pasada guerra —en la cual, quien realmente ha sido vencido es el derecho internacional moderno— quitará sin duda muchas de sus esperanzas a los enemigos de la lucha armada, a los partidarios del arbitraje, que acaso confiaban en el apoyo inmenso de un pueblo joven, libre de toda tradición militar y conquistadora, dedicado a las artes de la paz y propagandista entusiasta del derecho y de la justicia universales. El pueblo joven ha claudicado, cayendo en las mismas faltas que le hacían despreciar a los pueblos viejos². El retroceso que esto supone es tan grande, que tal vez anule por muchísimos años los esfuerzos hechos hasta hoy, y los que se realicen en lo porvenir, para humanizar las relaciones entre los pueblos. Más de un espíritu sincero, de los que no se cierran ante las grandes ense-

2. Véase, en confirmación de esto, el importante artículo del profesor (norteamericano) Stoerck, *El derecho internacional norteamericano*, traducido por la *Revista de los Tribunales* (Julio, 1898). ¡Tantos hechos más, de los norteamericanos, antes y después de la firma del protocolo, pudieran añadirla los que cita Stoerck!

ñanzas de la realidad, aunque contradigan sus más caros y generosos ideales, habrá sentido desfallecer sus convicciones, y dudará de la redención de los pueblos en este orden, suscribiendo, por lo menos, a la razonada advertencia de Sully-Prudhomme, para quien, hoy por hoy, es preciso «resignarse a la guerra», como un mal inevitable, y saber «sacar el mejor partido posible de sus necesidades para la patria y el carácter nacional»³. Pero sin negarse a que el Estado aproveche esta terrible y desdichada lección, la Universidad debe continuar la obra de paz, templando las pasiones de venganza en los suyos⁴, llamándolos a la obra interior, más fructífera, sólida y humana que las caras ilusiones de engrandecimientos exteriores, y estableciendo el acuerdo internacional con las instituciones hermanas de todos los países, para oponer en su día, a la crueldad de los ambiciosos, el dique enorme de la opinión intelectual, enemiga, no sólo de la guerra, sino de las grandes injusticias que la diplomacia sanciona, también, a menudo.

III

Pero la Universidad no debe olvidar, al enaltecer la preferencia de la obra interior en los pueblos, que España no es una personalidad aislada en el mundo, último vástago de una familia agotada: sino que, por el contrario, tiene descendencia en numerosos pueblos, hijos de ella por la sangre y por la civilización, en quienes alienta el mismo espíritu fundamental de la gente española y que tienen de común con ella cualidades útiles que desarrollar, defectos que corregir e intereses que poner a cubierto de absorciones extrañas. Semejante solidaridad empieza a ser comprendida ahora, a la vez, en España y en las naciones hispano-americanas, por el elemento culto y director, que sabe sobreponerse al recuerdo, indiscreto e ilógico, de pasados errores. Los testimonios, que pudiera aducir en prueba de esta afirmación⁵, son muchísimos, particularmente del

3. *Patrie, Armée, Discipline* (*Rev. des Deux Mondes*, 15 Junio. 98).

4. La juventud francesa —tan patriota en otros aspectos— es enemiga hoy día de la famosa «revancha», que hizo tristemente célebre al partido bulangista...

5. Véase, por lo que toca a Chile, el artículo dedicado por la revista *El Educador* a conmemorar el LXXXVII aniversario del grito de independencia chilena, y el más

lado de América, y bastan para reducir el valor (demasiadamente acentuado a veces por nosotros mismos) de manifestaciones contrarias, casi siempre emanadas de las capas sociales que con más persistencia guardan los sentimientos de hostilidad, aunque hayan desaparecido las causas y sea locura pensar en su renovación. Baste decir, como síntesis de lo que en nota se indica que esta corriente alcanza a todos los órdenes de la vida nacional, al político tanto como al científico. Mas a nosotros sólo nos corresponde examinar aquí las relaciones que se refieren a la inteligencia y a la educación, a la defensa y desarrollo del espíritu de raza; aunque, en rigor, todo se halla íntimamente relacionado e influido en la vida de los pueblos.

Así como hay una política pequeña, mezquina, que atiende sólo a los problemas menudos y de momento, para «vivir al día», o se nutre de suspicacias, envidias y conjunciones utilitarias pasajeras, hay una política elevada que tiene por norte los grandes intereses de la civilización, y sin mezclarlos con ambiciones territoriales, ni con el espíritu de rapiña internacional —que, para ejercerse sobre seguro, busca y aprovecha el recurso de alianzas «naturales» más o menos fundadas— atiende a la agrupación de los elementos afines con el intento de firmar la permanencia y la colaboración fructífera del genio de la raza o del grupo en la obra común humana, evitando que lo arrollen otros factores y que se pierda la independencia sustancial de cada uno de sus órganos diferenciados en nacionalidades y Estados jurídicos. Esta política ideal, que mira a lo futuro, e impone a veces sacrificios al amor propio actual de esos elemen-

importante del Sr. Letelier, publicado *La Lei* de 22 de Set. 1897, extractado en parte en mi *Rev. Crít.* (Enero, 1898). Por lo que se refiere a la Argentina, los dos artículos de Rubén Darío, en *La Nación* de Buenos Aires, (12 jun. 97, pág. 5) y en *El Tiempo* (12 Mayo, 98), y la conferencia de D. Alberto del Solar, publicada en *El Correo Español* de 12 de Junio y comentada por Calixto Hoyuela en *El Tiempo*, de igual fecha. En punto a Méjico, véase la carta publicada por *La Época* en uno de sus números do Julio último. De la iniciación de iguales corrientes en Bolivia testimonian un artículo de *El Comercio* de Cochabamba, reproducido por *El Imparcial*, de Madrid; y de las favorables disposiciones del Perú júzguese por la firma del Tratado adicional de paz y amistad, firmado en 18 de Junio, y los actos realizados con nuestro ministro plenipotenciario. Sabido es también el entusiasmo con que todas las Repúblicas hispano-americanas concurrieron a los actos todos del Centenario del descubrimiento, en 1892.

tos afines, es quizá más lógica y necesaria tratándose de España y de las naciones surgidas de sus antiguas colonias, que en ningún otro caso de troncalidad étnica y espiritual que el mundo moderno puede ofrecer. Para ellas, y para nosotros, representa el grado más alto y puro del patriotismo, puesto que mira a intereses eternos, y parte de la afirmación y reconocimiento de todas las personas sociales que a ellos responden. Se comprende bien, sin embargo, que las nuevas naciones americanas, cuya lucha por la independencia política duraba todavía a fines del primer tercio de este siglo, necesitaran muchos años para dar al olvido los odios que la guerra crea, aun entre hermanos, y poder pensar en relaciones que una más serena visión de los grandes intereses de la raza impone de suyo. En España obraron las mismas causas, quizá en parte con mayor fuerza, por haber sido la vencida en el combate. De los mutuos prejuicios, reservas y suspicacias que semejante estado había de producir entre las dos fracciones del espíritu español, el europeo y el americano, nació la pequeñez y el apocamiento de la política internacional de uno con otro, pequeñez reflejada en las mismas relaciones de los Estados americanos entre sí. Semejante limitación de miras descarrió el sentido del patriotismo en los países hermanos. España, como nación más formada y de mayor granazón de espíritu, pecó sin duda mayormente, puesto que la conciencia y el cumplimiento de los deberes con tanto más rigor se debe exigir cuanto más elevado es el desarrollo de la persona. Faltaron entre nosotros verdaderos patriotas prácticos⁶ que, dándose cuenta del interés que para todos tiene la intimidad hispano-americana, la preparasen, apartándose de los peligrosos caminos de la política ordinaria, para fundarla y hacer obra patriótica en lo no político, que es, al cabo y en el fondo, mucho más político que lo llamado estrictamente así. No debe extrañar, pues, que desde el Tratado

6. No debe llevarnos esto a desconocer (como con frecuencia desconocen algunos americanos: *v. gr.* el colaborador del *Mercure de France*, P. E. Coll, en su artículo *Lettres latino-américaines* (Octubre, 1897) la excelente acogida que aquí han merecido siempre los buenos literatos americanos, y los elogios y la propaganda que de ellos han hecho escritores tan notables como Valera, Menéndez y Pelayo, y otros.

7. Si nuestros *filisteos* (los hombres del comercio y de la banca) pensasen despacio acerca de lo que influyen en los intereses positivos, en la venta del vino y las

de 1836 con Méjico, que inauguró la reanudación, de relaciones diplomáticas, trascurrieran nueve años antes que los celebrásemos con otras Repúblicas, y aun fuese posible el conflicto de 1864 con el Perú y sus aliados. Hasta 1879 no empieza el verdadero período de los Tratados de España con las naciones americanas⁸, numerosos de 1880 a la fecha. Pero no basta mantener relaciones de esta clase, como se mantienen con otras naciones. Las Repúblicas hispano-americanas son, y deben ser para nosotros algo más que Francia o Italia, y muchísimo más que Inglaterra o Rusia; y por tanto, nuestra relación con ellas ha de ser, en todos órdenes, de un género distinto, de una intimidad infinitamente más honda, fundada de una parte en aquel común espíritu y aquellos análogos intereses de que antes hablábamos⁹, y de otra en la existencia de numerosísima población directamente peninsular que hay en muchas de las citadas naciones, y que tan vivo mantiene (como recientemente se ha visto) el sentimiento patriótico.

Que semejante necesidad la sienten ya muchos espíritus elevados, lo demuestran las manifestaciones de aproximación que antes de 1892 comenzaron a producirse, en el orden de la industria, de la ciencia y de la literatura (personal docente y profesional español buscado por los Gobiernos americanos; creación de las Academias correspondientes de la Española y de la de Legislación y Jurisprudencia), y sobre todo por las que hubieron de producirse, en el orden intelectual con motivo del centenario del descubrimiento de América. Reunidas las conclusiones de los Congresos, Jurídico, Mercantil, Geográfico, Literario y Pedagógico, entonces celebrados, ofrecen un programa amplísimo y fecundo para el patriotismo ideal de la dilatada familia hispánica, y una serie de sugerencias y

telas, en el tipo de los cambios, etc., las uniones intelectuales entre los pueblos, ¿cómo habrían de despreciar las aparentes «inutilidades»), ni escatimar su dinero para los gastos que a ellas se refieren, y que dan luego ciento por uno? Pero, el egoísmo es tan ciego, que no ve lo grande mediano, distraído por la mezquindad de lo pequeño más próximo.

8. Véase un resumen de los datos referentes a este punto en el discurso del Sr. Labra sobre *La intimidad ibero-americana* (Madrid, 1894), pág. 16.

9. La afirmación de esta unidad es frecuente en los autores modernos. Un político norte-americano, Burgess, afirma resueltamente en su *Ciencia política*, cap. 1, el carácter de Nación que fundamentalmente tiene la familia ibero-americana.

proyectos, *gacetales*, para dirigir y aplicar el indeciso entusiasmo de los que, con la mejor intención del mundo, no aciertan, después de mucho hablar, a traducir en «acción» sus propósitos de reforma y su propaganda de caminos y horizontes amplísimos, pero a menudo brumosos. Bastaría dedicar con ahínco todas las energías nacionales a la realización de las conclusiones citadas, para que esta parte esencialísima del patriotismo de raza se lograra en pocos años. A la Universidad, y el general a los elementos propiamente intelectuales, corresponde buena porción de la obra: ya dedicándose a estudiar especialmente, para concentrar las cuestiones y educar a la juventud en el interés y la reflexión de tales problemas, los puntos de derecho internacional señalados por el Congreso Jurídico de 1892, especialmente el Proyecto de Código que había de iniciarse en Octubre de 1877 y que la guerra de Cuba estorbó, indudablemente; y haciendo lo propio con las cuestiones de Derecho mercantil que el Congreso correspondiente hubo de indicar, y con él su coetáneo de Geografía; ya excitando a la realización de la Asamblea diplomática hispano-americana proyectada en 1892, y de la Unión Geográfica española, portuguesa e hispano-americana, planteada también entonces; y muy especialmente prestándose, o tomando la iniciativa, para que se hiciesen efectivos aquellos «vínculos de estrecha unión entre todos los centros de Instrucción pública, Ministerios, Universidades, Institutos y Sociedades oficiales y particulares de España y los Estados hispano-americanos», que proclamó como necesarios el Congreso Literario de 1892, organizando aquella Normal, donde habían de formarse maestros aptos para las escuelas americanas, y aquella otra, dedicada a recoger los huérfanos de ambos sexos de los maestros americanos, portugueses y españoles y darles educación, proyectos ambos votados por el Congreso Pedagógico; y preparando, finalmente, la constitución de aquella Sociedad de Instrucción pública, educación popular y divulgación científica que, propuesta por el Sr. Labra, fue aclamada por todos los representantes del mencionado Congreso¹⁰.

10. «...una Sociedad de carácter permanente y seria organización, con plan meditado y recursos positivos, abierta a todas las aspiraciones y a los hombres de todas las escuelas y de todos los partidos, y en cuyo programa debería figurar, en primer término, así el facilitar el conocimiento mutuo de los pensadores.

Como se ve, hay un ancho campo de actividad, sancionado por el voto de importantísimas personalidades científicas desde 1892, para que la Universidad pueda, sin otras deliberaciones preliminares, aplicar fructíferamente su concurso a esta grande y trascendental obra de patriotismo. Pero claro es que no se agotaron entonces ni la enumeración, ni la determinación concreta de los medios de fortificar y desarrollar, merced a la intimidad de relaciones, el espíritu común de la civilización y de la raza peninsular y americana. Otros quedan, más modestos, por referirse a la iniciativa individual, pero tan importantes como los que tocan a la inteligencia entre las grandes corporaciones y los poderes públicos.

Las repúblicas hispano-americanas han emprendido resueltamente la obra de su educación, mediante la reforma de la enseñanza. Confiéanse sin rebozo, aun las más adelantadas —¡y ojalá nunca se olvidase el valor inmenso que para la regeneración de un país tiene esta franqueza en acusar la realidad del estado actual!— necesitadas de la ayuda de elementos intelectuales extraños, como pueblos nuevos y débiles, todavía, que son. Buscan para esto, no sólo profesores extranjeros, sino la comunicación íntima y constante con la literatura científica de los países adelantados, con el fin de orientarse en la dirección y en el estado actual de todos los problemas intelectuales. Pues bien: el deseo unánime de los hombres más cultos y más entusiastas por el mejoramiento de su país es de hallar en el movimiento científico español pasto adecuado y suficiente para su cultura. Comprenden todos ellos que, viniéndoles por conducto de inteligencias españolas, asimilados según el genio de la raza y expuestos en la lengua troncal de Castilla, los conocimientos mo-

publicistas, oradores y pedagogos de la América latina, Portugal y España, como el poner las obras de todos esos servidores de la civilización y de la paz universal al alcance de la masa general de aquellos países... y en previsión de grandes y no lejanos acontecimientos, de carácter internacional, superiores a los medios exclusivos de la personalidad aislada de cada uno de los grupos en que se divide la vigorosa familia que puebla la América del Sur y la Península occidental europea, determine la formación y el desarrollo de una poderosa fuerza, punto menos que imprescindible para la armonía de aquellos grandes elementos directores de la sociedad política de nuestra agitada época» (*La intimidad ibero-americana*, páginas 35 y 36). En el mismo discurso, se hallarán especificadas las conclusiones de los Congresos de 1892 a que me he referido.

dernos han de serles de más fecundo y fácil aprovechamiento, sin peligro de contaminarse con ciertas direcciones del pensar que, no siendo más que extravagancias de espíritus extraños, excrecencias de la idiosincrasia nacional de otros pueblos, repugnan y pueden torcer la dirección sana del propio genio intelectual. Esta verdad, de clarísima evidencia en unos, oscuramente dibujada en la conciencia de no pocos y mezclada a la natural simpatía que arrastra hacia lo español aún a los más reacios, les hace acoger con aplausos *nutridos todo libro peninsular que les permite ahorrar la lectura de otros extranjeros*, y les impulsa a pedir la repetición de tales envíos. Pues en nuestra mano se halla aprovechar estas naturales inclinaciones, este medio de provechosa y elevada influencia. Sistematicémosla; trabajemos para producir libros a la altura de la ciencia contemporánea; esforcémonos por perfeccionar nuestra literatura científica, pensando, no sólo en nuestro propio adelanto, pero también en el de nuestra familia de América; ocupémonos, incluso, de las cuestiones especiales de aquellos países, realizando publicaciones que han de ser aquí más fáciles que en cualquier estado americano, por la mayor posibilidad de centralizar elementos y de allegar relaciones con países que a veces se comunican mejor con nosotros que con sus próximos vecinos, y por otras circunstancias que, aun dada nuestra decadencia, nos favorecen; y veremos en poco tiempo cómo termina la tutela —en muchos respectos peligrosa— que el pensamiento francés, el norte-americano y otros heterogéneos con el de nuestra raza, ejercen sobre el espíritu hispano-americano. ¡Hermosa obra la que se ofrece al profesorado español! Ante su grandiosidad y trascendencia, deberían desaparecer el temor de unos y la pobreza pesimista de otros, que tantas hermosas aptitudes inutilizan. Y como al fin y al cabo el trabajo científico, al igual de todos, vive, en parte, de la recompensa material a que tiene justísimo derecho, piensen los escritores, incluso, en el amplio campo de difusión que se abriría a sus publicaciones, si llegaran a América tal cual las desean los naturales de aquel mundo, y apoyadas en buenos Tratados (no egoístas, sino simplemente evitadores de fraude) y en una metódica y amplia organización del comercio de librería.

Y séame permitido creer que, si no podemos ni debemos cejar en el esfuerzo por lograr nuestra perfección, antes bien hemos de redo-

blarlo cada día, para colocarnos al par de las naciones más cultas; y si en punto al personal docente con dificultad podemos todavía desprendernos del verdaderamente útil, porque todo lo necesitamos para la reforma nuestra, en la producción literaria todavía nos es posible —en medio de nuestro relativo atraso— ofrecer a las naciones americanas, no sólo buenos resúmenes del saber ajeno, inventarios del estado actual de la ciencia en otros países (como v. g., la *Historia del Derecho Romano*, de D. Eduardo de Hinojosa; la *de la Propiedad*, de Azcárate, y otros libros análogos), sino también puntos de vista originales, iniciativas henchidas de contenido, como algunas que todos conocéis, pertenecientes al orden de las ciencias jurídicas, de la economía, de la experimentación fisiológica, de los estudios de educación y enseñanza, de la misma modernísima sociología particularmente en lo que se roza con los problemas penales. Séanos lícito creer en estas señales de potencialidad científica, tan modestas como se quiera, ya que los mismos extranjeros —más veces fiscales adustos que jueces humanos respecto de nosotros— nos certifican de ellas.

Limitándome a las disciplinas que mejor conozco, porque es mi deber conocerlas, ¿quién duda que la redacción de una enciclopedia jurídica hallaría hoy en España elementos bastantes para su realización, que esta obra expresiva del pensamiento, en no pocos puntos original, de la escuela española, sustituiría con ventaja aquí y en América a la ya vieja, aunque meritísima, de Ahrens, y a otras extranjeras menos divulgadas entre nosotros? ¿Quién dudará que los estudios demóticos y de economía social, orientados, según la originalísima y potente iniciativa del Sr. Costa, por el camino de la realidad consuetudinaria, han de ser venero riquísimo para nosotros y para los americanos, que no podrán hallar en ningún libro extranjero esta corriente genuinamente española? ¿Quién no ha de esperar, en fin, que libros de historia y geografía, libros elementales, libros de cultura general, escritos según la orientación constante del espíritu español —desde Ambrosio de Morales y Páez de Castro, por un lado, y los exploradores de América por otro— sustituirán con ventaja a las historias de la civilización y los manuales de geografía extranjeros, escritos desde un punto de vista nacional, y que escatiman o desfiguran a menudo todo lo que se

refiere a España?¹¹. Coadyuvaría grandemente a este fin que los libros pueden llenar, la publicación de revistas científicas, dedicadas al estudio combinado de las cuestiones propiamente españolas y de las hispano-americanas, y a cuya redacción concurriesen escritores de ambos mundos. La imperfección de algunos ensayos hechos antes de ahora (abandonados, a veces, con sobrada precipitación cuando empezaban a granar), las dificultades con que se tropieza para organizar las relaciones (y de esto yo puedo dar fe en la modestísima esfera de mi *Revista crítica*), y aun la resistencia pasiva que algunos elementos americanos suelen todavía oponer a las más amplias y sinceras peticiones de concurso, son accidentes que no deben hacernos desmayar en el camino, porque a fuerza de luchar con ellos, entusiasta y constantemente, han de allanarse al cabo». España, por una porción de condiciones históricas, se halla en más franca posibilidad de crear estos órganos de relación intelectual entre todas las naciones hispano-americanas y con la antigua madre común, que cualquiera de ellas. Esto lo saben bien muchos espíritus cultos de Ultramar; pero el esfuerzo ha de partir de nosotros, esfuerzo combinado de todos los que realmente se interesan por el porvenir de la civilización española, pues por muy resistentes y tenaces que sean las energías de uno o dos hombres aislados, es seguro que acaban por rendirse al peso de una labor semejante.

11. Nadie habrá elogiado tanto como yo los libros admirables de Seignobos, Crozals, Langlois, Rambaud, y aun los de Hellwald y otros positivistas alemanes. Sin embargo, los que han manejado estas obras y han tratado de aplicarlas a la instrucción de nuestra juventud, saben bien las lagunas que para todo lector español tienen, y aun el peligro que su exclusiva lectura encierra para los niños españoles, en cuanto a la formación de un concepto de la historia de la humanidad y del lugar de nuestra raza en el mundo.

“El patriotismo y la Universidad”, Año XXII, nº 464, 30 de noviembre de 1898, pp. 323-327¹
(Conclusión)

No cede en importancia como lazo de unión, sino que, en sentir de muchos grandes pensadores (Fichte, por ejemplo)², excede a todos, la lengua. Sean cuales fueran nuestras ideas respecto de la conveniencia de una centralización y reglamentación del castellano como las que representa la Academia Española, y aunque nos coloquemos en el punto de vista más radical que cabe en este orden, no podemos negar los españoles que el mantenimiento de nuestra lengua, y su desarrollo conforme a su propio espíritu en las naciones que con él la despertaron a la vida de la civilización moderna, y que la hicieron suya (y aún en las de idioma nacional distinto, si a ellas llega nuestra acción: v. g., Marruecos), es una base indispensable para la influencia y la intimidad intelectual. Los franceses, que no tienen una Academia de la Lengua caracterizada como la nuestra, con un programa centralizador, ni poseen un Diccionario oficial, no por esto abandonan la suerte de su idioma en los países con quienes mantienen alguna relación de raza, política o comercio activo. Antes al contrario, cuidan de ella, ya mediante instituciones oficiales, ya por el esfuerzo de Asociaciones privadas; y hasta en pueblos donde no se da, ni es posible que se dé, el motivo de la colonización o de la comunidad de origen, crean órganos de difusión de la lengua nacional, de que es ejemplo reciente la *Revista francesa de Edimburgo*, fundada por el profesor de Literatura francesa y romance en aquella Universidad, M. Saroléa, y dirigida, con profundo sentido, a sostener sobre la base del idioma, el prestigio intelectual de Francia en el extranjero y la difusión de su literatura.

Mirando así las cosas, elevadamente, aun los mismos anti-académicos han de reconocer la necesidad de velar por la conservación del castellano en América; y aunque sea ley de las lenguas vivas el movimiento y la variación, las diferencias dialectales y locales, sabido es que esto se produce, cuando la función es normal, sin negar el fondo y el carácter sustancial de aquella, fondo y carácter que ha de persistir bajo peligro de muerte del idioma entero. En este

1. Véase el número anterior.

2. Discurso IV.

sentido, las Academias correspondientes de América, y cualquiera otro órgano o corriente de relación que las Universidades españolas creen, han de ser de fundamental influencia en la vida intelectual, para la que es la lengua un medio de expresión menos accidental e indiferente de lo que piensa el vulgo. Para esta obra, los peninsulares que viven en el continente americano pueden ser un elemento efficacísimo; y el serlo constituye sin duda uno de sus mayores deberes, superior quizá al de los auxilios materiales de que en tiempo de guerra han sido pródigos.

Pero la comunicación a distancia, por muy frecuente que sea, está muy lejos de llegar al ideal en este punto. Haría falta algo más: el trato directo, la convivencia más o menos larga entre las personas que por su cultura pueden constituir elementos directores, y, en fin, el comercio inmediato de españoles y americanos, respectivamente, con el público de América y de la Península. A este fin se dirigió aquel proyecto del Sr. Güell y Renté, encaminado a convertir la Universidad de la Habana en un centro común de elevadísima cultura para todos los grupos de la gran familia hispana; y en su vista, también, comenzó a tantear el efímero ministerio autonómico de Puerto-Rico: el establecimiento en la isla de una Universidad o Escuela superior, a la que hubiesen concurrido temporalmente (por un curso o dos) profesores hispano-americanos, para dar enseñanzas monográficas de las respectivas especialidades y constituir un fecundo punto de encuentro de los elementos cultos de España y América. La pérdida de las Antillas, que nos ha impuesto la dura ley de una guerra injusta, ha destruido toda posibilidad de realizar uno u otro proyecto. Su ejecución en territorio continental ha de ser mucho más difícil; pero entiende que el profesorado español debe estar dispuesto a responder a toda iniciativa de este carácter, a todo llamamiento de colaboración en la obra común educativa. Confiemos en que la conciencia de la necesidad de un concierto íntimo —que comienza a despertarse en España y en las Repúblicas americanas— inclinará cada día más, si no a la aplicación de un medio tan costoso como el apuntado, al aprovechamiento de los Congresos, de las Conferencias, de las Comisiones científicas mixtas, cada vez más fáciles de reunir, merced a la creciente rapidez de las comunicaciones, tanto en la Península como en el continente americano; porque ya es hora de que nuestra juventud intelectual

pierda el miedo a los viajes por el Atlántico, bajo la presión de un fin de tanta trascendencia, como a menudo lo pierde para procurarse, al otro lado del mar, un porvenir económico, menos seguro en verdad que la influencia que podría ejercer organizando debidamente la comunicación. Esto aparte, la Universidad y todos los centros de enseñanza españoles deben allanar el camino para lograr aquel fin mediante el reconocimiento de los títulos profesionales, dando ejemplo (si es que al principio hubiera repugnancias o coqueteos en punto a la reciprocidad, como los hubo en Portugal), ya de una manera absoluta³, ya con ciertas condiciones⁴... Los ánimos asustadizos, que arguyen inmediatamente con los peligros de la competencia económica en las profesiones, pueden tranquilizarse sabiendo que, ni en América hay tanto furor como aquí en punto a las carreras liberales de medicina y derecho —que son las de personal superabundante—, ni en todas las Repúblicas americanas están organizados todos los estudios que en la instrucción pública de España figuran. Por otra parte, sabido es que los españoles de carrera que van a aquellos países, no huelgan, antes bien hallan más fácilmente ocupación que aquí, lo cual indica falta de personal⁵.

3. Como el Decreto de 6 de Febrero de 1869, respecto de Portugal.

4. La legislación vigente, que forman el Decreto-ley de 6 de Febrero de 1869, la Real orden de 6 de Febrero de 1888 y otras de ese año, la de 10 de Mayo de 1869, la de 7 de Junio de 1894, la de 12 de Marzo de 1896 y el Real decreto de 12 de Marzo de 1897, ofrece base para esta medida, aunque principalmente se refiere a los títulos profesionales de médicos, farmacéuticos y sus análogos, y a la posibilidad de cursar los alumnos extranjeros en los centros docentes de España. Hay otras disposiciones complementarias. La Real orden de 10 de Mayo de 1889, que precisamente se refiere a estudios hechos en la Facultad de Medicina de Cochabamba, es importante, por lo que toca a la convalidación de asignaturas sin necesidad de nuevo examen.

5. Hago caso omiso del argumento, algunas veces usado en esta cuestión, y referente al valor científico de los estudios hechos en el extranjero. Sin pretensión de hacer una comparación completa, grado por grado, lo que sí afirmaré es la superioridad que respecto de España tiene en algunas Repúblicas de América la organización de la primera y segunda enseñanza y aun la de párvulos. Un bachiller chileno, que haya aprovechado sus estudios, bien se las puede apostar con un bachiller europeo.

La atracción de alumnos americanos a nuestras Universidades y escuelas superiores, desviando la corriente que les lleva, con exclusión de España, a otros países europeos, debe preocupar seriamente al profesorado y a los centros administrativos de la enseñanza, como uno de los más seguros medios de conservar en aquéllos la unidad de espíritu de la raza y preservarlos de influencias que los desnaturalicen, en daño suyo y nuestro.

Pero ni la atracción de alumnado ni la misma reciprocidad de títulos serán efectivas y fecundas, si no tienen por base una reforma (antes interna que de programa y aparato), o más bien un desarrollo vigoroso de la iniciada en nuestra enseñanza superior; porque el legítimo interés de su cultura se sobrepondrá siempre, y con razón, en el ánimo de los americanos, al amor o la simpatía hacia España, y si no hallan en nuestros establecimientos docentes, por lo menos las mismas condiciones de estudio que en los extranjeros, seguirán apartados de nosotros para buscar en otro lado lo que aquí no podemos o no sabemos darles. Yo quiero creer que en algunos puntos los americanos rinden parias todavía a la leyenda que hace mayor de lo que es nuestro atraso; pero nadie podrá negar que en muchos otros su prejuicio responde a una realidad dolorosa. No tengamos reparo en confesarla y en darnos completa cuenta de ella. Imitemos en esto a los prusianos de la época de Fichte, a los patriotas franceses de 1871 y a los mismos chilenos, que por boca de un ilustre profesor, el Sr. Letelier, dieron no hace mucho ejemplo de amor a su nación, confesando que tenían «muy pocos profesores que supieran enseñar sus asignaturas» y «ninguno» absolutamente ninguno, que hubiera mostrado idoneidad para formar maestros con arreglo a los preceptos de la pedagogía científica»⁶. Afortunadamente, nuestra penuria no es igual a la de Chile. Y siendo el mal menor, ¿hemos de rehuir el esfuerzo para anularlo del todo?

Véase, pues, cómo la resolución de todos los problemas viene a condensarse en el perfeccionamiento de la enseñanza, en la «polí-

6. Pág. 416 del libro citado: capítulo titulado *El Instituto Pedagógico ante sus detractores*. Las recientes desgracias nacionales han producido análogo efecto en algunos de nuestros verdaderos patriotas, como lo demuestra el sincero y hermoso artículo publicado por D. P. de Alcántara García, con el título de *Llamamiento* en el número de Julio de su revista *La Escuela Moderna*.

tica pedagógica», que aún no ha sabido inscribir en su programa ningún partido español, pero que innumerables voces salidas de nuestra minoría intelectual piden sin descanso. ¡No sin profundo sentido señalaba en ella la raíz de toda grandeza Fichte, cuyas profecías tan grandiosamente ha realizado la Alemania moderna.

Trabajemos, pues, sin descanso, con fe y ardimiento, profesores y alumnos, firmes en la creencia de lo trascendental de nuestra obra, de la influencia enorme que en lo más elevado de la vida tiene lo más humilde y modesto, cuando se cumple con el alma iluminada por el ideal. No olvidemos nunca que nuestros deberes académicos son deberes nacionales; y que al dedicar unos lo mejor y más íntimo de su espíritu a dirigir la inteligencia y el corazón de los que inician su camino en la vida, y al coadyuvar éstos con la voluntad firme y constante que abre de par en par las puertas de la atención y prepara el entendimiento a la gran obra asimiladora y sugestiva de la educación científica, hacemos más por la patria que con cien discursos declamatorios o con el continuo lloriqueo del pesimismo pasivo.

La responsabilidad de los elementos intelectuales, con ser grande siempre, es mucho mayor y más grave en una nación atrasada y víctima de la abulia, como la nuestra. La regeneración, si ha de venir (y yo creo firmemente en ella), ha de ser obra de una minoría que impulse a la masa, la arrastre y la eduque. No nos dejemos ilusionar por la esperanza en lo que vagamente suele llamarse «pueblo», «fondo social», etc. En un país donde hay cerca de 12 millones de personas que carecen de toda instrucción, y en donde, como todos sabemos de experiencia propia, hay que descontar en rigor más de la mitad de los restantes, por las deficiencias de nuestra enseñanza primaria, única que alcanza la mayoría, ¿qué esfuerzos se pueden pedir razonablemente a esa masa social, en pro de cuestiones que ni comprende, ni le interesan, ni puede resolver por sí, aunque nada de esto proceda de culpa propia? No confiemos más que en lo que pueda servir en los elementos verdaderamente útiles, en la minoría que lee, estudia, piensa y se da razón de los grandes problemas nacionales. Podrá contar ésta con la colaboración pasiva de ciertas cualidades morales que posee la masa, y con un cierto

instinto de salvación en ella manifiesto⁷, de donde pueda derivarse la seguridad, ciertamente importante, de no hallar resistencias en la obra y de que los demás respondan con sacrificios económicos y personales (como lo han hecho con motivo de la guerra de Cuba, que no era, sin embargo, verdaderamente popular) a las peticiones de arriba; pero la impulsión, la organización, la ejecución de los planes, la discreta aplicación de los procedimientos, el cumplimiento concreto de los deberes, que pide cultura y una diferenciación inteligente de órganos, eso, sólo los elementos citados pueden hacerlo, y de ahí la terrible responsabilidad que sobre ellos pesa. El humilde «paisano» de nuestras montañas, el labrador de los llanos de Castilla, el payés de las regiones catalanas, etc., (que forman la mayoría de la nación), no pueden dar el impulso para regenerar el país, porque ellos son los que primeramente necesitan de regeneración y de cultura. Si España no sale de la profunda crisis que atraviesa, culpa será de los llamados «elementos directores» —entre los cuales hay que incluir a todo el que tiene conciencia de las necesidades generales de la patria— a los cuales incumbe la «acción»; y es bueno que piensen seriamente en esa culpabilidad que les amenaza⁸.

7. La cifra de analfabetos es, en el censo de 1887, de 11.945.871. Hay motivos para creer que ha disminuido bastante estos últimos años, y para que se vea cuán compleja es la psicología social, y cuánto bueno puede hallarse todavía en un pueblo atrasado, mencionaré los ejemplos de las provincias de Burgos y de León, donde, según testimonio de los Sres. Serrano y López Moran (en sus estudios sobre derecho y formas consuetudinarias de la vida popular), las mozas señalan con el dedo a los jóvenes que no saben leer y escribir y rehúsan contraer matrimonio con ellos.

8. Por muy graves faltas que hayan cometido nuestros Gobiernos en orden a sus deberes para con la cultura racional, hay que decir francamente que otras tantas corresponden a los elementos sociales que no intervienen en la gobernación pública. Es muy cómodo quejarse a la continua de la inercia del Estado y permanecer, los que se quejan, en la más absoluta inacción cuando se trata de cooperar a las funciones que transitoriamente, cumple hoy, en parte, el organismo jurídico. Lo que la iniciativa particular pueda hacer en esto, es incalculable, y bien claro se ve, en nuestro propio país, recordando las innumerables fundaciones antiguas de Universidades, Colegios y Casas de enseñanza, debidas, no ya a corporaciones, sino a individuos poderosos. ¿Qué hacen hoy los más de nuestros ricos, ni en vida ni en actos de última voluntad, para sostener esa hermosa tradición española? ¿Dónde están aquí las fundaciones, los legados, las do-

Y como la obra de regenerar un país no se cumple en un día, ni una vez iniciada tendrá valor si no se alimenta con nuevos esfuerzos, ni es natural, en fin, que se basten, ni aún para comenzar su ejecución, las generaciones gastadas por el fracaso de otros ideales o por las luchas que, no sin fruto siempre (hay que decirlo para atajar la ingratitud de los modernos), llenaron nuestra historia en este siglo, la responsabilidad caerá especialmente sobre la juventud, cuyo entusiasmo, cuya generosidad, cuyas fuerzas vírgenes, hacen ahora más falta que nunca. Pensad en ello, jóvenes alumnos de esta Universidad de gloriosa tradición. Pero guardaos bien de confundir el trabajo útil con la palabrería; la convicción científica adquirida tras largas investigaciones, con los aparatosos destellos de tanta novedad precipitada; el esfuerzo serio con el lirismo quejumbrón, y el espíritu de la civilización moderna con el romanticismo y la osadía de redentores improvisados, que mezclan un radicalismo, que no es el de los radicales auténticos, con las locuras de un delirio erótico, considerado como el *summum* de la libertad redentora⁹.

No creáis que se os exige demasiado. Comenzad por romper la precaución vulgar —tan frecuente en España— que no considera útil sino lo muy grande, lo muy perfecto y acabado. Reflexionad que en la obra complejísima de regenerar una nación —como, al fin y al cabo, en todas las funciones sociales— tan necesario es el genio que dirige y organiza, como los elementos inferiores a él, sin cuyo concurso de nada serviría su impulso. Cuando se pide «juventud», como factor nuevo para la acción, no creáis que se entiende pedir únicamente gobernantes nuevos. Ya sé que la estatolatría dominante y la ambición política (única que vive entre nosotros y que, en

naciones, que tan poderosamente ayudan en Inglaterra y en los Estados-Únidos al desarrollo y la vida pujante de las instituciones docentes? *El Evangelio de la riqueza* no se practica apenas entre nosotros por lo que toca a la enseñanza; y quien no lo practica, no tiene derecho a censurar lo que, si no fuera por su egoísmo, quedaría remediado en muchas de sus faltas. Los hermosos ejemplos de Aguirre, de Sierra Pambley, de Tolrá, Casariego, Pola, Álvarez, Sotes y otros cuantos que pudieran citarse, son los que se deben imitar. Sólo así llevarán los españoles pudientes el concurso necesario a la obra de regeneración nacional, concurso sin el que la acción del Estado siempre es deficiente.

9. La importancia que tiene este elemento, tan arraigado por desgracia en las generaciones «modernistas» de Francia, Bélgica y otros países, puede verse en el artículo citado de *L'Ermitage*, revista cuyo *modernismo* no negará nadie.

ciertos límites es, sin duda, no sólo lícita, sino necesaria) interpretan en ese sentido, casi siempre, los llamamientos a la juventud. Pero ni todos los jóvenes pueden ser gobernantes, ni los que llegasen a serlo valdrían nada, sin la «presión social» (la frase ha sido escrita en los periódicos y debemos congratularnos de ello): porque abandonados en la labor, teniendo que llevar a remolque toda una sociedad pasiva, sin que ésta signifique de continuo su presencia para animar y ayudar a sus representantes con la adopción y la defensa de las reformas, el cumplimiento de los deberes y el fortísimo sostén de las ideas compartidas (que dejan así de ser singularidades de un teórico), serán infructíferos los esfuerzos de los que pretenden dirigir. Casi puede decirse que, más que grandes individualidades, se necesita masa, amplios estratos concordes con la dirección que conviene imprimir a las cosas, sobre los cuales se pueda ya edificar en firme. No desmayen, pues, los que no se sientan con energías o con vocación para ser directores; su concurso, como elementos de la cooperación social, es igualmente necesario. Lo que importa es formar el espíritu en el amor a la patria y en la convicción de que sólo *queriendo* la mejora y luchando por ella, todos unidos y cada cual en su puesto, ha de lograrse. Para esa lucha todos sirven, y el que menos parezca poder servir, podrá inmensamente, con sólo el ejemplo de su trabajo asiduo en la profesión que abraza, su allanamiento a todo lo que signifique adelanto social, y el cumplimiento estricto de todos sus deberes, da como fuerza intelectual y como ciudadano.

Haciéndolo así, cumpliréis fielmente con el deber del patriotismo, que no consiste, según ya dijo Iriarte, en la hinchada vanidad de proclamar lo propio como lo mejor del mundo, negando y encubriendo sus defectos, a reserva de cruzarse luego de brazos y eludir, con criminal egoísmo, el menor sacrificio por el interés común; sino que es, ante todo, «una noble pasión por engrandecer la tierra donde uno ha nacido»¹⁰, mediante el reconocimiento sincero de las faltas, el trabajo diario para corregirlas, el afán por aprovechar el ejemplo ajeno, el deseo vivísimo de igualar a los más perfectos y de conseguir, por amor a la patria, que en todas partes y en todos los órdenes valga realmente tanto como cualquier

10. L. Mallada, *Los males de la patria*.

otra nación. Entendido así el patriotismo es, como dicen d'Arvert y Legrand, fuente de grandes virtudes y excelencias morales, y en vez de deprimirlo, hay que exaltarlo y robustecerlo; porque sintiéndolo así todos los que realizan alguna acción social —los empleados, los jueces, los políticos, los profesores, los militares, etc.— acabarían, o por lo menos disminuirían en gran escala, muchos de los vicios y defectos que desprestigian a una nación y la debilitan en el gran concurso de las fuerzas humanas. Piense cada español que en su conducta va implícito el honor, el porvenir y el crédito de España, y nuestra regeneración será cosa fácil, en lo que depende de la actividad de los hombres.

Y si empeñados en esta obra halláis obstáculos en el camino; si el resultado de ella no responde siempre a la magnitud de vuestros esfuerzos, no desalentéis con flaqueza romántica, ni os consumáis en negaciones y pesimismo, que nada producen. Trabajad, trabajad siempre, seguros de que no hay trabajo pequeño para la vida, y no descanséis, ni aun cuando comiencen a despuntar las señales de la regeneración. Recordad entonces las palabras con que terminaba su *Oración apologética* un español digno de todo nuestro respeto (aunque no pensemos en un todo como él pensaba), por su gran amor a la patria y sus desvelos en pro de la cultura nacional: «La juventud, lejos de desalentarse y echarse a dormir con este conocimiento (el de un relativo progreso logrado), debe sudar y trabajar intensamente para arrancar a su patria de la dependencia que tenga de otras naciones por algunos caminos. La recompensa más digna será la memoria de sus desvelos en los tiempos futuros, cuando, agradeciendo nuestra posteridad los beneficios que herede, labrados por nuestro trabajo, diga a sus hijos con enternecido reconocimiento: 'En nuestros mayores tenéis los ejemplares que debéis imitar: emulad sus fatigas; y para que no acabe jamás en la patria la idea del saber, de la virtud y de la aplicación, trasladad su memoria de generación en generación, y encomendad a todas la generosa obligación de la gratitud'».

“La educación del obrero”, Año XXV, n° 490, 31 de enero de 1901, pp. 1-7¹

Cuando se habla de educación del obrero, es lo general traducir esta idea, inmediatamente, por la de educación técnica, que responde a la preocupación utilitaria de la mayoría. Explícita o implícitamente, se viene a razonar así: el obrero, lo que necesita ante todo es resolver su cuestión económica, es adelantar en su oficio, ya para obtener mayor jornal, ya para perfeccionar el producto, asegurándole mayor mercado y precio más subido. Por lo tanto, una vez posesionado de los conocimientos que pueden llamarse *instrumentales* de toda cultura, una vez que sepa leer y escribir, hay que orientar todo el resto de su instrucción y de su educación en un sentido eminentemente práctico, en vista, del oficio propio; porque el obrero no tiene tiempo que perder en los pulimentos del espíritu, en los estadios *teóricos*, que los ricos —palabra muy relativa, quizá más que ninguna otra—, pueden permitirse. Con esta sentencia por delante, y exagerando el apremio del tiempo y la limitación o particularidad de cada orden de trabajo manual, se reduce considerablemente el programa de la educación obrera a las cosas más ostensibles y estrechamente ligadas con la vida del alumno trabajador de tal o cual clase. Todo lo que cae por fuera de esta preparación especialista, se tiene por cosa vedada, a título de inútil o de inasequible.

No debe extrañarnos esta manera de ver las cosas con relación al obrero —cuya educación es problema de ayer de mañana, como quien dice—, pues la misma burguesía, que tiene tradiciones muy diferentes, no piensa de otro modo respecto de sí propia. Verdad es que la mayoría de los niños burgueses (esto es, aquéllos que no han de dedicarse a trabajos manuales, sea cualesquiera la riqueza y la clasificación u origen social de sus padres), después de la escuela primaria, cursan el bachillerato, donde —teóricamente— se les da una instrucción enciclopédica, cultivando todos los órdenes de su actividad intelectual y todos o casi todos los ramos de la cultura humana. Pero no debemos olvidar que muchos, muchísimos padres no transigen con la segunda enseñanza, sino porque el título de ba-

1. Del discurso leído en la Escuela ovetense de Artes y Oficios.

chiller es necesario para los estudios profesionales, es decir, porque sin él no admitirían a sus hijos en la Universidad o en la Escuela es especial; creyendo, en el fondo, que para nada sirven «en la práctica de la vida» las más de las materias de aquel período; y puede apostarse doble contra sencillo, a que si se hiciese una ley plebiscitaria de instrucción pública, casi todos los padres —aun los más *progresistas*— votarían por la supresión de muchas asignaturas y la reducción a un par de años, *v. gr.*, del bachillerato, para que los niños tengan pronto su titulito, terminen aún adolescentes una carrera y se coloquen en potencia propinqua de ganar buen sueldo... y casarse a las primeras de cambio.

Como, felizmente, es de esperar que para esto no se implante entre nosotros el régimen de la democracia directa, consideremos como factor obligado la segunda enseñanza con su carácter de cultura general, y demos por bueno que rinde todos sus frutos naturales, cosa de que también duelan todos los padres de familia, y esta vez con plena razón.

En la enseñanza superior, la preocupación reaparece. Claro es que en ella las especialidades se imponen, y nadie piensa en que un futuro abogado estudie el cálculo infinitesimal a la vez que el derecho civil, o que un candidato a ingeniero curse, juntamente con la resistencia de materiales, la anatomía que se exige a los médicos. Esto no obsta para que haya muchas cosas comunes a todas las especialidades, o a varias, dentro del mismo grado de enseñanza superior y del sentido profesional, como han reconocido algunos legisladores —*v. gr.*, entre nosotros, el malogrado e inolvidable Ministro de la República Sr. Chao y ahora el Sr. García Alix —proclamando el principio de las relaciones inter-universitarias de las diferentes facultades y señalando estudios comunes a dos o tres de éstas. Pero aun descartando esta cuestión, dentro ya de cada carrera, el principio técnico, utilitario, «práctico» que se dice, renuévase con extraordinario vigor. Concretándome a mi facultad —que naturalmente conozco mejor que otra alguna— es bien notoria en muchos la tendencia a no considerarla sino como una Escuela profesional encargada de formar *abogados*. Y como el abogado es, para la inmensa mayoría de las gentes, un hombre que conoce bien las leyes de su país (singularmente las puertas falsas, tranquilas y recursos habilidosos con que brindan) y juntamente

con esto es persona desenvuelta, atrevida, fácil de palabra, capaz de travesuras lícitas para habérselas con la curia, los jurados, el fiscal, el defensor de la parte contraria, etc., etc., trasteándolos a todos y saliéndose con la suya, lo que no sirva —aparte las dotes naturales, que no hay Facultad² que las cree— para formar profesionales por el estilo, huelga en la educación de los letrados; y así se predica contra las asignaturas teóricas y contra los muchos años de carrera, que los mismos alumnos (recogiendo la doctrina, a fuer de listos), se encargan de acortar mediante una sabia combinación del sistema oficial con el libre, de que gozamos para mayor gloria y provecho de la enseñanza. Verdad es que ésta, hoy por hoy, no forma ni abogados ni *teóricos*, cojeando de ambos pies, no por tropezos del uno con el otro, sino sencillamente, porque a lo *práctico* de los estudios no se les da ese carácter, y lo *teórico* no suele pasar de generalidades de poca sustancia.

Pero, volviendo a mi tema, si el con sabido plebiscito se aplicara a la organización de la Facultad de Derecho, es seguro que, por una inmensa mayoría, quedarían reducidos los estudios a la pura legislación vigente, con más o menos comentarios *prácticos*, y quizá algo de aprendizaje de bufete (como se hace *v. gr.* en Austria), o de Registro, o de Notariado, etc. Todo lo que fuera cultura filosófica, o histórica del Derecho, formación de un ideal jurídico, elevación del espíritu de justicia —que suele ser diferente del legal—, educación lógica para la función interpretativa en que consiste propiamente todo el arte del jurisperito, eso sería implacablemente borrado del programa. No hay más sino ver que en países de mayor cultura, como Francia, es cuestión muy discutida ésta y muchas las voces que piden un refuerzo vigoroso de la cultura general jurídica de los abogados, lo cual supone que hoy no la tienen.

Contribuye a mantener aquélla limitación de sentido la corriente poderosísima de la pedagogía moderna, favorable a una educación realista, positiva, y contraria, acérrima del antiguo verbalismo libresco, del psitacismo, o repetición memorista de palabras, cuya significación no penetra el alumno; pero esta ayuda no procede en rigor del fondo de esa corriente, sino de su interpretación torcida por el vulgo. Que un ingeniero, *v. gr.*, salga de la escuela sabiendo

2. *Quod natura non dat, Salmantica non praestat.*—*N. de la R.*

hacer caminos y puertos y que se haya formado en esta habilidad practicando lo mismo que luego habrá de proyectar y dirigir, no implica que esté ayuno de ciencias matemáticas y naturales, sino al contrario: que sepa muy profundamente todas las que dicen relación a sus obra, aprendiéndolas en vivo, que pudiera decirse, pero de tal modo, que arranquen su espíritu de la rutina y le permitan fecundar constantemente la realidad en que refleja su acción con nuevas invenciones, procedimientos y victorias sobre la naturaleza, siempre varia y rebelde. Y como quiera que su ciencia aplicada tiene relación con necesidades sociales del orden económico y jurídico, en cuyo servicio precisamente trabaja, la misma labor técnica del ingeniero ganará, que no perderá, con estar presidida por un espíritu iluminado con el conocimiento de la trascendencia social que cada obra tiene de por sí y de los factores humanos con que necesita contar indefectiblemente.

En tesis general, la teoría que es verdadera teoría, y no ilusión o charla insustancial, no sólo no daña, sino que es ineludible condición para la buena práctica que de ella sale, y a ella está ligada plenamente.

Apliquemos ahora estas consideraciones generales a la educación e instrucción del obrero, y saltará a la vista que la misma habilidad técnica será en él tanto mayor, más consciente de sí misma y más fácil a los perfeccionamientos, cuanto más alta (es decir, más *teórica*, empleando la palabra que el vulgo le daría) sea su cultura en la ciencia correspondiente al arte que practica, en las que con ella se relacionan (que es decir, todas) y, en general, cuanto más despierta tenga la inteligencia por un cultivo amplio de sus funciones. Parece, por ejemplo, que para hacer un mueble basta ser mediano carpintero o ebanista. No saliendo de los tipos más modestos y de los modelos corrientes, es indudable. Pero, en cuanto se trata de algo escogido, especial, o de creaciones nuevas, la empresa necesita de conocimientos muy superiores a los del simple oficio, necesita de cultura artística, histórica y hasta social, para apreciar bien las necesidades a que ha de responder la obra, los gustos y tendencias de época, los elementos históricos (arte antiguo) que convendrá aprovechar, resucitándolos o combinándolos de diversas maneras; y es absolutamente cierto *que logrará mayores éxitos en esta labor, y mayor lucro, por tanto, el industrial que mejor dotado*

esté de esas condiciones de cultura. Y no se diga que ésta es ventaja reservada a pocos, y que la mayoría de los obreros estará ligada siempre a esfera más modesta y a labor casi mecánica; porque como esos pocos no vienen al mundo ya con semejante supremacía, sino que tienen que ganársela por el trabajo, y la puerta de éste a todos y a todas horas se halla abierta, claro es que cualquier obrero está *en posibilidad* de llegar al más alto grado de perfección. Más diré: todos deben aspirar a él, porque el hombre que no ambiciona perfeccionarse y mejorar una condición social no es digno de la vida. En lugar de apocaros y de satisfaceros con lo que sois y tenéis, aspirad siempre a ser más, y el éxito se os dará por añadidura. Buscadlo por el único camino verdaderamente humano y honrado, que es el del esfuerzo propio.

No hace mucho, leí en una revista que cierta fábrica extranjera de instrumentos de metal tenía establecido un buzón, dedicado a recoger las proposiciones de mejoras en el producto que se les ocurren a los obreros. Estas proposiciones son examinadas por un tribunal técnico, que acepta las que cree verdaderamente útiles; y, en efecto, la fabricación se ha perfeccionado mucho, merced a repetidos inventos y observaciones de los obreros, que así colaboran a la obra intelectual de la industria. Como esos trabajadores deberían ser todos; ¿y quién dudará que las proposiciones más ventajosas procederán siempre de los que más hayan cultivado su inteligencia y penetrado la realidad, no sólo en el círculo estrecho de su labor individual, sino en el amplio campo de las operaciones mecánicas y de las ciencias naturales que a ellas se refieren?

La experiencia diaria nos brinda con ejemplos del valor grandísimo que tiene una cultura general, aun en las aplicaciones más concretas. A nadie que no sea carpintero, *v. gr.*, se le ocurrirá competir con uno que lo sea en la producción propia de ese arte; pero ¿cuántas veces no sucede que una persona de cultura rectifica acertadamente la operación hecha por un técnico, o prevé los inconvenientes y peligros de ella, aunque sea lego en el oficio en cuestión? Los técnicos suelen reírse, y desde luego rechazar esas intrusiones; pero con frecuencia tiene razón el intruso. ¿Por qué, si no posee la educación técnica apropiada? Pues, porque el cultivo extenso que ha hecho de su inteligencia le permite abarcar un sinnúmero de relaciones de las cosas, que al obrero, reducido estrictamente a su

labor, se le escapan; y mediante ese conocimiento general, puede saber de un arte determinado, en ciertos momentos, más que el mismo artífice. El vulgo suele decir que hasta para clavar un clavo se necesita talento. No, lo que se necesita para hacer bien las cosas es una inteligencia despierta por el trabajo.

Pero notaréis que, en todas las consideraciones que preceden, no hemos salido de los efectos útiles de la cultura general. Examinemos ahora los que vulgarmente no son así llamados. Quiero suponer, por un momento, que hay órdenes del saber desligados de todos los demás, y que en ellos no se reflejan; es decir, quiero suponer el absurdo de que si la inteligencia se cultiva en determinado sentido de una manera suficiente, esto no amplía su capacidad y su aptitud para recibir otros conocimientos y comprenderlos y asimilarlos con mayor facilidad y rapidez; y supongo este absurdo, porque mucha gente cree en él. Convengamos, pues, en que hay cosas de la cultura general que para nada influirán nunca en la vida propia del obrero *como obrero*. Pero ¿acaso éste no es, ante todo, hombre, y como hombre ser de sentimientos, de aspiraciones ideales, de necesidades comunes con las de los demás prójimos suyos, ciudadano, padre de familia, accesible a todos los amores y a todas las emociones que proceden de la naturaleza, de la sociedad y del arte? ¿Por qué razón y con qué derecho limitaríamos la vida del trabajador manual, cercenándole actividades y expansiones que en los demás hombres son comunes? En un siglo en que se proclama la emancipación económica de la clase obrera y se lucha afanosamente por darle en la jornada natural un período de descanso (llenando así una aspiración que el maestro Ahrens formulaba hace muchos años dentro de la escuela krausista), no puede haber ni siquiera el subterfugio de que el obrero carece de tiempo para, dedicarse a otra cosa que a su trabajo profesional.

El día que impere para él ese régimen ideal *de los tres ochos*, que proclaman los ingleses³, y sabido es que en no pocas partes ya se ha conseguido, tendrá tanto tiempo como cualquier otro trabajador (*v. gr.* los intelectuales, a quienes no les vendría mal en más de un caso la imposición forzosa de tal régimen) para cultivar su espíritu en

3. Consiste este régimen en dedicar ocho horas al trabajo, ocho a las distracciones, instrucción, reposo, etc., y ocho al sueño.

otras direcciones que la determinada por el oficio, o la parte de oficio que ejerce. Quien otra cosa predique, apoyándose en el señuelo de un utilitarismo mezquino que seca las fuentes mismas de la vida, ése no quiere bien a los obreros. Así como repugnáis ser esclavos de la industria ajena, debéis también rechazar la esclavitud a que os condenaría un uso exagerado de vuestras propias fuerzas, acumulando trabajo en las horas libres con el apetito de la ganancia, sin dar expansión ninguna a vuestro ánimo y cerrando vuestro espíritu a los grandes goces del sentimiento y de la inteligencia. Seríais así materia fácil a explotaciones futuras; porque la ignorancia y la sequedad de corazón empequeñecen a los hombres y los entregan atados a las habilidades de los explotadores sutiles.

He hablado de goces, y en efecto, esa es una de las cosas que sacaréis de la cultura general a que os incito. En primer lugar, como el fin de la inteligencia es saber, cuando le damos satisfacción en forma y medida adecuadas, le proporcionamos un goce, el de toda función que se cumple normalmente, dándose el caso de que en ella, cuanto mayor sea la medida en que le demos alimento (no excediéndonos a cantidades extraordinarias, que pueden perjudicar), más grande será su placer. Muy a menudo oís hablar de trabajadores intelectuales, para quienes su ciencia es el goce mayor de la vida, que no cambiarían por ningún otro. Lo que el vulgo pudiera tener por fatiga, ellos lo tienen por admirable y soñada distracción.

Pero, además, a medida que vamos conociendo el mundo que nos rodea, hallamos en él nuevas fuentes de belleza y esparcimiento. Vosotros sabéis bien lo que esto es, cuando a fuerza de roce y de intimidad con las máquinas que manejáis —y que a los profanos pueden parecer feas, sucias, temibles— llegáis a encontrarlas bellas, atractivas, y gozáis en pulirlas y aderezarlas como a una mujer amada.

Los espectáculos de la Naturaleza nos brindan con hermosuras y delicias, también en razón directa de lo que dentro de ellos vemos (es decir, de lo que conocemos de ellos); porque a medida que se penetra su realidad, va pareciéndonos ésta más rica de prodigios y encantos. El cielo estrellado es sin duda cosa magnífica y que a todos, más o menos, admira y seduce; pero está más henchido de bellezas, ofrece más goces y distracciones para el espíritu culto que

para el ignorante. Así como nuestros ojos ven más cuanto más luz tienen en su horizonte, así la inteligencia iluminada ve más, *ve materialmente más cosas*, que la cerrada a toda cultura. No sin verdad se ha dicho que no es el labrador —aunque vive en el campo— quien ve y goza más del paisaje que le rodea, sino el hombre de la ciudad, que tiene, para estimar las líneas y los colores, las masas y los accidentes, los ojos del alma abiertos y llenos de imágenes. Esa apreciación, cada vez más grande, de lo bello que hay en el mundo; esa aptitud para hallar a nuestro alrededor cosas agradables que ensanchen el espíritu, creedme que es una de las cosas más grandes de la vida. Multiplica nuestras alegrías y placeres, que bien pocos son, por desgracia, y esto lo hace sin daño para nuestra salud ni gasto para nuestro bolsillo. Y así va elevando y dignificando nuestras distracciones, nuestros días de fiesta, nuestros ratos de holganza. Sólo el que no sabe divertirse en otra cosa, pasa su tiempo en la taberna, en el café, en el garito o en los toros.

Lo que he dicho, particularmente de la Naturaleza, puedo decir también del Arte. Para quien no sabe leer, ¿qué valor puede tener un libro? Para el que, sabiendo, no ha llegado —por culpas propias o ajenas— a encontrar *gusto* en la lectura, hállese ésta borrada del campo de sus placeres y distracciones. Pero ¡cuántos goces no encierran los libros! ¿Qué momentos tan hermosos, qué emociones tan hondas no despiertan los grandes poetas, los buenos novelistas, los escritores de raza! ¡Cuántas veces consuelan de grandes amarguras y de crueles desengaños! Pensad tan sólo en el goce que muchos experimentáis con la lectura de un mal folletín, de una novela por entregas, o de un romance de ciego. Infinitamente más os darían los buenos libros. Y como los libros, los cuadros, las estatuas, la música, de todo lo cual algo disfrutáis al fin y al cabo, en dosis pequeñas y calidades ínfimas, con los grabados de libros y periódicos, las tallas de vuestras propias obras, los cantos populares de vuestra localidad... ¡Figuraos lo que todo eso, depurado y engrandecido, puede traer a vuestra vida, y contad que precisamente vosotros, amarrados a la dura labor física, sois los que más necesitáis de placeres intelectuales!

Pero no es sólo goce lo que en todo eso hallaréis. Las distracciones elevadas, los placeres del espíritu, producen efectos morales y efectos higiénicos. De una parte, dan al hombre mayor conciencia

de su valer y de su dignidad, afirman y dulcifican los sentimientos, hacen amar la paz, despiertan ideas humanas y generosas. Los griegos representaron a Orfeo, su poeta-músico legendario, rodeado de fieras que, olvidadas de sus furores, le escuchan embelesadas; y en esa alegoría quisieron expresar el poder amansador del Arte. De otro gran personaje de la antigüedad, el físico Arquímedes, se cuenta que, absorbido en la resolución de un problema de matemáticas, permaneció ajeno a una gran batalla que se estaba librando en la misma ciudad donde residía, y hasta no vio llegar junto a él a los soldados vencedores, que le dieron muerte, de tal modo la ciencia le hizo extraño a los ardores guerreros de sus compatriotas.

El que vive a menudo en el seno de la Naturaleza, o se detiene en su estudio, aprende a respetarla, se hace cargo de lo cruel que es maltratar inútilmente a las plantas y a los animales, y se siente, naturalmente, humilde junto a la inmensa fuerza y grandiosidad del mundo.

Pero además de esto, todas las ventajas morales e intelectuales que recibe el espíritu, refléjanse sobre la salud del cuerpo, porque nada hay que ayude más a la regularidad de las funciones naturales, y aun a la curación de las dolencias, que la alegría, el placer, la satisfacción ideal, que nacen de una buena lectura, de un buen trozo de música, de un drama conmovedor o de la contemplación de un paisaje soberbio. Las experiencias de Crichton-Browne y de otros fisiólogos sobre los resultados higiénicos de las lecturas recreativas y de las distracciones de cierto orden, prueban científicamente esta aserción, que, por lo demás, a cada paso afirman los médicos, cuando aconsejan levantar el ánimo de los enfermos con alimento de alegría y amenidad para su imaginación entristecida. Y ved cómo volvemos por otro camino a lo útil, pero ya con un sentido más elevado; porque, ciertamente, ¿puede haber algo más útil en nuestra vida que la salud y el buen humor?

Por último, esa cultura general que yo os recomiendo ha de servir para cumplir muchos fines esenciales de vuestra vida que no son el del oficio, pero que, a menudo, os importarán más. Me fijaré tan sólo en dos: el de padres de familia y el de ciudadanos. Como padres, tenéis que atender a la ordenación económica de la casa, a la disposición higiénica de ella y de los actos que en ella se realizan, a la salud de vuestros hijos, que son pedazos de vuestra

alma; y ¿creéis que todo eso se puede hacer bien, viviendo en plena ignorancia? De ningún modo. Pensad que muchas de nuestras enfermedades proceden de imprudencias que cometemos, de faltas de precaución, que muy fácilmente se remediarían, de saber todos lo poco que hay que saber para evitar aquellas malas consecuencias. No sin profundo sentido decía doña Concepción Arenal en su hermoso *Visitador del Pobre*, que lo primero a que había que enseñar era a ser limpios e higiénicos, cosa compatible en gran parte con la vida más modesta que podáis concebir. ¡Cuántas veces los mismos médicos no hallan terrible oposición a sus salvadoras disposiciones en la ignorancia del enfermo o de sus parientes! Y fijándonos en los niños, pobres seres casi indefensos, confiados a la bondad y a la previsión de los mayores, ¿en qué gran medida no pudiera evitarse la aterradora mortandad que, por culpas nuestras, los arrebatara ciegamente de este mundo, dejando un rastro de lágrimas en la casa, con sólo que los padres supieran algo de higiene!

Y esto que digo de la parte higiénica, se aplica a la económica; porque ¡cuántos son más pobres de lo que deberían ser, porque no saben emplear y distribuir lo que ganan!

Si de la vida doméstica pasamos a la pública, decidme, vosotros que vais a votar, que tenéis que defender derechos ante los jueces y las autoridades administrativas, ¿cómo habéis de llenar bien aquella función y mantener lo que es vuestro, si ignoráis lo que son esas cosas y hasta de lo mismo que os pertenece no tenéis a menudo noticia? ¿Pues de qué viven el caciquismo y la inmoralidad política, sino de la ignorancia de la masa en este orden? ¿Por qué a tanta gente se le despoja de sus mismos derechos civiles, no ya de los políticos, sino porque desconoce lo que es suyo y se deja engañar por los vividores del papel sellado? Y para la misma defensa de vuestros intereses de clase, ¿no necesitáis acaso saber muchas cosas más de las que puede daros esa escueta educación técnica, a que quieren reduciros algunos?

No os contentéis con lo poco, pudiendo tener lo mucho. Abrid vuestro espíritu a todos los vientos de la cultura, en la medida que os sea posible. Por modesta que la creáis, llevará en sí una fuerza enorme y será escalón para que os remontéis cada vez más altos. Todo os servirá; de todo sacaréis fruto admirable para vuestra vida. Y no os amilanéis porque la sociedad preste todavía pocos medios

para esa obra. Inscribid en vuestra bandera el derecho a la instrucción, para que al fin, todos unidos, lo impongamos al Estado. Pero tened en cuenta que la iniciativa particular, que la buena voluntad, que el ánimo decidido, pueden mucho. Quienes han sabido en pocos años organizarse corporativamente como fuerzas económicas y políticas, en el mundo entero, no pueden tener por difícil el proveer por sí solos a muchas de sus necesidades intelectuales. Todos los hombres de corazón os ayudarán en esa empresa; y buena prueba de ello son ya las Universidades populares, las colonias universitarias y la «Extensión», que conocéis por experiencia propia. La Sociedad de Amigos del País, de Oviedo, que tiene tan gloriosa tradición y que hace años cuenta a su frente con uno de los más beneméritos patrocinadores de la educación popular, merced a cuyo arranque generoso vive esta Escuela de Artes y Oficios, también responderá, como ha respondido siempre, a llamamiento tan simpático y de tan alta importancia.

“El teatro de Hauptmann”¹, Año XXVI, n° 509, 31 de agosto de 1902, pp. 247-252

I

Dos motivos he tenido para escoger el tema que pienso desarrollar en esta y en conferencias sucesivas: es el primero la gran importancia literaria de Hauptmann, unida a la oportunidad que entre nosotros tiene cuanto se refiera al insigne dramaturgo, por prepararse en uno de los teatros de la Corte la representación de su drama *Almas solitarias* —producción tal vez no bien escogida para el público español, por el carácter marcadamente simbólico de la obra— y con la cual se quiere iniciar aquí el movimiento de vulgarización del teatro de Hauptmann, del cual comienza ahora a hablarse algo en los periódicos españoles, como en la revista *Nuestro tiempo*, donde, firmado por el Sr. Aznar, aparece un artículo hecho principalmente en vista de otro de cierta publicación inglesa.

Me ha movido también a elegir preferentemente un asunto literario —y este es el segundo motivo— el recuerdo para siempre vivo de nuestro inolvidable maestro y amigo Leopoldo Alas, cuyas notables conferencias sobre *L'Aiglon* fueron como el canto del cisne de aquel corazón de oro, henchido de los sentimientos humanos y artísticos más soberanamente delicados y piadosos.

Y así como quien enseña por vanidad huye constantemente de traer al recuerdo de las gentes un nombre que pueda eclipsar el propio, yo, como compañero amante y admirador sincero de Leopoldo Alas, he querido que mi tarea desde este sitio sirviera para que de cierto modo ideal le tuvierais presente en vuestro espíritu.

Gerardo Hauptmann es joven. Nació el 15 de noviembre de 1862 y cuenta, por consiguiente, 39 años. Es natural de Obersalzbrunn, aldeíta de Silesia, en Prusia. Su padre fue hostelero y sus abuelos tejedores, lo cual, de cierta manera, puede explicar el carácter de algunas de sus producciones, en que palpita la piedad por el obrero que trabaja y sufre, llegando, mediante esa nota de simpatía realzada por el genio, a ser el cantor de las reivindicaciones sociales en su hermosa producción *Los trabajadores de Silesia*.

1. Conferencia de la Extensión Universitaria.

Hauptmann fue en sus primeros años un mal estudiante; no lograba determinar su vocación. Iba y venía, tocando todos los asuntos, estudiando arte, Historia natural, Medicina, Filosofía, sin lograr distinguirse del montón anónimo. Pero *vivía* mucho, estudiando el alma de las gentes en sus relaciones sociales múltiples, enriqueciendo el caudal de su vena *realista*.

En sus viajes, llegó a España, visitando a Málaga y Barcelona, ¿y quién sabe si esto pudo determinar en su espíritu alguna influencia de nuestro genio teatral clásico!

Sus ensayos poéticos de la primera época no tuvieron importancia alguna, ya porque aún no hubiera cuajado la hermosa flor de su alma, ya por una porción de contingencias materiales que malograron sus producciones líricas. Lo mejor de esta primera época llegó, sin embargo, a nosotros, intercalado en sus dramas.

La primera obra seria que produce es el drama intitulado *Antes de la salida del sol*, estrenado en el *Teatro libre* de Berlín, el 20 de octubre de 1889, y que desde luego tuvo una gran resonancia; siendo de notar que el título de esta obra, verdaderamente curioso y sugestivo, sólo responde al hecho de que toda la acción dramática se desarrolla en las últimas horas de la madrugada, antes de salir el sol.

Desde entonces lleva estrenados, con éxito creciente, once dramas, cuyos títulos son los siguientes:

La fiesta de la paz, llamado así con cierto sarcasmo; *Almas solitarias*, de carácter simbólico, sin que por ello se aparte del gusto realista que inspiró el primer drama; *Los tejedores de Silesia*, la mejor a mi juicio, de sus producciones, en que acaso influyeron los recuerdos de la infancia de Hauptmann, de aquella dulce edad en que el abuelo, cerca de la lumbre amorosa del hogar, entretiene la imaginación del niño con las historias ingratas de la lucha por la vida, que, mezcladas a lo *fantástico maravilloso*, dejan perturbables huellas en el alma infantil.

Vienen después *El Colegio Crampton*, ensayo cómico sin gran valor; *Florian Geyer*, drama en que resucita el problema social, pero sobre la base histórica; *La Asunción de Mattern*, drama de una ternura grandiosa, en que retrata la vida triste del niño atormentado por sus padres, la infancia dolorosa, sin el calor de los afectos que tanto la dulcifican y hermosean.

Sigue a esta obra *La campana sumergida*, la más alta concepción simbólica del genio de Hauptmann. Drama en que el autor abandona por entero los carriles naturalistas, dejando libertad al espíritu para cantar la inmensa poesía de la naturaleza, tan hondamente sentida por Hauptmann.

Inicióse luego en sus obras una reacción contra el simbolismo, y así sus tres últimos dramas *El carretero Henschel*, *Schluek* y *Jan y Miguelle Kramer* tienen sabor naturalista².

Indudablemente que una obra tan colosal como la de Hauptmann había de producir una bibliografía numerosa, principalmente en Alemania. Fuera de su patria, también se estudia su dramática: en Francia, además de otros trabajos, debe citarse el de Besson, muy recomendable; en Inglaterra, B. Marshall («Fortnightly Review»), hizo un estudio muy interesante de Hauptmann, al que hicimos referencia ocupándonos del artículo del Sr. Aznar.

De las ligeras indicaciones que acabo de hacer sobre las tendencias de los dramas de Hauptmann, se infiere fácilmente que su representación literaria es difícil de señalar. Tenemos además el dato personal del autor, que rechaza toda característica de escuela.

Pero, no obstante lo complejo de su personalidad literaria, pues influyeron en ella maestros de tan variado gusto artístico como Ibsen, Zola, Wagner y Tolstoy, puede afirmarse —con todas las salvedades que luego puntualizaremos— que su tendencia es *principalmente naturalista*.

En efecto, Hauptmann se preocupa del *problema sexual* —relaciones amorosas, conyugales, etc., etc.— al modo de los literatos de aquellas escuelas.

Es crudo en la expresión, poco llevado a eufemismos que, sin dificultar la intelección, suavicen ciertas asperezas; es muy aficionado a los *casos patológicos*, a los tipos anormales, cosa que, como es sabido, tantas censuras valió al naturalismo: profesa también, como los literatos de esta escuela, cierto *darwinismo* que le hacen simpatizar con las doctrinas de la *herencia* psicológica.

Pero donde se ve más acentuada su tendencia naturalista es en el exagerado respeto a la realidad; cada personaje habla al estilo

2. Con posterioridad a la fecha de esta conferencia (noviembre 1901), Hauptmann ha estrenado dos nuevos dramas: *Der Bibelpelz* y *Der rote Hahn*.

de la clase social a que pertenece; en las acotaciones respecto al decorado, llega a minucias muchas veces imposibles de practicar; se guardan en escena los silencios, relativamente largos, que median en las conversaciones sociales de fuera del teatro, cosa que abiertamente choca con las costumbres tradicionales y el gusto de los públicos; intercala en el drama escenas que no tienen relación alguna con él y que sirven a lo sumo para ilustrar al auditorio respecto del medio social en que se mueven los personajes. Entiende Hauptmann, como los naturalistas, que desarrollándose el drama en la complejidad de la vida social, naturalmente, al lado de lo trágico, vendrá a veces lo cómico, y que las situaciones más serias quedan en la vida interrumpidas muchas veces por sucesos baladís, sin concatenación alguna con ellas.

Hauptmann da también un *sentido social* a su teatro, en perfecta armonía con su espíritu pietista y con las corrientes del naturalismo.

Puede decirse que al romanticismo no le ocuparon las cuestiones sociales en la primera época, y en la segunda de muy débil manera, buscando asuntos en ciertos problemas de interés limitado, como Dumas en el de la situación de los hijos naturales y otros análogos.

El realismo y el naturalismo trajeron a la consideración literaria otras cuestiones hasta entonces olvidadas: la cuestión social obrera, la cuestión social religiosa, etc., etcétera, que si fueron apuntadas en la novela romántica de Jorge Sand, no alcanzaron su consagración sino con Zola e Ibsen.

Por todo lo dicho puede concluirse que Hauptmann es naturalista; pero a la vez representa una reacción contra el naturalismo por la reivindicación de lo fantástico y de lo simbólico como elemento estético, con tal pujanza revelado en su obra, que bien puede asegurarse que es Hauptmann uno de los más grandes partidarios del *neo idealismo*.

A realizar su obra dramática contribuye poderosamente su gran pensamiento poético, lírico, que se manifiesta en cantos de una belleza extraordinaria como el dirigido al sol en el primero de sus dramas.

Este gran sentimiento poético tiene expresión adecuada en el concepto que la mujer merece a Hauptmann. Sin hacer otra co-

sa que recoger la opinión vulgar, considerándola como elemento de *paz y felicidad*, eleva la concepción, la espiritualiza en alas de su portentoso ingenio. Son, en efecto, de una gran fuerza poética, la *Elena*, de *Antes de la salida del sol*; la *Ida*, de *La Fiesta de la Paz*; la *Catalina*, de *Almas solitarias*, y *Juanita martirizada*, de *La Asunción*.

En el fondo, Hauptmann es un *abstencionista*, un moralista y un piadoso, que siente muy viva la piedad por los que sufren, característica de la literatura del siglo XIX.

II

Estuvo dedicada la 2ª conferencia a exponer el drama (*Märchendrama*) titulado *La Campana sumergida*, la más alta manifestación del simbolismo en el teatro de Hauptmann. No obstante este carácter, lo que más interesa y más importancia tiene en *La Campana sumergida* es: de un lado, el vivísimo sentimiento de la Naturaleza, que inspira al autor pensamientos y frases de gran hermosura; y de otro, la poesía de las supersticiones populares y de las creencias pasadas, que Hauptmann ha penetrado hondamente, arrancándoles grandes efectos dramáticos. Las influencias que más parecen revelarse en esta obra son las de Wagner (*El anillo del Nibelungo*), Goethe y Shakespeare (*Sueño de una noche de verano*).

La acción puede resumirse del siguiente modo. Enrique, artista notable, fundidor de campanas, ha terminado una que considera como su mejor producción, destinada a una nueva iglesia, construida en la montaña próxima al pueblo en que vive. Los faunos, hadas, ondinas y demás espíritus de los montes y bosques, sienten viva inquietud por aquella intrusión del hombre en sus dominios y hacen que, al ser conducida la campana, se rompa una rueda de la carreta y aquélla caiga, rodando hasta sumergirse en el lago del valle. Enrique cae también y se hiere gravemente; pero es socorrido por la ninfa Rautendelein, que se enamora de él y cuya presencia ejerce gran impresión en el fundidor. Vuelto este a la vida por sortilegio de Rautendelein, huye con ella al monte, abandonando a su mujer e hijos. El cura del pueblo trata de arrancarlo a la sugestión del mundo pagano, y él contesta con el anuncio de una nueva obra que ha emprendido y que supone extraordinaria variación en

sus ideas. Entonces el cura le dice que se arrepentirá y que será señal de ello oír nuevamente los sonos de la campana sumergida. El arrepentimiento llega en efecto, produciendo en Enrique la visión de sus hijos, que acuden a él, llevando en una vasija las lágrimas derramadas por la madre, quien, no pudiendo resistir su abandono, se ha suicidado arrojándose al lago; y al mismo tiempo, el cuerpo de la suicida, rozando con la campana, la hace sonar. Horrorizado Enrique, maldice a Rautendelein y vuelve al pueblo; pero allí es recibido a pedradas por todo el vecindario y huye de nuevo a la montaña para reanudar su comenzada obra. Ya es tarde para esto. Rautendelein, que constituía la fuerza de Enrique y la sugestión de su alma, dolorida por la maldición de su amante, se ha casado con Nikelman, el espíritu de las aguas, y no puede volver a unirse con el fundidor. El fin de éste se halla muy próximo: una hechicera se lo predice así. Y efectivamente, Enrique se suicida, después de ver por última vez a Rautendelein.

Los pasajes más salientes de la obra, leídos por el conferenciante, son los siguientes:

Acto Iº Conversación entre Enrique, moribundo, y Rautendelein.

ENRIQUE.—«¡Quédate! Mi mano... todavía vive... mi mano es blanca como la leche y... como el plomo! Me cuesta gran trabajo levantarla. Pero si tus cabellos suaves se deslizan entre mis manos, es como si me envolviera una ola salvadora. ¡Qué dulce eres...! Quédate... Mi mano es piadosa y tú eres santa. No es la primera vez que te he visto. ¿Dónde te he visto yo? He luchado, he trabajado por ti. ¿Cuánto tiempo? Mezclar tu voz al bronce de la campana, casarla con el oro del día en que se festeja el sol; he ahí la obra maestra que quise realizar y no pude, y por ello he llorado lágrimas de sangre».

(El mundo nuevo de los espíritus comienza a trastornar a Enrique; pero une a sus nuevas impresiones un sentimiento asociado a su ideal de siempre: encontrar nuevos *timbres* purísimos de la Naturaleza).

(Sigue Enrique). «¿Te inclinas hacia mí...? Que tus brazos amorosos me libren, pues, de la ruda tierra... Libértame, sé que puedes hacerlo, y aquí, de mi frente... líbrame de ello con tus dulces ma-

nos. Han ceñido mi frente con ramas espinosas... ¡Fuera la corona!
¡Sólo el amor, el amor!

»¡Qué hermoso es esto! Suena un ruido extraño y murmurador. Los abetos agitan singularmente sus brazos sombríos y balancean su cabeza solemnemente. ¡La leyenda, sí, la leyenda inunda el bosque! Tiene voces apagadas, murmullos secretos; roza y levanta las hojas pequeñas; canta entre la hierba del monte y... ¡mira! Vestida de blanca bruma, con su largo manto de cola, me señala con su dedo blanco. Se acerca más... me toca... Ya me dejó de nuevo y tú estás aquí. Tú eres la leyenda. ¡Leyenda, abrázame!»

Acto 2º Conversación entre Enrique, moribundo, y Magda, su mujer.

MAGDA.—«Tú me cogiste, me educaste, hiciste de mí un ser humano. Ignorante, pobre, inquieta, vivía como bajo un cielo gris y lluvioso. Tú me llamaste, llevándome hacia la alegría. Y jamás he sentido mejor tu cariño que, cuando con mano ruda, apartabas mi frente de las tinieblas para llevarla a la luz. ¿Y ahora pides que te perdone? ¿Debo perdonarte por todo lo que hace que te deba mi vida entera?

»Si por ti he hecho algo, si he abreviado un poco tus horas en la casa y en el taller, si he gustado a tus ojos... ... Piensa en esto Enrique. Yo, que con gozo te daría no sé qué, todo, yo no tenía otra cosa que darte (en cambio sé lo que de ti he recibido)».

E.—... «Tú crees, porque has florecido para mí, que yo soy quien ha provocado tu floración. Te engañas. Quien ha hecho eso es el eterno hacedor de milagros, el que, mañana, en el bosque primaveral, azotará los millones de flores con sus frías turbonadas de invierno.

Sí, mi obra era mala: la campana que se ha caído, Magda, no estaba hecha para las alturas, no estaba para despertar el eco de las cimas».

Acta 3º Enrique, al cura, respondiendo a las preguntas de éste sobre su nueva obra.

«¿Que quién paga mi obra? ¿Pretende usted hacer feliz la felicidad, recompensar la recompensa? Siga usted llamando a mi obra,

puesto que ya la he llamado yo así, un juego de campanas. En todo caso, será un juego como jamás se ha visto en los campanarios de las catedrales. Su sonido es tan poderoso, que iguala en vigor al trueno de primavera, cuyo ardiente mugido estremece el aire... ¡Y, sonora como las trompetas de la tempestad, mi obra hará que enmudezcan todas las campanas de los templos, y anunciará, en su alegría exaltada, el renacimiento de la luz en el mundo! Padre original de las cosas, ¡oh Sol! ¡Tus hijos y los míos, que te deben su desarrollo, preciso es que en el porvenir lancen todos sus cánticos hacia tu ruta purísima en el cielo! ¡Como la extensión gris de la tierra, que se te muestra ahora verde y dulce, a mí también me has rejuvenecido para la alegría del sacrificio! Te sacrifico todo lo que soy. ¡Oh día de luz en que, por la primera vez, en el mármol florido de mi templo ha de resonar el llamamiento despertador del trueno; en que de la nube que durante el invierno todo nos atemorizó con su pesada masa, caerá una lluvia de piedras preciosas! Hacia la lluvia se tienden millones de manos rígidas que, inflamadas por la magia de las joyas, llevan la riqueza a las cabañas y en ellas recogen los estandartes de seda que hace tanto tiempo ya esperaban su día. Y con ellos marchan a la fiesta los peregrinos del sol... ¿Conoce usted la parábola del Hijo pródigo? Es el sol paternal quien da la fiesta a sus hijos descarriados. Con los estandartes de seda que flotan, se hinchán y murmuran, las multitudes avanzan hacia mi templo, y entonces suenan mis campanas maravillosas, que envían sonos suaves, sonos llenos de promesas fervientes y dulces; y he aquí que todos los corazones sollozan de dolorosa alegría. Resuena una canción perdida y olvidada, una canción del país, una canción de amor infantil recogida en las profundidades de los pozos de las leyendas, conocida de todos y, sin embargo, jamás oída. Y cuando empieza, discreta, ansiosa, opresora, dolor de ruiñón y risa de paloma, rómpese el hielo en todos los corazones humanos; y rencores, odios, furores, angustias y penas fúndense en lágrimas calientes, calientes, calientes.

Así nos acercamos todos a la Cruz, y todavía llorosos, cantamos alabanzas cuando, en fin, libertado por la fuerza del sol, el Salvador muerto agita sus miembros, y deslumbrador, risueño, adolescente, lleno de eterna juventud, desciende entre las ramas de Mayo».

Acto 4º Aparición de los hijos de Enrique.

E.—Mira cómo suben por el estrecho sendero, entre las rocas... Son niños, con los pies desnudos. Van arrastrando una vasija pequeña, que les pesa terriblemente... Alrededor de sus frentes brilla una aureola.

El primer niño, con voz desfallecida.— ¡Papá!

E.—¡Sí, hijo mío!

Niño.—Mi madre querida te saluda.

E.—Gracias, querido. ¿Sigue bien?

N.—(Lento y tristemente). Sigue bien.

(En este momento, y apenas perceptibles, suben del valle tañidos de campana.)

E.—¿Qué traéis ahí?

El segundo niño.—Un cantarito.

E.—¿Es para mí?

N.—Sí, papá querido.

E.—¿Qué traéis en el cántaro?

Segundo niño.—Una cosa salada.

Primer niño.—Una cosa amarga.

Segundo.—Las lágrimas de nuestra madre.

.....
E.—¿Dónde está vuestra madre? ¡Hablad...!

El segundo.—En los nenufres. (Se oyen fuertes tañidos de campana).

E.—¡La campana! ¡La campana...! La vieja, la sumergida... suena... ¿Quién ha hecho eso...? No quiero, no quiero oírla... ¡Socorro, socorro! ¡Socórreme...!»

“El teatro de Hauptmann”, Año XXVII, n° 515, 28 de febrero de 1903, pp. 60-64¹

I

Estuvo dedicada esta conferencia a la exposición y crítica del drama fantástico (poema de ensueño, *Traumgedicht*, según el autor) *La Asunción de Juanita Mattern*.

Hauptmann aplica a la protagonista de su obra la palabra *Asunción* (con que nuestro idioma designa «el tránsito y subida al cielo» de la Virgen María), usando de una licencia poética muy frecuente ya en nuestros autores de los siglos XIV y XV, que llegan hasta la irreverencia más audaz, en esto de aplicar términos sagrados a personas y hechos de los hombres.

El asunto del drama es la muerte de una pobre niña, víctima de los malos tratos de su padrastro, el obrero Mattern; con lo cual ha escogido Hauptmann una de las crueldades humanas que más excitan la indignación de las gentes y mejor pueden despertar la emoción dramática.

La trama artística consiste en dar vida escénica a los sueños y delirios de la pobre niña en los momentos anteriores a su muerte. Es un recurso empleado con anterioridad por otros autores y que se considera ya como legítimo dentro del convencionalismo teatral, siempre que cumpla con la condición de que las imágenes y actos soñados pertenezcan al mundo de las representaciones posibles en el que sueña. Hauptmann se ha separado más de una vez de esta condición, olvidándose de que, en el cerebro de una pobre niña, de escasa cultura, es donde se suponen elaboradas las escenas que van desarrollándose en el teatro. Así, la conversación entre el Extranjero y Mattern, el suicidio de éste y los versos finales, exceden de lo que Juanita puede imaginar, aun en el delirio.

La división del drama en dos partes no está motivada.

Empieza la obra con un movido cuadro, de admirable realismo, que recuerda nuestra literatura picaresca, y cuyos protagonistas son varios vagabundos y pordioseros refugiados en un Asilo nocturno. Juanita, que ha querido suicidarse en un estanque próximo

1. Véase el número 509 del BOLETÍN. Son extractos de las Conferencias de la Extensión Universitaria de Oviedo.

para escapar a las crueldades de su padrastro, es conducida en grave estado al Asilo por el maestro de escuela Gottwald y el leñador Seidel. Poco después, aparecen el alcalde, el doctor Wachler y una diaconisa, encargada de velar a la niña. A las preguntas que se le hacen, Juanita contesta que se tiró al agua porque la llamaba desde abajo la voz del Señor y porque quiere reunirse con su madre (muerta no hace mucho). A poco empieza a delirar, y se le aparecen sucesivamente el obrero Mattern, que quiere maltratarla de nuevo; su madre, que le promete la gloria; el ángel de la muerte; un sastrecillo que le trae un lujoso traje para mortaja, con zapatos de cristal (recuerdo de *La Cenicienta*); los niños de la escuela, que vienen a admirarla en el ataúd y, por fin, otra vez Mattern y un *Extranjero*, que es Jesús. La escena entre Jesús y el obrero es de un sentido evangélico muy elevado; Mattern, comprendiendo al cabo sus culpas, sale de la casa para ahorcarse. Invaden la escena muchos ángeles, que preparan el entierro de Juanita y, mientras, el *Extranjero* declama la siguiente preciosa poesía:

El cielo es una ciudad única y maravillosa,
donde reinan eternamente la paz y la alegría.
Sobre altas torres suenan allí sin cesar toques de fiesta:
de las fuentes de plata manan vinos rojos;
las casas de mármol tienen techos de oro;
en las calles blancas, blancas, brotan las flores.
y sobre las verdes almenas, doradas por la aurora, hay coronas de rosas,
con cuya dulzura las mariposas se embriagan.
Doce cisnes, más blancos que la nieve más blanca,
hinchán su hermoso plumaje y vuelan como blanco cortejo.
en las profundidades del cielo, en el aire embalsamado,
en el aire estremecido por las campanas sagradas.
El cortejo de fiesta da eternamente vueltas.
a su alrededor flotan verdes bandas
y su vuelo resuena
como las arpas al contacto del viento.
Contemplan a Sion, los jardines y el mar.
Ven cómo pasan con aire de fiesta, las manos enlazadas,
los hombres bienaventurados que pueblan la ciudad santa.
espúñase el mar y bulle de color de hermoso vino escarlata;
en él se sumergen los cuerpos gloriosos de los hombres,
en la espuma en que cabrilleán todos los rayos de cielo,
en la púrpura que hace centellear todos los cuerpos.
Y los hombres salen de la onda bautismal

llenos de alegría y cantando el himno de triunfo.
¡Porque la onda es la sangre de Jesús!
¡La sangre pura y astral!

Hijos del cielo, tórtolas amadas, venid
y envolved este cuerpo con vestiduras de lino;
este pobre cuerpo lleno de heridas.
seco por la fiebre y transido por el frío.
¡Suavemente! que su carne dolorida
no sufra lo más mínimo. Lleváosla
bajo vuestras alas maternas
por sobre las praderas en que, bajo la luz tierna
de la luna que vigila,
mécense blandamente las adormecidas hierbas.
Llevadla hasta el cielo, hasta el eterno templo
cuya dulce frescura la hará nuevamente hermosa.
Hacedle contemplar campos de adormideras rosadas,
donde los hijos del cielo, con bolas de oro,
juegan en el oro de las mañanas y en que el coro entero de las cosas
canta eternamente la gloria
de una aurora eterna.

Los *Ángeles* a coro:
Ven con nosotros, ¡oh tierna hermana nuestra!

Al paraíso ¡aleluya!
Al paraíso ¡aleluya!

Aquí termina el sueño. Reaparece la escena real: Juanita tendida en la pobre cama del Asilo; el doctor Wacbler auscultándola y la diaconisa contemplándola con ansiedad. El desenlace lo traza, rápida y trágicamente, el siguiente breve diálogo:

El doctor, incorporándose. —Tiene usted razón.

La hermana Marta. —¿Muerta?

El doctor, con tono afligido. —¿Muerta!

II

El drama *Los tejedores* fue escrito por Hauptmann en 1892 y estrenado en 1893, venciendo la resistencia que en un principio opuso la policía.

A diferencia de *La campana sumergida* y *La Asunción de Juanita Mattern*, *Los tejedores* es por completo un drama realista. Lo prueban así los siguientes caracteres: 1º falta de argumento a la manera

clásica. Los cinco actos de la obra forman cinco cuadros distintos, sin trama verdadera. No hay protagonistas. El sujeto de *Los tejedores* es colectivo. Sin embargo, no puede negarse, como algún crítico francés lo ha hecho, la interna unidad que liga los actos y que produce una enérgica impresión de conjunto en el espectador. — 2º, objetividad absoluta en la expresión. No obstante el asunto, que es de los más fáciles al apasionamiento, no hay lirismos en la obra, ni se trasluce jamás la presencia velada del autor, como en otras producciones teatrales. — 3º, las acotaciones y las descripciones de la escena y de los personajes son de una minuciosidad grande y en su afán de caracterizar, abrazan pormenores que exceden de los límites del teatro. — 4º, el drama tiene por base un hecho real, histórico: la situación de los tejedores de Silesia (Prusia) a mediados del siglo XIX, y ha sido escrito utilizando los recuerdos personales de Hauptmann y los datos de la información hecha entonces por el economista Zimmermann (1844). Por una coincidencia singular e interesante, la miseria y los justificados actos de rebelión de aquellos obreros han servido de asunto a trabajos de tres grandes hombres de la Alemania moderna: Virchow, enviado por el gobierno de Prusia para estudiar el «tifus del hambre», desarrollado entre los tejedores de Silesia por consecuencia de su pobrísima alimentación; Heine, autor de la conocida *Canción de los tejedores*, trágico grito de angustia que refleja bien la exaltación de aquellos infelices, y Hauptmann.

Los tejedores no es un drama socialista ni anarquista, como suele decirse. No es siquiera un drama de tesis, a la manera doctrinal con que generalmente suele entenderse este apelativo. El mismo Hauptmann ha dicho que es, simplemente, una obra de «conmiseración por los débiles y los oprimidos»; *el drama de la miseria*. Su efecto es más bien pesimista que optimista, a diferencia de lo que son, por lo común, los dramas revolucionarios.

El acto primero tiene por escena la casa del fabricante Dreissiger. Es el momento en que los tejedores van a entregar la obra de la semana, que recibe y examina mezquinamente un empleado (Pfeifer) de Dreissiger, antes de pagar su importe. Hauptmann ha reunido allí todos los tipos y escenas que pueden servir para caracterizar la desgracia de los obreros: la mujer, cuyo marido yace en cama, mortalmente enfermo, y que pide un anticipo de jornal; el padre de

familia, que ruega tímidamente no le descuenten los anticipos anteriores de la miserable suma de 13 *grosschen* (1,70 francos), que es lo que se paga por pieza tejida; el niño, cargado con pesos enormes, que se desmaya de hambre, etc. Entre la masa de resignados, aparece un obrero, Baecker, que protesta y es despedido. Con referencia a él, se habla de la canción contra los patronos que cantan algunos tejedores. Dreissiger, echándoselas de generoso, anuncia que admitirá en su fábrica a gran número de gentes sin trabajo que hay en la localidad; pero rebajando la pieza a 10 *grosschen*.

El acto segundo pinta la miseria de los obreros en casa de uno de éstos: el viejo Baumert. Los detalles que aquí y en el acto quinto da el autor, recuerdan la descripción de los tejedores egipcios hecha en un papiro de unos 2.500 años antes de J. C. La situación era la misma. Nuevas escenas de hambre y desdichas: la mujer Heinrich, llena de hijos y sin un solo mendrugo de pan que darles; la familia Baumert que, para comer carne, después de dos años de no probarla, mata un pobre perro raquítico; otra familia, que desentierra un caballo muerto de enfermedad en las cercanías; el propio Baumert, cuyo estómago ha llegado a tal extremo de debilidad, que arroja cuanto ingiere. Aparece un licenciado del ejército, Jaeger, que incita a la rebelión a los obreros, prometiéndoles grandes mejoras en su estado. Él es quien canta la canción de los tejedores, que en el original alemán es distinta de la que se cantó (arreglo de la de Heine) en el Teatro libre de París.

La canción es ésta:

Hay aquí un tribunal—peor que el de La Vehme²—en el cual no se da sentencia— para arrebatarnos la vida más pronto.—Aquí

2. Los *Fehmgerichte* (Fehme-Vehme, etc.) parecen haber sido una institución de Sajonia, que luego pasó a Westfalia, donde subsistió durante siglos, variando y transformándose de como fue originariamente. En un principio, consistió en el privilegio gozado por ciertos nobles, merced a otorgamiento imperial, de administrar justicia y condenar sin formalidad alguna a los acusados, incluso con la pena de muerte. Luego, se extendió esta facultad a otras personas, a los *Freigeborenen*. Las reuniones del Tribunal se convirtieron en secretas, y con esto fueron más temidas que antes. La fantasía popular exageró su importancia y sus arbitrariedades. La *Vehme* decayó en el siglo XIV, y más con el reinado de Maximiliano I. que reformó y regularizó la administración de justicia. Se encuentran noticias curiosas sobre esta institución en el *Münchhausen* de Immermaum y en el *Goetz* de Goethe. En estos últimos años, se han publicado

el hombre se ve lentamente martirizado.— Aquí está la cámara de la tortura.—Aterra el número de suspiros—testigos del dolor.—Los Dreissiger son los verdugos.—Sus empleados sirven de esbirros.—Todos rivalizan en crueldad—en vez de dispensar las cosas.—Raza de pillos, hijos de Satanás—demonios escapados del infierno,—que roéis al pobre hasta los huesos.—Sed malditos como lo merecéis.—Vanos son aquí los ruegos y las quejas—y vanas todas nuestras súplicas.—«¿No estáis contentos? (nos dicen); pues bien—id a roer el trapo del hambre».— Imaginaos esta miseria—la desgracia de esos desdichados—en cuyas casas no hay ni un mendrugo de pan.—¿No es cosa que mueva a piedad?—¡Piedad! ¡hermoso sentimiento— para vosotros desconocido! ¡oh, caníbales!—Todo el mundo sabe lo que deseáis:— arrancar al pobre la piel juntamente con la camisa.

El acto tercero expresa los primeros latidos de la rebelión. La escena, en una posada, donde Baeker y Jaeger excitan a los obreros y les hacen beber alcoholes. Abunda en incidentes interesantes para caracterizar más y más la situación afflictiva de los tejedores.

En el acto cuarto estalla la rebelión. Los obreros empiezan por pedir aumento de jornal y acaban por atropellar a la policía y al pastor protestante y por asaltar la casa de Dreissiger. La comparación entre el sacerdote a la antigua (Kittelhaus) y el que, preludiando el «socialismo cristiano», intercede por los obreros (Weiuhold), es de un gran efecto. Muy bien estudiada, la psicología de los míseros trabajadores, en cuanto al efecto que les produce la entrada en la casa lujosísima del patrono. Hauptmann no ha olvidado el detalle característico de achacar los tejedores la culpa de su situación a las máquinas (los telares mecánicos).

El acto quinto se desarrolla en casa de un obrero piadoso y resignado, el ex soldado Hilse. Frente a él, su nuera Luisa representa el espíritu de protesta contra la explotación de que son objeto. Al llegar la noticia del asalto de la casa Dreissiger y de que los revoltosos se acercan al lugar, Luisa se exalta y discute con su suegro lo que corresponde hacer. He aquí la oración de Hilse y los dos pasajes

acerca de ella muchas monografías, entre las que está el libro de O. Wächler: *Fehlurgerichte und Stescenprocesse*. Stuttgart, 1882. (Debo estas notas a la bondad de mi amigo Arturo Farinelli).

culminantes de la discusión, que, así como otros muchos, fueron leídos en la conferencia:

Señor, Dios mío, nunca te agradeceremos bastante la gracia que nos concedes, al darnos un día más de vida y habernos tomado bajo tu santa guarda durante la noche que acaba de pasar. Señor, tu bondad no conoce límites, y nosotros, pobres pecadores, no somos dignos de abrazar tus rodillas, pobres pecadores. Pero tú, Padre celestial, te dignas tener piedad de nosotros y bajar la mirada hasta nuestras cabezas, por los méritos de nuestro divino Salvador. La sangre y los méritos de Jesús son nuestra fuerza y nuestra gloria. Pero si alguna vez nos doblamos ante la adversidad; si no sabemos corresponder a todas las gracias que nos otorgas, Señor, dignate perdonarnos nuestro pecado. Dadnos paciencia ¡oh Padre celestial! para que, después de esta vida de sufrimiento, participemos de la bienaventuranza eterna. Amén.

Luisa. —Todos esos discursos devotos son los que me han impedido criar a mis hijos. Los cuatro han seguido languideciendo de miseria. Ni aun he tenido con qué cubrirlos, ni siquiera pañales secos para mudarlos. Y como quiero ser una buena madre, oídllo bien, por eso, deseo a los fabricantes la peste y todas las miserias. ¡Ahora es cuando soy una buena madre, ahora! No hay un solo segundo de mi vida, en que no haya padecido el martirio, desde que eché al mundo a esas pobres criaturas, que se consumían en el sufrimiento, hasta que la muerte se apiadara de ellas. Vosotros os ibais con los hipócritas, a recitar plegarias, mientras yo me ensangrentaba los pies mendigando una mala taza de leche desnatada. He velado noches y noches, atormentándome la cabeza para hallar el medio de no dejar morir a mis hijos. ¿Qué daño han hecho ellos, para ser condenados de tal manera, mientras allá arriba, en casa de Dietrich, lavan a los pequeños con vino y leche?... No, oídllo; si empieza aquí el jaleo, ni diez caballos podrán detenerme. Iré. Si entran en casa de Dietrich, yo iré a la cabeza, ¡y desgraciado del que intente detenerme! ¡Porque ya no puedo más, no puedo más!

Hilse. —Teófilo, ¡qué de horrores nos ha dicho tu mujer! Escucha, Teófilo (se descubre el pecho), aquí hubo una bala mayor que un dado. Y el rey podría decir dónde perdí el brazo que me falta. No me lo comieron los ratones, ciertamente. Nadie pensaba

todavía en tu mujer, cuando yo ya había vertido mi sangre por la patria. Con esto, ya te harás cargo; puede decir todo lo que se le antoje; no da más. ¡Tener yo miedo! ¿Y de qué...? No es la muerte la que me atemoriza. Cosa es por la que no me haría de rogar. Mejor hoy que mañana, porque ¡para lo que se pierde al morir...! ¡Ah! toda esa miseria y esa mezquindad que llaman vida, ten por cierto que no me daría pena el dejarla. Pero es que después, Teófilo, después, *hay algo más*, y no debemos reírnos de lo que viene después, ¡porque es lo único serio!

Hilse se niega a seguir a los revoltosos y se sienta tranquilamente a trabajar delante de una ventana. Acude la tropa y se entabla la lucha con los obreros. A la segunda descarga, una bala penetra en la casa e Hilse cae muerto.

Poco después entra en la habitación una nietecita de Hilse diciendo que los amotinados han rechazado a la tropa y saquean la casa del fabricante Dietrich.

In Memoriam. Giner de los Ríos y su influencia social y jurídica, Año XXXIX, nº 661, Abril, pp. 110-128, 1915

I

Por más de un concepto estimo pertinente hablar de D. Francisco Giner de los Ríos¹ a los lectores de esta Revista, y aun me atrevo a decir que pocos hombres, entre los hombres ilustres de nuestro actual renacimiento, representaba mejor lo que significa, para quienes creen que los nombres no son cosa vana, una publicación que se titula la *Reforma Social*.

A esa reforma, en todo lo que comprende cuantitativamente, pero más aún en lo que constituye su raíz y su medula, estuvo consagrado Giner. Lo estuvo, juntamente por doctrina y por inclinación natural de su espíritu. En cuanto a lo primero, porque entendió siempre que las grandes modificaciones sociales, como todo lo que es orgánico, no se obtienen ni se cumplen desde fuera, sino desde dentro; no proceden de las leyes de organización exterior del poder público, sino de la formación interna del espíritu social y del freno ético que éste haya logrado imponerse, y miraba, por tanto, más el estado de la opinión y de los sentimientos colectivos, y a la colaboración que podían prestar a los órganos llamados directores, que al empeño, muy a menudo pueril, de hacer y deshacer, que éstos tienen por cándida equivocación que a veces es orgullo inconfesado. En cuanto a lo segundo, Giner estaba llamado a una estimación semejante de su obra en el mundo, porque él era uno de los hombres más hondamente sociales que he conocido. Giner no concebía al hombre solo; era el contraste vivo y la negación vibrante del individualismo hosco y ególatra que reina en la mayoría de las naciones y entre nosotros toma caracteres de retraimiento agresivo o sirve a las vanidades de los espíritus selectos que se encierran en sus torres de marfil o de madera pintada. Así como Giner necesitaba siempre compañía, no trabajaba a gusto sino sabiendo que alguien trabajaba cerca de él, y prefería a todos los medios de enseñanza

1. Este trabajo ha sido escrito para la revista mensual «La Reforma Social», de la Habana, de donde lo reproducimos. Forma parte, además, del libro que sobre nuestro Fundador ha escrito también el señor Altamira y que próximamente dará al público una casa editorial de Valencia. (*N. de la R.*)

y de educación los que se derivan de la convivencia, el diálogo, el mutuo cambio de impresiones e ideas, así también, y por natural correspondencia de sentido, veía siempre en toda labor su alcance y proyección social, y aun más que esto, la intención predominante de que sirviera para los otros y se realizase en función del concurso que cada cual debe a todos. Había así, en toda su mentalidad y en toda su conducta, un criterio orgánico que ligaba estrechamente el hacer individual con la finalidad social, y que agudizaba, ennobleciéndola, la responsabilidad de los propios actos que obliga a todos los hombres, que no todos sienten con igual fuerza y que algunos no han llegado a sentir nunca.

Ese sentido orgánico de la vida humana estaba acompañado en Giner por una estimación preponderante de la regla moral extendida a todas las direcciones de la conducta, y es fácilmente perceptible en todas sus enseñanzas y en todas sus teorías, desde la jurídica hasta la metodológica de la investigación de la verdad. Ese aspecto de su vida, como el más ligado a efectos prácticos, ha sido también el más claro y visible para las gentes; y en realidad, ahondando en la trabazón fundamental de las ideas, se llega a encontrar un íntimo enlace entre la orientación moral, como Giner la entendió, y el sentido «social», en cuanto determina cierto género de intención y de conducta; aparte las especiales determinaciones doctrinales que ese sentido tuvo en Giner, por lo que toca a la concepción sociológica y jurídica de la humanidad. Por ello, y dado que en la resultante final del hacer a que naturalmente es llevado el hombre, la regla moral es la predominante, y a que ella triunfe sirven todas las demás fuerzas espirituales que en nosotros debe desarrollar la educación, no es irreal considerar que ahí residió la más alta representación de D. Francisco, y que de toda su obra como pedagogo, como filósofo y como jurista, lo que culminó fue la ética de su vida y de su influjo educativo, y el amplísimo concepto de su tolerancia, forjado al calor de una idea de la cooperación social (aspecto del sentido orgánico a que antes me refería) no superada jamás por nadie, pues en ella el factor intelectual iba amasado con una grandosis de vibrante amor a los hombres como hermanos y compañeros en la tarea civilizadora de la especie.

Conforme a esto, y a la manera de todos los grandes moralistas (los verdaderos educadores son eso, principalmente), Giner daba

el primer lugar en la vida a la regla de conducta inspirada en la mayor pureza, en el más grande desinterés, en el amor más profundo a la verdad, en la estimación preferente de todas las cosas buenas, humanas y naturales, en la fraternidad y en la tolerancia para todas las opiniones y todas las flaquezas. Y como esta doctrina no era en él simple predicación, sino práctica y ejemplo, llevaba en sí una autoridad fortísima, insuperable, a que se rendía todo espíritu no cristalizado en el odio y en la intransigencia. Con ser soberana su intelectualidad y vasta y profunda su cultura, era fácil advertir que todo su valor en este punto, toda la superioridad que le reconocieron siempre los que en número incalculable acudían a su saber y a su consejo en momentos de crisis espiritual o para sus investigaciones científicas, derivaba del mismo fondo ético, cardinal en su modo de ser. Como, merced a él y viviendo conforme a él, no podía concebir ninguna claudicación, ningún momento de flaqueza, la concesión más mínima al incumplimiento de los deberes, su juicio era siempre sereno, estaba por encima de las vacilaciones, de los desfallecimientos, de las entregas a la «impura realidad», y señalaba constantemente, sin vacilación, una ruta que para la mayoría de los hombres flota en el espacio de los ideales poco menos que inasequibles, a no ser en ciertos momentos y por un esfuerzo heroico. Y ese mismo principio ético es el que le daba también superioridad en las disciplinas científicas y literarias que cultivaba, porque él le decía que su deber era no contentarse con un conocer superficial de las cosas, ni descansar en conclusiones precientíficas, engañando así a los que fían en nuestro trabajo y diligencia, ni sustituir la apreciación y el parecer personales al espectáculo libre de la realidad, ni reformar el espíritu ajeno por el prurito de reducirlo a nuestro módulo, ni aislarse en especialidades que seccionan el mundo y lo tabican, en vez de considerar el íntimo lazo que liga todas las cosas y hace interdependientes todos los conocimientos, ni, en fin, reservar para sí lo averiguado, en goce avariento de cosa propia y exclusiva, o menospreciar el concurso ajeno, por humilde que pueda parecer.

Por eso, porque tenía siempre presente la responsabilidad enorme que pesa sobre el trabajador científico, como sobre cualquier otro trabajador, máxime si las circunstancias de la vida lo hacen maestro de otros (¿y quién no es maestro en algunas ocasiones de

ella?), D. Francisco sabía las cosas que estudiaba mejor que la mayoría de las gentes contentas con solo lo «indispensable» y pronto cansadas del esfuerzo, en que él no cejaba jamás, penetrando hasta lo más hondo de los problemas y estimando que el averiguar de las cosas no acaba nunca. Porque sentía vivamente esa responsabilidad del maestro en cuyas manos está el porvenir de todos los espíritus que se le confían, evitaba apagar la personalidad de sus discípulos en la uniformidad de una doctrina impuesta que mata toda iniciativa, antes bien se esforzaba en despertarla y avivarla, para que por sí propia caminase en la ciencia y en las relaciones humanas. Porque creía que la más fecunda especialización, con ser indispensable para el progreso de las ciencias, ha de estar fecundada por una amplísima visión del conjunto de la realidad, a la vez que dirigía a sus discípulos hacia esa misma penetración honda de las cuestiones, que él practicaba, les impedía que se encerrasen en la particularidad de una investigación, despreciando como inútil y disipador el resto del saber, mostrándoles, en cambio, la indestructible base de la cultura enciclopédica. Porque estimaba, en fin, que todo pensamiento, por muy original que parezca, debe mucho a los pensamientos de otros, y por muy verdadero que lo consideremos, es, al cabo, una representación personal abierta al error y compañera con otras en el camino de averiguar lo verdadero, comunicaba literalmente a todos lo que él sabía y escuchaba a todos con curiosidad respetuosa, ansioso de recoger el fruto de la labor ajena, para corregir o agrandar la suya y mantener su espíritu en una perpetua juventud, que asimila siempre y da cada día nuevos frutos, en inagotable renovación y producción.

Fácil es comprender, con esto, que Giner no era un «intelectual» en la acepción propia de la palabra; es decir, un hombre que antepone a todo en la vida el brillo y la victoria del poder intelectual y el cultivo de esa fuerza espiritual como si fuese la única, ni, aislada de las otras, la menos expuesta a descarríos y aplicaciones inmorales. Por eso mismo no era un dogmático, ni, con mayor razón, un intransigente; y así, no ha dejado «escuela» en el sentido estrecho y cristalizado con que esto suele decirse. Sus discípulos, aquellos que verdaderamente han recogido lo sustancial de sus enseñanzas y de su ejemplo, no son repetidores de una doctrina, siervos de un sistema, sino que han conservado su personalidad científica, y no es

raro verles opinar, en las muchas cosas que son todavía opinables dentro de una ciencia (y Giner puso siempre gran empeño en hacer resaltar su número), de distinto modo que el maestro. En cambio, hay otros que repiten *ideas* de Giner, y, sin embargo, no pueden llamarse discípulos suyos, porque no guían su conducta general, como pensadores y como hombres, según la regla ética y el método característicos en aquél.

II

Deja escritos Giner varios libros de distintas materias, que responden al concepto enciclopédico serio (no al de mariposeo del aficionado superficial, o al tanteo de quien busca, en lo que sea, un triunfo y una plataforma personalísima) que ya hemos notado en él.

Al orden jurídico pertenecen, además de varias traducciones (Röder, Ahrens y algún otro), las siguientes obras suyas: *Principios elementales del Derecho*, *Principios del Derecho Natural*, *Estudios jurídicos y políticos*, *Resumen de Filosofía del Derecho* y *Estudios y fragmentos sobre la teoría de la persona social*. Estas dos últimas, que son también las más recientes en fecha de publicación, señalan las dos más importantes condensaciones de doctrina jurídica que Giner hizo. El *Resumen*, que redactó en colaboración con su gran discípulo en esta materia, Alfredo Calderón, ha sido, durante muchos años, el libro guía de todos los cultivadores de la Filosofía del Derecho y ha influido incluso en quienes lo miraban con recelo desde su intransigencia sectaria o en los que sinceramente, y previo estudio, se apartaban de algunas de sus orientaciones fundamentales. La lectura del *Resumen* es imprescindible para el que quiera formarse idea de las notas que caracterizan nuestro actual pensamiento jurídico y comprender ciertas singularidades de posición intelectual y de conducta que ofrece, en materias políticas y sociales, una parte de nuestra minoría culta. Lejos de ser el *Resumen* (como suelen decir quienes no lo han leído o no poseen conocimientos jurídicos bastantes para encontrar su relación con las grandes corrientes modernas) un manual de ortodoxia krausista, es el fruto de un espíritu libre de todos los prejuicios, incluso el de sistema, y que, basándose, cierto es, en la sustancia, llena de infinitas posibilidades fructíferas de desarrollo, que tiene la doctrina jurídica de

Krause, y contribuyendo a que se produjesen, se ha enriquecido a la par con la más amplia influencia de otras direcciones filosóficas, como la histórica y la llamada positivista, que tampoco es una. Y es interesante advertir las notas originales que sobre la base de esa compleja elaboración (¡desgraciado el científico cuya elaboración de pensamiento no es compleja!) ha dado Giner en muchos de los problemas de Filosofía del Derecho.

Aparte los libros citados, hay materia jurídica en otros trabajos suyos, como la biografía de Maranges, las notas a la *Enciclopedia* de Ahrens y diversos artículos, todavía no reunidos en volumen, en que Giner, o resumió y comentó obras recientes de juristas extranjeros, o expresó su opinión sobre cuestiones palpitantes. Todo ese material se hallará en las páginas del BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA, que él creó en 1877, y que en sus 38 volúmenes completos (el 39 corresponde al presente año) ofrece a los estudiosos una riquísima enciclopedia del saber moderno.

Al orden de los estudios filosóficos y sociales pertenece, desde luego, mucho del libro sobre la *Persona social* y, además, un tomo de *Estudios filosóficos y religiosos*, las *Lecciones de Psicología*, que escribió en compañía de Eduardo Soler y Alfredo Calderón (admirable modelo de libro didáctico), y el *Programa de doctrina de la Ciencia*.

En punto a materias literarias y artísticas, Giner tradujo la *Estética* de Krause, dio un volumen de *Estudios sobre artes industriales*, otro de *Estudios de Literatura y Arte*, y redactó infinidad de notas sobre nuestros más notables monumentos y lugares artísticos y algunos de Portugal, aparte lo que contribuyó a dirigir por estos derroteros a muchos de sus discípulos.

Por último, en Pedagogía —su asunto predilecto, aun antes que el Derecho mismo—, es imposible apreciar su enorme labor con la sola consideración de los folletos *El edificio de la escuela* y *Campos escolares*, publicados en 1883 y 1884 (la fecha tiene gran importancia para estimar las iniciativas de Giner y su influencia), y de los libros *Estudios sobre Educación*, *Educación y enseñanza* y *Pedagogía universitaria*. Muchos trabajos más hallanse esparcidos en los tomos del BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN, unas veces, en forma de notas o artículos firmados, otras de extractos y exposiciones de libros ajenos, en que el espíritu alerta de Giner sembraba a cada

paso el escolio que la lectura le sugería, y que, a su vez, encierra casi siempre un mundo de sugerencias. Todo ello irá a nutrir algún día la colección de sus obras completas, y así reunido producir a en las gentes la impresión que ahora sólo tienen sus discípulos más íntimos, en quienes la falta de visión material del conjunto está sustituida por el recuerdo vivo de las infinitas ocasiones en que el maestro les dio luz de ideas y vigor de precepto, penetrando con sus palabras la vida entera de quienes le tomaron por guía o estaban siempre atentos a su voz de apóstol y a su corrección de puritano.

Pero como Giner era ante todo y sobre todo un educador, naturalmente su pensamiento se inclinaba siempre a esta modalidad; y así sus escritos de Derecho, de Filosofía, de asunto religioso, de arte, están llenos de indicaciones pedagógicas, que unas veces tocan a la metodología profesional y otras a la regla ética de la conducta en que cada problema se traduce prácticamente.

Aun juntando todas estas notas pedagógicas (las relativas a la política, al cumplimiento del Derecho, a la moralidad profesional, son numerosas en sus escritos), no se agotaría la labor de Giner en este orden, porque fuera de todo lo que ha expresado literariamente y es del dominio del público, queda su obra privada, oral unas veces, escrita otras (su correspondencia), en que la acción de alma a alma era, por más individualizada e inmediata, más enérgica y de mayor provecho. Salvo en los momentos en que sus deberes de catedrático exigían de él dedicación especial a cierto público, Giner puso todo su tiempo, toda su vida, a disposición de todo el que acudía a él en demanda de orientación, de consejo, de apoyo en las vacilaciones del pensar y la conducta, sabedor de que el oír y el responder cuando quien nos habla y espera nuestra respuesta tiene confianza en nosotros y cree que le podemos ayudar en su labor o en sus dudas, es uno de los mayores servicios que un hombre puede prestar a otro, y bien vale la pena de que se deje de escribir por ello algún libro o se deje incompleta una investigación.

Ni era necesario (dada la exquisita sensibilidad de Giner, en quien los cuidados ajenos y la pesadumbre de las cuestiones vitales que la realidad plantea a cada paso en nuestra esfera de atención y acción, producían un eco que le llamaba a intervenir) que se le pidiese parecer. Bastábale saber que un amigo se hallaba frente a una

dificultad de la vida o que alguien podía favorablemente intervenir en la resolución patriótica y justa de una cuestión que importaba a la cultura o a otro interés elevado de la patria para que acudiese en seguida, consolando a unos, animando a otros, excitando a los irresolutos, presentando ante los débiles o distraídos el imperativo de su responsabilidad para con las cosas que le estaban confiadas. Y en todo este apostolado se derramó una parte considerable de la vida de Giner, cuyos consejos y advertencias consiguieron no pocas veces efectos importantísimos para la vida nacional, muchos de los cuales se llegarán a saber tal vez, pero una buena parte quedará para siempre ignorada.

Así fue Giner maestro (es decir, educador) en todos los instantes y para todos los que con él se relacionaban, y por eso no lo conocería bien quien sólo lo conociese a través de sus publicaciones, que únicamente expresan parte de su espíritu, aunque ciertamente en cosas sustanciales que responden a sus más hondas preocupaciones de pensador.

III

Dígame ahora si hombre que tan vasta y profunda influencia tuvo en la educación y en la dirección espiritual de tantas gentes —apenas si dejó de ejercerla sobre uno sólo de los que se acercaban a él, aunque fuese un solo momento, porque la impresión que dejaba era siempre fortísima y el poder de su inteligencia y de su ejemplo moral absorbía y arrastraba— no fue el preparador más fecundo de la renovación social de su país. Es ya un tópico vulgar que ésta no se logra eficazmente por un simple cambio exterior de leyes u organismos, sino mediante la sustitución de idealidades viejas por nuevas, es decir, merced el cambio del hombre interior, que es quien hace las cosas, quien aplica las leyes y quien las hace vivir o las deforma según sus costumbres. Giner elevó esta gran verdad a la condición de lema de toda su conducta. Para él, como para muchos de los reformadores del siglo XVIII, la cuestión fundamental en todo momento es la educación, entendida, no al modo vulgar, que la reduce a enseñar unos cuantos conocimientos instrumentales (lectura, escritura, aritmética, dibujo...) y otros de curiosidad o de

aplicación profesional², sino en su verdadero concepto, que la dirige a la formación y desarrollo de las más nobles facultades humanas y a la orientación de ellas conforme a los ideales de la vida. Sin esa base, todo lo demás que se intente queda como edificado sobre arena. Y Giner pensaba que la España futura, si ha de ser como la sueñan tantos patriotas convencidos de que su fórmula no está en el pasado sino en el presente y en el porvenir, hay que edificarla sobre «hombres», es decir, sobre individuos que tengan la conciencia de su dignidad y de su responsabilidad, el libre juego de su espíritu, el poder creador de una cultura honda y seria y la conducta noble, emanada de un criterio ético, inflexible ante las sollicitaciones del egoísmo.

Pero si en esto —y en todo lo que esto entraña— Giner era como todos los reformadores ideales, había en su doctrina y en su influjo educativo ciertas notas salientes que miraban, o a direcciones de la educación que él estimó como principales, o a vacíos que era preciso llenar en el desmedrado programa del viejo régimen. Esas notas eran singularmente: la educación física, la artística y la moral.

El empeño de la educación física no era para Giner tan sólo una asimilación de la corriente tan vigorosa desde hace tiempo en Inglaterra (y que él había observado personalmente, penetrando toda su significación y todos sus efectos sobre la raza), sino que respondía a una idea mucho más honda de la Naturaleza y de las relaciones entre el cuerpo y el espíritu. Giner era todo lo contrario de un «materialista» en filosofía; pero no despreciaba la Naturaleza, ni en la parte exterior al hombre ni en la que corresponde al organismo de éste, como se consideran obligados a despreciarla (teóricamente en los más de los casos) quienes blasonan de «espiritualistas», y como en el fondo vienen a pensar casi todos los filósofos antiguos y modernos, dado que coinciden en la doctrina de que «la aparición de la psiquis, sus fenómenos, sus fuerzas, fines e intereses, son el momento más elevado en el mundo», o, en otros términos, «que la ciencia, el arte, la moralidad, el derecho, en suma, los fines e intereses del espíritu, desempeñan la más alta función en la vida y sociedad humanas..., son el término hacia que

2. Muchos Ministros españoles de Instrucción pública no han salido aún de esta mezquina concepción, ni la creen superable en la escuela primaria.

gravitan los mundos, lo más selecto y refinado del trabajo, donde nuestra vida, una vez satisfechas sus necesidades más imperiosas, que son también las más rudas, se eleva a su mayor dignidad y nobleza». A estas palabras con que el mismo Giner, en un admirable artículo titulado *Espíritu y Naturaleza*, define la posición general de los pensadores acerca de este problema filosófico, pueden añadirse estas otras que lo acercan al terreno pedagógico en que Giner —como ya dije— iba siempre a parar, y lo relacionan con el criterio de la educación física a que vengo ahora refiriéndome. «El mismo cuidado del cuerpo y el cultivo de sus energías, ni el griego antiguo, ni el inglés actual, a cuyo ejemplo hoy en todas partes se opera este poderoso renacimiento..., ¿lo han entendido propiamente en interés del cuerpo mismo, o en el del espíritu, en cuanto al desarrollo de las fuerzas de aquél, su resistencia, su equilibrio, hasta su belleza y armonía, son cualidades de que el espíritu goza y se aprovecha, y sin las cuales se siente más o menos restringido? En este punto, cuando preguntamos a Arnold o a Spencer, nos dan la misma contestación que Aristóteles».

Giner tenía muy fundadas dudas en punto a la verdad de esa contestación. Encontraba en la Naturaleza tanta grandeza, tanta perfección, tan admirables cosas como en el espíritu «Nada hay superior, según Kant —escribía— en el mundo, a la vida moral y al cielo estrellado. Pero ¿cuál de estas dos cosas es más grande?». Y la comparación de los dos órdenes en que corrientemente se divide la realidad, arrojaba a su parecer tantos elementos favorables al uno como al otro. «En nuestro mismo cuerpo —dice—, la actividad tan delicadamente compleja de la célula, no es menos interesante en verdad, ni, desde un punto de vista imaginativo y estético, menos maravillosa que la más fina obra de arte; y en el mundo exterior, el sistema de un Kant, la paciente investigación de un Darwin o de un Wundt, ¿en qué pueden llamarse superiores (aunque inferiores tampoco) al sistema solar, o a la vida de la planta o a la de la Tierra? La atracción universal en sí misma, ¿es menos importante que el pensamiento de Newton que la fórmula? Si el hombre es, como Pascal dice, «una caña que piensa», hay en la caña tanto que ver como en el pensamiento.» Y después de enumerar todas las razones que existen para destruir ese prejuicio de superioridad e inferioridad en cuanto a los dos contrapuestos órdenes (contra-

puestos en la doctrina filosófica dominante), Giner, acentuando la aplicación pedagógica ya apuntada, sugiere esta cuestión última: «Si estas dudas estuviesen en su lugar, acaso; si Naturaleza y espíritu fuesen dos órdenes paralelos y particulares de la vida finita en el mundo, mutuamente limitados, respectivamente superiores e inferiores, cada cual a su modo, ¿tendría que tomar la educación otro sentido que hasta aquí?».

Para Giner lo tomó, sobre la base de su estimación fina y elevada del mundo natural y físico; y de ahí el profundo criterio que presidía a su concepto de la educación física (tan alejado del de utilitarismo económico o patriótico a que suelen reducirlo no pocos educadores, desde la fase de los trabajos manuales a la de los ejercicios de índole militar, como de la *espiritualización* de ella, entendida como el adiestramiento de un criado para que mejor sirva a su dueño y señor) y a su contemplación y amor de la Naturaleza. Pocos hombres han sabido admirar y amar más que Giner la Naturaleza, no sólo en un sentido estético, sino en otro más amplio y comprensivo, correspondiente a la idea que tenía —y que en los párrafos antes copiados se trasluce— del lugar que en la realidad tiene aquélla, y de lo que significa para el orden del mundo y para la obra del hombre. Por eso, la influencia que en este punto ejerció sobre sus discípulos y la tendencia consiguiente que imprimió a esta esfera educativa en la Institución Libre, superan en altura e intensidad y divergen sustancialmente en intención de lo que comúnmente se piensa y se hace en este orden. Sus discípulos, no sólo aprendieron a ver y admirar la Naturaleza desde el aspecto externo, rítmico y estético del paisaje, a las más internas organizaciones, pero también a respetarla, a ennoblecerla en su consideración y a mirarla como una esencial e insustituible cooperadora de su labor en la vida. Y con esto Giner puso una nota original, nunca atendida antes, en la educación española.

No menos intensa y profunda fue la relativa al Arte. Alumno de tercer año de Facultad era yo, y mozo de 17 años, cuando por primera vez en mi vida un compañero de Giner me ponía frente a un monumento de arte, y me enseñaba a estimar su belleza y su significación en la historia. Nadie hasta entonces, ni en la escuela, ni en el Instituto, ni en la Universidad; me había sugerido ni aun la sospecha de que un cuadro, una estatua, un templo medieval o

un zócalo de ladrillos del Renacimiento, pudieran importar a mi educación humana y a la formación de los horizontes de mi vida. Aquella iniciación me puso en condiciones de entrar de lleno, años después, en ese orden de la influencia pedagógica de D. Francisco (cuando dejé de llamarle Giner de los Ríos, para darle ese dulce nombre lleno de respetuosa familiaridad, que todos los discípulos le dábamos, sin usar otro), que incorporó a mi inteligencia un mundo nuevo, le procuró goces espirituales altísimos, y me ayudó sustancialmente para la comprensión de la Historia. Dè cómo Giner entendía la educación artística, dan buena idea las excursiones de los alumnos de la Institución (que en el BOLETÍN se encuentran referidas en gran número), las suyas propias (también allí, en parte, consignadas) y el precioso artículo titulado *La crítica espontánea de los niños en Bellas Artes*³, que revela cómo Giner educía la facultad crítica de sus alumnos y educaba su gusto artístico. De esa corriente —a que tanto ayudó el entusiasmo y la ciencia de aquel hombre lleno de atractivo que se llamó D. Juan Facundo Riaño, secundado por la que fue su mujer, portadora del ilustre apellido de Gayangos,— salieron dos consecuencias importantísimas: una, la atracción de gran parte de la juventud que recibió aquella influencia, hacia los estudios de arqueología artística, y la íntima incorporación de ellos en nuestra metodología histórica; otra, el descubrimiento de no pocos tesoros artísticos de la vieja España, olvidados y aun menospreciados, y que la diligencia de Giner y de sus discípulos, la persistente búsqueda y el amoroso estudio mediante las excursiones a los más escondidos sitios, incorporaron al saber de nuestra historia, que desde los tiempos de Quadrado y Piferrer parecía dormida en este punto. Vigorosa y original granazón de esta siembra admirable fue, años después, el hermoso y penetrante libro de Cossío sobre el Greco.

IV

Pero aún más importante que las dos notas relativas a la educación física y a la artística era, en Giner, la correspondiente a la educación moral, a la formación del carácter y de la regla de conducta.

3. Boletín de la Institución Libre de Enseñanza. —Tomo IX (1885), páginas 41-42.

El porqué de esto va ya explicado en el artículo anterior. Quiero ahora precisar algunos particulares de su doctrina y de su ejemplo en aquellas cosas que más importan para la reforma social, porque tocan al fondo psicológico en que ha de asentarse.

No hay duda que una de las conquistas más altas que la humanidad ha hecho en punto a las relaciones sociales, es la de la tolerancia, la de la disminución de los motivos de odio y diferencia que por tantos siglos han separado a los hombres, y son los más formidables obstáculos para la paz y la convivencia armónica dentro de cada pueblo y de unos con otros. Pero esta conquista sólo es efectiva en algunos países, los que pueden legítimamente considerarse a la cabeza de la civilización, y no siempre acompaña a los grandes progresos de la industria, del poder material, ni aun de la producción científica, porque la esencia de la tolerancia no está en predicarla, sino en cumplirla para todos y para todo. Lo cierto —tristemente cierto— es que muchos pueblos viven todavía dominados por el odio como sentimiento director de vida, estimándolo útil para conseguir muchos de sus fines, y que la mayoría de los hombres tienen dirigida por él su conducta. Algo de eso nos ocurre a nosotros, por lo menos, a una gran parte de nuestra población, y contra ello protestó enérgicamente Giner en todas ocasiones. Por eso, no obstante el *radicalismo* de sus ideas, no perdió nunca —como Gabriel Monod, a quien se parecía en algunas cosas—, la serenidad de su juicio; no se dejó arrastrar a inconsecuencias de doctrina, tan fáciles en las luchas de opiniones y partidos; ni aun en los momentos en que más inhumanamente le azotó la persecución de los fanáticos, cuya fuerza motriz es el odio; y por eso, también, procuró siempre llevar a sus discípulos hacia el más escrupuloso respeto y la práctica más rigurosa del principio de tolerancia.

La tolerancia no tenía en Giner una procedencia puramente intelectual, como derivación y herencia del programa «liberal» de los tiempos modernos; era también algo con profundas raíces en su sentimiento y en su ética, y le llevaba, de una parte, a la más amable benevolencia hacia los errores humanos de buena fe, y, de otra, a un concepto de la cooperación social que prescindía de todas las diferencias causantes de disociación en la mayoría de los hombres. Alguna vez recordó en sus escritos la sentencia bíblica: *Regnum divisum, desolabitur*, que en él no era repetición de un tópico con que

se simula cultura clásica, sino fórmula de una convicción profunda que la realidad española la avivaba a cada paso. Por eso Giner se sobrepuso siempre a esas divisiones y procuró apartar de ellas —en lo que tienen de envenenadoras de las relaciones sociales, haciéndolas imposibles aun para lo más común y humano— a todos sus discípulos. Para el maestro, todos los españoles que sinceramente buscan la verdad y trabajan por algo útil a la patria, eran sus compañeros, y con ellos estaba dispuesto siempre a colaborar de todo corazón. Lo que en otros respectos pudiera apartarles, no le importaba, lo olvidaba completamente, y no digo que lo sacrificaba al interés más alto del beneficio general, porque en Giner, esas colaboraciones no eran sacrificios ni componendas al modo de las que usan los políticos, sino un movimiento natural en quien no daba importancia en la vida más que a lo que realmente importa, si no se la considera egoístamente. Su admirable sentido moral en este punto llegaba a extremos como el que voy a referir ahora.

Fue en la última excursión a la sierra del Guadarrama, que hicimos juntos. Corría la primavera de 1915. El maestro, apoyado en su bastón, subía firme, gozoso del esfuerzo, la pendiente agria, bajo un cielo intensamente azul, inundado de sol; y mientras caminaba, conversábamos. De asunto en asunto, fuimos a parar a ese de los odios, que imposibilitan tantas cosas en los países donde ellos son los amos de los corazones, rezumo, a veces, de la envidia: y entonces, sin pararse, sin adoptar tono declamatorio, llanamente, aludió a recientes campañas dirigidas contra él por algunos periódicos, y en que el insulto, y la calumnia, como ocurre siempre en tales casos, abundaban más que las razones: —«Sí, Fulano ha dicho de mí muchas perrerías. Peor para él. Cosa es que toca a su conciencia. Él verá si, examinado ante ella lo que dice, queda satisfecho o inquieto. En cuanto a mí, si ahora mismo viniese y me dijera: ¿Quiere usted que trabajemos juntos en esta o la otra obra de patriotismo o de cultura? Le contestaría: —Sí, vamos.» Y de hecho, más de una vez, fue del brazo de gentes que no pensaban con él en muchísimas otras cosas, a la conquista desinteresada y noble de algo bueno, jamás fue injusto para ninguno de sus enemigos, y aun cabría decir que extremó su benevolencia para con muchos hasta el punto de concederles valores intelectuales y morales muy superiores a la realidad, en su afán de sumar siempre voluntades

y cerebros para la obra colectiva. Por eso, los hombres que, siendo contrarios suyos en ideas políticas o filosóficas, tenían algo de corazón y eran abnegados, fueron amigos suyos, o, cuando menos, sintieron por él un respeto y una estimación que se sobreponían a todas las diferencias. Sólo los que, más que fanáticos de una idea, eran almas secas, cerradas a toda bondad y a todo sentimiento de concordia (y a veces escépticos, que aparentaban ardores de neófito para hacer su camino egoísta en el mundo), negaron a Giner aquel tributo que católicos muy fervientes y conservadores muy convencidos le dieron muy a menudo. Y es curioso observar que el punto en que más coincidían con Giner esos elementos, tan heterogéneos con otros modos de pensar suyos, fue el educativo. No obstante ser la pedagogía de D. Francisco y de la Institución lo que más recelos despertaba en los elementos de las extremas derechas dominados por el fanatismo o (muy a menudo) por el deseo de ser ellos los acaparadores de la enseñanza para fines ajenos a ella, fue en el terreno pedagógico donde se encontraron con Giner y colaboraron en su obra muchos hombres que en otras cosas llevaban distinto camino, pero que (salvo dos o tres puntos de cuya consideración podía prescindirse: verbigracia, la enseñanza religiosa) reconocían en las ideas y en las iniciativas de D. Francisco una objetividad, una pureza y un acierto tales, que las constituían en patrimonio común de todos los espíritus que sinceramente, sin fines bastardos, se aplican a la labor educativa nacional; y muchas de esas iniciativas que cuajaron en organismos oficiales sin que se trasluciese la paternidad que en ellas correspondía a Giner (quien nunca tuvo la vanidad de proclamarla), han encontrado sus mejores defensores en esos hombres que el vulgo (y aun muchos de sus mismos correligionarios) estimarían como enemigos de la Institución. A tal punto la elevación intelectual y moral de Giner arrastraba a las gentes capaces de sentirla.

En esta obra de acercamiento para las labores que pueden y deben ser comunes a todos los llamados «hombres de buena voluntad», ayudaba a Giner de modo extraordinario la gran independencia de su espíritu, que practicaba en todo momento, serenamente, el *Amicus Plato sed magis amica veritas*. Quienes conocían poco a Giner, solían desconcertarse ante esa independencia de sus ideas, que no era sino reconocimiento de la verdad allá donde estuviese.

Por eso no cupo nunca dentro de los partidos políticos, ni figuró en lo que se llama «política activa». Radical en sus conclusiones, ni era «revolucionario», ni jacobino, y más de una vez hizo justicia a las buenas intenciones y a los buenos hechos de Ministros cuya política general desaprobaba. Con quienes no transigía era con los desaprensivos, con los hipócritas o con los que se atrevían a proyectar el efecto de su ignorancia, envuelta en orgullo, sobre los más sagrados intereses del país. A esos, llamáranse liberales, conservadores o republicanos, los despreciaba como elementos inútiles o perjudiciales para la obra seria de cualquier partido, máxime para la que sobre ellos se eleva orientada por el común beneficio de la Nación; y naturalmente, los que así eran, no le perdonaban ese desprecio, y de ellos salió siempre la oposición ciega a todo lo que presumían que derivaba de Giner. De esa oposición, que a veces llegaba a conseguir su propósito, algo les pesará en la conciencia a los hombres que, no compartiendo el propósito, fueron débiles y no lo impidieron con la autoridad que concede el ser del mismo campo político de los oponentes.

Otra manifestación de esa tolerancia que venimos examinando, una de cuyas bases era el respeto que a la persona tuvo siempre Giner (y ahí está la raíz firme de toda verdadera democracia, la de la conducta, no la de las predicaciones retóricas), era su modo de censurar y corregir. Empingorotados santones del «orden social» y otros tópicos vulgares conocemos todos, que fueron o son modelo de violencia e intemperancia en su lenguaje y trato de las gentes. Nunca cayó Giner en esta grosera vulgaridad. Censuraba salvando todos los respetos, y reñía sin voces ni palabras ofensivas, aunque recio y contundente en el fondo.

Solía decir que los buenos caracteres se forjan en el yunque. Sin discutir ahora algún aspecto de esta sentencia que en otro lugar he tratado⁴, diré que a ella se atuvo Giner la mayoría de las veces cuando le interesaba un discípulo y creía que de él podía sacarse un «hombre».

Una de las aplicaciones de su fórmula consistía en ser muy parco en los elogios y amplio e insistente en las censuras del que se sometía a su dirección educativa. Pensaba, a no dudarlo, que el

4. *Aspecto general e histórico de la obra de Costa*, Bilbao, 1912.

espíritu tiene siempre conciencia de sus facultades, de la potencia de su intelectualidad; pero que a menudo es ciego para sus defectos, y como estos son los que principalmente entorpecen nuestras obras, sobre ellos, para arrancarlos o disminuirlos, debe cargar la obra del educador. Para Giner, cada discípulo era una posibilidad de elemento creador en la ciencia, en el arte, en la vida, y por ello una simiente que, para bien de la patria y de la humanidad, conviene proteger de todo peligro, especialmente de los que en sí misma puede llevar. Por eso, cuanto más estimaba a la persona y más fe tenía en su porvenir, más acentuaba su crítica de aquellos defectos que habían de comprometer ese porvenir mismo concebido, no en el orden del provecho personal, sino en el del servicio a la causa humana y patriótica. A veces, su crítica era como un latigazo que, a veces también, salvaba a un hombre, gracias a la enérgica reacción producida. En cierta ocasión decía a un discípulo suyo, hombre de clara inteligencia, de fácil pluma, de lectura variada y de condiciones para la vida social, quien le preguntaba inquieto sobre su éxito en la vida: —«Será usted lo que quiera, porque tiene usted cualidades sobradas para ocupar eso que las gentes llaman posiciones sociales; lo que no será usted nunca es un hombre de ciencia». A menudo decía, justificando sus amonestaciones: —«Corriójase usted de esto o de lo otro, ahora que es aún tiempo. Luego, cuando los años pasan y se consolida el carácter, se apena uno muchísimo de no encontrar en él la flexibilidad necesaria para modificarlo».

Como antes indiqué, de las buenas cualidades de sus discípulos no hablaba nunca, o rarísima vez, en presencia del interesado. Aborrecía eso que en jerga periodística se llama «bombo», y que tantas ves tienen que sufrir los hombres que realizan alguna acción pública. Además, temía que aun la aprobación serena y sencilla, emanada de quien era estimado como autoridad, alentase la vanidad o el exceso de confianza que siempre acechan en el fondo del espíritu. No siempre pudo evitarlo, porque alguna vez su opinión favorable llegaba a oídos de la persona por otros conductos, o se transparentaba, mal de su grado, en momentos de expansión. ¡Tristes los que se han engraido así, o los que creen que no hay juicio público que ha de estimarlos en definitiva, fuera de amistades y de odios, y de la benevolencia esperanzada del maestro!

Lo que en todo caso producían los juicios de Giner —como efecto sustancial de la autoridad ética que le reconocieron siempre los que se le acercaban— era una especie de instinto moral, una conciencia oscura, a veces, pero nunca vacilante, que persistía aun en los que, arrastrados por el medio, o débiles ante su egoísmo, se apartaban en su conducta de la regla intelectualmente estimada como buena. La expresión de este desacuerdo entre lo que pensaban y lo que hacían, era el huir de Giner, para esquivar la conversación con el maestro y la segurísima censura. Se trataba, a menudo, de hombres que nada tenían que *temer* socialmente de D. Francisco, de hombres que ocupaban posiciones independientes sobre las que Giner no poseía ningún género de alcance, de hombres a quienes no les ligaba con el maestro más que la voz de su propia conciencia, según la cual, ellos sabían bien que, examinada su conducta, carecerían de razones para defenderla y no lograrían, ante las razones de Giner, sino convencerse más y más de su error y avergonzarse más de lo que ya lo estaban ante sí mismos. Pero esto bastaba para que el miedo al juicio se produjese y para que la huida se repitiera en tantas ocasiones como sobrevenía el desacuerdo.

¿Se quiere mayor demostración de la inmensa autoridad de Giner, que ese reconocimiento de ella hecho por hombres que, socialmente, podían reírse del maestro y despreciar su doctrina, bien seguros de que el juicio de aquél, nunca formulado en público, no les pondría el más leve obstáculo en el triunfo externo de sus aspiraciones?

Si todos los que, habiendo sufrido la influencia de Giner, han actuado en alguno de los órdenes de vida pública española —incluso la política— escribiesen sus Memorias íntimas con un poco no más de la franqueza y el psicologismo que Rousseau puso en sus *Confesiones*, sabríamos probablemente que ese rescoldo de la doctrina del Maestro que llevaban en la conciencia, esa vigorosa autoridad que seguía teniendo para ellos, aunque la contradijesen a menudo en los actos, produjo efectos beneficiosos, evitando alguna vez cosas de que sus mismos autores hubieran sido los primeros en arrepentirse, o trayendo reparaciones a faltas que sólo así podía cada cual perdonarse a sí mismo.

¿Cabe soñar mayor triunfo, más trascendental victoria para un moralista que ni aun tenía la preocupación de vencer, sino meramente la de sembrar?

V

El rigor en el juicio, la objetiva escrupulosidad en la estimación de los que verdaderamente respondían a su doctrina y a su ejemplo, iban unidos en Giner con un sentido muy amplio de los valores en la cooperación social, y ese sentido le llevaba a una benevolencia tan distante del sentimentalismo como de una ramplona admisión de todo lo que sale al paso, a la manera cuantitativa de los partidos políticos.

Como Giner no era un místico, un contemplativo, sino un hombre orientado plenamente hacia la acción, estuvo siempre lejos de exclusivismos y cerramientos aristocráticos reservados a unos cuantos elegidos, con desprecio de todos los que no llenan el máximo de las condiciones requeridas. Esas selecciones están bien en los cenáculos que buscan la perfección moral del individuo apartado del mundo, pero no en la obra educativa que tiende a producir especialmente una acción social, y que necesita del aprovechamiento de todo lo útil, aunque sea muy pequeño. Sin duda Giner tenía sus elegidos, y lógico es que cierta parte delicada, fina, de su labor pedagógica, procurase hacerla sólo con los que consideraba plenamente aptos para ella, así como que tuviese únicamente por «discípulos» a los que lograban una íntima compenetración con su modo de pensar y de conducirse en las cuestiones primordiales de la vida; pero no despreciaba por esto a los que, menos allegados en tal sentido, peor dotados en cuanto a facultades, o inferiormente preparados para la acción útil, ofrecían no obstante algo sano que aprovechar. Cuando llegaba un caso así —y eran muy frecuentes— Giner tenía la suprema delicadeza de hacer resaltar a los ojos del utilizado la parte buena que podía alentarle, siguiendo en esto un proceder contrario al educativo que empleaba para los que recibía en su intimidad espiritual. No había en ellos contradicción de doctrina, porque los casos eran muy diferentes. Para lo que ahora decimos, Giner partía de dos principios verdaderos en sociología y en educación, que las clases directoras no debían olvidar nunca, cualquiera que sea su campo: el político, el llamado «intelectual» u otro que reclame obra

colectiva. Uno de esos principios es que estimar tan sólo para la compleja labor social las cimas y excelencias extraordinarias, despreciando todo lo demás como inútil, constituye un error que, tras producir el aislamiento en quienes lo sostienen, sustrae o dificulta la cooperación, no ya valiosa, sino imprescindible, de innumerables elementos que tienen su lugar propio, todo lo modesto o especial que se quiera, pero efectivo, en la obra común. Ciertamente que la realidad acaba siempre por burlarse de esas abstracciones y de esos exclusivismos que pretenden convertir lo que es por esencia difuso y colectivo, producto de mil pequeñas colaboraciones, en algo casi individual o reservado a núcleos muy pequeños, que se estiman como superiores y bastantes para el propósito perseguido; pero aunque el triunfo final sea el que corresponde a la condición ineludible de las cosas, no crea menos aquella actitud, cuando procede de elementos prestigiosos, un retraso en el éxito o un desaliento lleno de amargura y de resquemores en los despreciados.

El otro principio lo enseña la Pedagogía advirtiéndonos *a priori* por el razonamiento basado en la ciencia psicológica, pero más aún *a posteriori* por lo que nos enseña la experiencia, que la educación apenas crea nada (mucho menos la instrucción, por de contado) y que cada individuo tiene cualidades propias y diferentes de las de todos los otros, que le convierten en órgano específico de una aptitud o de una vocación, y que lo discreto y lo fructífero, juntamente, es desarrollar esa especialidad de cada uno y aprovecharla, con olvido de todas las deficiencias que en otros órdenes presentar a de seguro, a no tratarse de individuos excepcionales. Y el educador sabe también qué utilidad cierta (y en su género insustituible) tienen para la obra social, tan compleja y necesitada de innumerables y variados concursos, las más sencillas y en apariencia insignificantes cualidades.

Por todo ello, Giner no experimentaba desdén por nadie que con buena voluntad, con propósito sincero, se ofreciese para el trabajo que a todos nos obliga; y aun en la obra de sus contrarios en ideas hallaba un elemento respetable, siempre que lo guiase el afán de acertar por su propio camino y no el pueril e insano prurito de combatir por animosidad, buscando el puro efecto negativo de destruir lo ajeno por no ser lo propio, en vez del positivo concurso que el

punto de vista y el esfuerzo de cada cual pueden traer a los fines comunes por ser humanos.

Pero en Giner había, además de esos motivos que podrían llamarse científicos, otro de índole sentimental que le llevaba con ardor y entusiasmo al aprovechamiento y estimación de todo lo útil, por pequeño que fuese y sin preocupación alguna por lo que toca a su procedencia: ese motivo era el patriótico.

Muchas gentes, fundándose en la severa censura con que Giner fustigó siempre los defectos españoles, la persistencia con que llamó la atención hacia ellos, para que todos se dieran cuenta de la gravedad de los males, y el constante parangón que establecía, para acentuar más y más la diferencia, con los progresos de otros países, han creído a Giner un descastado, un mal patriota, un antiespañol. Era, precisamente, todo lo contrario. El empeño con que se fijaba y quería que se fijasen las gentes en lo malo de su patria, nacía del agudo dolor que le producía, del afán de que se evitase y de la convicción de que sólo se resuelve la criatura humana a curar sus lacerías cuando se da cuenta de la gravedad que tienen. La noble indignación que a veces sacudía su pluma cuando de esto trataba, no iba dirigida precisamente contra el mal mismo, porque sabía bien cuánta parte sustraída a la voluntad humana y, por tanto, a la responsabilidad, hay en la aparición y aun en el desarrollo de muchos defectos que, como las enfermedades, no es justo tratar con dureza reflejada sobre quien las padece, sino con misericordia para el enfermo, pero con rigor en punto al tratamiento de la enfermedad misma; se dirigía contra la ceguera o la confiada apatía de los que, siendo las primeras víctimas de los defectos, o no se percataban de ellos, o se negaban a remediarlos, por pereza, por egoísmo o por vanidad suicida. No negaré que Giner, como todos los apóstoles, como todos los moralistas, exageraba inconscientemente las tintas negras de su cuadro algunas veces (o mejor suprimía el claro oscuro) y tendía a un pesimismo que para los desconocedores de su obra total parecía equivaler a una negación completa de elementos buenos en la vida nacional; pero ese es un exceso naturalísimo en quien corrige y se preocupa de suprimir defectos, seguro de que por acentuarlos para que todo el mundo los advierta claramente, no desaparecen las buenas cualidades y la obra positiva de los pueblos (por lo general, muy presentes a la estimación de lo propio que

todos tenemos), mientras que corren grave peligro, si se dejan crecer las nocivas y adueñarse del campo. Posible es, no obstante, que la repetición de la nota pesimista produjese en algunos espíritus escogidos, poco enérgicos para resistir estas pruebas, un desaliento que se sumó, por algunos años, al desaliento colectivo del pueblo español, porque este es peligro que lleva siempre en su fondo la visión persistente y acentuada de los defectos y el acuse sistemático de los errores⁵; pero aun ese desaliento no es antipatriótico en sí mismo, ni actúa como tal, cuando, en vez de traducirse en inacción, perdida la esperanza en la virtualidad de todo esfuerzo, no ata las manos para el trabajo que, en medio de la más abrumadora melancolía, sigue abriendo, en el surco de la debida labor, la más fecunda posibilidad para un mañana que nadie desespera jamás de ver amanecer en el cerrado horizonte.

Ni aun cuando más desesperó y abominó de lo presente, dejó de ser un gran patriota Giner, que deseaba para su país todo lo mejor, pero vivo en realidades, no fingido en ilusiones de la vanidad; y por eso atacaba duramente los obstáculos que retardaban su advenimiento y mataban toda iniciativa en el seno del más mortal conformismo. Por eso también tenía gran afán en descubrir, conservar e impulsar todo lo que le parecía fuerza útil para la regeneración de España, espoleando a todos, amigos y no amigos, para que diesen su parte a la obra común. Sin duda, ese afán generoso, sin exclusivismos, le engañó muchas veces, haciéndole prestar valores falsos a elementos que no contenían lo que Giner les supuso o que encubrían, bajo una apariencia intelectual más o menos brillante, cualidades éticas (las principales en la vida) radicalmente contrarias a las que han de fundar un porvenir mejor, ya las mismas practicadas y predicadas por el maestro. Pero estas equivocaciones son patrimonio de todos los que sinceramente trabajan por una noble finalidad en la vida, en quienes hay, por propia y genuina condición, un fondo de honrada candidez en que hacen presa, por más o menos tiempo, los simuladores y los cucos.

5. Este efecto psicológico lo he estudiado en dos trabajos especiales: *La psicología de la juventud en la novela moderna* (incluido en el libro *De Historia y Arte*) y *Psicología del pueblo español*.

VI

Sería interminable —como inagotables eran ellos mismos— examinar uno por uno los aspectos del espíritu Giner en esta dirección social de su obra. Aun prescindiendo de lo que para ella significaban sus doctrinas jurídicas —su estimación del fondo ético del Derecho, su teoría sobre la ineficacia de las garantías y de los cambios exteriores (y, por tanto, de lo que suelen llamarse revoluciones), sus ideas sobre autonomía (los *estados* jurídicos), sobre la personalidad, sobre el derecho penal, etc.— quedaría materia bastante para escribir un libro voluminoso con la exposición de lo que pensó y lo que hizo en el orden de cuestiones que principalmente he ido tocando en las páginas anteriores.

Me limitaré a llamar la atención sobre dos puntos, uno de los cuales ha sido ya iniciado con otro motivo en el presente estudio. Me refiero a la teoría de Giner acerca del valor del individuo en la obra social —en la Historia, para decirlo con término de mayor comprensión— comparada con el de la colectividad; o, para ser más exacto aún, acerca de las respectivas funciones que representan y ejercen los individuos excepcionales y la masa de todos los afectados por una determinada finalidad social. Esta cuestión, tan interesante en la Sociología y en la Historiografía modernas y tan discutida por los científicos de una y otra especialidad, no tiene solamente valor especulativo, sino también valor práctico innegable. De las diferentes resoluciones que se le den, nacen distintas políticas y distintos métodos, incluso en la investigación de la verdad⁶.

Giner tenía una posición que, desde cierto punto de vista, puede llamarse «democrática»: pero que más propiamente se debería llamar «social». Toda ella palpita en su libro de *Ensayos y fragmentos sobre la teoría de la persona social*; pero concretamente puede estudiarse, en todo lo que significa, en su monografía sobre *La ciencia como función de la sociedad*, que en 1898 publicaron los *Annales de L'Institut International de Sociologie*⁷. En esa mo-

6. Estas aplicaciones y la consideración general del problema, véanse en mi *Cuestiones modernas de Historia*, capítulo II, páginas 55-81.

7. *La science comme fonction de la société*. Es un extracto del trabajo extenso escrito en castellano y publicado en el BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN, tomo XXIII (1899).

nografía, Giner parte de la distinción, ya comúnmente aceptada, entre las dos formas de la actividad de los seres —la *difusa* y la *concreta*, o especificada, de los órganos diferenciados—, y estudia la concurrencia de los especialistas y del todo social en la obra científica, apoyándose en los trabajos de Fouilleé, De Greef, Gumpłowicz, Fairbanks, Kidd, Worms, Le Bon y, sobre todo, Tarde y Schäffle, a los que añade observaciones propias de grandísimo valor.

Creo que todos los sociólogos —y los políticos también— hallarán no pocos motivos de meditación en esas páginas, cuyo principal efecto en la vida puede ser la estimación del concurso de la colectividad en mayor medida y con más respeto de como hasta ahora ha solido hacerse, y la convicción de la necesidad (de la «utilidad general», si se quiere mirar las cosas desde este punto de vista) de acudir a la cultura cada vez más intensa y extensa de la masa, considerada como el órgano difuso, que diríamos, de la obra colectiva, imprescindible en ella y de peso decisivo en los grandes momentos.

El otro punto es el que se refiere a la importancia de las «maneras» en la vida social. La doctrina de Giner a este propósito se encuentra en los artículos que escribió en 1879 comentando otro de Spencer sobre *Las maneras y la moda*⁸; pero sus discípulos la estaban recibiendo a cada instante, concretamente, en las observaciones y amonestaciones del maestro tocante a la mayoría de sus actos de relación social y de propia ordenación de vida. Esa constante preocupación de Giner en cuanto a las buenas maneras, procedía del alto y profundo concepto que de ellas tuvo, arrancándolas de la esfera frecuentemente superficial en que suelen colocarlas la cortezanía al uso y los tratados de urbanidad que de memoria aprenden los muchachos en las escuelas, sin que la mayoría de las veces les sea dado contemplar el menor ejemplo de ella en el proceder de los maestros.

El concepto de Spencer que discutió Giner, es mucho más limitado y estrecho. Giner vio todo su alcance y a la vez, toda su trascendencia para la vida. «En primer lugar —escribe— las buenas

8. *Spencer y las buenas maneras*. Reimpreso en el tomo de *Estudios sobre educación*, volumen 26 de la «Biblioteca económica filosófica». (Madrid, 1886. páginas 144 a 197).

maneras, en el sentido específico y técnico (que se podría decir) de la palabra, se refieren a la vida exterior de la persona, a aquellos actos por donde se revela, mediante la conjunción de lo interno y lo físico, de lo invisible y lo visible, del espíritu y el cuerpo, carácter que probablemente es el que ha inducido a M. Spencer a referir esta idea a las relaciones sociales, lo cual vimos ya que no es enteramente exacto. La voz, el gesto, el ademán, la actitud, el modo de andar y de estar parado, caen bajo la jurisdicción de las maneras, con todos los restantes órdenes análogos en donde se manifiesta la personalidad de un modo sensible: así en los actos usuales de la vida diaria, como en los momentos más solemnes, pues en todos mostramos buenas o malas maneras. En otros términos: tan luego como ejercitamos los miembros para servir a los fines de la vida, sean cuales fueren, nos hallamos sometidos a la ley de las buenas maneras; debiendo tener en cuenta que, entre nuestras fuerzas físicas, sólo caen dentro de este orden aquellas cuyas manifestaciones regimos por medio de la voluntad... Tales son, en especial, las antes citadas, por ejemplo: la voz, en su altura, fuerza y timbre (hasta donde este último depende de nosotros), la gesticulación, el ademán, etc». Pero Giner no se quedaba en este *exteriorismo*, que fácilmente llevaría a muchas personas hacia el cuidado de sólo lo que ven los demás. El mismo lo advirtió al escribir: «La teoría de M. Spencer podría autorizar, mal entendida, la de esas gentes que, cuando nadie las ve, no se lavan ni se mudan de camisa, y comen «con toda libertad», que suelen decir ellos. Teoría, por cierto, muy en boga en los pueblos atrasados, donde el dinero que haría falta para una vida confortable, se guarda para las cosas de visualidad y aparato: desde las Corporaciones docentes, que gastan en ostentosos paraninfos, frecuente sonrojo del arte, lo que economizan en libros y otros medios de enseñanza, hasta los particulares, que encargan a Prevot el mobiliario de sus salones y a cualquier bodegón el *menu* de su mesa». Pensaba, pues, el maestro, y con razón, que hay «buenas maneras» para con nosotros mismos, es decir, que no sólo corresponden aquéllas al orden de los deberes para con los demás, sino también a los que nos obligan en cuanto a nuestra propia persona, y que esa especie de conducta interna en la vida individual, irradia en delicadeza, dignidad y finura hacia el exterior, reflejándose en las maneras sociales. Aun éstas alcanzan muchas

más direcciones de vida de las que ordinariamente suelen incluirse en tal denominación; así, Giner trata, a este respecto, de las diversiones y de las maneras de divertirse, mostrando cómo en ellas se da a conocer el gusto (es decir, el sentido estético), la cultura y la delicadeza o grosería de alma de las gentes, cosa que nuestro refranero dice de un modo parcial, pero exacto, al sentenciar «que en la mesa y en el juego se conoce al caballero».

Pero todavía más importancia que la definición de las maneras y la determinación de los actos que comprenden, alcanza en la doctrina de Giner el examen de la trascendencia social de aquéllas, trascendencia que las liga a lo más hondo de la educación y a lo más fecundo de la conducta. Por de pronto, las maneras ajenas —las de los hombres que forman nuestro círculo social, y por ello más contacto tienen con nosotros— influyen poderosamente sobre las nuestras, y, por tanto, las nuestras sobre las de los demás, en esa constante reeducación que mutuamente nos causamos. «Recuérdese —escribe Giner— que, no ya en la educación del niño, sino en la de los hombres de todas las edades, esta acción, que podría decirse de afuera adentro, es *la única* mediante la cual puede estimular un individuo la reforma interior de otros, y considérese en particular hasta qué punto el aseo, la compostura exterior en la voz, el ademán y el gesto, el cuidado en todo cuanto se refiere a la manifestación de nuestro ser, son influjos de los más poderosos para aquella reforma, cuyo ritmo acaba por responder al que a dichas manifestaciones imponemos». Y refiriéndose a la diferencia que en este punto de las maneras separa tradicionalmente las clases sociales tomadas en conjunto (puesto que excepciones individuales las hay a cada paso), Giner, tan demócrata en su doctrina política, pero a la vez tan refinado (no en el sentido exclusivista que mantiene las diferencias como estigmas de clase, sino en el del educador que busca nivelar hacia arriba, es decir, en lo perfecto, a todos), añade: «Toda repentina irrupción del elemento popular en las esferas superiores sociales, y señaladamente en el poder político, que es donde son más rápidas, porque es tal vez la única cúspide social adonde todavía se llega a viva fuerza —como se llegaba a la riqueza en otros tiempos—, va acompañada de una explosión de odio contra las buenas maneras, de una apoteosis de la grosería y de un gusto plebeyo e innoble, eterno compañero de las demagogias

triumfantes. Verdad es que, poco a poco, las necesidades de la vida, el hábito del mando, el roce con las otras clases, la torpe vanidad de los que se afanan por imitar sus despilfarros, sin su distinción y cortesía —sobre todo después que, refrenada la primera embriaguez de la victoria, satisfechos el espíritu de rivalidad y la codicia, va cediendo el primitivo encono y entrando el espíritu en más humanos y razonables sentimientos—, dulcifican el contraste entre las nuevas clases gobernantes y las antiguas, con las cuales acaban a la larga por fundirse. Pero esta gradual y lenta aproximación no logra reparar tantas faltas como comprometen la suerte de las revoluciones (ya harto comprometidas por su propia naturaleza), ridiculizan y desprestigian su triunfo, y alejan violentamente de las nuevas ideas a individuos y masas enteras, que no son siempre responsables de su corta educación intelectual y política, merced a la cual se representan como inseparables la grosería y aquellas ideas a que en mal hora acompañan».

He citado este párrafo para mostrar el alcance que, en el sentir de Giner (y no lo califico de exageración), tienen las maneras, mucho más trascendentes en el orden social de lo que de ordinario se cree.

Se comprenderá, con esto, el cuidado que Giner puso en educar las maneras de sus discípulos, y que éste sea uno de los extremos a que la Institución Libre atiende preferentemente, señalando una de sus originalidades en la educación nacional. Giner, como en tantas otras cosas a que su influencia se extendía, tuvo en favor de ésta el ser él un modelo de lo que deseaba infundir en los otros. La extrema modestia de su vida —desde el vestir, hasta la alcoba y cuarto de estudio, casi cenobítico a fuerza de ser sencillo y pobre— no excluía, sino que realzaba la pulcritud, la nobleza, la distinción de su persona, que en aquel marco de sencillez y bajo aquellas ropas baratas y limpiísimas, tomaban el relieve de lo que emana de lo más hondo del espíritu y es, en la conducta, cosa natural y sin esfuerzo, expresión externa de una suprema dignidad humana. No creía Giner incompatibles estas cualidades con la riqueza o con mayor holgura de vida de la que él (por espontánea inclinación a que le llevaba el estimar que otras necesidades propias y ajenas, sobre todo ajenas, pedían mayor esfuerzo económico) se procuraba; y por eso, lejos de ser un hosco censor de la elegancia y del lujo (cuando

el lujo se entiende como es debido, y también de eso habló Giner), se interesaba por estas manifestaciones de vida social, a las que pedía tan sólo que estuviesen iluminadas por el sentido estético y el de las responsabilidades económicas que cada cual tiene en la vida, no sólo respecto de los «suyos», de su familia, sino de los menos felices en la distribución de bienes materiales.

VII

Ese era, en algunos de los aspectos fundamentales de su vida, de su doctrina y de su influencia, el hombre que hemos perdido. Educador, maestro (en el más elevado sentido de la palabra) por condiciones naturales de su espíritu, por grandeza y dulzura de corazón siempre dispuesto a confiar en los resortes morales de la persona, a diferencia de quienes fundan su sistema y su proceder en el recelo y en las garantías exteriores, tenía Giner todo lo que hace falta para impresionar hondamente los espíritus y para inspirar la seguridad de que su guía era algo fuerte, cuya huella no se borraría nunca y acompañaría en todas las dificultades y en todas las tribulaciones. Quienes lo trataron y sintieron su influencia intelectual y moral, pueden considerarse como niños mimados de la fortuna en algo capital de la vida. Miles de hombres pasan por ella sin tener la suerte de encontrar un consejero y conductor semejante, y cientos de maestros rozan nuestro espíritu, vierten conocimientos en nuestra inteligencia y se desvanecen como algo ajeno que un día la casualidad colocó a nuestro lado y hubiera podido cambiar todos los días, sin que hubiésemos notado jamás la variación. Pero cuando hallamos a nuestro paso un Giner, una luz nueva alumbró nuestro camino con resplandor que no se extinguirá mientras vivamos.

He procurado evitar la palabra «pedagogo» al hablar de Giner. No es que la crea impropia, tratándose de lo que él fue principalmente, sino que se ha abusado tanto de ella entre nosotros y se la ha aplicado a tantas cosas, sólo en la apariencia equivalentes, que he temido un equívoco. Si llamamos «pedagogo» al que *sabe* Pedagogía (es decir, doctrina de los demás, y aun al que la elabora propia), es lícito que reservemos la palabra «educador» para quien, independientemente de lo que sepa e invente de esa disciplina, educa. Puede un hombre poseer toda la ciencia pedagógica posible y ser, por las condiciones fundamentales de su espíritu, incapaz de

educar. Todas las recetas juntas de todos los pedagogos, no conseguirán que sea «maestro» un *sabio* de alma zafia, egoísta, falta de dulzura y ductilidad. La ciencia, entendida como puro saber, va muchas veces acompañada de sequedad de corazón, de escepticismo en punto a su misma eficacia, y aun de cualidades morales en que la conciencia (caso de poseerla quien así es) tendría mucho que censurar. Un hombre así no educará a nadie ni formará educadores, porque no sabrá infundirles lo que a él le falta: entusiasmo, fe en la obra, sencillez y amplitud de espíritu. Esos pedagogos, eruditos del saber ajeno, suelen ser todo lo contrario del verdadero educador y aun no creer en la educación. Por sus manos pasarán, quizá, uno a uno, en paciente labor de años que no necesita más que eso, paciencia, todos los libros en que otros han dicho lo que pensaban acerca del gran problema del trato y dirección de los hombres o de algunos de sus especiales incidentes o episodios; pero todo ello no dejará en su espíritu el menor calor ni les dará una sola de las cualidades necesarias para despertar un alma y dirigirla en su camino.

Por eso y mucho más del mismo orden, no he querido calificar de pedagogo a Giner, que era mucho más, y por serlo ha influido tanto y tan hondo en tantas gentes con influencia que no nacía del temor, sino del afecto y del reconocimiento de la superioridad.

Su muerte plantea el eterno conflicto dramático que surge cuando desaparece un grande hombre que es, como él era, un *fundador*. De una parte, desaparece lo que más vale en ellos, lo que representan ante todo con su existencia, la fuente de donde emana toda la fecundidad de su influjo: su *persona*; y queda algo que en sí mismo es muerto: *regla*, que necesita para vivir, para no agotarse en pura repetición mecánica, sin alma, *personas* como aquella que la creó, difíciles de hallar y así, toda fundación languidece después que pierde al maestro, porque pierde con él lo más jugoso de ella misma. Mas, por otra parte, no cabe desesperar del valor de la idea y del ejemplo lanzados como simiente, imperecedera por sí misma, que procura su nueva germinación por todas partes y aprovechando todas las ocasiones. El drama está en la lucha entre el vacío, insustituible, del hombre, y la fe en la potencia creadora de la idea, que busca su *persona* apenas desaparece quien la encarnaba antes. ¿Cuál de las dos cosas vencerá y por cuánto tiempo? Esa es la inquietud que nos acomete cada vez que muere alguien como Giner.

Ciertamente, nos parece un error creer que la vida de la humanidad sea algo que se detiene a trechos, descansa o se desvanece hasta que llega otro impulso que la pone en marcha. Por el contrario, nos complace creerla como algo que siempre fluye y camina, y, a la vez (con relación a cada uno de los problemas concretos que a su paso se levantan), siempre en crisis y en evolución. Esa creencia consoladora, que la experiencia de los tiempos parece confirmarnos, aplicada a la desaparición de Giner, nos la hace estimar, a través del dolor que ha causado, no como una parada en seco que lo inmoviliza y detiene todo, sino como un accidente fatal del camino, que no destruye lo que en el maestro era inmortal y que, por ser así, continuará trabajando en los espíritus, excitándolos a la acción y preparando un nuevo florecer, o quizá perpetuando sobre los retoños del tronco viejo, frescas y lozanas, las flores a que la savia de antaño, más fuerte que la muerte misma, sigue dando vigor y colores.

*

Por rara unanimidad entre nosotros, toda la España capaz de pensar y de medir el alcance de estas pérdidas, se ha inclinado ante el cadáver de D. Francisco Giner de los Ríos, enterrado en el cementerio civil de Madrid el día 19 de Febrero último.

Librepensadores y católicos, obreros y burgueses, republicanos y monárquicos, han reconocido, con sus justas alabanzas, con sus manifestaciones de duelo bien sentido, la elevación moral de Giner, que estaba por encima de todas nuestras divisiones y abominaba de todas las discordias. Si algún menguado apasionamiento, que ya en vida de D. Francisco hizo resonar sus impías estridencias, se ha separado de la voz general, la cálida vibración de esa voz lo ha hecho inapreciable y le ha dado, con su desprecio, el castigo que merece; y aun esos mismos que llevan su odio (mejor será decir su miedo al prestigio del que estiman contrario) más allá de la muerte, no podrán menos de reconocer, en su fuero interno, la verdad de las cosas, y esa verdad, respecto de Giner, era el más alto ejemplo moral de nuestra época y el más humano y tolerante patriotismo.

“Azcárate”, Año XLII, n° 694, 31 de enero de 1918, pp. 5-7

Aun no hace tres años —en Febrero de 1915— moría D. Francisco Giner de los Ríos. Con él perdió España uno de sus hombres más eminentes; uno de sus maestros de verdadera autoridad y prestigio; uno de los mayores padres intelectuales y morales de las generaciones modernas, en lo que éstas tienen de más elevado y de más puro.

Muerto él, quedaba otro hombre que en muchos respectos, había realizado aquí una obra social análoga a la de Giner, y a quien muchas gentes consideraban también, como a Giner, maestro, guía y educador. Ese otro hombre era Azcárate.

Eran ambos de una misma contextura moral. Austeros, dulces, enemigos de exhibiciones, desconfiados de las garantías externas y confiados absolutamente en los frenos morales; humanitarios, caritativos, ganosos de hacer el bien, tolerantes y fáciles al perdón y al olvido de las injusticias. Fueron por ello, ambos, un modelo vivo, que más de una vez sostuvo a los que claudicaban ante el embate de las miserias de esta vida o por la herida de los desengaños.

Pero siendo tan iguales en condiciones de las más básicas en el espíritu humano, Azcárate tuvo en vida una representación social muy distinta de la de Giner. Se debió esto a que Azcárate era, ante todo, un político, un hombre público. Su campo de acción estaba en los comicios, y en el Parlamento principalmente; y aunque su obra de Profesor en la Universidad y de jurista, fue grande y de positiva influencia, no le caracterizó tanto como la otra; al paso que en Giner ocurrió todo lo contrario.

Azcárate era un liberal de los del viejo tronco español. Por serlo —y por la gran influencia que en su espíritu ejercieron las doctrinas y prácticas liberales inglesas— era un entusiasta parlamentario, y por la pureza, independencia y prestigio del Parlamento, como órgano de gobierno y dirección de España, luchó siempre.

La altura y el desinterés con que planteaba y discutía las cuestiones, hicieron que, a pesar de sus doctrinas radicales y de su republicanismo, los hombres de todos los partidos le oyesen con respeto, buscasen su consejo en momentos difíciles, y acogiesen sus iniciativas con mucha frecuencia. Así pudo decirse de Azcárate, que, no habiendo nunca estado en el Poder, gobernaba desde la oposición. Él mismo tenía este principio del gobierno desde la oposición como

uno de los axiomas del sistema parlamentario, cuando se practica con lealtad y con pureza, mirando, ante todo, el interés público fue, pues, un hombre de convicciones arraigadas, pero no de un partidismo esquinado e intransigente; y como de su pureza de intención todo el mundo estaba seguro *a priori*, los políticos de ideas más opuestas a las suyas se pudieron entender con él, y buscaron esa inteligencia en más de un caso crítico, y él pudo acudir a los otros, seguro de que su gestión no se estimaría nunca, ni como abandono de sus ideales, ni como cuquería egoísta. Si se enumeraran los casos en que así ha servido Azcárate al interés general de España, se formaría una larga relación; y muchos de los que alguna vez le censuraron por lo que estimaban debilidades, tendrían que convertirse en agradecidos a título de españoles.

Y es que la vida política, como la social toda, no se puede hacer siempre con los puños cerrados. Es tan compleja, que a veces, para conseguir un bien, hay que dulcificar el gesto y acudir a colaboraciones que para otras cosas no se buscarían. Azcárate no era de los que, educados en el odio, han consagrado aquella frase negadora de toda solidaridad: «Con ése, ni a coger monedas de cinco duros».

Azcárate siempre estuvo pronto a ir con «ése» —aunque fuera su mayor enemigo— si se trataba de una empresa ideal o un interés patrio. Creía —y no se equivocaba— que el mayor progreso en la convivencia social está en la tolerancia, el respeto mutuo, la piedad y el olvido de las injurias. Y así lo practicó siempre. Por eso, si encontró ingratos y difamadores —difamadores en frío, por táctica política, sabedores de que no decían verdad— halló también en los más y en los mejores de todas procedencias, un constante respeto y consideración, sólo igualados, fuera de la política, con los que gozó siempre Giner de los Ríos.

Hoy por hoy, no tenemos con quién sustituirlo en ese respecto. Contamos con oradores más elocuentes que él; con políticos más hábiles; con grandes prestigios dentro de los partidos; pero un hombre como él, ejemplo y autoridad para todos, no lo hay ahora. Su vacío, que ya se dejó sentir en las Cortes actuales, en que no figura por un doble y grave error del cuerpo electoral, que antepuso partidismos a consideraciones elevadas de interés público, se sentirá más aún en

las próximas, llamadas a pasar por muy duras pruebas, en que todo tacto será poco y toda serenidad y ecuanimidad harán falta.

Intelectualmente, fue Azcárate un ejemplo en que tienen mucho que aprender los hombres de ahora. No era un talento profundo y deslumbrador, de esos rayanos con el genio; no era un ingenio chispeante y vivo de los que lanzan llamaradas desconcertantes que se resuelven pronto en humo, si bien de momento parecen destinadas a la eternidad. Pero hizo muchísimo más de lo que han hecho y de lo que serán capaces de hacer, en toda su vida, esos profundos deslumbradores y chispeantes; del mismo modo que, sin ser un orador al nivel, como tal, de Salmerón, Martos, Canalejas, etc., su voz en el Parlamento pesaba más y produjo mayor efecto, siempre, que la de los mejores oradores.

Corre hoy la especie —entre algunos de los que aspiran a representar la renovación intelectual de España— de que, quien no sea un genio, o poco menos —claro es que los que esto dicen, se consideran tales— nada significan, ni pueden rendir labor útil al país; y en el orden de las posiciones doctrinales, completan la tesis diciendo, que quien no acentúa duramente, agudamente, o su radicalismo o su tradicionalismo, es poco menos que nada: un espíritu inútil e insignificante.

Azcárate fue la negación de ambos supuestos. Intelectualmente, se caracterizó por la claridad, la ecuanimidad, el buen sentido, la seriedad, en el estudio de las cuestiones y la honradez en su exposición. Doctrinalmente fue, dentro de su sector liberal, un hombre equilibrado, sensato, de término medio —no al modo doctrinario, que repugnaba, sino al modo armónico que en él era esencial— y por eso pudo parecer a veces que no era ni de la derecha ni de la izquierda, sólo porque fue justo, imparcial, sereno y apreciador de la complejidad de las cosas y de la inutilidad de pedirlo todo de una vez. Su vida entera, tan abundante en servicios de grandísima importancia a su país y a sus ideales, ha sido una plenísima demostración de que se puede significar mucho en la vida nacional y ser muy útil a la civilización, al progreso de las relaciones sociales y al adelanto de las ciencias, sin ser un genio, ni un omnisciente, ni un polígrafo, ni un tribuno o propagandista de estridencias, de novedades aparatosas o de ingeniosidades aparentemente profundas.

La claridad y serenidad de su mente; la sinceridad y ecuanimidad de sus doctrinas; la honradez de sus procedimientos todos, dejan tras de él una estela mucho más luminosa que la que podrán alcanzar nunca, por muchos años que vivan, algunos que le quisieron roer los zancajos.

Puede que éstos no sientan, ni poco ni mucho —aunque lo aparenten— que Azcárate haya muerto. Pero España —que es otra cosa y no responde del extravío de sus hijos— llora hoy, de todo corazón, la pérdida del hombre que no deja sustituto¹.

1. Este artículo se ha publicado en el *Diario Español*, de La Habana. Enero. 1918.

NUESTRO TIEMPO

CATÁLOGO DESCRIPTIVO DE LAS COLABORACIONES EN *NUESTRO TIEMPO* (MADRID)

“Las sentencias del presidente Magnaud”, Año I, T. I, nº 4, abril de 1901, pp. 657-667.

[Política internacional]

“La historia en el siglo XIX (Estudios sobre el desarrollo de esta disciplina)”, Año II, T. I, nº 15, marzo de 1902, pp. 435- 441.

[Historia]. I. El método histórico y las ciencias auxiliares; II. Concepto de la Historia; III. El contenido de la Historia; IV. El historicismo en las ciencias; V. La enseñanza de la Historia.

“La literatura durante la Regencia”, Año II, T. II, nº 19, julio de 1902, pp. 19-32[*]¹.

[Estudio literario] I. Explicaciones; II. Caracteres generales; III. La novela; IV. El teatro; V. La poesía; VI. El periodismo y las publicaciones clásicas.

“Cosas de Italia”, Año III, T. II, nº 32, agosto de 1903, pp. 203-210.

[Crónica de viaje].

“Literatura histórica americana”, Año IV, T. II, nº 42, junio de 1904, pp. 341-351[*].

1. Los artículos marcados con asterisco se encuentran reproducidos a continuación en la Antología de las colaboraciones en *Nuestro Tiempo*.

[Estudio literario]. Estudio centrado en las publicaciones que sobre la literatura hispanoamericana han aparecido en el transcurso de los años 1900-1903. I. Las revistas; II. Las grandes colecciones; III. Monografías.

“La crisis de la Extensión Universitaria”, Año V, T. I, n° 52, abril de 1905, pp. 453-462.

[Pedagogía]. Estudio de la implantación de esta política educativa en Inglaterra y Francia.

“Una nueva ciencia social: eugenesia”, Año, V, T. I, n° 57, agosto de 1905, pp. 191-194.

[Sociología]. Comentario de las teorías que Francis Galton presentó en Sociedad Sociológica de Londres el 14 de febrero de 1905.

“Un libro de historia”, Año VI, T. I, n° 70, febrero de 1906, pp. 207-217[*].

[Historia]. Comentario crítico del libro *Fin de la Nación Catalana*, de S. Sanpere y Miquel.

ANTOLOGÍA DE LAS COLABORACIONES EN NUESTRO TIEMPO

**“La literatura durante la Regencia”, 19 (1902), pp. 19-32.
julio, t. II**

I Explicaciones

Hablar de la literatura española durante la minoridad de Alfonso III, no supone la creencia de que los diez y seis años y pico que ha durado esa minoridad, marquen un período perfectamente señalado en nuestra historia literaria, y mucho menos que esta haya dependido, en mucho ni en poco, del hecho político que se toma como base. En general, creo que el Gobierno de una nación no influye en los rumbos literarios de ella sino muy indirectamente, porque él mismo suele obedecer a las corrientes de ideas y de sentimientos que arrastran a los literatos.

Verdad es que la protección de los Reyes y de los Gobiernos puede facilitar el cultivo de las letras y dar ocasión a que se manifiesten algunos talentos que, de otro modo, hubiesen quedado oscurecidos; pero este efecto no pasa de ser cuantitativo, sin que alcance a lo que más importa en la literatura: la cualidad, la orientación, la grandeza, los rumbos ideales, la habilidad técnica; a no ser que la anormalidad de las circunstancias políticas, lo extraordinario y grave de ellas, la novedad de los sucesos (una dominación extraña, una lucha por la independencia o por la libertad, un brusco cambio de instituciones, etc.), promuevan, dentro del tipo literario reinante, cuya modificación escapa a toda acción oficial, ciertas direc-

nes especiales, caracterizadas por la preferencia de determinados asuntos o la exaltación de talos o cuales sentimientos. Y bien sabido es cuan inútiles resultan las *prohibiciones* gubernativas, cuando lo que quieren ahogar tiene verdadero arraigo en el espíritu de los intelectuales.

La regencia de D.^a María Cristina de Habsburgo no ha ofrecido condiciones para que se produzca ninguna de esas influencias indirectas en grado tal que caracterice el período. Ni se ha repetido el caso de un Mecenas o un Luis XIV (en cuanto protector), ni los rumbos políticos de los Gobiernos que se han sucedido desde 1885 a 1902 han sido tales que pudieran originar novedades literarias. Cuando en 1898 soplaron vientos de tormenta sobre España, y el fangal en que nos habíamos metido se hundió todavía más bajo nuestros pies, pudo creerse que el alma nacional se estremecería hasta lo más profundo y reflejaría sus dolores y sus indignaciones en la literatura. No fue así, bien lo sabemos. La literatura del *desastre* y de la *regeneración* ha sido muy exigua, casi nula. Los poetas, los novelistas, los dramaturgos, sobrecogidos por la enorme pesadumbre de la desgracia, faltos de fe en el porvenir, desconfiando de la patria misma, callaron casi todos. Las ideas hablaron otro lenguaje, tal vez más necesario; y en la literatura apenas dejó huella la terrible sacudida.

Una sola influencia puede señalar, se en los últimos años del período: la de la política clerical, o, por mejor decir, de debilidades con el clericalismo, seguida por todos los Gobiernos. Ella ha excitado nuevamente el espíritu liberal de algunos escritores, y ha renovado los tiempos heroicos en que, al calor de la lucha de ideas, nacían *Doña Perfecta*, *Gloria* y *La familia de León Roch*.

En cuanto a las literaturas regionales, la catalana singularmente, no creo que respondan en nada a la política de la Regencia. Las complacencias irreflexivas y las debilidades que se han tenido con los catalanistas —hijas unas de la ignorancia del problema y de sus motivos *íntimos*, otras del interés de partido, que no se para a considerar las consecuencias de ciertas alianzas, y algunas del miedo a todo y a todos que caracteriza hoy a nuestros gobernantes— han servido (tanto como la imprudencia en la represión cuando se creyó necesaria) para exaltar el lado político del movimiento; pero el impulso literario venía de atrás y, de todos modos, hubiera

seguido su camino (como lo siguió en Valencia, donde no hay *ís-mos*) por fuera de la política. Después de todo, nótese que lo mejor de la literatura catalana es ajeno a toda inspiración catalanista, aunque responda a un gran amor, legítimo y plausible, a la «patria chica». Quien, sin más antecedente, leyera los versos de Verdaguer, Maragall, Mestres, Perés y tantos otros; las novelas y cuentos de Oller, Massó, Bosch, etc.; las obras teatrales y los poemas en prosa de Rusiñol, Pomés, Iglesias y aun los dramas del mismo Guimerá, no sospecharía que Cataluña está más o menos agitada por un movimiento a cuya elaboración han contribuido algunos intelectuales y muchos *patronos*.

¿No se puede hablar, pues, de la literatura de la Regencia? No; pero puede hablarse de la literatura *durante* la Regencia. Y como, al fin y al cabo, la mayoría de las divisiones históricas son puros convencionalismos, uno más no perjudica, ni podrá engañar a los que «están en el secreto».

II

Caracteres generales

Es ya un axioma que en España no hay escuelas literarias más que en teoría para discutir dogmas, para fundar cenáculos y para dar materia a los críticos. En cuanto se llega a la *creación* aparece el *anarquismo* y por raro fenómeno, en una sociedad en que no hay caracteres, según decimos todos a todas horas, en que la vulgaridad imprime una nota gris, uniforme a la masa, las individualidades literarias se imponen, rompen toda disciplina y producen obras singulares, personalísimas, que no tienen entre sí esos puntos de semejanza que en otras naciones permiten agrupar, clasificar... ¿Es esto cierto? Lo creyeron así, y lo razonaron, dos talentos tan grandes como Leopoldo Alas y Ganivet, cada cual desde su punto de vista. Pero yo voy creyendo que en ello hay algo de exageración. Nótese que las escuelas las forman los discípulos, y que éstos necesitan ser en gran número para que se note la masa y para que haya unos cuantos de mérito indiscutible y sobresaliente. Ocurre esto en las naciones donde la cultura general es grande y los cultivadores de la literatura constituyen legión; pero en nuestra minoría exigua de literatos, no hay margen para esas agrupaciones. Los pocos que sobresalen y logran vencer la resistencia del medio, es porque tienen

gran personalidad, y los restantes no sirven ni para discípulos. Por otra parte, si nos fijamos en cualquiera de las literaturas extrañas y hacemos examen de los escritores de primera fila —aun de los que pertenecen o dicen que pertenecen a una misma escuela— ¡qué diferencias encontraremos entre ellos! La personalidad de cada cual resalta sobre el uniforme del sectario, y a ella debe cada cual su fama. En el mismo naturalismo —una de las escuelas más *cerradas*, si se leen los programas de Zola— ¡cuánta distancia no hay del *maestro* a Daudet, de éste a Maupassant y a los Goncourt!

Y si a todo esto añadimos el consabido *individualismo ibero* (que yo no sé si es ibero, pero que de fijo parece ser algo más individualismo que otros), en virtud del cual lo corriente aquí es poner sobre todas las cosas el orgullito del *yo* y despreciar las doctrinas ajenas (y las personas sobre todo), tendremos la explicación de un hecho que acusa y trae muchos males, pero que quizá, también, nos libra de muchas modas, de muchos ismos y de ser más panurgos de lo que nuestra incultura general forzosamente nos haría ser.

De todo esto nace la dificultad inmensa de *sintetizar* nuestra literatura contemporánea, de trazar grandes líneas y fijar caracteres. Los autores se escurren como anguilas en cuanto quiere alguien clasificarlos, y las notas comunes, que a veces parecen dibujarse, se esfuman luego y se borran del todo. Hay que contentarse con notas sueltas, con apuntar hechos sin enlace visible, procurando caracterizar esa misma falta de continuidad, de disciplina, que forma también la historia externa de toda nuestra vida intelectual.

Y sin embargo, el historiador puede señalar influencias bien determinadas en nuestra literatura, aunque todas ellas subordinadas a la personalidad individual, digeridas de modo que casi no es posible conocerlas, o pegadizas y tan superficiales, que basta un golpecito para que caigan, dejando al descubierto la vaciedad del fondo.

Esas influencias han sido, en el período que estudiamos, de dos clases: extranjeras e indígenas. La primera de aquéllas fue el naturalismo, que aún privaba y se discutía largamente en 1885, en 1886 y hasta en 1889, pero con grave tendencia a perder rápidamente terreno, porque en Francia iba ya pareciendo viejo e iban desgranán-

dose sus falanges, y porque aquí sabido es que no arraigó en firme, perturbado por el españolismo, por la tradición del realismo inglés en algunos autores y por la huella indeleble de nuestros clásicos, que tan a la superficie se descubre en Galdós y en otros muchos. Vino luego la influencia de los literatos rusos y escandinavos, traída un poco confusamente y sin distinción de matices al principio por la moda francesa¹, y que bien pronto pareció arraigar, de una parte, en las traducciones catalanas de Ibsen (1895) y en los arreglos castellanos que con entusiasmo acometió Villegas (1896), y de otra, hermanándose con ciertas notas tradicionales de nuestro espíritu filosófico y religioso, muy parecido, en algunas cosas, al de Tolstoy y otros autores. Por último, vinieron los modernistas belgas, italianos, alemanes, franceses, con las conferencias de propaganda que en Bilbao iniciaron algunos jóvenes, con las traducciones catalanas y castellanas (una sola que yo sepa) de Maeterlink y Hauptmann, influyendo especialmente, pero en muy débil medida, en el teatro y en la lírica; al mismo tiempo que se dibujaba una tendencia a renovar el culto de los grandes clásicos de todos los tiempos con las representaciones en catalán de obras de Esquilo, de Goethe, de Shakespeare (1888-1889) y las adaptaciones castellanas del gran trágico inglés, de Lope, de Calderón, de Tirso, etc.

¿Cómo ha respondido el público a todas esas influencias? Mal. Los modernismos no los entiende, los repugna, parte por misoneísmo, parte por incultura y, en lo que toca a sus extravagancias (que las tiene), por cierto instintivo buen gusto, cuyo origen no sé explicarme, pero que es evidente en nuestra masa intelectual, entendida esta palabra «intelectual» de un modo amplio.

Para ver en lo clásico lo que tiene de grande y de hermoso, a pesar de la diferencia de los tiempos, también le falta cultura al público. En cuanto a los autores, puede decirse que, en general, apenas han respondido a esas influencias; parte, por lo que antes dije; parte, porque su educación literaria va por otros carriles, quizá mejores, quizá no. En la juventud misma, en los nuevos, verdaderamente nuevos, ahora es cuando empieza a señalarse el efecto del modernismo, que no va acompañado por lo general (hay que decirlo para su corrección), de un conocimiento hondo de sus

1. Y por la masa de traducciones que debemos al editor de *La España Moderna*.

caracteres, ni aun de las individualidades más poderosas que, con matices muy variados, representan esa dirección y que, en muchos —en esa turbamulta de imitadores vulgares que llevan tras de sí todas las innovaciones— no parece haber dejado más huella que la de los defectos.

El modernismo —es decir, el conjunto de doctrinas y de escuelas, muy diferentes entre sí en no pocas cosas, que se designa con ese nombre genérico— representa, como es sabido, una reacción contra el realismo y el naturalismo, reacción algo más sólida y fructífera que el psicologismo, la novela novelesca y otras tantas cosas inventadas por los que necesitaban una *plataforma* vistosa para llamar la atención de las gentes. Pero como todas las reacciones, está el modernismo contaminado de aquello contra lo que reacciona; y una de las cosas en que hereda a sus antecesores es el erotismo, llevado a un extremo de insensatez que sobrepasa la medida de Zola y sus discípulos, como puede verse en muchas novelas y versos del *Mercure de France*, *L'Ermitage*, *La Revue blanche* y otras revistas análogas. Esta nota la conserva en España, a veces, con tanta crudeza como en Francia, en Bélgica y en otros países. Y a la vez ha traído una peligrosa renovación del romanticismo sentimental, de la bohemia práctica, no ya como asunto (y eso que podrían citarse ejemplos), sino como línea de vida del literato, que, con el *aburguesamiento* del naturalismo, parecía haber entrado en un período de equilibrio, de orden, de medida, como uno de tantos trabajadores que necesita ponderarse a sí mismo, para que la obra no resulte desquiciada. ¿Durará mucho ese romanticismo? ¿Se contendrá en los límites precisos para que no dañe a la literatura? ¿Quién sabe! Hoy por hoy, es una nota característica de casi toda la nueva generación, que hace pensar en los héroes de Murger y de Musset, en Baudelaire y en Larra.

Viniendo a las influencias españolas y personales, en general puede decirse que han disminuido mucho, comparativamente a lo que fueron en períodos anteriores. Unas, se han amenguado por sí mismas; otras son rechazadas, con ingratitud y con despego no justificado, por los que empezaron a formarse al calor de ellas y

que, aun rechazándolas, suelen vivir de su sustancia en gran parte, inconscientemente. Pero el hecho de la disminución es cierto.

Aunque Dicenta confiese paladinamente² la ascendencia de Echegaray respecto de él y de todos los dramaturgos jóvenes, es indudable que Echegaray ha ido perdiendo rápidamente su influencia en los últimos quince años. Valera no es de los que forman escuela; pero es siempre un clásico que afina el gusto y enseña a todo el que lo lee, sin creer mucho en lo que dice. La moda campoamoriana —que se recrudeció algo en 1886 con las *Humoradas*— duró poco, dado que siempre fue insostenible; y las raíces que la manera del maestro ha echado en el campo todo de la literatura, están tan hondas y mezcladas con las de otros árboles nuevos, que resulta difícil discernirlas. Pereda había ya conseguido antes de 1885 lo único quo en este orden podía conseguir: despertar o robustecer el sentimiento del paisaje y de las escenas locales y rústicas. Los dos autores que han continuado influyendo más son Galdós y Alas. Aquél, como novelista y como removedor de corrientes ideales y de reformismos literarios, y quizá más en este último sentido que en el primero. Alas, como crítico (en su manera, en sus aficiones y en sus enseñanzas) y como cuentista. Podrán renegar de él los que salieron rasguñados por sus críticas; podrán discutirlo y encontrarlo mejor o peor; pero lo que no se quitarán nunca de encima es la huella de su espíritu, incluso cuando éste reaccionaba contra las direcciones que más parecen gustar a los hombres de hoy. Su influencia puede haber sido en estos últimos tiempos menos rumorosa y aparente que antes, pero no es menos honda, en amigos y enemigos.

*

Tratándose de influencias, de direcciones del arte, cabe creer que son mejores unas que otras, que es deplorable la disminución de tales y perjudicial el aumento de cuales, o viceversa; pero en lo que no hay posibilidad de opinar, de sustraerse a la fuerza abrumadora del hecho, es en la contemplación de las aterradoras bajas que la muerte ha causado en el mundo de la literatura. Cuando, sobreponiéndose a los fanatismos de escuela y a las pequeñeces

2. Véase su artículo *Le theatre*, en el numero especial publicado por la *Nouvelle Revue Internationale*. (Abril, 1900)

del personalismo, se atiende a la santidad del trabajo, al supremo respeto que merece todo esfuerzo sincero y a la necesidad que un país como España tiene de elementos intelectuales, no hay manera de evitar la grave tristeza, la profunda preocupación que causa el repasar la lista de los que, ya cumplida su carrera o apenas empezada, han ido marchándose y dejando en las filas vacíos que todavía no se han llenado y respecto de los cuales es lícito preguntar con zozobra si se llenarán a tiempo para la patria.

No pretendo dar una lista completa, ni la creo necesaria. Basta ir recordando al azar: Querol, Pelayo, Briz, Llombart, Iranzo, Zorrilla Tamayo, Ixart, Sarda, Tuero, Cuesta, Acebal, Escalante, Federico Soler, Navarro Villoslada, Fernández Guerra, Quadrado, Ganivet, Ochoa, Cañete, Aguiló, Felíu y Codina, Bosch de la Trinxeria, Balaguer, Valmar, Mañé, Masferrer, Maspons, Vidal de Valenciano, Rubió y Ors, Losada, Macías, Soler y Miquel, Castro y Serrano, Fernanflor, Campoamor, Castelar, Alas, Pí y Margall, Verdaguer...³ ¡cuántos, jóvenes, viejos, medianos y grandes, frutos granados y esperanzas de frutos, iniciadores, propagandistas, obreros modestos, pero necesarios en la obra, portaestandartes y soldados de fila, cuántos que ya no pueden ayudarnos, en esta suprema crisis del genio español, con su experiencia, con su audacia, con su tenacidad, con su cultura, como directores y maestros o como compañeros de trabajo en la obra común!

Con ellos se ha ido casi todo un período de nuestra historia, casi todo un momento característico de nuestra literatura moderna, como si el siglo XIX, esa ficción de nuestra cronología humana, quisiera legitimar su existencia cerrando tras de sí la puerta del sepulcro de los más de sus hijos ilustres. Y en la incertidumbre de lo porvenir, a la tristeza de lo perdido se une el temor de que los sobrevivientes—pocos, muy pocos, mas, por fortuna, algunos muy grandes—nos dejen también entregados a una minoridad preñada de enigmas. Porque lo verdaderamente grave en este hecho es la

3. Rigurosamente hablando, Verdaguer no debía figurar en esta lista, porque ha muerto casi un mes después de acabar la Regencia; pero su vida en este corto espacio de tiempo no ha sido vida, y su pérdida es tan grande, que no quiero perder esta ocasión de lamentarla juntamente con la de los gloriosos escritores que le precedieron.

enorme mortandad que acusan los últimos diez y seis años; es que en ella figuren muchos de los jóvenes, de los nuevos de ese período, y muchos de los que entraban ahora en la sazónada virilidad de su desarrollo intelectual. Y cuando pedimos nombres a los que empiezan, no pueden darnos todos los que nos hacen falta para llenar los huecos: de una parte, porque no los hay, porque son pocos; de otra, porque de los más, ni sabríamos nosotros decir lo que significan, ni ellos mismos tienen aún conciencia de lo que llevan dentro.

Pero el porvenir contienen su misma oscuridad el consuelo y la esperanza. Poco antes de morir lo dijo Alas: «Todo lo que se refiere al porvenir, es muy serio... Yo no soy, seré, dice un personaje de Tirso de Molina; y en este caso se hallan los jóvenes que valdrán más tarde. El no ver hoy en ellos lo que quizás serán, no nos autoriza a negar ese mérito futuro». Y desde que Alas escribió estos renglones, algunos jóvenes ya *han sido*.

III

La Novela

Detallemos algo de la historia literaria en los distintos géneros, con la sobriedad que piden estos apuntes, que no aspiran a ser más sino recordatorio de cosas muy sabidas.

Con el ejemplo de Alarcón, Valera, Galdós, Pereda y otros maestros del período anterior y el auge extraordinario de los autores naturalistas, la novela se había convertido en el género de moda en los últimos años de Alfonso XII, y siguió siéndolo en los primeros de la Regencia.

De 1885 son *El Cisne de Vilamorta*, el tomo II de *La Regenta*, *José, Sotileza*, *Lo prohibido* y otras novelas célebres. Desde entonces hasta la fecha, el género ha pasado por tres períodos: uno de auge, otro de decadencia y un tercero de restauración. Este último se dibuja con claridad en los últimos meses de la Regencia, por el mayor número de las obras y por la aparición de nuevas firmas. Pero, ¿cuándo empieza el segundo? Difícil es decirlo, si se adopta para esto el puro criterio cronológico con el rigor que suelen emplear los que no reparan en la complejidad de la historia, cuyos cambios no se producen de golpe; porque si es cierto, como alguien ha dicho, que desde 1892 se nota una preferencia especial por el teatro, aun entre novelistas tan novelistas como Galdós, no

es menos cierto que de 1894-95, son los *Torquemadas* y *De peñas arriba*; de 1895, *Juanita la Larga*, *Pachín González* y las primeras obras notables de Blasco Ibáñez; de 1896, *Nazarín*; de 1897, *Genio y figura*, *Misericordia*, *Figura y paisaje*, y la aparición de Ganivet, Macías, Unamuno y otros jóvenes; de 1898, gran parte de la tercera serie de *Episodios nacionales*, de 1899, *Morsamor*, *La alegría del capitán Ribot*, etcétera; estimando lo cual, casi queda reducida la decadencia de la novela a un período de tres años, en que Pereda, Galdós, Emilia Pardo Bazán, Palacio Valdés, Picón, Ortega Munilla, el P. Coloma y los nuevos, no escriben nada o escriben muy poco, cansados o atraídos por otras aficiones y señuelos de la gloria o convencidos de la indiferencia del público. En éste puede advertirse, mejor que en los autores, la rotación de los géneros, cosa en que corresponde la primera autoridad a libreros y editores; pero así y todo, es claro que no pueden fijarse a estos cambios límites cronológicos precisos.

Lo mismo puede decirse del apogeo del cuento. Que hubo unos años en que todo el mundo escribía cuentos y el público los leía con afán, es cosa muy cierta. La prensa diaria (*El Liberal*, sobre todo) los puso de moda, y a ella contribuyó la difusión de las revistas ilustradas y sin ilustraciones. Pero lo que no cabe decir es que esta afición excluyera la de la novela, que siguió cultivándose casi como antes. Por otra parte, el cuento no era una novedad en España. En períodos anteriores lo habían cultivado, y con gran éxito, muchos de los buenos escritores; y, pasada la efervescencia, ha quedado como un género consagrado por las firmas de autores de primera fila.

Sería raro que la historia de la novela española durante diez y seis años no registrara algún *escándalo*, de los que tan fácilmente se originan como se deshacen en nuestro público. Lo hubo, pues, y fue su origen la novela *Pequeñeces...* del P. Coloma. Como siempre ocurre, el ruido fue mayor que las nueces. Como obra de arte, no merece la novela en cuestión el éxito que hubo de alcanzar, aunque no es peor que otras muy aplaudidas y aun premiadas por la Academia Española; y seguramente, si *Pequeñeces...* no contuviera ciertas crudezas referentes a la aristocracia española y no la hubiese escrito un jesuita, muy pocos hubieran reparado en ella. Buena de-

mostración de ello es *La Espuma*, de Palacio Valdés, superior en más de un respecto, a *Pequeñeces*...

Si quisiéramos ahora resumir las notas principales de la producción novelística desde 1885 a 1902, creo que podríamos hacerlo en esta forma: Persistencia del erotismo, que trajo la corriente naturalista y que en los autores novísimos recrudece; renovación del problema religioso y clerical, ya en el sentido de las primeras novelas de Galdós, ya en el de las nuevas corrientes del llamado renacimiento religioso (*Ángel Guerra, Nazarín, La Fe, La Tierra de Campos, El Enemigo* y cuentos de Picón); especial cultivo de la novela política (Gutiérrez Camero, Queral, Campión, Matheu, Nogales, Galdós); continuación de la novela regionalista y local, con pintura de costumbres aldeanas, paisajes y marinas. (*La Puchera, De Peñas arriba, Arroz y Tartana, Flor de Mayo, La Barraca, La hermana San Sulpicio, Los majos de Cádiz, Juanita la Larga, Paisaje y Figura, Croquis pireneus, La Goletera, La casa de Aizgorri...*), reaparición de la novela filosófica y social, que en la época revolucionaria tuvo algunas manifestaciones (*La piedra angular, Morsamor, Misericordia, Paz en la guerra, La conquista del reino de Maya, Los trabajos de Pío Cid, Febre d'or, La bogeria, Silvestre Paradox, Amor y pedagogía, La voluntad...*)

La conclusión que de aquí se desprende parece ser favorable al juicio que en 1900 formuló Emilia Pardo, relativo a la transcendencia ideal de la novela española contemporánea. Es verdad que el exteriorismo y la insustancialidad, muy comunes en los argumentos de la época naturalista⁴, se han corregido después en gran medida; pero de esto a decir que las novelas contemporáneas hubieran podido levantar al pueblo español, cuya situación moral, social, religiosa, económica y pedagógica reflejan «con triste fidelidad, con gran fuerza artística y con la sinceridad de un espejo», hay un mundo. Todavía es más incierto que nuestros novelistas «sean capaces de guiar moralmente a cualquier público». No les falta intención para esto sin duda; y aun puede afirmarse que la tesis (la preocupación de un problema ideal, social, político, etcétera)

4. Véanse los artículos de Leopoldo Alas, correspondientes a los años 1888 y 1891. Sobre esto mismo insistí yo en *Señal de los tiempos* y *La literatura y las ideas*, artículos incluidos en la colección titulada *Mi primera campaña* (1893).

es cosa muy española de nuestros días; pero las más de las veces, el autor se queda muy por bajo de la tesis, por falta de cultura y de reflexión en las disciplinas y estudios a que se refiere *su* problema. Por lo demás, quizá es exacto que nuestra novela peca muy a menudo de intelectual, de abstracta, y que esto le imprime cierta sequedad que perjudica al sentimiento, a la emoción requerida en obras tales y, en suma, a las mismas condiciones artísticas. El único contrarresto que a esta tendencia ofrece nuestra literatura, es la afición, completamente moderna, de estudiar lo que se ha llamado, impropriamente, el color local. En este género, nuestros novelistas han llegado a conseguir grandes triunfos y el arte se ha fecundado nuevamente al contacto de la realidad objetiva

IV El teatro

En 1885 era todavía Echegaray el ídolo de nuestro público y el dictador de nuestro teatro; pero la gente empezaba a cansarse de la repetición de la misma nota, de los mismos procedimientos constantemente usados y a cuyas combinaciones era ya imposible que el gran talento del autor lograra dar nuevo interés, despertador de las antiguas emociones y delirios. Echegaray conoció el peligro, o quizá sin parar mientes en él, halló en sí mismo sollicitaciones para cambiar de rumbo y buscar en otros terrenos otras aplicaciones de sus cualidades brillantes. Y es ciertamente uno de los hechos más curiosos de nuestra historia literaria, esa ductilidad y ese afán, muy simpático, con que un autor que se resiste a pasar de moda tantea géneros diversos, inicia corrientes al parecer desusadas y se asimila y procura reflejar las influencias del teatro extranjero que más privan en el mundo. *Un crítico incipiente* (1891) y *Mariana* (1892), marcan el principio de esta nueva fase de Echegaray, que más tarde se completó con *El hijo de don Juan* y que a última hora parece haber abandonado para volver a su manera primitiva.

A la vez que Echegaray buscaba nuevos caminos, hacían su aparición en la escena española Guimerá (*Mar y cielo* 1891) y Galdós (*Realidad*, 1892). El teatro de Guimerá (que importaron en Castilla Enrique Gaspar y el propio autor de *Mariana*) no representaba por entonces ninguna novedad de escuela ni de argumentos.

Hasta 1894 (con *María Basa*) la influencia del dramaturgo catalán no ofrece ningún elemento de interés que marque nuevos rumbos. Galdós, por el contrario, los señala desde un principio, presentándose como un revolucionario y trayendo, en efecto, una renovación ideal (que se continúa en *La loca de la casa*, *Los condenados*, *Voluntad*, etc.) y bastantes novedades en los procedimientos, más realistas, menos rebuscados que en sus predecesores y, a veces, de una sinceridad admirable. Bien pronto el teatro de Galdós, que se había iniciado como teatro de tesis en cuestiones morales de gran generalidad, giró hacia las cuestiones españolas que siempre han preocupado al autor de los *Episodios*. A esta segunda manera pertenecen *Doña Perfecta*, *La fiera* y *Electra*, dramas ya realistas, ya simbólicos, en que la lucha político-religiosa que ha desangrado a España durante un siglo y amenaza con trastornos quizá mayores, constituye el asunto principal. *Alma y vida*, que renueva el simbolismo de *Los condenados*, aborda otros problemas no menos graves y señala la nota más aguda en el radicalismo social e ideal de Galdós.

A su influencia, combinada con otras del teatro extranjero, responde un autor joven y muy aplaudido, Benavente, en quien la tesis revolucionaria se combina con un psicologismo algo quintesenciado, pero brillante. Como satírico, sus precedentes están en Gaspar, Blasco, Cano y otros dramaturgos de generaciones pasadas.

El realismo popular de Guimerá tuvo un antecedente en *La Dolors* de Feliu y Codina, uno de los grandes y más legítimos éxitos del período; y mezclado con reminiscencias de Echegaray y con el mismo influjo ideal de Galdós, produjo bien pronto la revelación de autores nuevos, o de maneras nuevas en autores que, como Dicenta, se habían ensayado antes en el drama romántico. *Juan José* constituye el triunfo mayor del realismo popular, no ya puramente sentimental como en Feliu y Codina y en el mismo Guimerá, sino con cierta intención *docente*.

A la vez que se cumplía este cambio, las influencias extranjeras, a que en parte obedecía, acentuábanse singularmente en Cataluña. Más arriba hemos aludido a las traducciones de Ibsen y Maeterlink, secundadas por Villegas. Para dar mas amplitud a la penetración del modernismo, se proyectó en Barcelona (1893) la fundación de un *Teatro Libre*, que, al fin, se inauguró en 1896 con *Los aparecidos*

(*Espectres*), y que también se pensó en crear en Madrid, aportando a él arreglos de *La Celestina*, de Maquiavelo, etc. El *Imparcial* (por iniciativa de Rodrigo Soriano, si mal no recuerdo), abrió una información a este propósito (1896), en la cual se demostró que casi todos los escritores y actores notables no entendían ni querían oír hablar del *Teatro Libre*. El ensayo hecho en Barcelona no arraigó todo lo que esperaban sus iniciadores, no obstante tener tradición en las representaciones anteriores de obras clásicas traducidas (la *Ifigenia*, de Goethe, por Maragall, *v. gr.*), y de obras catalanas nuevas (la más saliente, *La alegría que pasa*, de Rusiñol); pero su espíritu se ha continuado ya en el «Teatro catalán», en que siguieron estrenando Guimerá, Rusiñol, Massó, Iglesias, Pomés y otros jóvenes, reforzados a última hora por Torrendell, escritor de verdadero empuje, ya en el *Teatret*, que últimamente ha dado (12 Mayo), *La campana sumergida* de Hauptman.

Es curioso advertir que en Madrid, si no tuvo buena acogida el teatro modernista, sí prendió la resurrección del clásico, ya el inglés (Shakespeare: arreglos de Benavente y Selles), ya el español (Calderón, Lope, Moreto, Rueda, etc.) Pero el público que gusta de estas resurrecciones como de los modernismos catalanes, es muy reducido.

Para terminar con las notas de nuestro teatro, forzoso es aludir a la boga desdichada, pero muy sintomática, del llamado «teatro» o «género chico», es decir, de las piececillas en uno o dos actos (con música generalmente), cuyo asunto principal son las costumbres de la chulería y del pueblo bajo madrileño o andaluz. Aunque el talento de algunos autores (atraídos por el éxito *económico* del género) ha sabido aprovechar esta corriente en bien para el arte, sacando algún oro entre las escorias, aunque mezcladas con las genuinamente «chicas», aparecieron algunas obras que sólo tenían la exterioridad del género, pero que respondían en rigor a otras corrientes del teatro cómico (*v. gr.*, los sainetes de Javier de Burgos), el episodio es más bien para olvidado.

Al fin del período se ha producido contra él una reacción de los mismos autores, que han querido volver a la comedia antigua, al sainete y el entremés, realistas, sí, pero fecundados por más altos ideales. La representación quizá más genuina (por lo mismo que su teatro versa sobre costumbres andaluzas, y desde luego la más

saliente y las más pura desde el punto de vista del arte, de esta corriente novísima, corresponde a los hermano Álvarez Quintero, quienes a su juicio, han llegado con las flores a un grado de sentimiento poético verdaderamente nuevo y exquisito.

V

La poesía

Aunque Zorrilla no murió hasta 1893, su tiempo y su influencia habían desaparecido mucho antes. Los grandes triunfos de Núñez de Arce son anteriores a 1885, así como la nombradía de Ferrari, de Velarde y otros más, que responden a una corriente uniforme.

Las únicas novedades que el período ofrece son: la aparición de las *Humoradas* de Campoamor (reunidas por primera vez en volumen en 1886 y de algunos nuevos poemas, entro ellos el titulado *Los amores de una santa*, que varios críticos colocan entre las mejores del autor; el desarrollo de una novísima escuela en Cataluña, superior y más fecunda que la de los antiguos Juegos Florales (salvo excepciones, claro es); la decadencia de la valenciana, y la penetración del modernismo en autores catalanes y castellanos.

La escuela catalana ostenta nombres ya clásicos, ya nuevos, pero de verdadera importancia. Ha seguido llevando a su cabeza a Verdaguer, en su manera lírica y mística; y alrededor de este gran maestro han ido agrupándose —disidentes en punto a la forma algunos, pero muchos conservando la influencia ideal del poeta religioso o, por lo menos, un sentido tradicional que los aparta, en la tesis, del modernismo —Apeles Mestres, Maragall, Gual, Guanyabons, Costa, Estelrich, etc., acompañados de otros que usan la lengua castellana (como Morera, Alcover y Marquina), y que se muestran mucho más influidos por maestros castellanos o extranjeros⁵.

5. Por la importancia literaria de la poesía catalana, y por su transcendencia política, parecenos conveniente ampliar estas atinadas observaciones de nuestro ilustre colaborador Rafael Altamira, con las siguientes notas que hemos obtenido del distinguidísimo literato catalán Luis Vía, director del semanario *Juventut* y uno de los hombres jóvenes de mayores méritos en el movimiento intelectual de Cataluña.—N. De LA R.

Iniciado el moderno movimiento folklórico catalán a mediados del último siglo por el inolvidable Piferrer, y continuado luego con devoción por Milá, Aguiló, Pelay y Briz y otros, quedó, por así decirlo, descubierta el alma de la tierra.

La gente nueva fuera de Cataluña ha seguido hasta muy recientemente los «moldes clásicos». La reforma del metro (menos necesaria entre nosotros que en Francia), se paralizó después de Zorrilla, y volvimos a los tipos clásicos, que son los de Núñez de Arce y sus imitadores, los de Querol, los de Campoamor mismo y los de todos los jóvenes. Balart, aunque parece dar una nota nueva con el empleo de la seguidilla, realmente es un clásico en este sentido. La reforma del lenguaje, en que Campoamor tuvo tanto empeño, sólo prosperó en parte; y ha sido preciso que venga la juventud

Escarbando las arideces que en su superficie presentaba el campo de las letras catalanas, brotaron raudales de la vieja poesía. Impúsose entonces con todos sus fueros la tradición, y restauráronse los Juegos Florales. Renació i a lengua catalana, que bien muerta parecía, y los incipientes trovadores poco tuvieron que envidiar a los de la vieja edad. Rubio y Lluch, Aguiló y el mismo Balaguer no eran inferiores a Jofre Rudel ni a Guíllém de Cavestany, y estos han sido más tarde superados en mucho por los tres poetas contemporáneos que, haciendo honor a Catalunya, pueden alternar con los grandes ingenios de la poesía moderna en países más cultos: Guimerà, Verdaguer y Mestres.

Al calor de los Juegos Florales nuevamente constituidos, formáronse estos tres poetas, verdaderas eminencias de nuestra literatura, y formáronse también varios otros que en torno de aquéllos supieron a su vez cantar los sentimientos de patria, fe y amor: siendo los más notables Matheu, Pagés de Puig, Bertrán y Bros, Martí y Folguera, etc. De los Juegos Florales salieron obras como *L'Atlántida* y *L'any mil*: en los Juegos Florales, pues, podemos bailar el nivel de la cultura literaria de Cataluña desde los años 59 a 90. A partir de entonces, aquellos ingenios que más potente hálito de vida infundieran a la poética fiesta, fueron poco a poco absteniéndose de concurrir a ella, y la dejaron a merced de poetas mediocres. Estos con frecuencia incurrieron en arcaicas altisonancias, vicio ingénito en ellos, al cantar a la patria, y degeneraron en lo ramplón al tocar las cuerdas de la fe y del amor. Los verdaderos intelectuales veían con malos ojos tales amaneramientos, anejos a la pobreza de inteligencia o a la falta de cultura, y los pseudo-intelectuales, a su vez, empezaron a mirar con soberano desdén la que llamaron poesía *floralesca*, para la cual, y para la institución que la mantenía, pareció iniciarse una etapa lánguida y trabajosa. De pronto, éntrelos jóvenes, apareció un verdadero «poeta dando una nota vibrante con *La Sardana*, composición genuinamente popular, pero que por su originalidad y por el atrevimiento de su estructura revelaba a un artista personalísimo. *La Sardana* vino a ser la nota nueva, y Maragall el artista que, rompiendo moldes, surgía como apóstol de una poesía original, sana y redentora. Dicho se está que a su alrededor se agruparon nuestros modernistas, en su mayor parte medianías literarias como antaño habíanse agrupado en torno de Verdaguer y Guimerà los cantores de que queda hecha mención».

modernista para que se plantee nuevamente la cuestión métrica y se dé un nuevo giro a la del lenguaje, en que el simbolismo y el afán neologista tienen exigencias inevitables. ¿Prosperarán estas innovaciones defendidas (como todo lo nuevo) por algunos jóvenes de verdadero talento y por muchos vulgarísimos rapsodas? Como el historiador no puede ni debe ser profeta, me abstengo de contestar. Pero el problema del momento es ése.

En cuanto al fondo, nótase el predominio de los temas tradicionales y del sentimiento religioso, incluso (como ya hizo obser-

Luego el modernismo *enragé* quiso entrar en los Juegos Florales y tomar en ellos carta de naturaleza; pero no alcanzó a dar los tratos que muchos esperaban. Las notas *nuevas* fueron y son, en general, bastante medianejas, aparte de alguna que otra impresión artística sincera, pudiéndose notar, en los últimos años, lastimosa abundancia de aprendices de poeta cortos de entendederas, mendigos de premios y, sobre todo, *poseurs*, mientras los pocos artistas de verdad, los maestros de antaño y los nuevos, duermen en el sueño de los justos, no mandando a los Juegos obras de aliento. El mismo Maragall no nos ofrece sus mejores poesías en los Juegos, sino en libros publicados por su cuenta. En éstos pueden leerse sus hermosas *pirenencas*, sus *Goigs a la verge de Nuria* y su *Vaca cega*.

Los Juegos Florales, hermosa fiesta con que Cataluña ha podido dar ejemplos de cultura a Castilla, Francia y la misma Alemania, no han decaído por eso. Aparte que, según el padre Verdaguer, «jamás ofrecieron tanto canturreo de noveles trovadores», lo que pierdan en importancia artística lo van ganando anualmente en significación patriótica. Ellos simbolizan el despertar de Cataluña, que *tornará a ser rica y plena*. En este sentido, pues, no decaen. Pero la verdad es que no se encuentra en ellos, boy por boy, el verdadero espíritu de nuestra moderna poesía: no son, como hace quince años, fiel trasunto de nuestra cultura, y medrados estaríamos si tuviéramos que juzgar de los progresos literarios de Cataluña por el contexto de los últimos volúmenes de esa venerable institución.

Creo sinceramente que entre los poetas jóvenes, entre los *del* día, tenemos uno que puede afirmarse lo sea de verdad: Maragall. No será un gran poeta, pero sí un poeta sincero. Otros antes que él habían querido elevarse a alturas que para Maragall parecen inaccesibles; otros habían demostrado más grande inspiración, mayor fecundidad y hasta más riqueza y perfección de estilo. No se encuentran en Maragall atildamientos académicos, ni, por otra parte, hay en sus versos tanto vuelo como en las rozagantes estrofas de Guimerà, a quien no obstante se parece en ocasiones, siempre dentro de su modo de ser, por la concisión y energía de la frase. Maragall es sugestivo porque es sincero. Por esto es reducida su obra poética, que en sustancia limitaríamos a cinco o seis composiciones admirables.

var Emilia Pardo) en autores que proceden (*v. gr.*, Núñez de Arce, Manuel del Palacio, Balart) de tendencias radicales en política, y que, unas veces, cuando son sinceros, muestran el fondo antiguo que suele esconderse tras la apariencia liberal y moderna en España, y otras, no expresan sino la sumisión o acomodamiento al medio dominante. De esta disección, naturalmente, se apartan casi todos los «modernistas», no tan sólo de los que así se llaman ahora, más también de los que, hace años (como Emilio Bobadilla) iniciaban aquí el espíritu de protesta, con cierto dejo romántico, a veces.

Pocos escritores modernos han podido competir con Maragall. Massó y Torrents y Ruyra, con sus magistrales descripciones en prosa, han escrito verdaderos himnos a los Pirineos y al mar, notándoseles igual sinceridad y fuerza de estilo, pero como versificadores no han tenido la misma fortuna.

Elogios semejantes podrían hacerse de Rusiñol, el más original y sin duda el *más poeta* de nuestros prosistas. Le siguen Iglesias, Guanyabens, Costa y Llobera (mallorquín), Gual, Bori y Fontestà y *Víctor Català*. El poeta que escribe bajo este pseudónimo casi merecería párrafo aparte, por no ser tan conocido como los otros. Iguala a los mejores de acá en la *sinceridad* y *facilidad*. Su estilo es dúctil y se amolda a diversos géneros poéticos. El retrainimiento en que vive como con deliberado propósito, parece indicio de su ardiente y desinteresado amor al arte, y seguramente obtendrá la importancia que merece, ganándola en buena lid y palmo a palmo. Las pocas obras que hoy por hoy se le conocen, *Lo cant dels mesos*, *L'oca blanca*, *Quatre monólegs*, *La vella*, etc., muestran, entre ligeras deficiencias, un excelente espíritu de asimilación de los grandes maestros, una percepción fina e intensa y una más que regular cultura.

De los demás, salvo honrosas excepciones, no hay para qué hablar en esta ligera resella, entendiéndose siempre que me refiero a versificadores, no a prosistas.

A la poesía catalana del día ha faltado durante algún tiempo el concurso de nuestros dos grandes líricos. Jacinto Verdaguer y Àngel Guimerà. Fáltale por tremenda desgracia definitivamente el del primero, que poco antes de morir publicó, bajo el título de *Ayres del Montseny*, una colección de poesías, dando en alguna de ellas nueva prueba de su exquisito temperamento poético. Cuanto a Guimerà, parece que por fin se decide a repartir otra vez su labor literaria entre la escena y el libro, habiendo escrito nuevos y robustos versos después de tener durante años condenada al silencio su lira. Sea así y puedan los poetas jóvenes entonar al par del maestro vivo y con el recuerdo siempre puesto en el maestro muerto, el gran himno de la poesía catalana, cuyas culminantes notas son *L'Atlàntida*, *L'any mil*, *Canigó*, *Poblet* y *Lo cap d'en Joseph Moragas*.—Luis Vía.

Esto aparte, señálase en los poetas jóvenes una corriente bucólica realista que tiene manifestaciones de gran originalidad y sustancia (*v. gr.*, en los *Aires murcianos*, de Medina) y que lleva camino de emular las glorias positivas de la novela de costumbres rurales y de las páginas hermosas que el sentimiento de la naturaleza ha hecho escribir a más de un prosista, entre los cuales, por sus cualidades *sui generis*, citaré tan sólo a Rusiñol. Esta misma corriente ha impuesto sello a la literatura gallega.

VI

EL periodismo y las publicaciones clásicas

No puedo hablar ya de la crítica en este artículo, que va resultando muy largo. Tendría que hacerlo a vuela pluma, con agobios de tiempo, y el asunto merece otra cosa. Pero no quiero terminar sin añadir a los hechos que dejo consignados, otros dos de indudable importancia.

Es uno el renacimiento del periodismo literario, con indudable progreso, respecto del que en períodos anteriores tan grandes servicios prestó a la cultura del país y tan importante elemento representa en la historia de nuestra civilización contemporánea. Las revistas populares ilustradas —cuya parte artística emula en algunos casos los buenos modelos de otros países— se han multiplicado enormemente en los años últimos, y han afinado el gusto del público en varios aspectos. A la vez han nacido y van arraigando las grandes revistas enciclopédicas o especiales, iniciadas por Lázaro con *La España Moderna* (1.889), cuando ya la gloriosa *Revista de España* caminaba a la tumba. El periodismo diario pareció en un principio querer secundar el renacimiento de la literatura. Fue la época de las «Hojas literarias» semanales, de los cuentos propios y ajenos, de la «Colaboración». Esto duró poco y el diario ha vuelto, en general, a ser absorbido por la fiebre reporteril y política.

El otro hecho a que me refería es la reimpresión de nuestros clásicos, o simplemente de nuestros buenos escritores antiguos, cuya influencia puede ser todavía muy grande. Sirvan de ejemplo la edición de las obras de Quevedo, comenzada en Sevilla; la de Lope de Vega, que publica la Academia Española; el *Poema del Cid* revisado por Menéndez Pidal; la segunda parte de las *Flores de poetas ilustres*, y sobre todo, la admirable *Antología de poeta líricos cas-*

tellanos, en que Menéndez y Pelayo ha puesto quizá lo mejor de su talento, de sus entusiasmos y de su estilo. Si unimos esto al nuevo despertar del hispanismo en el extranjero —de quo son viva muestra la *Revue Hispanique* de París, el *Bulletin Hispanique* de Burdeos, el teatro español patrocinado por los grandes literatos franceses, la primera edición crítica del *Quijote*, hecha por Fitzmaurice —Kelly, la *Bibliothèque espagnole* de Tolosa y las obras innumerables de Farinelli, Croce, Rouanet, Mele y tantos otros continuadores de Morel Fatio y de los grandes hispanistas alemanes⁶, bien podemos cerrar esta crónica con un sentimiento de vivísima esperanza en una literatura que, a pesar de las enormes pérdidas sufridas, puede apoyarse en una tradición gloriosa no olvidada, en una juventud que busca nuevos caminos, y en la simpatía de muchos hombres de aquellas naciones que miramos con envidia y que nos señalan claramente el rumbo que debemos tomar si queremos salvarnos.

Rafael Altamira

6. Sin contar a los que en otro orden —como Martín Hume en sus hermosos trabajos biográficos— tan grandes servicios prestan a la cultura y al nombre de España.

“Literatura histórica americana”, 42 (junio 1904), pp. 341-351. T. II, año IV¹

Cuando se habla de vida intelectual hispano-americana, la mayoría del público suele entender que se hace referencia, puramente, a esas manifestaciones que aquí conocen los más a través de la *Antología* de Menéndez y Pelayo y de las críticas de *Clarín*, *Valbuena* y *Bobadilla*; es decir a la «vaga y amena» literatura.

En estos últimos años algo se ha dicho, en periódicos y revistas, del movimiento pedagógico, que en aquellos países es muy intenso y no carece de originalidad, y aun de esto no se han enterado sino unos pocos. En cuanto a otros órdenes de producción intelectual, la ignorancia es completa². La comparte con nosotros toda Europa. En el Congreso de Roma he visto una confirmación de ello. No obstante la rica bibliografía aportada por Chile y la concurrencia al Congreso de varios americanos, la obra de éstos apenas si fue advertida. Hablé de ello con varios congresistas, especialmente con G. Monod, el sabio director de la *Revue Historique* de París, y convinimos en inaugurar, dentro de este mismo año y en la mencionada revista, los boletines bibliográficos de América, medio seguro para que se difunda por Europa el conocimiento de los libros americanos de Historia que merecen llamar la atención de los eruditos³. Pero mi trabajo en la *Revue Historique* ha de tener un carácter técnico, poco adecuado a que el gran público acuda a él y lo aproveche. He creído, pues, interesante combinarlo con otro más conforme a las condiciones de la propaganda general, y en el que, sin apurar ni mucho menos, la información bibliográfica, se contengan aquellos datos necesarios para producir una impresión de conjunto de la producción histórica americana. Me limitaré, para ello, al período de los últimos tres años (1900-1903).

1. Véase el número de *Nuestro Tiempo* de Abril de 1904.

2. Durante varios años he tratado de combatirla en la *Revista crítica de historia y literatura españolas, portuguesas e hispano-americanas* (1895-1902), y algo creo haber conseguido, no obstante las dificultades que en la misma América he encontrado para cumplir, de la manera más amplia posible, mi buen deseo.

3. En los *Boletines* de España he aprovechado todas las ocasiones que se me ofrecían para mencionar libros americanos. Lo mismo he hecho en los *Referats* del *Jahresberichte der Geschichtswissenschaft*, donde mi predecesor K. Haebler ya había introducido esta costumbre al tratar de la historia de nuestras colonias.

I Las revistas

Al igual de lo que ocurre hoy en todos los países cultos, la producción intelectual de América no tiene como órgano exclusivo, ni siquiera como órgano principal, el libro y el folleto. Los periódicos, y revistas absorben gran parte de esa producción; de manera, que sería un error juzgar de su amplitud y de sus condiciones por la simple crónica de los libros. Por desgracia, la revista y el periódico tienen graves inconvenientes para su aprovechamiento, sobre todo cuando se trata, como es lo común, de publicaciones que, por su carácter enciclopédico, sólo de vez en cuando y como una de tantas secciones, incluyen temas históricos. La bibliografía de éstos se hace, entonces sumamente difícil, y su adquisición también, si es que no obliga a cargar con una balumba de papel impreso que carece de interés para quien sólo busca un especial orden de asuntos. Sería preciso hacer entonces, para reducir las bibliotecas a sus justos límites, lo que Darwin hacía con la suya: mutilar las revistas (Darwin aplicaba también la mutilación a los libros), conservando tan sólo las páginas que interesan.

La cuestión es más complicada tratándose de los países hispano-americanos, porque allí (como aquí en España ocurre también con demasiada frecuencia, señal de la indiferencia de nuestro público), las revistas suelen tener vida efímera y a cada paso están apareciendo unas y desapareciendo otras, cuyas colecciones se hace difícilísimo reunir poco después. Por otra parte, muchas de ellas logran circulación escasa, apenas si salen de la región donde se publican, y ni van a las otras de América, ni menos llegan a tierras españolas.

Por esto mismo, ni me atrevo a dar por seguro que todas las revistas que he de citar subsistan todavía, ni que en mi lista se hallen comprendidas todas las que merecen tenerse en cuenta como fuentes de información histórica. A los americanos toca completar mis indicaciones y ayudarme en la buena intención que me guía.

Dentro del período a que me ciño, no conozco más que dos revistas puramente históricas: *El Archivo Nacional*, del Paraguay, y la *Revista de Archivos y Bibliotecas*, del Perú. En rigor cabe discutir si son verdaderas revistas, según el concepto que ordinariamente se tiene de esta clase de publicaciones, pues tanto la una como la otra

ofrecen más bien el carácter de colecciones de documentos, inéditos. *El Archivo Nacional*, dirigido por D. Manuel Domínguez, publica (o publicaba) los documentos existentes en el archivo histórico de Asunción. En sus primeros números (únicos que he visto) dio principalmente cabida a los papeles correspondientes a la época, del adelantado mayor Alvar Núñez Cabeza de Vaca (1540-1544). Precedente de esta publicación fue la *Revista del Instituto Paraguayo*, en la cual se insertaban muchos documentos interesantes para la historia del Paraguay.

La Revista de Archivos y Bibliotecas (Lima), fundada por Don A. Ulloa y otros eruditos de la juventud peruana, dio a luz su primer tomo en 1898 (30 de Septiembre). Desde esa fecha a 31 de Diciembre de 1899 se imprimieron otros dos tomos (II y III), conteniendo, en'junto los tres, estos importantes documentos: Libro de provisiones reales de dos virreyes, D. Francisco de Toledo y D. Martín Henríquez de Almansa (1575-1582); Libro de la correspondencia del P. Fr. Antonio Avella, comisario prefecto de misiones (desde 20 Julio 1803), precedido por dos estudios de los Sres. Rey y Boza y seguido del Informe de los PP. Fr. Benito Valencia y Fr. Buenaventura Quintana, sobre la nueva expedición a los Toromonas, en 24 de Octubre de 1806; Actas y capitulaciones de D. Diego Vaca de Vega, Gonzalo Rodríguez de Monroy y D. Martín de la Riva Herrera, para la conquista de Maynas.

El volumen IV, publicado ya en 1900, contiene diez grupos de documentos, en su mayoría de los siglos XVII y XVIII, entre ellos las Ordenanzas del virrey marqués de Montesclaros (1615); los papeles referentes a la rebelión de Tupac-Amaru (1780-81); el expediente para fomentar la agricultura e industria en la Intendencia de Jarma (1796) y la Historia del Colegio de la Compañía de Jesús de Arequipa (1573-1600).

No sé si posteriormente a Junio de 1900 se habrá publicado otro volumen. Por lo que de los cuatro primeros digo, se ve bien que la *Revista* podría llamarse mejor Colección de documentos inéditos. Los mismos editores cuidaron de advertir al lector, en el prólogo general, que ése era su propósito.

Otra revista puramente histórica, pero de asunto muy limitado, comenzó a publicarse en Méjico, en Octubre de 1901: me refiero al *Boletín histórico mejicano* del Sr. García, el cual *Boletín* no creo

pasase de su tercer número. De él volveré a decir algo más adelante.

Viniendo ahora a las revistas enciclopédicas, cabe, desde luego, dividir las en dos grupos: uno, de aquellas que, en todos o en la inmensa mayoría de sus números, publican documentos o trabajos de investigación histórica; otro, de las que sólo de vez en cuando atienden a este género de asuntos.

En el primero pueden citarse: los *Boletines* de la Sociedad Geográfica de Lima y del Instituto Geográfico argentino; la *Revista Nacional*, de Buenos Aires, quizá la más abundante de todas en monografías y documentos de historia nacional; la titulada *Historia Moderna*, de Montevideo; *Cuba y América*, de la Habana; *Revista de Derecho, Historia y Letras*, de Buenos Aires; *Anales de la Universidad*, de Chile; *La Quincena*, de San Salvador, donde el Sr. Barberena publica continuamente notas y documentos históricos; *La Revista Nueva*, de Santiago (hoy desaparecida), y alguna otra. La lista de las comprendidas en el segundo grupo es demasiado larga para reproducirla aquí. Respecto de ellas conviene tener en cuenta que no siempre van unidas la escasez de temas históricos y la falta de interés en ellos, sino que, a menudo, los documentos y artículos de aquella clase, publicados en este género de revistas, tienen excepcional importancia y deben ser registrados con toda minuciosidad. Algún ejemplo reciente de esto se ve en los *Archivos de Psiquiatría y Criminología*. (Buenos Aires.)

II

Las grandes colecciones

En algunas repúblicas existen grandes bibliotecas o colecciones de documentos inéditos y monografías, que pueden figurar dignamente al lado del *Memorial histórico* de nuestra Academia de la Historia y de las colecciones del marqués de la Fuensanta del Valle y Sancho Rayón.

Entre ellas corresponde el primer lugar a las editadas y dirigidas por D. José Toribio Medina, cuya fama de erudito y de infatigable trabajador es universal y justísima. Las obras históricas que sin cesar publica Medina, pudieran en rigor agruparse formando una biblioteca que llevase el nombre del autor; y, en verdad, aunque éste no lo haya hecho así, el público mentalmente las reúne y

asocia todas bajo el sello que les imprime la actividad personal de quien las produce. La más importante de todas ellas, como serie, es la titulada *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo (1518-1818)*, que está ya en la tercera decena de sus volúmenes y que ha publicado un número considerable de papeles importantísimos para conocer el descubrimiento, conquista y colonización de los territorios chilenos.

Aparte de ella, el Sr. Medina ha editado (en el período a que se refiere este artículo) una *Biblioteca hispano-americana*, que comprende desde los años 1493 a 1810 y lleva ya impresos varios volúmenes; varias monografías sobre la Inquisición en diferentes regiones de América; dos libros de Numismática (*Medallas coloniales hispanoamericanas* y *Las monedas chilenas*); un tomo dedicado al proceso de Villagrasa; otro a *Informaciones de servicios* de la época colonial, y las historias de Chile escritas por Olivares, Molinas y Pérez García, esta última en dos volúmenes. No hay para qué decir, después de esto, que sería imposible dar un paso en historia americana sin acudir a las publicaciones de Medina, y que, gracias a él, podremos el día de mañana conocer científicamente el proceso de nuestra conquista y colonización en buena parte de la América del Sur. A la historia chilena se refiere también la colección iniciada por el Sr. M. Carrera en 1900. Titúlase *Colección de historiadores y documentos referentes a la independencia de Chile*, e ignoro si desde la fecha mencionada se ha publicado de ella algún otro volumen.

Colombia ha inaugurado hace poco su colección de fuentes. Titúlase *Biblioteca de historia nacional*, y su tomo I, único de que tengo noticia, se publicó en Bogotá con fecha de 1902. Comprende tres obritas, interesantes por el tiempo en que se escribieron y las noticias que contienen: *La Patria boba*, por J. A. Vargas Jurado; *Días de la Independencia*, por J. M. Caballero, y *Santa Fe cautiva*, por J. A. de Torres y Peña.

En la Argentina, el Sr. Angelis ha emprendido una publicación análoga: la *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*. Su tomo i se imprimió en Buenos Aires en 1900.

Finalmente, se debe incluir en este grupo de las grandes colecciones la serie de libros que, por iniciativa y bajo la dirección del eminente literato Ricardo Palma, director de la Biblioteca Nacional de Lima, se publica por cuenta del Estado peruano. No llevan los tomos de esta serie nombre común ni título que los ligue unos a otros; mas por su procedencia, y por la unidad de plan a que obedecen, constituyen en rigor una Biblioteca de documentos inéditos y de reimpressiones interesantes para la historia peruana. En 1889 dio Palma lo que puede considerarse como tomo I de la serie, comprensivo del inédito Libro de Actas de las reuniones literarias celebradas, a comienzos del siglo XVIII, en casa del virrey marqués de Castell-dos-Rius, libro que lleva por título *Flor de Academias*, y de una reimpression sumamente cuidada de las poesías de Juan de Caviedes (siglo XVII), en especial su desenfadado poema *Diente del Parnaso*.

A este volumen siguieron el dedicado a los *Anales del Cuzco* (Lima, 1901), o sea biografías de los obispos de aquella localidad y de varios sacerdotes, desde 1600 a 1750, y la *Descripción del Perú*, de Tadeo Haënke, el célebre naturalista bohemio que formó parte de la expedición científica de Malaspina.

En 1902 se han publicado los *Apuntes históricos* del Perú, por el general D. Manuel Mendiburu, y las *Noticias cronológicas del Cuzco*, de autor anónimo. El general Mendiburu (1805-1885) es autor de un notable *Diccionario histórico del Perú*, a cuyos trabajos preliminares corresponden los *Apuntes*. Son éstos 44, en su mayoría de poca extensión, y entre ellos los hay de asuntos tan curiosos como los siguientes: El primer oro americano que se trajo a España; los guardias del Virrey, organizados en 1557 por el marqués de Cañete; Autos de Fe; la Universidad de San Marcos; las Corridas de toros, casi tan antiguas en el Perú como la fundación de Lima, etc. Las *Noticias del Cuzco*, muy a diferencia de los *Anales* citados anteriormente, reitérense al gobierno de los Incas y a los primeros tiempos de la conquista española (hasta 1595).

El último volumen de la colección que he recibido es el de los *Anales de la catedral de Lima* (1903), escritos por el canónigo D. José Manuel Bermúdez (1764-1830). Contienen esos *Anales*, como el mismo autor dice, «un compendioso relato cronológico de lo que

ha sido (la catedral) desde sus principios», es decir, desde 1534. Las noticias llegan hasta 1824.

Creo que bien pueden agruparse con estos libros que publica la Biblioteca nacional peruana otros que tienen de común con ellos (aparte la materia) el imprimirse a costa del Estado. Tales son las *Memorias* de virreyes, de las que han llegado a mi conocimiento las del marqués de Mancera y el conde de Salvatierra (siglo XVII), ordenadas por D. José T. Polo (Lima, 1889), y la del asturiano marqués de Avilés (1801-1806), sacada del olvido por D. Carlos A. Romero (Lima, 1901). Estos dos volúmenes forman la continuación y complemento de las monumentales colecciones de *Memorias* publicadas por Fuentes y Lorente.

III

Monografías

Indicaré tan sólo —por vía de ejemplo— algunas de las más importantes, publicadas recientemente por historiadores americanos.

A la cabeza de todas creo debe ponerse *La ciudad indiana*, de D. Juan Agustín García (hijo), catedrático de la Facultad de Derecho de Buenos Aires (1900). *La ciudad indiana* es la historia *interna* de Buenos Aires, desde 1600 hasta mediados del siglo XVIII; pero no una historia cronológica, en que los hechos se van relatando por el orden en que ocurrieron o según su natural relación de precedentes y consiguientes, sino un cuadro en que, a la manera de Taine, se han agrupado las noticias por clases o asuntos, para que la impresión sobre el lector sea más viva y la reconstrucción del pasado más orgánica y conforme a la serie de cuestiones o criterios con que hoy se suele investigar la Historia, o que más nos interesa descubrir en ella. El primero que ha empleado este método de exposición en materia referente a la Historia de España es el profesor de la Universidad de Clermont-Ferrand, M. Desdevisses du Désert, en su obra *L'Espagne de l'ancien régime*. Respecto de América, nadie, antes que el Sr. García, ha ensayado semejante modo de escribir la Historia. Tiene éste, sin duda, al lado de sus ventajas un peligro grave, cuando la exposición comprende períodos de cierta consideración: el de cristalizar en una fórmula, en un estado especial, generalizando demasiado un grupo de hechos, las variantes de una institución o costumbre y el constante mudar de ellas en el proceso

histórico. Este peligro es menor en monografías tan concretas como la del señor García, aunque la época que abraza comprende siglo y medio.

Pero el libro a que me refiero no es sólo un cuadro a la manera indicada; es también —y sigue en esto pareciéndose a la obra de Taine—un libro de tesis... histórica. El autor mismo nos explicará su posición y su propósito: «Creo que tres o cuatro sentimientos se destacan con bastante nitidez: la fe en la grandeza futura del país, el pundonor criollo, el culto nacional del coraje, el desprecio de la ley, que han sido los motivos de la voluntad social en esa época. El lector los percibirá animando todos los fenómenos, imprimiendo sus rasgos peculiares a la evolución de la sociedad y del derecho, incorporados al organismo físico individual de una manera permanente y definitiva, como los demás sentimientos comunes, la simpatía, la familia, el patriotismo. He tratado de marcar la huella del factor económico que influye de una manera tan activa en todas las manifestaciones de la vida social; en ciertos momentos, soporta solo el peso de la Historia». Creo que no hace falta más para caracterizar la filiación histórica del Sr. García. El programa de éste abraza todos los elementos de la vida colonial: el campo y sus pobladores, cuya manera de vivir reproduce en muchas cosas el estado de la sociedad medieval; los alrededores de la ciudad, a cuya cintura de grandes propiedades territoriales da gran importancia el autor, por lo que vino a influir en el desarrollo de la urbe; la ciudad misma, con su tono aristocrático y la división profunda entre españoles y criollos, que mina su existencia; la familia; la actividad económica (dos capítulos, quizá los más interesantes de la monografía); el régimen político y administrativo de la ciudad; el carácter de ésta como capital, con su comercio y su administración propia; el proletariado rural; la Iglesia en sí y en sus relaciones con el Estado y el misionero.

La cantidad de datos que el Sr. García aduce, es enorme. Están bien escogidos. Es lástima que no fije siempre con precisión la fecha de algunos de ellos o de sus fuentes; pero esto sucede pocas veces, y no empaña el mérito del conjunto. Entre otras cosas, la importancia de este libro estriba, a mi parecer, en que explica con sorprendente claridad el *quid pro quo* en que reside la divergencia de opiniones relativas a nuestra colonización, a saber: la diferencia

que realmente hubo entre la ley y la costumbre. En la ley, vencieron Las Casas y el P. Vitoria; en la costumbre, muchas veces (no siempre, por fortuna), venció Ginés de Sepúlveda, que representaba la tradición, la herencia de las generaciones pasadas, lo «inconsciente» de la conducta en todos los pueblos europeos.

Precisamente es éste el problema que aborda y resuelve, a su modo, otro Sr. García, mejicano, en un libro que también merece consideración, especial por su asunto, por las polémicas que ha levantado y por la estimación equivocada que de él han hecho algunos críticos yankis. Me refiero al titulado *Carácter de la conquista española en América y, en Méjico, según los textos de los historiadores primitivos* (México, 1901). No voy a repetir lo que acerca de él he dicho ya en otra ocasión⁴. Baste consignar, en resumen, que en ese libro la exactitud histórica ha sido sacrificada a una tesis preconcebida, y que por esto debe ser leído y aprovechado con gran precaución, incluso en los datos ciertos que contiene. La manifiesta parcialidad anticientífica del Sr. García ha promovido una breve corriente literaria acerca del asunto de su libro. Fórmanla un extenso trabajo del mejicano D. Francisco Sosa, titulado *Conquistadores antiguos y modernos* (México, 1901), que en 1902 reprodujo *La España Moderna*; varios artículos de otros escritores americanos (entre ellos D. Pablo Macedo), insertos en *La Revista Positiva* y otras publicaciones; uno del Sr. Fernández Duro, en el *Boletín de la Academia de la Historia* (Nov. 1901), y el efímero *Boletín Histórico-Mexicano*, fundado por el propio Sr. García para contestar a sus críticos.

El Sr. García ha publicado también *Dos antiguas relaciones de la Florida* (México, 1902), a saber: la *Vida y Hechos de Pero Menéndez de Arilés*, por Barrientos (1568), y la *Relación que la gente de ana Nao llamada Ntra. Sra. de la Merced padeció*, escrita por Fr. Andrés de San Miguel. La publicación de ambas fue hecha en homenaje al XIII Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Nueva York (Diciembre, 1902). Precede a los documentos una introducción de 102 páginas en que el Sr. García da noticias generales sobre los descubridores y colonizadores de la Florida y biográfico-bibliográficas de Barrientos y San Miguel. El último ca-

4. *La Lectura*, junio de 1902.

pítulo de esta introducción está dedicado a exponer la situación jurídica de los indios americanos, y, aunque con más reservas que en el libro anterior, el Sr. García vuelve a dejarse arrastrar por su inclinación a no ver más que un aspecto de las cosas. Consignemos, por último, que el Sr. García no conoce el libro sobre Pedro Menéndez de Avilés que escribió D. Ciriaco M. Vigil (Avilés, 1902), y que en algunos respectos es superior al del Sr. Ruidíaz⁵.

Para terminar con las publicaciones mejicanas, citaré el importante libro de Fernández Velázquez sobre el *Descubrimiento y conquista de San Luis del Potosí*, que forma un grueso volumen (VIII-454 páginas) de la *Biblioteca Científica Potosina* (1900), y la espléndida colección de monografías que bajo el título de *México, su evolución social*, ha comenzado a publicar una sociedad de escritores mejicanos, de acuerdo con la casa editorial J. Balleca y C.^a sucesor. El director literario de esta obra es D. Justo Sierra, de quien no habrá intelectual español que no recuerde la intervención que tuvo en el Congreso Hispano-Americano de 1900, y junto a él se agrupan muchos nombres conocidos: Aragón, Macedo, Parra, Zarate, Reyes, Sánchez Mármol, etc. El Sr. Sierra y sus colaboradores se proponen trazar un cuadro completo de la civilización mejicana en sus distintos órdenes y de los elementos o factores que a ella han contribuido o la integran. Publicado ya todo el tomo I, es de esperar que no tarde en quedar concluido el II. Cuando esto ocurra se podrá juzgar en conjunto de la obra emprendida, y habrá llegado el momento de dedicarle todo el espacio que su bibliografía merece.

De una biblioteca mejicana en preparación, *Biblioteca Náhuatl* (sic.), que será muy interesante para los estudios americanistas, encuentro el anuncio en un curioso folleto presentado al Congreso de Roma (1903), por D. Francisco del Paso y Troncoso, director del Museo Nacional de México. Constituye ese folleto el cuaderno 1.^o del tomo v de la citada *Biblioteca*, y comprende una traducción

5. El Sr. García me dedica una larga refutación de mi artículo de *La Lectura* en las págs. XIV-XV de su libro. No tengo para qué gastar el tiempo en discutir frases de dudosa cortesía ni argumentos que desnaturalizan los míos. Notorio es que yo traté al Sr. García con la consideración que siempre guardo a todo el mundo, especialmente a aquellos con cuyas ideas no estoy conforme, y que cuidé muy bien de no hacerle decir lo que realmente no dice.

al castellano de la antigua *Leyenda de los Soles* y otras. El ms. de que se ha servido el autor es anónimo y fue escrito a mediados del siglo XVI (1558). Se conserva en el Museo referido y ofrece variantes y novedades de consideración respecto de lo publicado por Icazbalceta y otros autores. De desear es que no tarden en salir a luz los tres primeros volúmenes, ya preparados, de la importante colección que anuncia el Sr. Paso.

El Ayuntamiento de Lima no ha querido ser menos que el Gobierno de su país, y ha editado a su costa, en edición verdaderamente espléndida, el *Libro Primero de los Cabildos de Lima*, o sea de las actas de la corporación municipal desde 1535 a 1539. El códice ha sido descifrado y anotado por los Sres. Saldamando y Boloña, y ocupa, con las anotaciones, apéndices y documentos complementarios, tres hermosos volúmenes en folio, con más de 1000 páginas y láminas. La impresión se hizo en París, al parecer, en 1888; pero las cubiertas traen la fecha de 1900 y, en rigor, la obra no se ha circulado hasta 1901. Excuso encarecer su importancia para la historia política y jurídica de los primeros años de la colonización española.

Los autores chilenos han publicado, en el período que abraza este artículo, algunas monografías notables. Citaré en primer término, por lo que interesa para la Historia española, los dos volúmenes del señor Amunátegui Solar, *La sociedad chilena del siglo XVIII, Mayorazgos y títulos de Castilla* (Santiago, 1901-1903). Forman el contenido de estos volúmenes varias historias de familias chilenas que en el siglo citado podían ostentar un título de Castilla, o enorgullecerse con la posesión de un mayorazgo fundado en Chile. Cada una de esas historias lleva copioso apéndice de documentos. En el primer volumen, van incluidas las siguientes: del llamado Portal de Sierra Bella, primer mayorazgo fundado en aquella colonia por el tesorero general de Cruzada Pedro de Torres (1693); de la familia de Corda; de la de Toro Mazóte; del marquesado de la Pica y de las familias Irarrázaval, Larrain y Vicuña. El segundo volumen comprende las historias de los mayorazgos Aguirre, García Huidobro, Valdés, Balmaceda, Ruiz Tagle, Prado y Aguila Rojas. El número total de apéndices documentales es de 35, y tanto ellos como el texto sirven, no sólo para aclarar muchos puntos de la historia política chilena, sino, muy principalmente, para asentar en

firmes el conocimiento de la historia social y de las costumbres en la antigua colonia española.

Son también interesantes los *Nuevos estudios sobre D. Andrés Bello*, por D. Miguel S. Amunátegui (Santiago, 1902) y *La gran Convención de 1831-1833* en que el cultísimo profesor Sr. Letelier ha recopilado las actas de sesiones, discursos, proyectos y artículos de diarios relativos a la Constitución chilena de 1833, con un buen índice de materias.

Finalmente, en el momento de terminar estas cuartillas, el correo me trae un importante libro chileno en cuyo examen ya no me es posible entrar ahora. Trátase de una *Historia del desarrollo intelectual en Chile (1541-1880)*, que comprende todo lo relativo a enseñanza pública y a cultura intelectual. Su autor, D. Alejandro Fuenzalida, profesor en el Instituto Nacional, era ya conocido por una considerable monografía de *Lastarria y su tiempo*. La obra que ahora da a luz ha sido premiada por la Universidad. En otra ocasión le dedicaré el espacio que merece.

Renuncio a citar más libros para no hacer interminable esta crónica, en la que busco sobre todo, como ya dije, la impresión de conjunto, para que el lector se forme idea de la gran actividad de los eruditos americanos.

Para concluir, mencionaré tan sólo, como muestra de la producción argentina —aparte lo ya dicho en el párrafo 1— algunos libros de los Sres. Quesada (D. Vicente y D. Ernesto), polígrafos bien conocidos en España.

D. Vicente Quesada tiene escrita una obra monumental en diez tomos sobre *La sociedad hispano-americana bajo la dominación española*. De ella conozco un sucinto programa (materia de cada volumen) y dos capítulos impresos aparte, como muestra de la obra total. Son estos capítulos, uno sobre *La lengua quechua en las provincias argentinas* (Revista *Vida Moderna*, Marzo, 1903), en que el autor estudia los procedimientos seguidos en el Cuzco para extender la lengua castellana, y otro sobre *Los indios de las provincias del Plata* (Buenos Aires, 1903). En éste se propone el Sr. Quesada describirnos el estado social y las peculiaridades de los diversos pueblos que habitaban el territorio hoy argentino, sirviéndose para ello del testimonio de los mismos conquistadores y de las narraciones e informes de éstos.

De D. Ernesto Quesada son dos libros interesantes para la historia americana moderna. Titúlase uno *Las reliquias de San Martín* (segunda edición, 1900), y estudia las colecciones del Museo Histórico Nacional de Buenos Aires en aquello que se refiere al famoso héroe de la Independencia. La parte iconográfica de esta monografía comprende 97 números, y 65 la bibliográfica: en ambas hallarán muchos datos importantes nuestros americanistas. El otro libro es de *Historia diplomática nacional* y se refiere especialmente a *La política argentino-paraguaya* (1902), o sea a «el papel de la diplomacia argentina y la política internacional de nuestra Cancillería en los asuntos del Paraguay» con relación a los tratados de 1876, sus precedentes y consiguientes.

Basta, por hoy, de bibliografía. De desear es que los historiadores americanos sigan dando ocasión a exposiciones tan nutridas o más que la presente.

Rafael Altamira

“Un libro de historia”, [crítica *Fin de la nación catalana*, de Sanpere y Miquel], 70 (25 febrero 1906), pp. 207-217. Año VI, T. I.¹

Después de algunas vacilaciones, el 16 de Noviembre de 1700 declaró Luis XIV que aceptaba para su nieto, el Duque de Anjou, la Corona de España, a que era llamado por el testamento de Carlos II. No obstante lo mucho que se había intrigado en la Corte española para procurar una solución diferente de la francesa, aquel hecho fue acogido —salvo en Austria, como es lógico suponer,—más bien con júbilo que con pesar. En 18 de Noviembre, Guillermo de Holanda escribía a Hensius: «Desde el fondo de mi corazón deploro ver que, a medida que la cosa se divulga, la mayoría se regocija de que el testamento sea a beneficio de la Francia, tan sólo porque es más ventajoso para Inglaterra y para Europa.» El reconocimiento de Felipe V no ofreció, pues, las dificultades que en un principio se creyó surgirían. Sin apoyo extranjero, Austria —con quien la guerra se hacía inevitable, a juicio de los mismos Ministros de Luis XIV,— era poco temible. Y, ciertamente, si el Monarca francés no hubiese cometido las graves imprudencias que cometió en daño de Holanda, de Inglaterra y del llamado «equilibrio europeo» (contra el temor, estas últimas, del testamento de Carlos II), la guerra de sucesión no hubiera llegado a ser lo que fue.

En España, Felipe V no encontró oposición alguna. Ciertamente que en Castilla, como en todas partes, había partidarios de la casa de Austria a quienes satisfacía poco la solución borbónica; pero nadie protestó, ni hubo el más ligero desorden. Por causas que yo no creo todavía bastante estudiadas —pues no son suficientes para explicar el hecho los agravios inferidos por Francia a los catalanes en las guerras del siglo XVII y la justa fama de centralizadora y absoluta que tenía la Monarquía francesa,— en Cataluña, y sobre todo en Barcelona, el partido austriaco era numeroso; y digo que para la explicación psicológica de este hecho *no bastan* aquellas causas que generalmente se alegan, porque los intentos centralizadores y uniformistas no eran en España novedad, cuya importación pudiera achacarse a los Borbones, sino que los países de la Corona

1. *Fin de la Nación catalana*, por S. Sanpere y Miquel. Barcelona, tip. «L'Acnç». Un vol. fol. mayor (23 x 32) de VII-693 páginas y numerosos grabados.

de Aragón sabían, por dura experiencia, que los Reyes austriacos y sus predecesores, desde mucho antes y más o menos directa y desembozadamente, habían tratado, unos, de reducir la autonomía medieval —y en algo lo consiguieron,— y otros, de «castellanizar» la constitución política de los territorios «forales».

De todos modos, Felipe V no encontró dificultades para su reconocimiento en Cataluña. En 30 de Septiembre de 1701 entró en Barcelona y reunió Cortes, que se celebraron del 12 de Octubre al 14 de Enero de 1702. Los rozamientos y conflictos que se produjeron en ellas entre la autoridad real y los privilegios forales, así como los choques que fuera de las Cortes hubo entre los funcionarios regios y los municipales, no eran tampoco cosa nueva, sino muy constante y repetida desde la época de los Reyes Católicos (por no citar casos aún más antiguos), como el mismo Sr. Sanpere demostró, en buena parte, en su estudio sobre *Barcelona en 1492*, publicado en 1893; pero ahora estos hechos tenían más gravedad, porque servían para crear una atmósfera de descontento y recelo, que aprovecharían los partidarios de la casa de Austria. Sin embargo, los catalanes mantuvieron sin contradicción el juramento de fidelidad hecho a Felipe V por sus representantes en las Cortes.

Las mencionadas imprudencias de Luis XIV habían, entre tanto, producido su efecto: la triple alianza de El Haya (7 Septiembre 1701), que en Mayo, Julio y Septiembre de 1702 dio su inmediata consecuencia en la sucesiva declaración de guerra a Francia y España, hecha por Holanda, Inglaterra, Austria y la Dieta imperial. Cataluña permaneció quieta, no sólo por entonces, sino aun en 1703 y a comienzos de 1704, cuando ya la guerra ardía por el lado de Portugal. Ciertamente que conspiraban en Barcelona los adictos a Carlos de Austria, muchos de ellos personas de gran posición, como D. Antonio de Peguera, el veguer Gelsen y otros, que mantenían inteligencias con los aliados, a tal punto, que el landgrave de Hesse (Darmstadt), a bordo de la escuadra anglo-holandesa que en la primavera de 1704 cruzaba las aguas mediterráneas, ilusionado, sin duda, por las noticias recibidas de Barcelona, instó una y otra vez al Almirante Rooke para que abordase a aquella playa, seguro de que al momento estallaría una sublevación bastante para distraer las fuerzas franco-hispanas que operaban en Portugal, y para plantear, con más garantías de éxito, la guerra. Sabido es

que ese primer intento (Mayo 1704) no dio resultado. La sublevación estalló un año después, en el llano de Vich, y proseguidas las negociaciones entre los barceloneses partidarios del Archiduque (entre ellos, Peguera, que en 1704 escapó con la escuadra anglo-holandesa), y los ingleses, que excitaban a la rebelión con grandes promesas de apoyo por su parte, se llegó, por fin, al célebre Tratado de alianza entre Inglaterra y Cataluña, firmado en Génova, en 20 de Junio el 1705, por Mitford Crow y los catalanes Peguera y el Dr. Domenech Parera. Tal fue el momento inicial del levantamiento de aquella región española; y sus consecuencias, la nueva expedición a Barcelona de la escuadra aliada, en que iba el Archiduque, la toma de la ciudad por las tropas de aquélla, y la proclamación en la capital catalana de Carlos de Austria como Rey de España. De Junio de 1705 a Septiembre de 1712, la guerra se sostuvo en Cataluña con auxilio de los aliados; pero el Tratado de tregua y armisticio, firmado en Utrecht el 19 de Agosto del último año fue la señal de la desbandada. Inglaterra retiró sus tropas en Septiembre, y siguieron su ejemplo Holanda y Portugal, quedando sólo en Cataluña tropas imperiales, que bien pronto habían de evacuarla.

En este grave y transcendental momento de la guerra empieza su narración el Sr. Sanpere, cuyo libro, pues, relata los trágicos sucesos-ocurridos desde que se disuelve la coalición que había sido el apoyo y la incitadora del levantamiento de Cataluña, hasta la capitulación de Barcelona en 12 de Septiembre de 1714 y sus consecuencias. Los hechos fundamentales de estos dos años, tan interesantes por tantos conceptos para la historia de España, habían sido expuestos repetidamente, no sólo en las historias generales, sino también en otras especiales, algunas de fecha reciente; pero que aún quedaba mucho por decir, la demuestra la monumental obra del Sr. Sanpere, cuya mayor importancia estriba en lo que rectifica y en lo que añade a los escritores que precedentemente trataron el asunto. El Sr. Sanpere, colocándose en el terreno propio de un historiador, ha procurado no escribir un libro de tesis, en que los hechos se desfiguran o moldean a beneficio de una teoría o de un partido, sino un libro en que la verdad histórica es perseguida serenamente y desembarazada de leyendas y patrioterías, para que la realidad de lo que fue resurja a nuestros ojos con todos sus matices. Para esto, el Sr. Sanpere emprendió el trabajo preliminar

(inexcusable, si no se quiere repetir o glosar lo que dijeron otros), de recorrer archivos y allegar documentos, no limitándose —como algunos historiadores españoles suelen hacer— a barajar y ordenar (muchas veces, a desordenar y repetir innecesariamente) las copias hechas por un tercero, sino viendo por sí mismo los manuscritos en el depósito donde se custodian, y haciendo sobre ellos un trabajo personal, único que puede rendir frutos seguros. Así ha podido escribir esas 639 páginas en folio, que no sólo dan la historia política externa de los dos años referidos, sino, lo que importa más, la historia psicológica de ellos, o sea, el proceso de las ideas y sentimientos que, de una parte y otra, y singularmente de parte de los catalanes, explican el mantenimiento y el fracaso de una lucha imposible en el aislamiento en que habían quedado los anti-filipistas de Cataluña.

Los hechos que fundamentalmente resultan del estudio del señor Sanpere son:

1.º La conducta equívoca, falta de valor cívico para decir la verdad toda, que desde 1712 siguió el pretendiente Carlos de Austria con sus partidarios catalanes; y así rectifica Sanpere el apasionado panegírico que el Sr. Carreras y Bulbena escribió en su libro *Carlos d'Austria y Elisabeth de Brunswick Wolfenbüttel a Barcelona y Girona*. Porque es cierto que Carlos gestionó repetidamente la conservación —y luego la devolución— de los fueros políticos a Cataluña, en Utrecht, en Rastadt y posteriormente en Cambrai; pero también es cierto que, ni usó la debida franqueza cuando la evacuación de Cataluña por sus tropas, ni la que correspondía tener en punto al valor puramente decorativo de su título de Rey de España, conservado —con la condición de su invalidez política— en el Tratado de Rastadt (Rastadt) y en otros posteriores. Si hubiera dicho la verdad, es muy probable que sus partidarios de Cataluña hubiesen procedido de otro modo que como procedieron, y tal vez se hubiese evitado la heroica pero inútil tragedia de 1714. El Emperador pecó por flaqueza, que le hizo ser ambiguo —y la ambigüedad es cosa fatal cuando se juega con ella la vida de muchos hombres—, no sólo con los catalanes, sino también con su propio General Starhemberg, a quien puso en ridículo en las negociaciones de evacuación para, a la postre, dejar que también quedase de mala manera con los barceloneses.

2.º Resultado de ese modo de proceder que tuvo Carlos de Austria, se produjo lo que el Sr. Sanpere llama «el equívoco» de los carlistas catalanes, es decir, la engañosa esperanza en que estuvieron durante los dos años de guerra, de un auxilio por parte del Imperio, que no habían de tener. Ciertamente que desde Mallorca se les ayudó algo y que —tomada Barcelona por los filipistas— cuando se trató de reducir también la isla baleárica, Carlos organizó una expedición en socorro de ésta (2 Febrero de 1715); pero ni aquella ayuda era bastante, ni el socorro de 1715 fue más que un chispazo pasajero, seguido del abandono de los mallorquines.

3.º La indiferencia de la masa del país catalán por la guerra, aún cuando se trató, no de defender la candidatura de Carlos, sino los fueros. La expedición hecha en Agosto-Octubre de 1713 por el Diputado militar salido de Barcelona para sublevar el país, fracasó; y el levantamiento producido en varias localidades (Enero 1714) por los nuevos tributos que Felipe V introdujo, murió por inanición al mes escaso de haberse iniciado. Barcelona, Cardona y algunas pequeñas partidas volantes que se esforzaron en socorrer a la capital, fueron los únicos elementos con que contó la resistencia. Un nuevo intento hecho por los concellers en el mes de Agosto, para levantar el espíritu público de Cataluña, no halló eco alguno.

4.º La heroica decisión de los barceloneses, cuyo momento crítico fue el de las deliberaciones de los Brazos de Cortes reunidos el 30 de Junio. No era unánime la opinión en Barcelona. La mayoría del clero se mostraba partidaria de la sumisión, y así lo votó. El Brazo militar o noble demostró lo mismo en su votación primera. Sólo el Brazo popular se manifestó desde luego por la resistencia a todo trance, si no se le aseguraban los fueros, cosa a que ya era sabido se negaba rotundamente el Rey, y para la que no podía contarse con el apoyo de las potencias. El ejemplo del Brazo popular —que decidió la guerra por 78 votos contra 45— hizo que el militar se revotase; y la continuación de la guerra, para salvar los fueros, se declaró el 9 de Julio. El historiador, que cuando contempla los hechos pasados debe prescindir de sus preferencias doctrinales por este o el otro sistema político, no puede menos de admirar la belleza moral de aquellas gentes, que lo sacrificaban todo en aras de su antigua constitución autonómica (en la práctica, muy menoscabada ya, sin duda) y, supervivencia de un régimen medioeval anacrónico, pre-

sentaban batalla, no a un Rey, sino al espíritu de toda una época. El error de los fueristas catalanes fue creer —y aún lo creen así hoy algunos historiadores— que el obstáculo residía únicamente en la terca opinión de Felipe V, resueltamente contraria al mantenimiento de unos privilegios en que veía, no sólo la causa de la actual sublevación de Cataluña, sino el peligro de otras futuras, por lo que se negó a imitar la condescendencia de Felipe IV. El Rey borbón no era más que el representante de su tiempo, el representante de una corriente general en Europa, propia de las Monarquías y de los jurisconsultos de la Edad Moderna, y que, equivocada o no —yo creo que, en parte, equivocada,— había adquirido una fuerza incontrastable. De no haber sido Felipe V, hubiese sido otro Monarca; pero el conflicto era inevitable, y un poco antes, un poco después, Cataluña, como Valencia, Aragón y Mallorca, hubiese visto derogados sus fueros o disminuidos de modo tal, que no representasen más que una sombra: algo así como lo que era, desde los Reyes Católicos, la intervención de la nobleza castellana, como clase, en los Consejos de la Corona. Que esa dirección de la historia política fuese buena o mala, conveniente o perjudicial, es otro problema. Históricamente, la cuestión se presenta como he dicho, y es necesario reconocer la realidad de sus términos, que ya venían poniéndose desde el siglo XV. El discurso en que Ferrer y Ciges, el elocuente miembro del Brazo militar, jefe del partido parlamentario de la resistencia (cuya figura política desentierra y pone en el lugar que merece el autor), expresó las razones que asistían a los fueristas para no someterse, es una pieza histórica de primer orden (páginas 125 a 137) para estudiar la base ideal de las reivindicaciones catalanas y la ilusión histórica a que antes he aludido.

5.º Las dificultades creadas por el régimen municipal barcelonés para la resistencia misma. El Sr. Sanpere hace notar concretamente esas dificultades, nueva prueba del anacronismo histórico de ciertos principios de aquel régimen, cuya interna contradicción con las circunstancias hubo de manifestarse, sobre todo, en las consecuencias de la conspiración de Rodolat. Y es ciertamente curioso advertir que la concentración de poderes en el conceller, a que condujo aquel hecho (véase pág. 328), contra el espíritu del sistema catalán, viniese en el fondo a dar la razón al principal argumento que el Conde-Duque de Olivares alegaba cuando recomendó a Felipe IV

la centralización y unificación de la Monarquía española, en vista de la guerra.

Además de estos cinco grandes hechos —algunos, como es consiguiente, señalados ya por otros historiadores, pero no con la claridad y firmeza de pruebas que en Sanpere revisten—, hay otros secundarios, a los cuales también aporta el autor nuevas pruebas o consideraciones. Entre ellos, hay uno en que el Sr. Sampere insiste, reflejando los sentimientos de los catalanes carlistas de 1712-14, a saber: la traición de Inglaterra, cuyo Gobierno, después de haber sido el principal excitante de la sublevación —aunque no debe olvidarse la mucha parte que corresponde en esto a Darmstad—, abandonó a los catalanes así que entró en sus conveniencias hacer la paz con Luis XIV y Felipe V. El hecho es, ciertamente, censurable y muy característico de la *fides punica* que la política internacional inglesa ha empleado en todos tiempos; pero lo que maravilla es que asombrase tanto a los patriotas catalanes, como hecho inaudito que merecía señalarse en los fastos de la historia humana, en calidad de traición singular y monstruosa. Muy pronto habían olvidado los barceloneses el ejemplo anterior que Francia diera en el siglo XVII. Pero la perfidia egoísta no puede señalarse como patrimonio exclusivo de Francia e Inglaterra; es, por desgracia para la seriedad humana, un hecho constante en esas uniones internacionales, y aun diré que característico de ellas, dentro del ideal guerrero y dominador, único conocido en el siglo XVIII, o, a lo menos, el único practicado. Fiar en la consecuencia de auxiliares que nunca auxilian sino por la ventaja que les reporta, no por motivos elevados y generosos, es una candidez que hace honor ciertamente a la rectitud de quien la tiene, pero no a sus dotes políticas.

Lo que hizo Inglaterra en 1712 era lógico e inevitable. Se sirvió de los carlistas catalanes contra la hegemonía francesa, como luego se unió a Francia y España contra el Emperador, a reserva de combatirlos nuevamente en las guerras por el predominio colonial que llenan el reinado de nuestro Carlos III. Los catalanes eran el factor más débil en la alianza anti-borbónica, y la cuerda se quebró en perjuicio suyo, como al mismo Felipe V le ocurrió en varios de los Tratados internacionales que hubo de concertar; y lo propio seguirá ocurriendo, si es que las corrientes pacifistas y anti-nacionalistas modernas, no le dan al mundo un cambio muy

radical. Moralmente, el hecho es lamentable; pero la experiencia histórica fuerza a mirarlo como cosa vulgar, repetida e infalible en la actual psicología humana. El Sr. Sanpere lo hace notar así, cuando habla de la conducta de los austriacos en el Congreso de Utrecht. (Pág. 50.)

Las rectificaciones de pormenor que el Sr. Sanpere consigna en su libro son muchas e importantes. No pocas de ellas van contra la apasionada ligereza histórica del Sr. Carreras y Bulbena, cuyo libro es de peligrosa lectura —*aparte de ser muy curioso en lo que se refiere a la vida de la Corte austriaca en Barcelona*— para los que no conozcan por otras fuentes los hechos de aquel período. Citaré, como ejemplo, la rectificación que se refiere al Conde de la Corzana, D. Diego de Mendoza y Sandoval, plenipotenciario del Emperador en el Congreso de Utrecht. El Sr. Carreras dice que aquél cometió un error «al nombrar plenipotenciario suyo en Utrecht, donde habían de tratarse cuestiones tan interesantes para Cataluña, a *un noble castellano* como el Conde de la Corzana, que no podía dar a las cosas de la tierra catalana el valor que todo corazón catalán les hubiese dado». Pues bien; el *único* plenipotenciario de Carlos de Austria que se negó a firmar el Tratado de evacuación, fue el *castellano* Conde de la Corzana. Los otros dos, alemanes, lo firmaron.

Otras rectificaciones que hace el Sr. Sanpere se dirigen contra errores muy difundidos entre los que de esta materia han tratado recientemente: verbigracia, lo relativo al supuesto consentimiento del Mariscal de Starhemberg en la desertión de sus tropas, para que —burlando el Convenio de evacuación— quedasen en Cataluña, engrosando las fuerzas que mantenían la lucha contra Felipe V. El Sr. Sanpere prueba (páginas 155-158) que no hubo tal consentimiento y que fueron poquísimos los oficiales y soldados que prefirieron quedarse en Barcelona, en vez de marcharse a sus casas o de pasar a Italia con el Mariscal. También rectifica el Sr. Sanpere lo relativo a la maliciosa retención del Embajador de los Brazos de Cortes, el Marqués de Montnegre, en Viena, con el intento de que no pudiese influir en las deliberaciones de Utrecht, y, singularmente —dice Carreras, insistiendo en su injusticia.— en el ánimo del «militar castellano Diego de Mendoza y Sandoval, Conde de la Corzana». Montnegre fue retenido en Viena, según parece; pero no por conspiradores anticatalanistas, sino por el mismo Emperador

y su Gobierno, «por todos cuantos sabían de ciencia cierta que era inútil su presencia en Utrecht, porque allí donde fracasaba un Sinzendorff, hablando en nombre del Sacro Imperio-Romano, no iba a triunfar el representante del Principado de Cataluña». (Sanpere, 59-60). Igualmente rectifica el autor la especie equivocada de haber existido en Barcelona una ronda o compañía de asesinos (*els matadors*), encargada de matar a todos los traidores o sospechosos de traición filipista. Sanpere demuestra que lo que hubo en 1713-14 fue una rigurosa persecución de malhechores —que abundaban bastante—, encomendada singularmente a una *Compañía para la quietud*, compuesta por veinte granaderos, un confesor y el verdugo, y mandada por el capitán Bordas (páginas 197-9). Prescindo de otros pormenores interesantes que alargarían demasiado este artículo. Mencionaré tan sólo, por ser documento que siempre tendrá oportuna lectura por muchos motivos, el extracto que el autor hace de la Memoria enviada por el Conde de Montemar al Rey (10 Abril 1713) «sobre la manera cómo debería conducirse su Ejército (el de Felipe V) al entrar en Cataluña». La Memoria, aparte las discretas consideraciones de prudencia política que contiene, es un documento importante para el estudio de la psicología catalana (páginas 74-6).

Una apreciación hay en la que difiero de Sanpere. Parece éste dar la razón —como Aulestia y otros autores— a los catalanes que pretendían no haber sido *rebeldes* para con Felipe V² y que se exasperaban de oírse llamar así. El argumento principal en que se apoyaban era que ellos hacían la guerra como súbditos de Carlos de Austria, a quien habían jurado fidelidad, y que mientras ese juramento no les fuese levantado por la renuncia del Emperador a sus pretensiones y derechos en punto al trono español, ellos continuaban siendo súbditos de aquél y no súbditos rebeldes de Felipe. No creo que histórica y jurídicamente, tenían razón los que así argumentaban de buena fe. Porque ¿desde cuándo eran súbditos de Carlos de Austria? ¿No fue la proclamación de éste y la conquista de Barcelona por sus tropas posterior a la de Felipe y a la celebración de Cortes en Cataluña? ¿No habían sido anteriores a la entrada, victoria y reconocimiento de Carlos, las conspiraciones de

2. Véase, por ejemplo, en la pág. 359, la discusión entre Orry y Dalman en 1714.

Barcelona, la sublevación de Vich y el Tratado de Génova? ¿No se había apoyado constantemente Darmstadt en el hecho de esas conspiraciones para vencer la resistencia de Rooke en 1704 y la de otros en 1705, en punto a la expedición a Barcelona, y no fue esto mismo lo que decidió al Archiduque —que iba con destino a Italia— a ordenar el desembarco en Barcelona, seguido de tan rápido éxito? ¿Puede, el hecho de ser tomada por el enemigo una población, romper el juramento de fidelidad hecho a un Soberano por los habitantes de aquélla? Si aquel juramento se sustituye por otro, mediando la fuerza de las bayonetas enemigas, ¿tiene acaso valor? Y si lo rompen de buena voluntad los mismos súbditos, ¿no son acaso rebeldes dentro del concepto político de la palabra?

Una cosa es que exasperasen a los barceloneses las medidas de rigor del Virrey Velasco en 1705 —aunque, de todos modos, Dalmau confiesa que «la inclinación de los ciudadanos era a la familia austriaca»,— y que en 1713 su defensa heroica de los fueros sea razón más o menos legitimante de su actitud «contra la autoridad y gobierno de Felipe V», como escribe Sanpere, y otra que, con relación a esa autoridad y gobierno, no deban considerarse como rebeldes los que, después de haber reconocido y jurado a un Rey, lo dejan por otro que, *quo ad titulum*, era un usurpador, aunque reuniese condiciones más recomendables, a los ojos de sus partidarios, que las del Rey legítimo, quien, hasta la fecha de la rebeldía, nada había hecho ni aun manifestado en el sentido de suprimir los fueros. Miradas las cosas hoy desde nuestro punto de vista moderno, a la luz de las nuevas ideas sobre el patriotismo, la fidelidad y las revoluciones, la cuestión no tiene importancia; pero dentro de la realidad histórica sí la tiene, incluso para ayudar a explicarse la intransigencia de Felipe en el caso de los catalanes.

Antes de dar fin a esta larguísima nota, séame lícito expresar un deseo que no me parece caprichoso. Yo hubiera deseado ver en el libro del Sr. Sanpere —y creo que no sea yo el único lector que piense así— un capítulo preliminar dedicado a la exposición de las fuentes, la historia de ellas, su jerarquía u orden de importancia y sus relaciones en punto a la investigación. Se hubieran visto, con esto, detalladamente, los trabajos realizados por el Sr. Sanpere y Miquel, las novedades que ellos representan sobre lo escrito con anterioridad, por otros escritores y el fruto especial que de cada

documento o narración puede lograrse. En esta clase de preliminares —que son hoy muy usados por los historiadores, y no hay sino recordar a Baudrillart en su *Philippe V et la cour de France* y a nuestro Hinojosa,— el lector no erudito, que ignora la literatura del asunto, o que quizá ha leído algo de ella sin dirección adecuada, se orienta y se prepara mejor para sacar más provecho del libro, amén del que logra para su cultura y para la selección de sus fuentes. El Sr. Sanpere, que aunque desdigne o conceda poca importancia al estilo y a las condiciones literarias de sus obras, como lo ha dicho un crítico catalán, seguramente ha pensado en el gran público y no sólo en los historiadores, al escribir su monumental libro, hubiera prestado un servicio importante a la mayoría añadiendo (anteponiendo, más bien) ese capítulo que yo echo de menos.

La falta de él no quita, sin embargo, ninguna de sus buenas cualidades a esta obra, en que revive el alma de una parte considerable del pueblo catalán, en un momento crítico de su vida colectiva, y en que el historiador, que atiende a las causas psicológicas de los hechos, encuentra numerosas noticias que iluminan la pura exterioridad en que suelen detenerse otros escritores.

Se ha dicho que el Sr. Sanpere da un título erróneo a su libro, y que él mismo se rectifica en la última página. Es cierto que el libro se titula *Fin de la Nación catalana*, y que el autor escribe, al terminar, lo siguiente: «Pero ¿qué es lo que murió en 16 de Enero de 1716? Pues, pura y sencillamente, un Estado, un modo de ser político del pueblo catalán; porque un pueblo vive mientras su lengua vive; y de la vitalidad de su lengua dan en estos días pruebas universales sus dramaturgos, pues sus obras son ahora traducidas y puestas en la escena nacional española, cosa desconocida cuando era oficial en Cataluña y en España la lengua catalana. Aceptemos esa rectificación del propio autor, y, sin meternos ahora a determinar y discutir el vacilante concepto sociológico de nación, pero dando por muy exacto lo que dice Sanpere en el párrafo transcrito, no le formemos proceso por la impropiedad del título que ha dado a su obra, pues, en fin de cuentas, lo que vale es el fondo, y el nombre —como dijo Fausto— es, no pocas veces, «ruido y humo».

El Sr. Sanpere queda ahora obligado a completar su libro con la historia de la política catalana desde 1700 a 1712, sin cuyo conocimiento no se comprenderá nunca bien lo ocurrido entre 1712 y

1714. La determinación del origen de la opinión antiborbónica y de los movimientos de 1704-1705, todavía no ha encontrado un historiador que penetre en la raíz psicológica de los hechos y puntualice y aclare mil especies vagas o equivocadas que aún circulan, por los labios. El señor Sanpere puede ser ese historiador.

Rafael Altamira

3- Todos los legajos en que están distribuidos los materiales de todas mis otras concepciones aun no publicadas, incluyendo los ejemplares anotados y ampliados de las primeras ediciones de mis libros.

4- Todos los documentos referentes a mi vida intelectual y a mis libros (congresos, viajes, críticas de mis libros, academias etc.)

5- Todos los documentos de mis estudios y de mis servicios en la universidad.

6- Mi archivo de cartas, memorios y muy importante por la calidad de las firmas.

7- Mis apuntes y recortes para libros nuevos y ediciones de los ya publicados, que no figuren en los legajos del n.º 3.

8- La colección de diplomas, placas, medallas etc. resultantes de mis viajes y premios académicos (algunos de oro)

9- Cuadros regulados de Sorolla, Robles, San Pedro, Gili,

10- La colección de estampas, fotografías y grabados para el álbum histórico español.

III - En otros ordenes espirituales

1- Mi optimismo.

2- Mi fe en la civilización y en el porvenir de mi pueblo.

3- La esperanza de pasar los últimos años de mi vida y morir en mi patria.



9 788479 089856



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



GENERALITAT
VALENCIANA